

**MARIO WAINFELD**

**KIRCHNER**  
**EL TIPO QUE SUPO**

# Índice

[Cubierta](#)

[Índice](#)

[Colección](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción. El día que murió Néstor Kirchner \(y yo\)](#)

[1. El tipo que supo. O cuando el kirchnerismo no existía](#)

[2. De determinismos y algunas carambolas de la historia. Kirchner y la posibilidad de imaginar una gobernabilidad inimaginable](#)

[3. Esa rara cosa llamada economía política. La mirada particular del presidente](#)

[4. Del cenicero a la mesa. La política según Kirchner](#)

[5. El día que los derechos humanos volvieron](#)

[6. El detrás de escena de la reapertura de los juicios a los represores](#)

[7. Descolgar el cuadro, subir el telón. Cuando los derechos humanos cambiaron de pantalla](#)

[8. Primer informe para Suecia: el kirchnerismo es un simulacro](#)

9. Sombras destituyentes I. Blumberg, Cromañón y la muerte de la ilusión de la transversalidad

10. “No quiero disputar el peronismo, quiero disputar el poder”. Kirchner y el pejetismo

11. ¡A desendeudar, a desendeudar!

12. La Concertación, el (breve) sueño del pibe

13. Todas las voces, todas. La Argentina y la izquierda sudamericana, ¡qué equipo!

14. La sombra destituyente II. La mentada 125 y el segundo nacimiento del kirchnerismo

15. De la caída a la resurrección. Cuando la voluntad y la destreza pueden reconstruir mayorías

16. La pelirroja como objeto de estudio. De la derrota frente “al campo” al surgimiento del cristinismo

17. La hora de Cristina. Del “presidente-bombero” a la etapa superior de la institucionalidad

18. ¡Es más que la economía, estúpido! De cómo Kirchner militó la Ley de Matrimonio Igualitario

19. Qué pashó con Clarín y la Ley de Medios. Detalles de una batalla épica

20. Nunca más, demonios y nuestro futuro después de los gobiernos kirchneristas. Más allá de la pedagogía de lo obvio

Epílogo. Crítica, balance, corrupción, globos y la templanza del verdadero militante

Hasta más vernos

Agradecimientos Copyright

colección  
**singular**

Mario Wainfeld

# KIRCHNER

El tipo que supo

 **siglo veintiuno**  
editores

*Al familión que somos y construimos.*

*A Manuel, Lucas y Lucía Wainfeld, los hijos que son como los soñé y tanto mejores.*

*Por cómo ríen, por las nobles personas que se hicieron. Les debo tanta dicha y tanto orgullo...*

*A Cecilia, que me encontró empezado y me mejoró bastante. Compañera, amiga, mujer, jefa de hogar.*

*A Santiago y Florencia Diehl Delpech, los hijos que vinieron con Cecilia, entrañables. Aprendimos a conocernos primero y a querernos luego, hace ya mucho.*

*A sus compañeros y parejas: Martha, Nati, el “Negro” José, nueras y yerno del corazón.*

*A los nietos Matías y Facundo, lo más.*

*La familia ensamblada se la rebanca y es lo mejor de mi existencia.*

*A mi hermana Estela, siempre dulce y cercana.*

*Entre las muchas tipologías posibles sobre la humanidad hay una buena que divide a deudores y acreedores afectivos.*

*Hay gentes que creen que el mundo les debe algo o mucho.*

*Otras piensan que la vida les dio más de lo que esperan o, en una de esas, merecen. Es mi caso. Un tímido que tiene en oro un puñado gigantesco de amigos y afectos.*

*Entre tantos y tan queridos, nombro a Raúl y Mónica.*

*Al otro Raúl y Alejandra. A Carlos y Clarisa. Nos escogimos mutuamente como hermanos y hermanas, llevamos décadas juntos.*

*Borges, inevitable e imbatible, dedicó un texto a Leopoldo Lugones: “[A usted] le hubiera gustado que le gustara algún trabajo mío”.*

*Evoco y dedico este volumen a personas que ya no están, a quienes (creo y deseo) les hubiera gustado que les gustara este libro. Horacio Rapaport, el “Tano” Hugo Donato, Norberto “Croqueta” Ivancich, el “Turco” Germán Abdala, Sergio Moreno.*

*Mi viejo, Roberto (a quien seguían llamando “Pibe” cuando era sexagenario), quiso que yo fuera abogado, aunque no lo decía para no influir sobre mí. Honré ese mandato durante veintiséis años.*

*Me volqué al periodismo hace cosa de un cuarto de siglo.*

*Él estuvo de acuerdo. Necesito su compañía y aprobación, las tuve siempre, incluso para este libro. Es extraño porque ni él ni yo creemos en ninguna forma de trascendencia.*

*Y se fue hace más de treinta y cinco años. Pero lo real es a menudo así: tan inexplicable como innegable.*

# Introducción

## El día que murió Néstor Kirchner (y yo)

Vivieron su destino como en un sueño, sin saber quiénes eran o qué eran. Tal vez lo mismo nos ocurra a nosotros.

**Jorge Luis Borges, “Los gauchos”**

Lo había visto un par de veces, acaso cuatro, en general cuando salía de tumultuosas reuniones con(tra) el ministro de Economía Domingo Cavallo, en el Consejo Federal de Inversiones, al final del gobierno de Fernando de la Rúa.

Formulaba declaraciones estentóreas, antiliberales, industrialistas, federalistas. Prestaba inusual atención a los periodistas de *Página/12*. Se plantaba ante una pequeña nube de micrófonos: era el gobernador que más despotricaba contra el superministro.

Su registro periodístico más conspicuo se limitaba a la televisación de algunos actos públicos en *Crónica TV*; cuando se supo que era candidato a la presidencia de la nación, yo nunca había dialogado con Néstor Kirchner.

Las elecciones de 2003 eran inminentes. En *Página/12* queríamos entrevistarle, pero su entorno – su futuro jefe de Gabinete, Alberto Fernández, en especial– interponía cien escollos enojosos y en el borde de lo inexplicable. No había razones atendibles, porque tanto los editores del diario como sus lectores dividían su voto entre tres presidenciables: Elisa Carrió, Adolfo Rodríguez Saá y Kirchner, quien sonaba como el más capaz de desbancar a Carlos Menem. Eso bastaba para asegurarle un trato atento. Pero las gestiones para la entrevista, que debían reducirse a un trámite, se enredaban, se encrespaban.

Los voceros e intermediarios trasuntaban desconfianza y hasta malhumor, algo que –sabríamos luego– no era exclusivo de ellos. Al fin, tras varios enojos, se acordó una cita en la Casa de Santa Cruz. Faltaban poco más de dos semanas para la primera vuelta.

Fuimos Diego Schurman y yo. Conversamos de todo un poco durante la antesala, una amansadora eterna. No sabíamos que era la norma.

Nos recibió sin efusiones, amarreteando sonrisas, y así transcurrió la conversación. No se desconcentraba. Las respuestas fueron directas, extensas, sin protocolo ni rodeos ceremoniales, pero las expresaba de modo torrentoso y carente de atractivo. De sonreír, ni hablar.

Tras apagar los grabadores, Schurman y yo bromeamos acerca de una reciente victoria de nuestro River Plate sobre su Racing. Se transfiguró, parecía otro. Como escribimos entonces, “sale disparado hacia el cajón de su escritorio y vuelve, con una sonrisa de oreja a oreja, mostrando la tapa de *El Gráfico*. Señala a los jugadores de Racing, con su flamante camiseta centenaria. ‘Somos los más grandes’, se entusiasma como un chico”. Racing había salido campeón en 2001 luego de treinta y cinco años de sequía. En 2003, al cumplir cien años, había lanzado a la venta una camiseta aniversario con las firmas de siete mil hinchas, y Kirchner era uno de ellos.

El fotógrafo Gustavo Mujica disparó una, dos, tres tomas.



El hincha fanático de Racing, orgulloso, mostrando una tapa de *El Gráfico*, abril de 2003. Fotografía: Gustavo Mujica.

Fue el único momento en que sonrió a la cámara. En general, ese día nos quedó la impresión de que la entrevista había sido plana, sin salientes, aunque no había esquivado las respuestas.

Sin embargo, cuando la leo hoy, el filtro de los años muestra un anticipo preciso de lo que Kirchner haría desde el inicio de su gobierno, con anuncios asombrosos, como el desendeudamiento y la relación con Brasil. Pero su forma de comunicarlos –o nuestra incredulidad, justificable por el momento histórico– le restaba *punch*. Nos dijo:

Hay un tema que tengo que resolver a fin de año y estoy trabajando con Lavagna, que es la deuda externa... La Argentina tiene 180.000 millones de dólares de deuda, 30.000 millones con los organismos multilaterales, 150.000 millones en acciones y títulos que en el mercado valen un 22%, y que algunos grupos económicos, cuando la crisis estaba más grave, compraron al 10%. Creo que, si la Argentina no trabaja sobre la reprogramación de la deuda y la quita de intereses, no tiene destino.

Mencionaba una quita, a los fondos buitres que habían recomprado la deuda a precio vil, una reprogramación. Por cierto, una aguda lectura de la economía internacional y un programa ambicioso, a contrapelo de todo lo hecho hasta entonces. Lo transcribimos con probidad, le dedicamos un recuadro, no lo usamos como título principal... La sensación de hoy es que no terminamos de creerle.

Ni hablar de las fotos, que se supone que no mienten con tanta facilidad como las palabras. El candidato aparecía como un personaje hosco, arisco. “¿Qué pasaría si aligerásemos su imagen con la foto de la tapa de *El Gráfico*?”, nos preguntamos los editores, bajoneados por la poca gracia de Kirchner; era una duda fingida: sabíamos que la elección habría sido poco seria, imposible. La usaríamos más adelante, en una nota entradora, de gancho garantizado: “Un presidente de Racing tiene un Gabinete con mayoría de hinchas de Boca”.

En noviembre de 2007 viví la experiencia de conversar *off the record* con dos presidentes: Kirchner, saliente él, y Cristina Fernández, la sucesora ya elegida. Si de por sí una ocasión como esa es infrecuente, de esa forma doble fue única en mi vida. Él me pidió –o más bien me urgió a dar, chicana mediante– una valoración de su gobierno.

La pregunta siempre venía con sorna. Presuponía paliques y discusiones de años.

–¿Qué *deshís* ahora, eeehh? ¿Qué dishe el compañero crítico?

Repetí lo que ya había escrito y se publicaría el 9 de diciembre, un mes después:

–Por lejos, el tuyo fue el mejor gobierno desde el primero de Perón.

Dado todo lo que pasó después, me alegra haberlo expresado así ante él, cara a cara.

Al hombre le gustó; recuerdo (o acaso quiero pensar) que lo emocionó. Me abrazó a su modo: era tímido y hasta torpe, le costaba manejar su cuerpo, como suele ocurrirles a algunos lungos, pero sabía transmitir sus sentimientos.

Su muerte, el 27 de octubre de 2010, me sorprendió.

La mala noticia no pudo noquearme, sin embargo. Un par de horas después de haberme enterado, estaba en Radio Nacional, en el programa *Una vuelta nacional* que conducía el maestro Héctor Larrea. “Murió un compañero”, dije al micrófono; así lo pensaba y quise expresarlo.

Más tarde, le hicimos un reportaje a Hebe de Bonafini en *Gente de a pie*, el programa que conduzco en la misma radio. A la pregunta forzosa, casi ni formulada: “¿Qué pensás? ¿Qué sentís?”, respondió con franqueza, como siempre, y con ternura:

Sentimos el mismo dolor que cuando se llevaron a nuestros hijos, el mismo: inexplicable, insólito, terrible. Ese dolor que nadie puede comprender, y que no se puede comparar con nada porque cada uno siente el propio. Pero también sentimos el mismo compromiso que entonces. Ahora ha muerto este querido hijo, que se jugó porque no se cuidó lo suficiente. Salió enseguida de recién operado, pero qué le vamos a hacer. Es lo que uno le dice a un hijo, cosas como “Cuidate, no fumes, no salgas, no comas, no te desabrigues...”, todo lo que una madre le puede decir, aunque después el hijo haga lo que tiene ganas de hacer, lo que tiene ganas de entregar. Él entregó su vida realmente a la patria, al pueblo, a la gente. [...] Con mi hija nos abrazamos, decíamos que no podemos otro más. Perdimos a toda la familia y ahora lo perdimos a él, que era parte de nuestra familia, que era parte de nosotros.

Recordé en ese momento que años atrás Kirchner me había explicado que Hebe no podía amar la política porque la política le había arrancado a sus hijos. Sin embargo, los vientos de época que ese hombre desgarrado sopló a todo aliento la hicieron cambiar: llegó, por primera vez, a amar la política y volvió a penar por ella.

Salí carpiendo de Radio Nacional a escribir una larga nota para *Página/12*. No elaboré (o no le di mucha vuelta a) cuál habría de ser la respuesta colectiva: no la anticipé, estaba lejos de lo que podía elucubrar.

Ya el mismo miércoles 27 la manifestación popular se hizo notar aun sin otra convocatoria que el boca a boca y los mensajes en los celulares: las personas que se dirigieron espontáneamente a la Plaza de Mayo rebasaron los cálculos. La despedida cobró así un tono único. Daniel Paz lo expresó en la tapa de *Página/12* del jueves 28, para la que dibujó a Kirchner diciendo “¡Fuerza todos!”. Dani es un artista sensible y talentoso, pero no un inventor ni un profeta: supo embellecer lo que se había gestado en las calles.



Lo velaron en la Casa Rosada. Conozco el Palacio: a lo largo de los años lo he visitado muchas veces por motivos laborales. Observé el paso de varios elencos de gobierno. Ubico sus pasillos, sus sonidos; sé dónde están los baños y puedo colarme en espacios reservados si fuera menester.

Con independencia de quienes lo habiten, el Palacio tiene sus reglas, sus protocolos, sus recurrencias. Alberga ciertos modos de poder; allí se cocinan decisiones que ningún ser humano está capacitado para tomar. Suelen frecuentarlo asesores, amigos, consejeros leales, chupamedias e intrigantes, en todos los gobiernos. Es un territorio de élites diversas, que rotan.

La Plaza está ahí nomás, apenas a unos pasos. Desde 1983 compartió su relevancia con la del Congreso y la de Tribunales: las movilizaciones se diversificaron según el poder del Estado al que buscaban interpelar. Pero desde el 17 de octubre de 1945 “Plaza” por antonomasia hubo y hay una sola: la de Mayo, la que se ve desde el balcón de la Casa de Gobierno o desde sus ventanales.

No obstante esa proximidad, jamás, desde que tengo memoria, la Plaza y el Palacio estuvieron tan imbricados, tan hondamente comunicados, como aquella jornada del funeral de Kirchner. La multitud se desplazaba como en su casa: iba a despedirse, a decir lo suyo. Recorrían el Palacio como si fueran concurrentes asiduos porque sabían que serían acogidos.

Es habitual imputar al kirchnerismo carencias en su comunicación y sus modales (puedo compartir en alta proporción esos reproches), pero en esa ocasión se observó lo opuesto: se consagró el lugar con delicadeza, en patente armonía con un sentimiento popular. Subrayo: *un* sentimiento, no *el* sentimiento. Subrayo también: *popular*, no unánime.

La empatía con la sensibilidad de los asistentes conjugó un velorio único: un amplio abanico social campeó por la Rosada, por esos pasillos habitualmente fatigados por minorías (los periodistas, entre ellas). Los asistentes vivaron, lloraron, dejaron ofrendas, saludaron... Todos fueron atendidos y honrados.

Néstor Kirchner fue un presidente de crisis. Como tal, concitó una aprobación condicionada por las necesidades satisfechas; entre ellas, el anhelo de autoridad, de ver a alguien al timón. Barrunto que fue por eso que ganó terreno con acciones que en su momento parecían apelar sólo a minorías, como cuando ordenó al jefe del Ejército, Roberto Bendini, que descolgara los cuadros de los dictadores Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone. O, en general, con su política de derechos humanos.

Su modo de hacer política convalidaba la decisión antes que el norte. O mejor: se aceptaba casi cualquier norte si garantizaba que la nave siguiera su curso en lugar de encallar o naufragar.

Esa forma de consenso –extendido y poco pasional, bien pragmático– fue proporcional a los intereses satisfechos de una mayoría silenciosa, más bien quieta. A Cristina Fernández le cupo otra etapa, que forjó apoyos más restringidos y organizados, con discurso y militancia. Con ella llegaría una primera minoría activa o intensa, consciente de sí misma y con ansias de hacer política.

Kirchner recibió el adiós emocionado de decenas o cientos de miles de personas que expresaron a muchísimas otras. Me moví en la marea humana espontánea, tratando de comprender. Imposible no pensar: “Al tipo le hubiera gustado ver esto”. La comunión entre la Plaza y la Rosada —esa fantasía peronista y setentista que tanto lo motivaba— se materializó cabalmente entonces, cuando se fue.

Vi el Palacio como jamás antes. Y, malicio, como jamás lo veré. Kirchner lo consiguió, resuelvo ahora que entendí.

Devaneó sobre el peronismo, salió y volvió a entrar. Sus zigzagueos me llamaron la atención; algunos *zigs* me complacieron más que otros *zags*. El afán del presidente peronista por salirse del peronismo, por reconvertirlo, por desbordarlo, siempre me fascinó.

Nunca entreví que moriría envuelto en un fervor popular como el que rodeó a Perón y a Evita. Intuyo que él tampoco se entretuvo en hipótesis tan fúnebres.

Quien trabaja en un diario escribe un día para ser leído al siguiente. Es más extraño de lo que podría parecer. Uno pone “ayer” cuando se refiere al “hoy” en que está tipeando. Tan chocante es que muchos profesionales se trabucan cotidianamente con esa convención, como si la mente resistiera la “impostura”. A horas de la muerte de Kirchner, estremecido y acongojado, escribí para el *Página* del día después. Fui cerrando así:

Entre los que lo lloran, la mayoría son humildes, muchos son jóvenes que recuperaron la sed por militar. Lo lloran las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas, los integrantes de la comunidad gay, cantidad de artistas y trovadores populares.

Su nombre será bandera y todos ellos tratarán de llevarla a la victoria, a la continuidad, a la coherencia.

Se lo llora y ya se lo añora en la redacción de este diario, que clamó desde su primer día por banderas que en su gobierno se plasmaron en conquistas, leyes, procesos y condenas a genocidas.

Ya lo extraña este cronista, que lo conoció en su labor profesional, lo respetó y quiso más de lo que marcan las reglas de la ortodoxia del “periodismo independiente”, lo que nunca impidió discusiones.

Lo sigo extrañando, claro que sí.

Ese día triste y revelador me motivó a revisar y reformular lo mucho que había escrito y dicho sobre Kirchner, resignificado por el hecho ineludible de su muerte y por esa despedida que cualquier político popular hubiera envidiado. Ese día me propuse escribir este libro.

Cuando lo entrevisté por primera vez, deseaba que ganara las elecciones, por descarte: era el mal menor. Le desconfiaba, como a cualquier dirigente. Esperaba, de máxima, que recauchutara un orden democrático y no represivo, que terminara su mandato, sin violencia y recobrando continuidad institucional, que canalizara un proceso de recuperación económica que se insinuaba.

A poco andar, disfruté la estupefacción de tener un presidente que impulsaba como políticas de Estado banderas que las mejores militancias argentinas y el diario en que trabajo desde hace años habían levantado de modo testimonial, tenaz... y sin eco alguno en la Casa Rosada. La nulidad de las leyes del perdón a los represores es apenas el ejemplo tradicional.

Algunas audacias superaban las demandas más entusiastas; eran movidas que uno no enuncia ni en la excitación del café de madrugada o en asados bien regados, como el enroque de Julio Nazareno por Eugenio Raúl Zaffaroni.

Otras contradecían esquemas clásicos del nacionalismo popular, al que adscribo: los equilibrios fiscales, el superávit, el desendeudamiento con el Fondo Monetario Internacional. Debimos aprender que algunos instrumentos desdeñados eran funcionales para recobrar autonomía nacional.

Otras recreaban búsquedas inconclusas adecuándolas a una etapa global nueva: las relaciones con las naciones de la región. La Patria Grande ocupaba el sitio de utopía fallida de los próceres o los militantes del pasado. Vimos cómo se adecuó el ideal a la práctica, con objetivos más modestos y precisos, embellecidos por el tránsito del sueño a la realidad tangible.

Escogiendo una tradición de pensamiento, llamo “ideología” a una visión del mundo que conjuga de modo coherente ideas, creencias y valores.

Kirchner llevó a la acción una ideología que no inventó y que trató de sintonizar con el momento histórico que le cupo en suerte. Lo hizo, como no podía ser de otro modo, con las limitaciones de poder y de recursos materiales y simbólicos que recibió, acrecentándolos todo y lo mejor que pudo.

Antes y después de ser periodista participé, como militante o ciudadano, en centenares de movilizaciones, casi siempre para oponerme: al Rodrigazo, a la dictadura, a las leyes de la impunidad, al ajuste menemista, al indulto, a los desaguados de la Alianza, a los asesinatos del 19 y 20 de diciembre de 2001 o a los de Kosteki y Santillán. Para ponerle el cuerpo a un gobierno, en cambio, sólo participé en los remotos tiempos del segundo peronismo (un ratito) y en los primeros años del presidente Raúl Alfonsín.

Quiero abordar aquí una semblanza del presidente que llegó, casi de chiripa, a gobernar un país devastado, es decir, sin Estado, sin moneda, sin gobierno, en *default*. Con índices socioeconómicos escalofriantes, una población desolada, incrédula y enfurecida. Dos gobiernos sucesivos, uno radical y uno peronista, habían tenido que acortar sus períodos tras derramar sangre de argentinos, jóvenes en su mayoría.

Kirchner reconstruyó, paso a paso, el Estado, el gobierno. La Argentina se desendeudó, se recuperó la moneda, el empleo cobró centralidad, la redistribución de la riqueza volvió a ser una finalidad pública, se elevó la condición de los trabajadores. Se reconstituyeron derechos arrasados por la obra deliberada de la dictadura y por la defección de gobiernos democráticos. Se reconocieron otros, reivindicados por minorías tenaces, que son parte de la agenda más reciente.

En 2006 Carlos Díaz, director editorial de Siglo XXI, me persuadió de hacer un libro con un tema a mi elección. Acordamos que sería sobre Kirchner. Ya entonces se conocía u olfateaba que no iría por la reelección y que Cristina Fernández sería candidata, con todas las de ganar. Imaginamos una suerte de balance de sus cuatro años, en un contexto de continuidad. Navegaciones de la vida personal y laboral dejaron el proyecto en pausa, hasta que Kirchner se fue. En enero de 2011, la conmoción y el dolor por la pérdida me movieron a escribir de arrebató algunos capítulos. Retomé conversaciones con Díaz, que me seguía cual una sombra tenaz, persuasiva y cordial. Pero el proyecto quedó pendiente otra vez, hasta ahora.

Este libro pudo, pues, escribirse en 2006 o en 2011. Le toca ver la luz ahora, en un contexto doméstico e internacional muy diferente. La derecha gobierna, elegida por el pueblo soberano. Otra ideología anima al gobierno del presidente Mauricio Macri y a sus partidarios. Es consistente que propongan un nuevo modelo de país tanto como que cuestionen lo hecho u omitido. Lo que rebela, por falaz y avieso, es que se niegue lo realizado, no que se reniegue de ello. La polémica política puede (debe) ser acendrada, extrema, ácida. Pero convertir doce años de historia en un simulacro o en un capítulo del Código Penal ambiciona expulsar al adversario, dejarlo fuera de la esfera democrática.

Es despectivo y discriminatorio reducir un ciclo riquísimo a un conjunto de episodios de corrupción, al “hiperpersonalismo” o a la estupidez colectiva. Lo es, asimismo, desvirtuar una época trascendente pintándola como si un par de flautistas de Hamelin hubieran arrastrado al abismo a millones de descerebrados, acompañados por una caterva de oportunistas.

Como bien define la politóloga Chantal Mouffe:

El debate democrático es entendido como una confrontación real. Los adversarios luchan –incluso ferozmente– pero de acuerdo con un conjunto compartido de reglas y sus posturas –a pesar de ser irreconciliables en última instancia– son aceptadas como perspectivas legítimas.[\[1\]](#)

El conflicto, “lo agonístico”, siguiendo a Mouffe, puede llegar a la radicalidad pero siempre

considerando la (co)existencia del adversario.

Todo en democracia es controvertible y, en su frontera, negociable o sujeto a modificaciones. La condena por inmoralidad, en cambio, es excluyente. Aquel a quien se descalifica como esencialmente inmoral es exiliado de la política, se lo equipara al enemigo, queda fuera del sistema. A esa condición se quiere relegar el kirchnerismo, no a tres malos o pésimos gobiernos, cosa que cualquiera tiene derecho a pensar.

Este libro renuncia a la cronología y, en parte, al inventario minucioso de medidas o personajes. Es un ensayo libre, género de noble linaje nacional, que ansío no haber deshonrado, aunque no intento competir con los pesos pesados que admiro y a los que pretendo emular, sin imitar.

La propuesta a quien lea estas líneas, nuestro contrato, es hablar de políticas públicas, de realizaciones, de fracasos, de rumbos, de lo que puede la voluntad, de sus límites.

Entre otros “tips”, se recorren la política económica, la laboral, la internacional, la de derechos humanos, la transversalidad, la Concertación, la Ley de Medios, la nacionalización del sistema jubilatorio, la Cumbre de las Américas, el canje de la deuda, el Indec. Planteo que un proyecto, un gobierno, un ciclo, un “modelo” se deben discutir evaluando esas variables u otras de similar calibre, calificándolas, si se prefiere, en una escala imaginaria de diez a menos diez. Una suma algebraica, que dará tantos resultados como intérpretes. El pacto de lectura no es que lleguemos a la misma cifra, sino que acordemos en la mayoría de los factores a calificar. Sobre esa base, lo invito a avanzar. Si le atraen más los escándalos que la política, amablemente creo que el material no lo interpelará. Como escribió el historiador francés Jean Bouvier:

No hay que dejarse atrapar por el prestigio de los escándalos. No son ellos los que dan cuenta del desarrollo histórico. Los regímenes económicos y políticos no mueren jamás por los escándalos. Mueren por sus contradicciones. Es absolutamente otra cosa.[\[2\]](#)

Quiero fundamentar, con argumentos racionales y no dogmáticos, explicitando cuáles son mis premisas ideológicas, que Kirchner supo para qué arco patear. Que a veces metió goles y se hizo alguno en contra. Que representó bien la visión del mundo en la que creyó. Es reconfortante dialogar con lectores o lectoras que piensan parecido al autor, pero mi propuesta es más inclusiva: plantear un recorrido, un inventario imperfecto de una etapa, que sea admisible para quienes disientan con algunas o todas las tesis del autor.

Kirchner se valía de la expresión “verdad relativa”. Nadie es dueño de la verdad, decían los viejos, mi abuela entre tantos. Pero uno cree tener la verdad (¿ser su inquilino?) cuando “hace” política. A la vez, reconoce que otros piensan distinto, que discuten en nombre de otras visiones.

Además de las dedicatorias personales y agradecimientos del autor, que se consignan al comienzo y al final del libro, estas páginas están también dedicadas a la memoria de Néstor Kirchner. Desde un ángulo subjetivo, situado, jamás encolumnado, ni vertical, ni acrítico, compartiendo bastante, discutiendo, señalando tropiezos, contradicciones o errores... siempre “con reshpeto, eeh, con reshpeto”, como él sabía decir.

---

[1] Chantal Mouffe, *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, Buenos Aires, FCE, 2013, pp. 26-27.

[2] Citado en Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial, 2007, p. 61.

# 1. El tipo que supo

## O cuando el kirchnerismo no existía

Los analistas de las corridas de toros murmuran una y otra vez. La plaza apenas contiene a la muchedumbre. Pero uno solo sabe de qué se trata. Precisamente es él quien enfrenta al toro.

**John Fitzgerald Kennedy, quien citaba al escritor Robert Graves**

En un momento cada vez más globalizado y transnacional, los gobiernos nacionales conviven con fuerzas que ejercen cuanto menos el mismo impacto que ellos en las vidas de sus ciudadanos, pero que se encuentran, en distinto grado, fuera de su control. Y, sin embargo, no tienen la opción política de claudicar frente a esas fuerzas que escapan a su control, ni siquiera en el caso que lo desearan.

**Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI***

Nuestra generación había realizado el deseo mortífero de identificarse con sus padres. Ya no somos menos que ellos, ya tuvimos nuestras guerras y ahora tenemos el hambre y de modo inexplicable, porque en este país siempre se supuso que podía faltar cualquier cosa menos comida. [...] ¿Cómo se mide, en índices inexorables, el “dolor país”?

**Silvia Bleichmar, *Dolor país***

Si se extremaran las exigencias, nadie debería ser presidente porque, como bien señala Eric Hobsbawm, deben asumir la responsabilidad de muchas variables que no dominan.

Pensemos en la Argentina: un derrumbe de la economía de Brasil o el aumento de la tasa de la Reserva Federal estadounidense pueden tener mayor impacto que la más redonda o la más aciaga de las políticas domésticas. No se trata del Efecto Mariposa, si nos ponemos estrictos: sería más atinado hablar de interdependencia asimétrica entre desiguales.

Una ironía recorre Occidente: todos los ciudadanos del mundo deberían participar en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, considerando su rotunda incidencia mundial. Algo que resulta tan veraz como impracticable, porque no está permitido: votan la mitad o menos de la mitad de los ciudadanos, y el resto del planeta padece las secuelas.

“Presidente” o “presidenta” se podrían definir, entonces, así:

Persona condenada a tomar decisiones en plazos dramáticamente cortos, bajo presión, sin disponer jamás de la información completa, sujeta a hacerse cargo de las

derivaciones no previstas ni previsibles, tanto las no queridas como todas las demás.

Algunas autoridades consultan más: se rodean de mejores asesores, cabildean. Pero los banderilleros no deciden la suerte del toro: sólo el torero lo enfrenta. La decisión última recae en el presidente y es un instante único, solitario, cruel a su modo.

Es difícil o filoimposible presidir un país. Son contadas las personas que desean hacerlo en serio. Algunas son lunáticas o de extrema vanidad, desubicadas. Puesto en solfa: gentes que se deliran creyendo que podrán ser como Barack Obama, Napoleón o Lionel Messi. Otras reúnen parte de las condiciones: no llegarán jamás, le pasarán muy lejos a su objetivo.

Entre quienes lo quieren y –aun con limitaciones– están en condiciones de asumirlo, pocos llegan. Sin embargo, y por supuesto, es necesario que exista una figura que presida el Estado. Lo dijo Aristóteles, por lo pronto.

“El hombre es un animal político”, escribió de una vez y para siempre el gran griego. Señalaba que los seres humanos sólo pueden vivir en sociedad, en la polis. Un animal o un semidiós pueden vivir fuera de la polis precisamente porque son infra o un poco suprahumanos.

En la jerga vulgar de dirigentes y periodistas argentinos se tergiversa el sentido de esa expresión. Animal político funge como un equivalente de político de raza, persona que consagra su vida a conducir o gobernar.

*Zoon politikon* quiso decir lo contrario, o algo disímil. Todas las personas (acotemos: las libres cuando se escribía en la Grecia Antigua) están destinadas a la vida en común.

Sin política, sin Estado, sin autoridades, no hay sociedad, ni convivencia, ni orden. La anomia o el caos acechan.

La política y la autoridad son necesarias, caramba. También los presidentes, en determinadas latitudes.

Arrogantes o mal informados, proliferan los argentinos que exageran la peculiaridad nacional, sea para glorificarla, sea para cuestionarla.

El presidencialismo sería una de las marcas de esa peculiaridad, digamos. Permite diatribas o ditirambos, admisibles dentro del magnánimo espectro de la libertad de opinión. Es común condimentarlo con alusiones sobre la originalidad autóctona. Somos excepcionales, una especie única, el ornitorrinco del globo: un animal extraño que no se deja clasificar y que transita solo una geografía tan extraña como él mismo.

El presidencialismo, para bien o para mal, no es un invento criollo como la birome o el dulce de leche (que tampoco lo son, o no del todo). Es el sistema político que entró en vigor en el siglo XIX desde Tierra de Fuego hasta Alaska, con un par de excepciones: Canadá, un puñado de ex colonias de potencias europeas. Argentina, Chile, Estados Unidos, Brasil, Colombia, México... se puede completar la lista y acaso faltará algún país.

En América, la forma de gobierno más común y clásica es el presidencialismo. Es la base: luego se suman los matices y el color local, que son mucho en la vida.

La costumbre o la gravitación de su cultura política no acreditan que el presidencialismo sea eficaz

o ideal, o siquiera superior a sus alternativas accesibles... ¡qué va! Pero esos elementos nos señalan que el sistema ha echado raíces profundas. Si nos ponemos cargosos, más hondos que las de las monarquías constitucionales en Europa Occidental.

El gobernador de Santa Cruz Néstor Carlos Kirchner era un hombre ambicioso y voluntarista, que confiaba mucho en sus fuerzas. Provenía de una provincia patagónica muy extensa y poco poblada, atípica como casi todas, sita al sur del sur, donde el frío se hace sentir.

Confiaba en que llegaría a ser presidente a partir de 2007, una hipótesis de trabajo que pocos años atrás daba la impresión de lindar con lo imposible. Una combinación triste y sorpresiva de contingencias le permitió asumir antes, en 2003: la crisis más honda de la historia nacional posibilitó que Kirchner llegara a la Casa Rosada.

Era ceñudo y desconfiado como saben ser los montañeses; aquilataba experiencia de gobierno en un territorio notoriamente más chico y mucho menos diverso que la nación entera. Era un tipo irónico, trabajador, obsesivo, afectuoso cuando se lo permitía su timidez atávica.

El desempleo era altísimo en el país. El aparato productivo estaba desmantelado. De modo consciente –suicida–, se había desbaratado al Estado benefactor más expandido de América Latina.

Ese hombre, un presidente prematuro e inesperado, parido por una conjura de azares, comprendió. Leyó la coyuntura y supo qué era necesario hacer: tal la tesis de este libro.

Entendió lo básico y se hizo cargo. Lo ayudaron la templanza popular, la formidable capacidad adaptativa de los argentinos de a pie, una coyuntura económica propicia. En la medida en que estos recursos no dependían de una persona, cualquier otro u otra también hubiera contado con ellos, pero lo cierto es que Kirchner supo cómo combinarlos.

Quizás alguna vez los especialistas determinarán si la economía es o no una ciencia social rigurosa. Hmmm: aun si tal oxímoron fuera posible, la economía *pura* sólo sirve de insumo parcial para gobernar en un régimen democrático.

Los plazos electorales son rígidos y no concuerdan con los ciclos económicos o productivos. Un mandatario debe conseguir tiempo ganando en paralelo reputación y consenso. El mejor peronismo fue el que asumió que la aprobación mayoritaria se consolida merced a la satisfacción creciente de las necesidades, el surgimiento de otras y la ampliación de los derechos.

Ser peronista le valió de mucho a Kirchner. Como había hecho Juan Domingo Perón durante sus primeros gobiernos, él logró construir una modalidad de política económica. Captó que arrancaba con un nivel de aprobación bajo y con relativamente pocos recursos en la caja estatal. Lo sobreexigió un tiempo cruel para validar lo que había recibido: un voto incrédulo, minoritario, condicionado a pruebas de amor urgentes.

Arturo Jauretche, el ensayista que mejor logró explicar el movimiento nacional-popular, lo escribió a mediados del siglo XX. Al referirse a la primera presidencia de Perón observó que para ser popular y revalidarse por medio de las arduas reglas democráticas es imprescindible mejorar la vida de los ciudadanos-votantes.

Jauretche comparó el método que eligió el peronismo con el de los socialismos reales y también con el de las vertientes del capitalismo desarrollista:

Postergar el desarrollo de la industria liviana a un hipotético desarrollo de la industria pesada significaba destruir la base de sustentación democrática de los gobernantes. Surgidos estos de la voluntad de un pueblo en ascenso, se pretende que frenaran las formas de producción que originaban ese ascenso, tal vez por simple imitación del sistema aplicado en los regímenes totalitarios. [Adolf] Hitler podía imponer coercitivamente sacrificios de esa naturaleza, como el de “menos manteca y más cañones”. También Stalin lo hizo en sus sucesivos planes, pero esa política era impracticable en la Argentina, además de disparatada.[\[3\]](#)

Al comenzar su mandato, Kirchner explicó que, para delinear un cambio, serían necesarios diez años como mínimo. Diez años significan dos mandatos presidenciales y medio: la descripción deprimía o sonaba a baladronada.

Sin embargo, se pudo. Porque él supo. Fue el tipo que supo.

La carta de ruta de un proyecto político en un país emergente no es un mapa definitivo, sino un esbozo. Se debe retocar a cada rato por motivos buenos o malos. Cualquier decisión –incluso la que termina por resultar virtuosa– apareja contraindicaciones. El mejor de los caminos puede desembocar en una calle sin salida. Lo previsto topa con la emergencia; la realidad fluye. Recalcularse es el plato del menú mejor concebido.

Kirchner supo que había que poner en pie el sistema productivo, crear empleo masivamente, elevar el consumo. Tales herramientas colisionan en algún punto con la previsión, el ahorro, la planificación estricta. Toda gestión debe esforzarse para conciliar esos objetivos de manera óptima... No es sencillo: cuando no hay una compatibilidad del ciento por ciento, cuadra elegir lo real disponible, no el ideal inaccesible. La economía política democrática orienta bien.

El tipo lo entendía. Quizá por eso hablaba tanto de la autoestima.



El día de la jura, 25 de mayo de 2003, entusiasmado junto a Eduardo Duhalde y José Luis Gioja. El tipo desmañado que manejaba mejor el poder que el bastón... Fotografía: Leonardo Zavattaro.

Fidel Castro, todavía en la presidencia de Cuba aquel 2003, fue uno de los invitados al juramento de Kirchner. Los gobernantes de izquierda y populistas de la región marcaron el tono de la ceremonia.

El 26 de mayo Fidel debía hablar en el Salón de Actos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Exótico el ámbito, conservador por linaje. Los convocantes se equivocaron: resultó muy pequeño para contener a la multitud.

Con la organización rebasada, Fidel fue invitado a hablar en las escalinatas de la facultad, ante una masa que llegaba como un aluvión incesante. Habló durante horas, sedujo como tantas veces antes frente a los públicos más diversos. Usó la palabra “autoestima” tres veces en un fragmento del discurso.

Cuánto sufre un analfabeto, no se lo imagina nadie; porque hay algo que se llama autoestima, que es más importante, incluso, que los alimentos. La calidad de vida es otra cosa, calidad de vida es patriotismo. Calidad de vida es dignidad, calidad de vida es honor [aplausos y exclamaciones]; calidad de vida es la autoestima que tienen derecho a disfrutar todos los seres humanos.

Kirchner la incorporó a su vocabulario. Ni el diccionario tradicional del marxismo ni el lenguaje peronista la incluían entre sus términos clave: pertenecía más a los dominios de la psicología o de la autoayuda. La lectura de aquella crisis cuasi terminal de finales del siglo XX la convirtió en un concepto pertinente y necesario.

La desocupación creciente, la pérdida del valor de la moneda, la erosión del Estado habían dejado secuelas perceptibles en la vida cotidiana de los argentinos. Había familias enteras que carecían siquiera de un miembro con trabajo; hubo hijos que crecieron sin ver trabajar a sus padres.

Los varones, que habían encarnado el papel de los jefes de hogar, padecieron hondamente la desestructuración de su existencia. Era imposible reproducir lo que habían aprendido de sus padres, la realidad se los negaba y se volvía incomprensible. La depresión, el alcohol y la violencia disgregaron a las familias.

Por su parte, las mujeres –reseñan la crónica y la sociología acelerada de aquellos años vertiginosos– supieron reconvertirse, capacitarse y responder mejor a la crisis. Quedaron al mando de nidos monoparentales donde la comida siempre resultaba insuficiente. En la Argentina, esa experiencia era ignota, y su grado de expansión, inverosímil.

Los comedores comunitarios, las ollas populares y las cooperativas que sumaban nada más nada y obtenían algo fueron obra de estas alquimistas de la crisis.[\[4\]](#)

El paliativo trasuntaba el potencial comunitario y organizativo de una base trabajadora que debía asegurar la comensalidad familiar, la mesa de los argentinos. Hasta las escuelas públicas privilegiaron el comedor, la asistencia acuciante. Los maestros actuaron como trabajadores sociales: la función docente quedó relegada, de manera tan razonable como indeseada.

Las mujeres, más despiertas y dinámicas, fueron mayoría entre quienes se anotaron en el Programa Jefas y Jefes de Hogar Desocupados, el primer programa de ingresos para personas sin trabajo formal.

La autoestima era irrecuperable si el crecimiento y la redistribución de la riqueza se postergaban hasta un futuro impreciso. La misión era concretarlos en el menor tiempo posible. El resultado no equivaldría a una perfección virtual e irrealizable. Gobernar es jerarquizar: lo mejor o lo menos malo según el momento.

Crecer a tasas chinas, redistribuir desde el punto de partida, crear empleo fueron las vigas de la estructura. Kirchner no era un arquitecto refinado, pero sí un constructor experto o un maestro mayor de obra capaz de pensar una casa sólida, que luego se podría ampliar con un cuartito al fondo.

Para comprender hay que ver.

Y para ver hay que saber mirar.

Kirchner comprendió mejor que nadie la crisis de 2001, interpretó ese índice inexorable del “dolor país” sobre el que escribió Silvia Bleichmar. Un dolor país que era colectivo y permeaba las sagas familiares.

El mandato era salir rápido de ese Infierno y navegar la etapa del Purgatorio. Esa frase-eslogan del presidente reflejaba una obsesión; nuevamente, la metáfora del barco que no hay que dejar encallar ni naufragar.

Si es cierto que hablaba a borbotones cuando narraba o daba su visión de la coyuntura, y que desplegaba números sin pulcritud, agregando un cero a las cifras o valiéndose de redondeos y aproximaciones, también lo es que mantenía claros los conceptos.

---

[3] Arturo Jauretche, *Política y economía*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1977, pp. 6-7.

[4] Tomo la expresión de María del Carmen Feijóo, quien la propone en su libro *Alquimistas en la crisis (Experiencias de mujeres en el Gran Buenos Aires)*, Madrid, Siglo XXI, 1991. Uno de los primeros textos que abordó teórica y empíricamente el protagonismo de las mujeres; un trabajo pionero, agudo, con un título notable.

## 2. De determinismos y algunas carambolas de la historia

### Kirchner y la posibilidad de imaginar una gobernabilidad inimaginable

Si yo voy a tocar la mesa con una de mis manos, y me pregunto: ¿la tocaré con la mano izquierda o con la mano derecha?, y luego la toco con la mano derecha, los deterministas dirán que yo no podía obrar de otro modo y que toda la historia anterior del universo me obligaba a tocarla con la mano derecha, y que tocarla con la mano izquierda hubiera sido un milagro. Sin embargo, si la hubiera tocado con la mano izquierda me habrían dicho lo mismo: que había estado obligado a tocarla con esa mano.

**Jorge Luis Borges, “El escritor argentino y la tradición”**

Quien repasa la historia se entretiene con el determinismo y la contingencia o se entretiene con los contrafactuales. Todo el tiempo, aun aquellos que hablan en prosa sin saberlo. No soy una excepción. Tal vez por eso pienso que el advenimiento de Néstor Kirchner fue una carambola virtuosa de la historia, comparándola con otras opciones disponibles.

Si hasta Juan Domingo Perón pudo haber quedado en el camino, sin llegar a ser tres veces presidente.

Él mismo entrevió ese futuro en un momento culminante. Vale la pena refrescarlo.

La carta es manuscrita, con caligrafía legible y envidiable. La escribió Perón y la fechó el 13 de octubre de 1945 en la isla Martín García, donde se encontraba preso.

El texto atrajo la atención de dos grandes ensayistas, de linajes políticos diferentes. El primero, no peronista: el historiador Félix Luna. La reprodujo, en facsímil, en *El 45*, su libro fundacional.<sup>[5]</sup> El segundo, peronista-romántico a su manera: el sociólogo Horacio González. Es otro apasionado de esa epístola dolida, personalísima, errada en su percepción de los hechos.

Está dirigida a la “Srta. Evita Duarte”. Comienza llamándola “Mi tesoro adorado” y esparce otros vocativos sentimentales como “mi chinita”. Perón le anuncia: “Hoy le he escrito a [el entonces presidente Edelmiro] Farrell pidiéndole que me acelere el retiro, en cuanto salga nos casamos y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos”.

Perón, el constructor y líder de una fuerza política que perduraría hasta hoy, se reconocía derrotado. Pensaba en un repliegue personal, sin épica ni multitudes, un regreso mustio a la vida privada.

La carta es extensa y fascinante: no tiene desperdicio pero tampoco se la puede transcribir acá, donde se la usa como lección o como fábula. Perón la cerraba con un pedido de comprensión y compañía: “Tesoro mío, tené calma y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra. Con lo que yo he hecho estoy justificado ante la historia y sé que el tiempo me dará la razón. Esperaré a escribir un libro sobre esto y lo publicaré cuanto antes, veremos entonces quién tiene razón”.

Un libro. Una casita quién sabe dónde. La minúscula gloria de tener razón. Una vida calma en pareja.

Ese era el porvenir que avizoraba el hombre del destino.

El periodista Hugo Ezequiel Lezama noveló ese porvenir posible de un Perón avejentado, dejado de lado por sus colegas de armas. En la fantasía de Lezama (un gorila ilustrado, un cuadro civil de dos dictaduras), un día Evita le gritaba: “¡Te dejo porque siempre fuiste un cagón!”.[6] Y el coronel retirado se quedaba solo, con su jubilación, perdido en una nube de evocaciones. No fue así, lo sabemos.

Cuatro días después de la carta, Perón comenzó a entrar en la historia por la puerta grande: la Plaza de Mayo que durante treinta años fue suya.

El diagnóstico contenido en esa misiva, que hoy suena disparatado, habilitó decenas de interpretaciones sobre quién hizo el 17 de octubre de 1945, la movilización popular que ocupó el espacio de la realidad y se elevó a mito. Pero tales lecturas son ajenas a este relato.

Lo central aquí es otra cosa: subrayar que Perón no comprendía lo que estaba por suceder.

Extraño: se había esmerado en cimentar su popularidad durante el gobierno militar de facto del que había sido una pieza central.

Un economista y brillante periodista de izquierda, Enrique Silberstein, publicó en 1972 el libro *¿Por qué Perón sigue siendo Perón?*[7] Respondía que la perduración del liderazgo y de la fuerza política se debían a las medidas tomadas entre 1943 y 1945, antes de la gran movilización, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, el más importante de los cargos que había ocupado Perón en esos años. Un paquete de derechos laborales y sociales que le granjearon el favor de los trabajadores, a pesar de sus adversarios, de sus derrocadores y hasta del exilio.

Perón había promovido su ascenso y aceptación, había obrado con racionalidad y decisión. *Eppur*, Perón no captó –al menos en el transcurso de un día, o de un rato, de tristeza– la posibilidad y el significado del 17 de octubre.

Cuando estudiamos la historia en perspectiva, todo cierra. Pero en el minuto a minuto de cada episodio, en el momento en que suceden los hechos, suele ser insondable: campean la confusión y la incertidumbre hasta para los protagonistas más audaces e inteligentes.

La caída catastrófica del gobierno de Fernando de la Rúa a finales de 2001 suscitó una crisis política terminal. Pero el sistema democrático logró conjurarla: con tropiezos y magullones, remiendos y desprolijidades, pudo elaborar su propia continuidad.

Una seguidilla de mandatarios efímeros decantó en la llegada del entonces senador y ex

gobernador de la provincia de Buenos Aires Eduardo Duhalde. El presidente provisional y no electo era lo más sensato accesible.

La gestión desastrosa de la Alianza (la Unión Cívica Radical de De la Rúa en unión con el Frepaso conducido por Carlos “Chacho” Álvarez) inducía a que el péndulo volviera al peronismo. Duhalde, que había sido derrotado en las elecciones presidenciales de 1999, era su dirigente más gravitante, aunque a nadie enamorase. En 2001, sin embargo, había sido elegido senador con muchos votos bonaerenses. En la dispersión que se vivía, era el menos peor... o, si queremos ser positivos, quien mejor podía flotar en un país convulsionado.

Su aspiración era terminar el mandato en 2003 y mantenerse en la Casa Rosada tras ganar las elecciones de ese año. Era un plan factible: el peronismo llevaba las de ganar, la coyuntura económica mejoraba de a poco.

Los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán a manos de la Policía Bonaerense le cerraron el camino. Dos jóvenes militantes populares del movimiento de desocupados fueron masacrados en la represión de una movilización realizada en Avellaneda.

Duhalde fue el responsable político de los crímenes, que la barbarie policial consumó en su provincia y con –cuando menos– la anuencia del gobierno. Las normas penales son estrictas: los tribunales no incriminaron a Duhalde por delitos de sangre. Pero en términos políticos su culpa resultó innegable. El gobierno había instigado la masacre con mensajes previos alarmistas y altisonantes. Y en las horas siguientes procuró encubrirla con explicaciones delirantes. La más canallesca fue difundir que los manifestantes se habían baleado entre ellos. Tuvo enorme (vergonzosa) receptividad en la cobertura radial y televisiva de la jornada.

Cuando la prensa develó a los responsables materiales, Duhalde se percató del final de su sueño, un final del cual había sido responsable consciente en buena medida. Dejó la impresión de una paradoja; a menudo las conductas de los grandes decisores lo son.

Adelantó las elecciones, se autoexcluyó como candidato. Una decisión sólo aparente: estaba más cerca de ser una redundancia que un paso atrás. La sangre joven que había contribuido a derramar le bloqueó el paso.

Con el peronismo y el radicalismo obligados a pagar los costos de la hecatombe, las elecciones se anunciaban raras. Se presentaron cinco candidatos con perspectivas de ganar, una diversidad que hizo trizas el diseño que se mantenía desde 1983: un candidato elegido con alrededor de la mitad de los votos, un segundo que cerraba el círculo del bipartidismo, la alternancia entre peronistas y radicales.

El ex presidente Carlos Menem podía ser el puntero en la primera vuelta electoral con alrededor del 25% de los votos. El piso del riojano, elevado e incomprensible, tendía a coincidir con su techo: en la segunda vuelta del balotaje caería inexorablemente, como le acababa de suceder a Jean-Marie Le Pen en Francia. El segundo puesto en la primera ronda representaba una carta ganadora: el favorito de Duhalde podía apostar a esa victoria en dos etapas.

El presidente provisional había escogido un candidato sin dudar, en sintonía con el sentido común de la primera línea de la dirigencia peronista. El gobernador de Santa Fe, Carlos Reutemann, daba la talla.

Más conocido que cualquiera de sus adversarios, antes por su trayectoria de corredor de autos que como jefe provincial; moderado a gusto del establishment, que moteja así a los conservadores. Además, medía mejor que nadie en las encuestas.

Todo estaba a pedir de boca. Excepto la voluntad del candidato.

Reutemann declinó la oferta que no podía rechazar. Inexpresivo hasta el paroxismo, declaró: “Vi algo que no me gustó”. Y con esa parquedad definió su retiro. Pocos le creyeron. Casi nadie lo entendió.

Las lecturas y las hipótesis brotaron como mil flores. Se especuló con chantajes personales y hasta con amenazas mafiosas. A los periodistas, a los políticos y a gente del común les agradan esas versiones, que se pueden inventar en una mesa de café y tienen el *charme* de ser muy difíciles de verificar e imposibles de desmentir. Jamás se corroboraron, ni hay elementos para creer en su existencia.

Caído el gran favorito, hubo un amago de sustituirlo por el gobernador de Córdoba, José Manuel de la Sota. Pero no movía el amperímetro en las encuestas.

Le llegó entonces el turno al tercero en orden de preferencia: Néstor Kirchner.

Tanto tiempo y tantas cosas han pasado desde entonces que hoy cuesta aceptar que el santacruceño, casi un perfecto desconocido para la inmensa mayoría de los argentinos, midiera significativamente mejor que De la Sota. También es posible que ahí hayan mediado otras razones: desconfianzas, recelos y operaciones en el Palacio.

Tanto da.

Lo cierto es que a Kirchner le llegó el momento, cuatro años antes de lo que proyectaban sus ambiciones y sus devaneos.

Lo que vio Reutemann –opino, con información pasable– fue en realidad un *déjà-vu*. Vio el desenlace de los mandatos de De la Rúa y de Duhalde. Vio la protesta social, la insatisfacción, la perspectiva cierta de “tener” que reprimir. No supo vislumbrar ni se animó a trazar una alternativa.

Con el consejo de los economistas de la derecha vernácula –entre ellos, el ex ministro radical y candidato a presidente Ricardo López Murphy–, Reutemann se suponía compelido a calcar lo trillado: un programa atado a la lógica de los organismos internacionales, con descontento popular. No se animó, lo que en cierto sentido insinúa que temía hacerlo. Fue incapaz de concebir que se podía gobernar con otros parámetros, alterar la base material de la Argentina, revertir la herencia del neoconservadurismo. Encerrado en los límites conceptuales de su visión del mundo, abdicó antes de reinar.

Esta hipótesis no puede demostrarse científicamente pero es verosímil, y se refuerza hoy al contar con la ventaja de conocer lo que sucedió después.

Kirchner, en cambio, se animó a buscar la presidencia y a concebir una gobernabilidad distinta.

Los ahorristas defraudados y los trabajadores desocupados que piqueteaban conseguirían conchabo. Multitudes de piqueteros devendrían laburantes con ingresos razonables. La devastación de las familias se restañaría de a poco merced al trabajo como vertebrador de la vida cotidiana. El odio a la política transmutaría, con zozobras, en la valoración de un gobierno que enfrentaría a la banca depredadora, a los acreedores externos que asolaban la Argentina.

El paradigma elegido buscó aliados en las mayorías ciudadanas, mientras predisponía fuertemente en contra a los adversarios y los enemigos. El rumbo no aseguraba la llegada a buen puerto, ni siquiera al Purgatorio. Pero valía la pena jugarse, recobrar las banderas arriadas y las palabras desvalorizadas por la hegemonía cultural neoconservadora o el desuso.

Kirchner vio un futuro muy distinto al que pudo concebir Reutemann. No era el único posible ni el tránsito sería sereno. La voluntad fue lo primero, la opción después. Había que saber hacerlo, había que ganar la aprobación a pulso.

---

[5] Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, facsímil de pp. 320-321.  
[6] Hugo Ezequiel Lezama, *Balcarce 50. Los presidentes argentinos y la guerra psicológica*, Buenos Aires, La Bastilla, 1972, pp. 209-213.  
[7] Enrique Silberstein, *¿Por qué Perón sigue siendo Perón? (La economía peronista)*, Buenos Aires, Corregidor, 1972.

### 3. Esa rara cosa llamada economía política

#### La mirada particular del presidente

Usaba al interlocutor para medir lo que él mismo tenía en mente, como si pensara en voz alta, o mejor, como si estuviera poniendo a prueba sus propias ideas. No era tan diferente conversar con él *on the record* u *off the record*. Con o sin micrófono o grabador delante expresaba casi lo mismo. El *off* de ayer devenía *on* en cuestión de días o de semanas, frecuentemente.

Los diálogos (en los que se reservaba la parte del león) jamás eran protocolares: hablaba “de política”, buscaba convencer. Aparecía de sopetón en el despacho de su jefe de Gabinete Alberto Fernández, a sabiendas de que lo visitaba algún periodista. Y daba charla.

Podían darse otros formatos. Una vez, nos cruzamos en un pasillo de la Casa Rosada, cuando yo iba o venía de ver a alguien. Kirchner debía salir del Salón Blanco, de un acto. Saludó, reporteo al cronista. Le dio un cursillo de economía política aplicada en cinco minutos. Tenía un papelito astroso con varios números, que debía ser un ayuda memoria en tránsito al cesto.

“¿Sabés cuántos splits se vendieron en estos años?”

El cronista calló, por una combinación de ignorancia absoluta y lógica instrumental. Convenía esperar: el discurso estaba en camino.

“X millones”, se ufano, y continuó con la *interview* socrática: “¿Cuántos habrán comprado los más ricos, los que ya tenían alguno, eh?”

“Ponele la cuarta parte, porque ya tenían. ¿Y cuántos la clase media?”

El cronista, que había adquirido uno, se encogió de hombros. Todo aconsejaba escuchar y no tirarse lances.

“Ponele las dos cuartas partes, y exagero. Así que la cuarta parte la compraron los más pobres, los que ni soñaban con tener uno. Y ahora se refrescan en verano y se abrigan en invierno.” “Son X splits”, ponderó. “Multiplicalo por cuatro o cinco personas por familia.”

No anoté las cifras entonces, ni las recuerdo ahora. En todo caso, serán cientos de miles o algún millón de aparatos, multiplicados por cuatro o cinco usuarios.

Volvió el entrevistador: “¿Y cuánto paga de luz cada familia?”

Ahí se animó el reporteo silente: “Poco, muy poco”.

“Una miseria.” Usó una expresión más enérgica, coloquial. “Así que los morochos ahora tienen el split, no pasan calor en verano... están mejor, viven mejor. Por eso andan por ahí un montón que me

quieren rajar.”

El consumo inmediato, subsidiado, como base del consenso popular. El mercado interno, émbolo del modelo económico. La satisfacción de demandas como impulso de la autoestima. Un ejemplo jauretcheano de pura cepa, incluida la bronca de clase de los que también habían comprado split...

Quedaban flotando algunos puntos suspensivos, pero de eso se trataba.

## 4. Del cenicero a la mesa

### La política según Kirchner

Una de las características del cambio es el desplazamiento de la figura del trabajador hacia la del pobre como el referente principal de las políticas sociales. La “lucha contra la pobreza” tiende ahora a reemplazar las luchas por promover los derechos del trabajo.

**Robert Castel, prefacio a *Quartiers populaires, quartiers politiques*, de Denis Merklen**

La Plaza imanta la mirada desde el Palacio. Principiaba su gestión cuando Néstor Kirchner se acercó a la ventana con el ministro de Educación, Daniel Filmus, y le avisó: “Danielito, yo no voy a reprimir nunca”. Menos de un año y medio antes, Fernando de la Rúa había fomentado y tolerado (haciéndose el ido, algo que le salía fácil) la única masacre cometida en la Plaza de Mayo y sus inmediaciones por un gobierno democrático. En junio de 1955, con apoyo activo de parte de la oposición política, aviones de la Armada bombardearon a la población civil como parte de un golpe de Estado fallido contra Juan Domingo Perón. Fue un crimen, signado por la intolerancia y la violencia. No lo había promovido el gobierno legal.

Kirchner no se retrotraía al 55: pensaba en el 20 de diciembre y en las matanzas en el Puente Avellaneda, que segaron la vida de los militantes Kosteki y Santillán.

Formulaba la promesa considerando en especial a los desocupados, quienes tenían más razones para protestar y movilizarse. Eran, previsiblemente, los que más lo hacían.

El modo de contener la protesta, para Kirchner, consistía en actuar sobre las condiciones sociales que la provocaban y justificaban, lo que implicaba apostar al crecimiento, la creación de empleo, la demanda agregada, y no a los gases lacrimógenos, las balas de goma o de plomo.

El movimiento de desocupados había devenido un nuevo actor de la política argentina. Se los llamó “piqueteros” por su modalidad de protesta predilecta o forzosa. El nombre se incorporó a la jerga académica y periodística en todo el globo, siempre en castellano, como reconocimiento a la originalidad del fenómeno.

Las primeras reacciones surgieron lejos del área metropolitana, en poblaciones devastadas por la entrega de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) durante el menemismo. Cutral-Có en la Patagonia

Y General Mosconi en el Noroeste dieron el ejemplo. Ciudades construidas en torno de YPF, no por azar sino como fruto de una visión del desarrollo productivo y social, se transformaron en fantasmas por la consunción de la actividad que les daba vida.

Los trabajadores que veían en riesgo sus laburos, o que ya los habían perdido, cortaban rutas nacionales o provinciales, con magro impacto en la economía y nimio en la opinión pública. La ajenidad y hasta el desdén de las autoridades provinciales los motivó a convocar la presencia de los medios, a nacionalizar su reclamo. No fue fácil, pero cuando radios, diarios y televisión llegaron a confines ignorados instalaron una imagen que generaba identificación en la audiencia. El desmantelamiento de poblaciones activas e industriales explicaba esas tragedias colectivas. Sus medidas de fuerza no alteraban la vida cotidiana de quienes, desde lejos, los aprobaban, después de haberse tomado su tiempo.

Organizaciones sociales del Conurbano bonaerense adoptaron el método. La visibilidad estaba garantizada, también el choque de intereses con quienes transitaban calles y rutas.

Los piqueteros recrearon la tradicional capacidad de los sectores populares para organizarse, “inventarse” como sujetos, adaptar sus métodos a las contingencias políticas, saber atraer a los medios.

El temor al “estallido social” despabiló al gobierno de la Alianza, inválido por esencia e ideología para aplicar medidas sociales, generosas. El principal instrumento fue el reparto de planes Trabajar, una herramienta creada durante el menemismo: una mensualidad mínima, distribuida por el Ministerio de Trabajo de modo discrecional. La cifra era exigua pero más que nada. Reconstituyó la relación de las organizaciones de desocupados con el Estado: de demandantes a interlocutores.

La primera hazaña de los piqueteros fue salir de la invisibilidad. La segunda, persistir. Los discursos podían y solían ser drásticos, radicalizados, anarquistas. La gimnasia era casi exclusivamente la interlocución con funcionarios. Se armaron algunos piquetes frente a empresas privadas para pedir y reclamar productos básicos, bolsones de comida, algo para las fiestas de fin de año. Pero el desocupado no contendía (ni interactuaba) con la (inexistente) patronal, sino que apelaba a los gobernantes para ejercitar su tercera, cabal, hazaña, que fue sobrevivir.

La relación se intensificó durante la presidencia de Eduardo Duhalde.

Sin financiamiento internacional, tratado como un paria en un periplo que realizó por Europa, maltratado por el presidente español José María Aznar, a quien admiraba,<sup>[8]</sup> Duhalde puso en práctica un programa universal de ingresos para paliar la pobreza extrema: el plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados (JJDH). La mensualidad estipulada era baja, y el espectro de sus beneficiarios virtuales, dilatadísimo. Todos los cabezas de familia desocupados y con hijos menores de 18 años a cargo podían ejercitar el derecho ciudadano de cobrar un ingreso mínimo garantizado por el Estado. Tal su diferencia esencial con los planes Trabajar.

El JJDH se puso en práctica en un par de meses. Duhalde proyectaba, a ojo de buen cubero, que habría 1.200.000 inscriptos. Se quedó corto, en parte porque falló el ojómetro, en parte porque se inscribieron muchas mujeres jefas de hogar que antes no habían buscado trabajo y demostraron cumplir los requisitos: no habían sido despedidas pero eran desocupadas... El peso de las mediaciones políticas (piqueteros, intendentes, punteros) fue insignificante, mérito intrínseco de la universalidad que hace menos importantes a los intermediarios o gestores. El padrón del JJDH se cerró en mayo de 2002, cuando rondaba los 2 millones de beneficiarios, por falta de recursos asignados para atender nuevas altas. La consecuencia de esa decisión “de caja” fue que el programa dejó de ser universal, imponiendo una odiosa división entre los que habían llegado primero a la ventanilla y los que, con igual necesidad y derecho, “habían demorado” en hacerlo.

Las organizaciones piqueteras no dieron el brazo a torcer, persistieron en sus reclamos. El gobierno las habilitó a presentar nuevos aspirantes a cobrar el JJDH. Así, confeccionaban y enviaban listas, que eran validadas en función de la mejor o peor relación con el oficialismo. Como se ve, el grado de institucionalidad era parco o incluso nulo, sujeto al decurso de una compleja mediación.

Para “contener” a los desocupados, en algún momento se les facilitaron a las organizaciones disquetes que se ingresaban directamente al sistema. En el barullo, varios dirigentes abusaron de su poder para discernir entre sus propias bases, dispensar “altas” (incorporaciones) o sancionar con “bajas”.<sup>[9]</sup> El método híbrido era imposible y se sustituyó por otro, no superador... al contrario. La ministra de Trabajo, Graciela Camaño, dio forma a un plan que llevó varios nombres y terminó con la sigla PEC (“Programa de Empleo Comunitario”). “En rigor, debía llamarse PLC –bromeó más adelante un alto funcionario kirchnerista– porque era un ‘piedra libre para todos los compañeros’”. Bastaba ser pobre y necesitado para tener acceso... siempre y cuando funcionaran las mediaciones políticas y estatales. La discrecionalidad para concederlos fue bastante amplia. “Los jefes piqueteros y los intendentes, que tenían las listas desde su origen, los usaron para disciplinar o fidelizar a su gente. Gestionaron altas, pedían bajas para los díscolos”.

La gimnasia cotidiana de la mayor parte del movimiento de desocupados fue descripta sagaz y críticamente por Maristella Svampa y Sebastián Pereyra.

Existe una ambigua y fuerte relación de dependencia [del movimiento piquetero] con el Estado a partir de la institucionalización de los planes sociales [...]. Se establece una relación con los poderes públicos que tiende a desdibujar los planteos estratégicos (la demanda es por trabajo) en favor de las soluciones de corto plazo (la lucha es por los planes sociales). En el extremo, el medio pasa a transformarse en un fin en sí mismo.<sup>[10]</sup>

Carlos Tomada era uno de los señalados para asumir como ministro de Trabajo de Kirchner. Aquilataba experiencia en relaciones laborales, había ocupado cargos de rango más bajo en la cartera durante gobiernos democráticos anteriores, había integrado el Grupo Calafate, germen del kirchnerismo. Cuando se esperaba la fumata, Tomada barruntaba que no traspasaría la puerta porque la gestión cotidiana del ministerio tenía más que ver con los movimientos de desocupados que con los sindicatos. El mapa de gestión se superponía con el social. Pero Kirchner lo nombró, y él perduraría más de doce años consecutivos en el ministerio, récord absoluto en la historia, aun tomando en cuenta a quienes usurparon el cargo durante las dictaduras.

Kirchner sintetizó en consigna sus directivas para tratar con las organizaciones piqueteras: “Ni palos ni planes”. Lo de los palos ya se comentó. Lo de los planes apuntaba a la finalidad de la política laboral: integrar a los piqueteros al mundo del trabajo. Tomada revive que, cuando llegó al Ministerio, los manifestantes pedían alimentos, kilos de pan y carne. Y que él pensaba: “El día en que haya trabajadores reclamando más derechos en vez de bolsones de comida vamos a empezar a salir del infierno del que tanto habla Néstor”.

El tránsito no fue inmediato,<sup>[11]</sup> sencillamente porque no resultaba posible abolir los planes sin dilación; se mantuvieron un tiempo, entonces, como instrumento para compensar la pobreza y contener a las organizaciones, y para intervenir en la interna de los movimientos de desocupados, en la medida en que beneficiaban en especial a algunos en detrimento de otros. Se bancarizaron los pagos, un modo eficaz de controlar a los mediadores, que dejaron de intervenir en la entrega de

dinero. Un esfuerzo significativo, que se sostenía sacándoles el máximo provecho a los recursos de un Estado desvencijado. Se atravesaba un estadio provisional, a superar, porque en simultáneo se propiciaba el marco para que los desocupados dejaran de serlo.

La interpretación monocausal es la jactancia de los perezosos. Es “normal” explicar el éxito de Kirchner como consecuencia del “viento de cola”, en especial por el incremento del precio internacional de las *commodities*, con la soja a la cabeza. La lectura no resiste el menor análisis, como ponen en evidencia las objeciones y resistencias que suscitaron todas las medidas. No se trata de negar las condiciones favorables del contexto internacional pero, para capitalizarlas, fue preciso elegir una alternativa entre tantas posibles.

Se ensayó un modelo nekeynesiano, centrado en la generación de empleo y la redistribución del ingreso, que alentaba la reindustrialización. El crecimiento del producto bruto interno (PBI) a “tasas chinas”, las más altas del mundo, fue un criterio argentino que otros países de la región relegaron a segundo plano, en función de sus prioridades. La referencia vale doble porque los valores internacionales de las *commodities* mineras o el petróleo superaban los agropecuarios.

Sinteticemos el círculo virtuoso keynesiano: crecimiento, distribución, empleo, consumo popular, demanda, fortalecimiento del mercado interno, crecimiento, redistribución del ingreso.

Recuperar la “capacidad ociosa” de la mano de obra y de las industrias era fácil, pregonan los sabios de la tribu que hubieran escogido otros derroteros. Cualquier alternativa en la acción jerarquiza metas, las escalona o relega.

Consagrar recursos a la industria, regular las importaciones, transferirle vía subsidios o exenciones impositivas parte de la renta agropecuaria capturada por las retenciones, significaba reducir el ahorro inmediato en pos de cambiarles la vida rápidamente a millones de personas. Nuestra cultura política es igualitarista, más que en otras comarcas, tal como supo explicar y describir, como pocos, el politólogo Guillermo O’Donnell. Se puntualiza, con mayor o menor entusiasmo, que el igualitarismo conspira contra el crecimiento económico.[\[12\]](#) Desde 2003 hasta, por lo menos, fines de 2011, los gobiernos pudieron conciliar los dos objetivos, sobrellevando la crisis financiera mundial de 2008 y 2009 y conflictos internos sensibles.

Como reconocieron en 2005 dos economistas insospechados de populismo, el motor del crecimiento se asentó en “la industria, la construcción y luego los servicios [...] el impacto del precio de los granos es menos relevante en el nivel de la actividad: el PBI no se mide en dinero sino en unidades físicas”.[\[13\]](#)

El combo incluía variables que se cruzaban y potenciaban: crear trabajo y aumentar el nivel de empleo registrado suponían acrecentar el poder relativo de los sindicatos; mudar a los jefes de hogar de su ensimismada depresión al trabajo era un modo, también, de regenerar la dinámica de las

familias. El kit remataba en la aprobación ciudadana, sostén de la paz social. Ideología por todos los poros, aunque, si usted quiere, puede llamarla “populismo”. Por ahí sería más atinado pensarla como la adecuación accesible del Estado de Bienestar a las coordenadas del siglo XXI. O como una relectura del primer peronismo, tan bien explicado por Jauretche. El consenso democrático es concomitante con la aprobación de las mayorías, sólo accesible si se consultan sus intereses y se atiende la aspiración igualitarista.

Exportar soja y productos primarios con términos de intercambio propicios no bastaba para cerrar el círculo. El resto lo añadía la política, que debía crecer a lo pampa, *pari passu* con el PBI. Kirchner se lo explicó a Tomada muy pronto. El ex ministro lo recuerda bien. Estaban en el despacho presidencial que, como cuadra, tiene una mesa directorio de noble madera, inmensa. En el medio, un cenicero grande tal vez pero perdido en la inmensidad del mueble.

[Le llevé] un proyecto equilibrado, uno de los tantos discutidos con mi equipo y algunos sectores sociales. Le señalé los puntos a favor, los límites, las críticas. Entonces, Néstor me dijo: “Mirá, Carlos, valoro mucho lo que hacés, el esfuerzo de traer propuestas equilibradas que se pongan en marcha. Pero esto tiene el tamaño de este cenicero. Ahora, la política es hacer que este cenicero, donde vos ponés la medida, sea grande como esta mesa. Lo que tenemos que buscar es agrandar el cenicero. La política, Carlos, es correr los límites cada vez más, en especial para incluir.[\[14\]](#)

A los tres meses de asumir, Kirchner anunció en la Casa Rosada el Plan Nacional para la Regularización del Trabajo (PNRT), que se implementaría en septiembre de 2003 y dotaría a la cartera laboral de más personal y mejor tecnología. Se adelantaba a la dinámica social, porque en la segunda mitad de 2003 casi nadie pedía empleo de calidad: bastaba con conseguir algún conchabo.

El propósito fundante, reparar los daños infligidos por el neoliberalismo y la dictadura, abría un porvenir impreciso, no subsumido en las referencias del pasado. Una búsqueda que se dibujaba en el trayecto.

El menemismo demolió la industria nacional y las conquistas que todavía subsistían en los años noventa. El gobierno de la Alianza bajó el importe de las jubilaciones, medida insensible e inconstitucional.

Una matriz desarrollista acriollada permea el pensamiento nacional-popular. Esa matriz supo sostenerse en algunos pilares y objetivos: industrialización sustitutiva de importaciones, grandes fábricas, laburantes que comenzaban y terminaban su carrera en una misma empresa o en el mismo ramo. En un nuevo sistema económico mundial, se revelaba imposible retornar, recrear, reformular (u otros vocablos que empiezan con “re”) esos parámetros. Sin embargo, si advertir las restricciones del nuevo escenario estaba al alcance de la mano, no resultaba tan evidente cuál podía ser el nuevo “modelo”. La expresión, cara a la narrativa kirchnerista, jamás me sedujo: por eso la encierro entre

comillas. Un modelo entraña un grado de coherencia y previsibilidad inaccesible en la realidad. El periodista Alfredo Zaiat propugna con perspicacia hablar de “proyecto político”.

Tomada anunciaba en la Casa de Gobierno, mes a mes, la cantidad de empleos creados. Reincidía, más vale, porque la trepada rompía récords. La fuente era la Encuesta de Indicadores Laborales (EIL), y el dato duro, los aportes patronales: nadie miente “a más” cuando le paga al Fisco.

Tomada, el ministro que en 2003 dudaba de que llegaría a serlo, gestionó el itinerario de los planes al trabajo... y de la política laboral clásica a la incorporación de políticas sociales del siglo XXI como la AUH.

Es un hombre temperamental, afectuoso en el trato, dado al abrazo, la risa y sensible hasta las lágrimas cuando se emociona. Su *look* público podía confundir: solía exhibir un talante serio, con las cejas fruncidas, los brazos cruzados sobre el pecho... es el que se calza para manejar con pulso y mano firme las negociaciones, su mayor especialidad. Mano a mano o como orador político-militante, el registro se amplía hasta poder compartir los saberes, las emociones, y contagiarlas.

Su mejor bagaje técnico, cuando llegó a la cartera, se centraba en la negociación colectiva. Compartía con Kirchner la visión “laborista”; ambos imaginaban la restauración de un sistema productivo con trabajo registrado, protegido y bien remunerado para toda (o gran parte de) “la clase obrera”.

Los funcionarios se van capacitando y esclareciendo (¡o no!) a medida que despliegan su labor. Tomada aprendió a expandir la mirada, incorporar los datos y mensajes de la sociedad a su programa. El contacto con sindicatos y trabajadores le amplió el repertorio, al que agregó las jubilaciones a quienes no tenían aportes o la AUH, ajenas al repertorio nacional y popular antes. Haber formado un equipo que combinaba técnicos con rodaje, sangre nueva, militantes con saberes, académicos (no necesariamente peronistas todos) fue otro de sus méritos. Perduró doce años porque supo ser el mismo cambiando, la base genuina de la acción política.

El kirchnerismo reactivó y recreó las convenciones colectivas, el Consejo Nacional del Empleo, la Productividad y el Salario Mínimo, Vital y Móvil. Esas instituciones preexistían, pero arrumbadas en el altillo, desnaturalizadas desde los noventa por la realidad económica y la orientación de los gobiernos neoconservadores. La restauración implantó rutinas anuales con capacidad para escenificar y encauzar el conflicto entre el capital y el trabajo.

Los aumentos previsibles, repetidos, regularizaron la dinámica gremial. Como las estaciones del año, un ciclo armoniza la existencia, permite planificar y da sentido.

El Estado convocaba, intervenía como mediador. Si no había acuerdo, “laudaba” (resolvía los términos de la convención colectiva). Lo que se puso en acto y ganó terreno año tras año fue un

ámbito tripartito en el que se reunían representaciones empresarias, gremiales y el Estado.

Programados, regulados legalmente, se ajustaban a fechas prefijadas.

La carencia de institucionalidad es anatema contra el kirchnerismo para la Vulgata dominante. Las instituciones laborales fueron recompuestas o creadas por un “régimen” al que se culpó de arrasarlo o despreciarlo.

El rol del Estado en las tratativas es convocar, buscar acuerdos, laudarlo-decidir si no hay consenso entre las partes. El gobierno no fue un tercero ajeno, ni un árbitro neutral. Se involucró activamente para emparejar la intrínseca desigualdad entre clases. En esa lid, manejó la conciliación obligatoria con frecuencia. Escatimó hasta rondar el cero el recurso de sancionar sindicatos con la pérdida de la personería. Y jamás, en doce años, declaró ilegal una huelga. Son atribuciones legales, su uso pródigo o avaro explica mejor que los discursos la inclinación de la política laboral.

Los indicadores del período presidencial de Kirchner 2003-2007 son formidables, sobra comentarlos: los números hablan o gritan.[\[15\]](#) En el lapso que va de 2003 a 2008:

- El nivel de desocupación descendió del 17,8 al 8%.
- Se crearon, en el empleo formal o registrado, 1.807.000 puestos de trabajo.
- La tasa de empleo no registrado descendió 12 puntos porcentuales: del 49,1 al 37%.
- El salario real aumentó un 34% entre 2003 y 2007.
- La cobertura previsional se amplió más del 15%, del 68,64 al 84,32%.
- Los convenios colectivos pasaron de 380 anuales a 1027, y por rama de actividad, de 65 a 336. Sobre este último punto, vale decir que todos elevaron el valor adquisitivo de los sueldos y los derechos sociales.[\[16\]](#)

La aspiración de máxima de incluir a los que estaban “afuera” (del mundo de la producción y en buena medida de las representaciones políticas) no alcanzó, sin duda, al ciento por ciento... ni hubiera podido llegar a hacerlo si no se reacomodaban otras facetas de la economía. Las novedosas morfologías de la clase trabajadora y del mercado laboral no se correspondían con las de cuarenta años atrás ni era posible recobrarlas. Se elevó el techo o se perforó, pero no se llegó al cielo.

Como describe el economista Matías Kulfas: “El optimismo del primer kirchnerismo –convencido de que el crecimiento económico terminaría de incluir a los que estaban afuera– chocaba contra un mercado laboral que no tenía dinamismo”.[\[17\]](#)

La resurrección de la industria, herramienta veloz y eficaz para crear puestos de trabajo, se encontraba con sus límites y contradicciones.

Cambiarles la vida a millones de argentinos no bastó para contener a la totalidad de la clase trabajadora. El economista Fernando Porta apuntó que el nuevo porcentaje de desempleo era

sensiblemente mayor al de la década del setenta (cuando rondaba entre 2,5 y 3%) y del ochenta (que rondaba el 5%).[\[18\]](#) Para avanzar, concluía que era necesario cambiar la matriz industrial del país.[\[19\]](#) Y precisaba que ese desafío requería nuevas políticas industriales, *aggiornando* las primeras intuiciones del kirchnerismo. Esa tesis fue una de las mayores enseñanzas reescritas por el maestro Aldo Ferrer en sus últimos años de vida.[\[20\]](#)

En 2001 parecía que la Argentina encajaba en el escenario descrito por el sociólogo francés Robert Castel en la frase del epígrafe: el fin de la sociedad salarial. La mutación se hizo sensible en la organización política del peronismo. El desplazamiento de la hegemonía sindical a la del territorio (provincias, municipios, barrios) fue una transformación clave que comenzó a gestarse en 1983, y se aceleró durante los gobiernos menemistas y de la Alianza.[\[21\]](#)

El pasmoso cambio de paradigma promovido por el kirchnerismo convulsionó esa foto. El cuadro general, superador, se mestizó sin revertirse plenamente, sin regresar a los dorados treinta años posteriores al 45. Era imposible ese regreso pendular al punto de partida que pervivió hasta mediados de los setenta.

En aquel entonces, la cultura del trabajo vertebraba nuestra sociedad. Altos índices de empleo y de afiliación sindical marcaban un récord entre los países vecinos e incluso resultaban elevados en las ligas mundiales. Mayormente, el que trabajaba “paraba la olla”. La desigualdad existía, claro que sí, entre sectores productivos, regiones y provincias... pero palidecía si se la coteja con la del siglo XXI. Ahora hay trabajadores con conchabo que son pobres, que no paran la olla o sobreviven a los saltos. La vivencia es exótica en la trayectoria argentina. El descenso del índice de desempleo no termina de definir la elevación de la clase obrera. Sólo para comenzar, debe conjugarse con la existencia de un tercio de la clase trabajadora sumido en la informalidad, con una notable brecha entre los salarios más elevados y los más bajos aun en el conjunto de los formalizados. La desigualdad dentro de la clase trabajadora supera la de cualquier otro momento histórico.

El mejor recurso para combatir el empleo informal fue la creación de empleo decente. La parte del león la nutría la política económica. La cartera laboral dinamizó y canalizó el proceso creando en todo el país oficinas de empleo, una de cuyas funciones es la formación y capacitación laboral. La inversión pública con esa finalidad era inédita por su magnitud y distribución territorial. Pero el descenso vertiginoso de la informalidad durante el mandato de Néstor Kirchner perdió intensidad luego, hasta quedar fijada en un tercio de los trabajadores.

Las secuelas atroces de los gobiernos neoliberales suscitaban respuestas en casi todos los países sudamericanos, cada cual con su tonalidad. En la Argentina, la miseria económica coincidía con una riesgosa etapa política. La estabilidad del sistema democrático se arrimaba al precipicio cuando llegó Kirchner. ¿Presidente por un año, como decía el editorialista de *La Nación* Claudio Escribano,

o necesitado de revalidarse día a día, como entendía Kirchner mismo? [22] La reactivación de la economía, la recuperación de poder nacional, la reconstrucción del sistema político se constituían en objetivos confluyentes y no sucesivos. Las variables que mejoraron súbita y sostenidamente a partir de 2003 fueron la gobernabilidad, la legitimidad del gobierno, el reparto de la riqueza nacional, la protección al empleo, la sindicalización. Polinómica, entonces, la ecuación. Ponerla en cuestión es válido, tal vez no lo sea tanto subestimar la cantidad de logros.

La generación y redistribución de la riqueza fortalecieron la democracia. De la Rúa, elegido con un *container* de votos para estar cuatro años, se fugó a los dos. Adolfo Rodríguez Saá y luego Duhalde debían terminar el período, dos años. “Adolfo”, el breve, duró una semana. Duhalde, un año y cinco meses. Le legaron a Kirchner un Estado que daba risa, y la ciudadanía movilizada, jacobina, habituada a salir a la calle y voltear gobiernos.

Con osadía, Kirchner fomentó la dialéctica entre varios factores que se realimentaban, sin renunciar a ninguno porque cada uno era condición de la existencia y del despliegue de los otros. El crecimiento con matriz distributiva contradecía la prédica (y los intereses) de los dueños de la economía nacional y del mundo de las finanzas. Desoírlos, alejarlos de los despachos de la Casa Rosada y los ministerios fueron decisiones arduas, sobre las que llovieron vituperios y críticas peyorativas, acompañados por resistencias crecientes.

En 2007 se había recobrado la gobernabilidad tanto como la economía y el empleo. Kulfas lo registra con agudeza infrecuente entre sus colegas: capta que los proyectos populares deben afrontar “tanto las restricciones económicas como la posición política y los conflictos con los factores de poder”. [23] Hubiera sido absurdo y suicida posponer la construcción de la legitimidad de ejercicio, correlativa al ascenso de los sectores populares. La supervivencia y la viabilidad del gobierno popular son tan imperiosas como las de ciertos fundamentos económicos, máxime cuando se trata de ver la luz desde el fondo del pozo.

Crecieron y mutaron cualitativamente el PBI, la industria, el universo de trabajadores empleados, el sistema político. Sin palos, con la idea fija del crecimiento direccionado, la proporción de beneficiarios de planes mermó merced a su ascenso a la condición de trabajadores dependientes: no se los reprimió ni se los domesticó. La notable reconversión progresista no fue bastante para conseguir bienestar para todos ni tampoco toda la igualdad deseable.

Ateo respecto de “la mano invisible del mercado”, el kirchnerismo por ahí imaginó un despliegue continuo e imparable del modelo, una suerte de “mano invisible del consumo y la demanda”.

El gobierno autónomo de los factores de poder, un gran paso adelante, se probó insuficiente.

Sonaría la hora de recapacitar, sumar herramientas y sofisticar el proyecto: regenerar el poder del Estado, decidir la recuperación de los fondos del sistema jubilatorio. Otro testimonio del aprendizaje, la Asignación Universal por Hijo, reemplazaría por un derecho la discrecionalidad de los “planes”. Queda para el debate contrafáctico e irrenunciable si las mejoras pudieron y debieron ponerse en práctica antes.

---

[8] Duhalde contaba que le pidió cooperación porque los argentinos sufrían mucho, y el entonces presidente español le contestó que sus compatriotas habían sufrido más de treinta años las secuelas de la guerra civil. La solidaridad hispanoamericana, vista desde la derecha...

[9] Aníbal Fernández refiere otro ejemplo de arreglos cotidianos entre funcionarios y piqueteros, más rudimentario y menos institucional que el disquete. En 2001 era ministro de Trabajo de la provincia de Buenos Aires, durante la gobernación de Carlos Ruckauf, y los cortes de ruta estaban a la orden del día. Tenía una buena relación con un dirigente piquetero de los considerados duros, pongámosle P. “Nunca aparecíamos juntos porque eso podía debilitarlo ante su gente –asume campechano Fernández–,

pero acordábamos cosas. Y los dos cumplíamos los pactos”. Uno era restringir los cortes a la mitad de la ruta. Una tarde, P. y su gente ocuparon toda la ruta. Fernández intentó comunicarse con él para disuadirlo, pero no logró dar con su paradero. Al día siguiente le reprochó: “¿Cómo no me avisó? ¿Cómo no pude dar con su celular?”. “No me comuniqué porque estaba en la pura ruta. Y no tengo celular porque no puedo pagarlo”, argumentó, acaso chicaneó. “Ese mismo día le empezamos a pagar el celular”, explicó Fernández.

[10] *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 200.

[11] Cabe precisar que los beneficiarios del plan JJDH eran alrededor de 2 millones al comenzar 2004. Con números menos confiables, los PEC se ponderaban entre 250.000 y 400.000. Los planes Trabajar distribuidos *a piacere* por el gobierno de Fernando de la Rúa fueron aproximadamente 100.000.

[12] Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, por caso, sostienen: “Proponemos la idea de que consideraciones de distribución muy específicas a la Argentina llevaron frecuentemente a la adopción de políticas que acabaron siendo desfavorables al crecimiento económico. [...] Sólo argumentamos que [...] las opciones redistributivas acabarían teniendo un costo en términos de crecimiento económico” (*Entre la equidad y el crecimiento. Ascenso y caída de la economía argentina, 1880-2003*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 77).

[13] Javier González Fraga y Martín Lousteau, *Sin atajos*, Buenos Aires, Temas, 2005, p. 175.

[14] *Un legado de trabajo*, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo, 2015, p. 17.

[15] Agradezco a Sebastián Etchemendy por el cuidado con que rastreó estos datos. En su mayoría, provienen de estadísticas del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, con excepción de la información sobre cobertura previsional (tomada de un trabajo comparado del Banco Mundial) y sobre el salario real de los trabajadores registrados (tomada de Sebastián Etchemendy y Ruth Collier, “Golpeados pero de pie: resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina”, *Postdata*, 13, 2008, sobre la base de datos de la Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales [SSPTyEL]).

[16] Es arduo agenciarse data certera sobre el número de trabajadores sindicalizados. Los gremios abultan su número de afiliados por conveniencia, a menudo. Hay que rebuscársela con otras referencias. La “cuota solidaria” es el mejor. Consiste en el aporte de los empleados al sindicato, descontado de su sueldo. Vale para los que están formalmente afiliados más los cubiertos por las convenciones colectivas, así no lo estén. La contrapartida es la cobertura salarial y el uso de las obras sociales.

[17] Matías Kulfas, *Los tres kirchnerismos. Una historia económica de la Argentina, 2003-2015*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, p. 139. Un trabajo recomendable en todo sentido, desde la tipología que propone el título.

[18] “Siendo que aparece una manifiesta dificultad para perforar ese piso, creo que a esta altura podríamos considerar que se trata de una tasa de desempleo estructural, es decir, que no depende estrictamente del ciclo económico. Sólo al efecto comparativo, recuerdo que la tasa de desempleo estructural a principios de los setenta era de 2,5 a 3%, y en la década del ochenta, entre 4 y 5%. Que esta economía se desenvuelva en la actualidad con una desocupación estructural del 7% señala que estamos frente a un problema importante y serio, más allá de reconocer que hemos sido capaces de llegar a esta situación partiendo de un desempleo del 24% en 2002” (Fernando Porta, “Competitividad, productividad y el rol del sindicalismo”, en *Situación de la industria: desafíos en un mundo en crisis*, Documento de Debate, FeTIA-CTA/CEFS, Buenos Aires, 2014, p. 3).

[19] “Tenemos un nuevo régimen de crecimiento derivado de un cambio importante en las condiciones macroeconómicas y, sobre todo, en la concepción de la política económica, en particular por los estímulos sostenidos a la expansión de la demanda interna y por el nivel de tipo de cambio. Al mismo tiempo, puede decirse que se trata de la misma estructura económica –heredada de la transformación de los noventa y de la racionalización forzada por la recesión y crisis del 98 a 2002–, caminando sobre un sendero macroeconómico diferente. Esta cuestión no es menor porque, ciertamente, ha permitido expandir el ingreso, apuntalar la redistribución del ingreso, ocupar mano de obra y mejorar la cobertura y el impacto de las políticas sociales. Pero esa estructura productiva pone límites severos a la posibilidad de sostener y profundizar esos procesos, una vez que la coyuntura internacional se torna relativamente restrictiva y que las políticas de expansión de la demanda se debilitan” (Fernando Porta, ob. cit., p. 4).

[20] “En los últimos doce años, la recuperación del empleo y producción industriales es notable. Pero ha vuelto a reaparecer la restricción externa, precisamente vinculada a las debilidades de la estructura industrial. Se plantean, entonces, dos cuestiones fundamentales. Por una parte, el régimen económico necesario para impulsar la inversión, el cambio técnico y el empleo industriales, a niveles crecientes de productividad, salarios reales y ganancias. Por la otra, la formación de la estructura productiva necesaria para eliminar el déficit en el comercio internacional de manufacturas de origen industrial, concentrado en los sectores de mayor contenido de valor agregado y tecnología (autopartes, electrónicos, bienes de capital, productos químicos)” (Aldo Ferrer, “Nuevos principios...”, *Página/12*, suplemento “Cash”, 16 de agosto de 2015).

[21] El politólogo estadounidense Steven Levitsky describió ese proceso en un libro insuperado: *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista. 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

[22] Ernesto Semán cuenta que en 2003 un importante funcionario del gabinete de Kirchner le dijo: “Algo que pasa acá es que uno siempre piensa que le quedan veinticuatro horas” (verdad I de “Las veinte verdades”, disponible en [panamarevista.com](http://panamarevista.com)).

[23] Matías Kulfas, ob. cit., pp. 44-45.

## 5. El día que los derechos humanos volvieron

La cola en la Plaza de Mayo era interminable, se renovaba y extendía constantemente. Avanzaba con parsimonia y sin pausa: la muchedumbre conseguía entrar a la Casa de Gobierno para despedir a Néstor Kirchner.

Durante la mañana me quedé allí un buen rato. Miré y escuché mucho; charlé poco. Cuando se acercó la hora del programa, caminé despacio hacia Radio Nacional. Al terminar y salir del estudio supe que la directora, María Seoane, se había ofrecido a llevarnos en una combi de la radio a los periodistas y otros laburantes que quisiéramos asistir al sepelio.

El chofer trató de entrar por un portón lateral, donde se suponía que contaba con autorización. Pero los policías que lo abrían y cerraban no estaban convencidos de permitir el paso de tantas personas. Seoane se bajó, comenzó a parlamentar.

La combi se apartó del portón y dejó lugar a una fila larga de autos oficiales: buenas marcas, vidrios polarizados, casi siempre choferes al volante. Yo rondaba por ahí, con una compañera, colega y amiga, pensando si volvía a la plaza, esperaba el resultado de la gestión de Seoane o me las rebuscaba para colarme con algún otro funcionario. Las autorizaciones allende el portón fluían lentas.

De pronto uno o dos policías empezaron a gritar a los choferes (o a los autos, ahora que lo pienso): “¡Córranse, córranse! ¡Abran paso, que viene la combi de las Madres!”. Las fuerzas de seguridad son verticalizadas, ajenas a la inspiración o a la rebeldía: cumplían órdenes expresas o implícitas.

La combi que pasaba antes que los ministros o gobernadores (para no mencionar a los empresarios, los banqueros o los obispos) constituía en sí un dato, y a la vez un símbolo. Años atrás esas mismas viejas –como se las llama con afecto– no conseguían siquiera una reunión con los presidentes. Ingreso limitado a los despachos oficiales, cuando no vedado.

El Juicio a las Juntas Militares fue una iluminación del presidente Raúl Alfonsín.

En 1985, a contados años del golpe militar y el genocidio, casi en seguida. En el mundo entero existen escasos términos de comparación para ese acierto rebosante de coraje: el presidente se ubicó

a la vanguardia de la sociedad, que en general no reclamaba tanto. Los organismos de derechos humanos sí: exigían eso y más. La consigna “Aparición con vida”, de los primeros años de la dictadura, había derivado con el tiempo en la más realista “Juicio y castigo a los culpables”.

Si el movimiento de derechos humanos jamás fue monolítico o unánime, en democracia esas diferencias se acentuarían, y los senderos se bifurcarían al vaivén de las circunstancias.

El Juicio a las Juntas dividió a militantes, luchadores y víctimas. Para algunos constituía lo mejor que podía hacerse; para otros, la limitación a un número acotado de jefes militares, de altísimo rango político y castrense, era inaceptable.

El proceso oral transcurrió con restricciones que revelaban los temores propios del momento de transición. Por ejemplo, no se televisaron en vivo las audiencias orales, aunque eran públicas, para no irritar a las Fuerzas Armadas: sólo se permitió la reproducción de breves escenas sin audio en los noticieros de la noche. Dentro de la Sala de Audiencias, se prohibió a las Madres y a las Abuelas que llevaran en la cabeza su pañuelo blanco distintivo.

Cuando se pronunció la sentencia (muchas condenas a penas muy altas, alguna menor, algunas absoluciones),[\[24\]](#) la concurrencia estalló en aplausos. León Carlos Arslanian, el presidente del tribunal, levantó la sonora voz y gritó: “¡Silencio o desalojo la sala!”. Las voces se acallaron relativamente pronto.

Hubo audacia en lo esencial, mientras sobrevolaban las prevenciones. Los militares, retirados o activos, celaban. No estaban solos.

El fallo sembró semilla por su ejemplaridad y porque su parte resolutive indicó la necesidad de investigar otros crímenes y a otros sospechosos. La pasividad social y la aquiescencia del Poder Judicial se transformaron en activismo. El periodismo agregó su cuota, con responsabilidad y profesionalismo o bien con el montaje de un show del horror, un despliegue de morbo.

Los argentinos conocen muy bien esa etapa. Se abrieron causas, subió el furor de los implicados y de sus compañeros de armas, pero también el de los empresarios afines, la derecha nativa ideológica y fáctica.

En 1986, con la legitimidad en baja, el gobierno de Alfonsín quiso mitigar la proliferación mediante una normativa de nombre significativo: la Ley de Punto Final. Estipulaba una fecha límite para iniciar procesos nuevos: en principio, aunque con excepciones, a partir de ese momento ya no se admitirían otros. La medicina surtió el efecto contrario al esperado: se aceleró la presentación de denuncias ante los Tribunales. Los fiscales, por convicciones o por oportunismo, les dieron cabida.

Los aprietes militares tomaron estado público: se produjo el primer alzamiento de los “carapintadas”. En 1987 Alfonsín envió al Congreso el texto de la Ley de Obediencia Debida, que restringía aún más la perspectiva de ahondar en la búsqueda de verdad y justicia. Las polémicas fueron *in crescendo*; el oficialismo consiguió –debió sudar para hacerlo– la aprobación.

Hacia fines de 1990 el presidente peronista Carlos Menem emitió un decreto por el cual indultó a los condenados o los procesados celeberrimos, así como a los ex guerrilleros que también eran juzgados o buscados.

Los dos grandes partidos populares intentaron cerrar una etapa.

Una movilización flaca, convencida y dolorida, se congregó en Plaza de Mayo el 30 de diciembre

bajo un sol africano. Se percibía la conclusión, de manera muy cruel, de una etapa.

—¿Qué harías si te toparas con el dictador Jorge Rafael Videla en un colectivo? —me preguntó una colega entrañable, de una radio trucha.

—No importa mi reacción individual, la de alguien que no es un damnificado directo del genocidio —contesté—. Lo importante, lo que deseo, es que Videla no se pueda subir tan campante a un colectivo. Que los transportados, la calle, la gente se lo hagan imposible. Que lo repudien, que lo reputeen.

Hoy suena a poco, a resarcimiento elemental. En aquel momento crepuscular, en cambio, era bastante pedir.

Los organismos de derechos humanos, las víctimas sobrevivientes y los familiares no bajaron los brazos.

Un despliegue de acción y creatividad avivó el seso de dirigentes y abogados. Imposible enumerar todos los logros que se concretaron, pero entre lo esencial conviene recordar que la Ley de Obediencia Debida admitía un resquicio contra la plena impunidad.

Fue exigido por el senador Elías Sapag, del Movimiento Popular Neuquino, el partido provincial más perdurable y votado de los últimos cuarenta años. Una herida familiar incitó al senador, cuyo voto era decisivo para que hubiera mayoría en la Cámara: sus dos sobrinos desaparecidos (Ricardo y Enrique Sapag, hijos de su hermano Felipe, varias veces gobernador de la provincia). Reclamó y consiguió que se excluyeran del manto de protección legal a los autores de “crímenes atroces y aberrantes”, con especial referencia a los llamados “robos de bebés”, nombre coloquial de la apropiación y entrega de niños nacidos en cautiverio o secuestrados y privados de su identidad desde muy pequeños. Por su perversidad, estas causas despertaban una conmoción extendida. Excluidas de la amnistía, podían terminar en condenas para los acusados.

Algunos tribunales sensibles habilitaron los Juicios de la Verdad, como se los llamó: tramitarían el develamiento de los hechos pero no podrían dictar condenas. La modalidad, honrar el derecho a saber aunque dejando en suspenso la pretensión punitiva, obró resultados contundentes. La opinión pública avistó la magnitud del plan sistemático de la dictadura; la agenda de personas del común adicionó nombres y perfiles de represores.

Las víctimas regaron de denuncias y reclamos los juzgados de otros países, celosos de los crímenes perpetrados contra sus nacionales, que en Europa suelen ser los nativos y sus descendientes.

Los testigos de cargo fatigaron otras latitudes con denuedo y contados recursos económicos. Se les hizo rutina la actualización de los pasaportes. También la repetición de sus padeceres, la evocación de las torturas y los vejámenes. Vale la pena detenerse un momento y meditar sobre cuánto dolor y sufrimiento se acumula al narrar una y otra vez los dolores más grandes de la existencia. Pensemos cuánto cuesta reexaminar las circunstancias tristes de la vida personal: un divorcio, un asalto, un dañino choque de autos. Si elevamos ese sufrimiento a la enésima potencia, nos quedaremos cortos.

Se abrieron expedientes en Francia, Italia, España y Alemania. Pero la influencia mayor en la historia por venir gravitaría desde España. A instancia de abogados argentinos, el magistrado Baltasar Garzón consideró que existía una competencia universal para juzgar los crímenes de lesa humanidad.

Centenares de querellantes peregrinaron hasta el estrado de Garzón, quien se tomó muy a pecho su labor y su deber. La cobertura de los diarios locales lo convirtió en un protagonista conocido en la Argentina. Su Señoría es un tipo parco y reservado, hosco a la primera mirada. También es un andaluz que se ilumina cuando habla de su *métier*, de toros o de fútbol. Vivaz, adicto al trabajo, personalista y obsesivo, supo ganarse un sitio de honor en la historia argentina.

Los expedientes se multiplicaban. El terrorismo de Estado en el lejano sur era parte de su competencia, la más nutrida dada la dimensión de nuestro movimiento de derechos humanos.

Garzón exploraba otros genocidios. Fue tapa de diarios de todo el mundo cuando, en un raptó de coraje e ingenio, el 10 de octubre de 1998 pidió la extradición del dictador y represor chileno Augusto Pinochet. Relajado, con la convicción de que era impune –Chile rechazaba la demanda–, el senador vitalicio Pinochet había viajado a Londres. Con los recursos de un juzgado de provincia, Garzón se puso en acción y concretó una de las mayores proezas de un magistrado en el siglo XX. Convocó a un empleado de su juzgado –uno solito– y empezó a redactar y a dictarle el requerimiento de extradición. Fue una noche febril: Garzón leía, corregía en voz alta, corría contra reloj. Ya avanzada la madrugada, el empleado, que había guardado silencio hasta entonces, le preguntó:

–Señoría, este hombre que usted está acusando... ¿es el que yo pienso?

–Sí, señor. Sigamos escribiendo.

El oficio judicial llegó a Gran Bretaña a tiempo y fue admitido en los tribunales. De conformidad con las normas del reino, la decisión final quedaba en manos de la Cámara de los Lores, representada por seis de ellos. Algunos llevaban toga y peluca, otros vestían trajes presentables pero no lujosos. CNN transmitió su breve debate: en una votación dividida, prevalecieron los que definieron “*General Pinochet has not immunity*” sobre los que votaron “*Free Pinochet*”. Lo rememoro y se me vuelve a erizar la piel... y eso que ni fantaseaba cuánto repercutiría acá la decisión.

Casi en simultáneo, el 24 de noviembre, fue detenido Emilio Massera, ex jefe de la Armada, integrante de la primera Junta Militar. Se lo acusaba de robo de bebés. Videla ya estaba preso por delitos similares, en *n* oportunidades, recontraprobadas.

La titular de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, apareció en la tele: se reía y celebraba, más por Massera que por Pinochet.

El cuadro argentino era complejo por demás. Genocidas conspicuos iban a juicio y eran encarcelados. Otros se guarecían bajo el paraguas de la Obediencia Debida y los indultos.

Criminales probados circulaban por las calles y –quién sabe– en colectivo.

No faltó quien hiciera alarde de sus delitos. El ex comisario Miguel Etchecolatz se burló del diputado socialista Alfredo Bravo, a quien había torturado. Sucedió en el programa *Hora clave* de

Mariano Grondona, que era reconocido como presuntamente serio. Las socorridas “dos campanas” tañían con sonoridad perversa: el sádico y la víctima, emparejados ficticiamente, relataban cada uno su versión.

Otro criminal, Julio “el Turco” Simón, era un asistente asiduo a los programas alocados de info-entretenimiento. Cotorreaba a diario con prostitutas asumidas, aspirantes a actrices o *vedettes* y ex jugadores de fútbol ávidos o necesitados de dinero o de unos minutos de fama.

Casi todos los represores seguían libres. Los cuerpos de los 30.000 desaparecidos, insepultos.

El Estado nacional reconoció una indemnización a familiares de víctimas. La compensación económica siempre ayuda, pero lo fundante era el reconocimiento de la responsabilidad estatal y de los derechos de las víctimas.

Garzón empezó a reclamar extradiciones al gobierno de Carlos Menem, quien las denegó por decreto, de un plumazo, en su totalidad. La base del rechazo era la existencia de juicios o bien el cierre de las causas en la Argentina, y la territorialidad de los crímenes: había que decidir sobre ellos allí donde se habían cometido.

La Alianza que encabezaron el radical Fernando de la Rúa y el frepasista Carlos “Chacho” Álvarez le ganó previsiblemente las elecciones de 1999 al peronismo, cuyo candidato fue Eduardo Duhalde. La idiosincrasia de Garzón anticipaba una nueva movida con el futuro gobierno.

Pocos días antes de la entrega del mando, el magistrado emitió una orden de captura internacional para 97 represores argentinos. El pedido de arresto suponía un reclamo de extradición ulterior.

De la Rúa y Duhalde anticiparon que no había margen legal para admitir la competencia del juez español. Entre ellos y Domingo Cavallo se habían alzado con más del 95% de los votos en las elecciones presidenciales. La diputada Graciela Fernández Meijide, del Frepaso, había competido sin mucha fortuna con De la Rúa en la interna presidencial de la Alianza: adhirió al sentido común de la flor y nata de la dirigencia política.

Mientras el reclamo de extradición se añejaba, en 2001 se derrumbó el gobierno de De la Rúa. La reacción oficial fue sintomática. El presidente dictó un decreto en el que negaba la extradición de cualquier persona requerida por tribunales extranjeros por crímenes de lesa humanidad.

La argumentación pública era un dechado de hipocresía. El gobierno había vivido sometido a los poderes internacionales: financieros en particular, políticos en subsidio. Dictó leyes antiobreras, como la llamada Reforma Laboral, sobre la base de que diarios como *El País*, de España, y el *Financial Times*, del Reino Unido, cuestionaban la falta de estímulos a los inversores y la mansedumbre frente a las protestas sindicales. Al aceptar que la política económica doméstica se ciñera a las directivas del Fondo Monetario Internacional (FMI), contrajo una deuda externa sideral. Votó contra Cuba en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, alineándose detrás de Estados Unidos.

Ese gobierno, entreguista y concesivo, se travistió de nacionalista para frenar la acción judicial contra los genocidas. Apeló al glosario nacional y popular en exclusiva para ese tópico: invocó el patriotismo, la bandera, la autodeterminación; apostrofó contra la intromisión extranjera.

En realidad, alambró las fronteras nacionales para darles cobertura a los genocidas. El precedente del arresto de Pinochet arrojaba una “moraleja” vergonzosa: para vivir sin sobresaltos los criminales

debían permanecer en suelo patrio. La Argentina funcionaba como su aguantadero.

El promedio daba gris oscuro, con una gama vasta de matices. Algunos jueces osados, en minoría, comenzaron a atender reclamos por la inconstitucionalidad de las leyes de impunidad.

En enero de 1998, un grupo de diputados del Frepaso comprometidos con los derechos humanos presentó un proyecto de ley para declarar nulas esas leyes: Juan Pablo Cafiero, Alfredo Bravo, Jorge Rivas, Alfredo Villalba y Diana Conti. No los acompañaron ni la conducción del Frepaso, ni el radicalismo, ni el peronismo menemista gobernante.

Bravo y Cafiero insistían y eran las caras visibles del reclamo. Con tretas y jugarretas culposas, los partidos mayoritarios se encargaron de que el proyecto cayera: el radicalismo sin fisuras, el peronismo con casi ninguna. La diputada peronista Cristina Fernández de Kirchner, rebelde en el bloque, le prometió a Bravo su apoyo si había tratamiento parlamentario. Bravo, gratamente sorprendido, se lo contó a Cafiero.

Se sucedían proyectos análogos, con la misma suerte. El 24 de marzo, la Cámara de Diputados dio media sanción a un proyecto de ley que consagraba la derogación de la Obediencia Debida y el Punto Final. El Senado lo hizo ley. Era un gesto más simbólico que efectivo porque no anulaba la protección de las leyes de la impunidad: no abría la puerta a revisiones o nuevos procesos.

La diputada de Izquierda Unida Patricia Walsh retomó la bandera desde que asumió su banca en diciembre de 2001. Redactó y buscó el tratamiento de un proyecto que fulminara por nulas las leyes de la impunidad. Insistía con tesón, bajaba al recinto, nunca sola pero no suficientemente acompañada: jamás obtenía quórum.

Los presidentes Menem y De la Rúa dieron la voz de mando. Y los dirigentes de mayor rango de sus espacios les hacían coro.

Argüían que la Obediencia Debida y los indultos eran un vallado jurídico insalvable, que privaría de toda consecuencia práctica a una ley derogatoria. En sordina, discurrían que esos reclamos expresaban a vanguardias piantavotos, que la sociedad miraba hacia otro lado y privilegiaba demandas más acuciantes. Las encuestas los estimulaban y los consolidaban en sus mequinos puntos de vista.

Otro aspecto olvidado en nuestros días es que la Alianza temía perder la confianza del establishment. “Hoy derogan estas leyes, mañana derogarán otras”: la teoría circulaba en mentideros empresarios y en la City, dominada por las fuerzas financieras, que lógicamente custodiaban las conquistas sociales del poder económico, incluidas las privatizaciones. Como suelen hacer, asimilan de manera capciosa la seguridad jurídica –deseable– a la inmutabilidad eterna –ni deseable, ni posible– de normas surgidas en circunstancias excepcionales. El matutino de negocios *Ámbito*

*Financiero*, vocero de la City y los poderes fácticos, caracterizaba a Cafiero, un dirigente *aggiornado* y democrático, como “diputado de ultraizquierda”.

La masa de objetores no soñaba siquiera que en 2016 sería moneda corriente definir a la dictadura como “cívico-militar”, y que algunos empresarios conspicuos irían al banquillo en juicios que determinarían el grado de su colaboración con el terrorismo de Estado.

Su precaución no intuía tanto. Era un reflejo defensivo de los aliados de la dictadura, que vislumbraban que esos avances en materia de derechos humanos iban a damnificar otros intereses. Sus intereses.

Los antagonistas o adversarios del kirchnerismo repiten como mantra una leyenda: “Antes, las Madres y las Abuelas eran respetadas por todos; ahora se han faccionalizado”.

El repaso que venimos haciendo revela que esa versión es una mentira o un error, en los que incurren desde canallas hasta desprevenidos. El respeto, si existía, no se traducía en conductas y menos en leyes o reglas. Lo cotidiano era, más bien, el extrañamiento con que se encontraban los reclamos de las víctimas, el desamparo institucional, hasta las burlas de los represores.

En ese contexto injusto advino Kirchner. Su propósito central fue reparar los daños causados por la dictadura y las políticas democráticas abdicantes o depredadoras.

El espectro iba desde los derechos humanos hasta la pérdida de las conquistas sociales y laborales. Para ampliar su base de legitimidad concebía una segmentación relativa en etapas: lo primero era la recuperación económica, a la que sucedería, presta, la política de reivindicación de los derechos humanos.

La insistencia de Garzón, otro cabeza dura, lo llevó a retocar el cronograma.

---

[24] Jorge Rafael Videla, ex presidente de facto y comandante en jefe del Ejército, fue condenado a reclusión perpetua. La misma pena le cupo a Emilio Eduardo Massera, ex comandante en jefe de la Armada. Orlando Ramón Agosti, ex comandante en jefe de la Fuerza Aérea, fue condenado a cuatro años y seis meses de prisión. Roberto Eduardo Viola, ex presidente de facto y comandante en jefe del Ejército, a diecisiete años de prisión. Armando Lambruschini, ex comandante en jefe de la Armada, a ocho años de prisión. Todos ellos fueron sancionados, además, con la inhabilitación absoluta perpetua. Fueron absueltos el ex presidente de facto Leopoldo Fortunato Galtieri, Omar Domingo Rubens Graffigna, Basilio Lami Dozo y Jorge Isaac Anaya.

## 6. El detrás de escena de la reapertura de los juicios a los represores

Hay quienes afirman que en 2003, cuando Néstor Kirchner juró ante la Asamblea Legislativa, la situación de los procesos de Memoria, Verdad y Justicia atravesaba un momento virtuoso: era una especie de paraíso de convivencia y respeto. Lo cierto es que los organismos de derechos humanos no eran contemplados ni recibidos por los gobiernos, y la profusión de reclamos judiciales, acá y en el extranjero, agrietaba el muro de protección a los criminales pero no lo demolía. Ese supuesto paraíso es, a no dudar, una leyenda retrospectiva, alentada por adversarios políticos y también por los enemigos de la democracia: los tenaces defensores del terrorismo de Estado.

El 25 de mayo de 2003, sólo dos represores habían sido condenados, por los contados delitos que habilitaban esas sanciones: Miguel Etchecolatz y Julio Simón, estrellas de la televisión, como vimos en el capítulo anterior. Orgullosos, algunos genocidas exaltaban su acción ideológicamente. Los más lanzados o perversos repasaban con detalle sádico el abuso de violencia “propio de todas las guerras”. No era menester subirse a un colectivo para toparse con alguno.

Antonio Domingo Bussi fue jefe de la represión y gobernador de facto en Tucumán durante la dictadura. Hombre de “orden”, conservaba respeto, eminencia y todavía suscitaba temor en la población de la quinta provincia argentina medida por cantidad de habitantes y la segunda en densidad poblacional. En 1991 se postuló para gobernador, favorecido por lo que habían sido dos mandatos deprimentes del peronismo local desde 1983. Carlos Menem sacó entonces un conejo de la galera: convenció al cantautor Ramón Ortega para que le hiciera frente. “Palito” era y sigue siendo un músico popularísimo. Con su renombre y el apoyo logístico del gobierno nacional y el PJ local, consiguió batir al represor. Era una jugada única, *in extremis*: a casi nadie se le ocurren, menos que casi nadie las concreta.

Lo que Ortega obtuvo como juglar lo dilapidó como estadista: en 1995 Bussi se alzó con la gobernación. Pese a que los delitos cometidos se hacían cada vez más conocidos, la tutela legal lo cubría. A esa altura, las investigaciones locales e internacionales revelaban su récord patibulario.

En 1999, al terminar el mandato, la Constitución prohibía que fuera reelecto. Mientras su hijo Ricardo perdía por un pelito la gobernación, él buscó ser diputado nacional: el éxito volvió a sonreírle. La Cámara de Diputados, sin embargo, en sintonía con la creciente toma de conciencia, rehusó aprobarle el diploma y dejarlo entrar al recinto. Las causas invocadas eran “participación activa en crímenes de lesa humanidad” y delitos económicos cometidos en democracia. Según la mayoría de los diputados, estas razones lo inhabilitaban moralmente para ejercer el cargo.

Bussi pleiteó, el proceso transitó morosamente todas las instancias judiciales. Cuando la Corte Suprema resolvió que la Cámara se había excedido en sus incumbencias, el mandato había caducado. La sentencia terminó siendo virtual, inaplicable.

En 2003 Bussi fue elegido intendente de la histórica capital provincial: San Miguel de Tucumán.

Pero los aires de cambio que volvieron a sentirse le impidieron asumir: tres meses después de las elecciones fue detenido por el secuestro y desaparición, en plena dictadura, del militante peronista Guillermo Vargas Aignasse. Corría, volaba, el mes de octubre de 2003.

Luis Abelardo Patti no era general del Ejército Argentino en la dictadura, apenas subcomisario bonaerense. Pesaban sobre él acusaciones fundadas de crímenes de lesa humanidad, reforzadas con otras de apremios ilegales ya en democracia.

Patti alardeaba sobre el punto, como si ensalzar su brutal destreza contra el delito común fuera su credencial política. Pregonaba que el garantismo protegía a los malhechores. “No se puede hacer una investigación sin pegar dos o tres patadas en el trasero”, poetizaba. Si se entusiasmaba, suplía la metáfora por la alusión directa a la tortura.

En su pago chico, la ciudad bonaerense de Escobar, se granjeó fama de “duro”: fue intendente en dos ocasiones sucesivas entre 1995 y 2003. En 2005 se postuló para diputado nacional con su propio partido, que había nacido como Unidad Bonaerense pero entonces había pasado a llamarse Unidad Federalista. Lo acompañó el 5,92% de los sufragios válidos del gigantesco padrón, la friolera de casi 400.000 votos.

También cayó en la Cámara en un momento adverso: le rechazaron el diploma. Su derrotero replicó el de Bussi: pleiteó, la Corte le concedió la razón en 2007, lo que le franqueaba dos años en la banca. Pero ni brindar pudo porque en abril de 2008 el juez Alberto Suares Araujo lo acusó por desaparición de personas. Pidió su desafuero, que fue aprobado por los diputados, y ordenó su aprisionamiento. Sería condenado a cadena perpetua tres años después.

Los ejemplos son extremos, institucionales, mas no contradictorios con lo que dictaba el contexto en ese momento.

El statu quo era reivindicado como valioso por factores de poder cuya vigencia trasciende los vaivenes de la política democrática. Así como la tradición histórica argentina encumbra el supuesto grito de las élites porteñas en 1810 –“El pueblo quiere saber de qué se trata”–, una regla ancestral inculca al establishment adoctrinar a los presidentes para que ellos sepan o internalicen de qué se trata. Dicho con otras palabras: hay que domesticarlos, hacerlos entrar en razones.

El diario *La Nación* se encargó de Kirchner antes de que asumiera. El periodista Horacio Verbitsky lo informó, insuperablemente, en una nota titulada “Los cinco puntos”, publicada en *Página/12* el 18 de mayo de 2003. Se glosa a continuación y se recomienda su lectura íntegra.

La ofensiva comenzó por escrito en una nota publicada el 5 de mayo en el diario centenario de la derecha argentina, que fue instigador del golpe de Estado, luego su cómplice y, a su cese, encubridor. En ese rol, el vicedirector del matutino, José Claudio Escribano, tituló “Kirchner ya se mueve como si fuera presidente. Visitará a Lula y a Lagos; termina un plan de gobierno”. Una nota de la sección

política se titulaba: “El gobernador de Santa Cruz ganaría por cuarenta puntos”. El mensaje, definió implacable Verbitsky, “tenía un solo destinatario”. Citamos:

Escribano dijo que consideraba necesario imponer a Kirchner de lo que ceremoniosamente llamó “los postulados básicos” de *La Nación*, porque “seremos inflexibles en su defensa”. A continuación enumeró su pliego de condiciones, reminiscente de aquel que el ex dictador Alejandro Lanusse había tratado de imponerle a Juan Domingo Perón en 1972.

Para este recorte, transcribimos los dos primeros.

1. La Argentina debe alinearse con Estados Unidos. No son necesarias relaciones carnales, pero sí alineamiento incondicional. Es incomprensible que aún no haya visitado al embajador de Estados Unidos.
2. No queremos que haya más revisiones sobre la lucha contra la subversión. Está a punto de salir un fallo de la Corte Suprema de Justicia en ese sentido. Nos parece importante que el fallo salga y que el tema no vuelva a tratarse políticamente. Creemos necesaria una reivindicación del desempeño de las Fuerzas Armadas en el contexto histórico en el que les tocó actuar.

Escribano se los repitió a Kirchner en una reunión en el departamento de Alberto Fernández, reveló Verbitsky.

Los significantes son plenos, no dejan margen de duda. Minga de mención al terrorismo de Estado, al plan sistemático de exterminio o a la dictadura. “Lucha contra la subversión” y reivindicación del rol de las Fuerzas Armadas. El mensaje era nítido, una orden. Kirchner lo sacó con cajas destempladas, no sólo en lo gestual.[\[25\]](#)

La Obediencia Debida y el Punto Final conservaban vigencia, limada por unos pocos tribunales, en sentencias que sólo valían para los casos a los que se aplicaban. Kirchner llevaba *in mente e in cuore* suprimir esa restricción perversa.

Un nuevo escollo era el Decreto 1581 dictado en 2001 por De la Rúa, que impedía la extradición de presuntos genocidas acusados por crímenes de lesa humanidad y requeridos por tribunales extranjeros. Una puerta cerrada a cal y canto.

El presidente había ordenado estudiar cómo sortear esos obstáculos, y pensaba avanzar en esa dirección después de una gira internacional por Europa y Estados Unidos. Antes de emprender la vuelta o en el avión, el 24 de julio de 2003, se anotició de “otro” requerimiento de Baltasar Garzón. Un juez federal de deplorable trayectoria previa, Rodolfo Canicoba Corral, había decidido la ilegalidad del Decreto 1581 y había mandado proceder con la solicitud.

El primer reflejo de Kirchner fue el propio de un decisor a quien lo enfurece que le marquen los tiempos. Vituperó contra Garzón frente a la mitad de su Gabinete. Detestaba que le impusiera su ritmo. Eran dos cabezas duras que aspiraban a lo mismo, claro que en distintos roles y países.

La bronca duró un rato, tan sólo el necesario para descargarse y definir su política. Se reunió con varios ministros apenas aterrizados en la Casa Rosada, sin darles tiempo de descansar o superar el *jet lag*. “O los juzgamos acá o los dejamos extraditar”, era la consigna.

Derogó el Decreto 1581. Los ministros corrieron a explicarlo: el jefe de Gabinete Alberto Fernández a la opinión pública, el de Defensa José Pampuro a los jefes militares en actividad. Adivinen quién padeció más.

Pampuro es un dirigente hábil, del selecto elenco de los operadores, esos que articulan, roscan, tejen en las sombras. “A veces hay que hacer cosas que ni el propio presidente debe saber”, me dijeron dos de ellos, un peronista y un radical, en ocasiones diferentes.

Pampuro es hábil, coloquial, capaz de persuadir al más reticente. Carece de lo que podría imaginarse como el *physique du rôle* de un intrigante florentino. Es menudo, algo petiso, morochito, de aspecto tímido, habla en voz baja, inaudible por momentos. A primera vista parece lo que es: un médico del Conurbano bonaerense con rodaje político en su distrito, un peronista clásico. Observado con lupa, añade condiciones personales no tan obvias: es un profesional calificado, hace terapia, juega al ajedrez, habla muy bien inglés, tiene sus lecturas. Ni su profesionalidad ni sus recursos mitigaron la furia militar. En trances límite, el cuerpo refuta lo que la lengua relata: cuando Pampuro refería que todo estaba en orden, el rostro lívido denunciaba otro cuadro. Haciendo gala de una simplificación que bordeaba la falacia, declaró a la prensa que los mandos militares aceptaban la decisión. Pero se sabe que sudó tinta. El consenso unánime no existía: la voluntad política reescribía el mapa.

Como fuera, se avanzó. La alternativa “acá o allá” era ajena a la voluntad de Kirchner, porque su propósito era “acá”. El Ejecutivo actuaba como punta de lanza, los otros dos poderes del Estado debían estar a la altura del compromiso. Cabía al Congreso sancionar la inconstitucionalidad de las leyes que un sector de la sociedad, la política y los medios apodaban “de la impunidad” y otros, “del perdón”. La diferencia distaba de ser sólo léxica...

Kirchner compelió al Congreso a declarar nulas de nulidad absoluta e inconstitucionales las leyes de la impunidad. Había aterrizado en la Casa Rosada con votos prestados; los diputados o senadores que le respondían fielmente se podían contar con los dedos de una mano, y en una de esas sobraban. Los dedos, claro. Su voluntad logró traccionarlos. Lo alentaba la convicción, tanto como una lectura propia y audaz de la correlación de fuerzas en la sociedad civil. Los finales abruptos y sanguinarios de las presidencias de Duhalde y De la Rúa habían impactado en la sensibilidad mayoritaria. Los fracasos económicos sazocaban el menú. Se abría una fisura en la que se podía “colar” la reparación histórica. En una sociedad compleja, los estados de ánimo colectivos no son eternos: hay que captar el momento.

El Congreso dictó una ley semejante a las que habían impulsado, como ya se glosó, Alfredo Bravo y Juan Pablo Cafiero primero, Patricia Walsh después. El presidente capitalizó el viento de cola político que él mismo había desatado. Los peronistas lo acompañaron, más verticales al poder que al contenido, conforme su idiosincrasia.

Los diputados radicales se opusieron argumentando que era intangible la legalidad. En 1987 alegaron que se habían visto forzados *in extremis* a dictar la Obediencia Debida para defender el sistema. Describiendo una tensión política profunda, el diputado Federico Storani expresó que “votó con náuseas”. A quince años vista podrían haber obrado de otro modo, pero casi todos se quedaron firmes en el pasado. Invocaban la seguridad jurídica y la irretroactividad de las leyes, como afirmó el diputado Pascual Cappelleri en la Cámara. Pero leyes que vulneran derechos humanos esenciales no justifican esa tutela, a la luz de tratados internacionales y jurisprudencia universal. Los radicales incurrieron en los mismos argumentos de la Junta Militar para defender su Ley de Autoamnistía, esa que el presidente Raúl Alfonsín derogó de un plumazo en sus primeros y mejores pasos. Si las normas habían sido arrancadas de prepo, carecían de validez jurídica y moral. No hubo unanimidad entre los radicales: algunos apoyaron a Kirchner, honrando la mejor tradición de su partido. En Diputados, la mayoría fue cómoda, diferencia que fue superada en el Senado.

El ex presidente Duhalde, en consonancia con el vicepresidente Daniel Scioli, objetaba la anulación, para preservar una improbable “unión de los argentinos”. Cuando llegó el momento de levantar las manos en la Cámara Alta, ordenó a los dos senadores bonaerenses que le reportaban (Antonio Cafiero y Mabel Müller) que acompañaran la iniciativa de Kirchner. Eso se llama olfato.

Con un largo 90% de los legisladores en contra o desdeñosos de la importancia de esa política de Estado, Kirchner cambió la historia. Eso se llama liderazgo.

En tiempos de Menem, las leyes de la impunidad habían sido derogadas, un gesto amable sin especiales consecuencias prácticas. En 2003, el horizonte que se despejaba era sustancialmente distinto. Las normas se fulminaban como nulas, en consonancia con tratados internacionales que se aprobaban en conjunto. Y una vez nulas, insanablemente reabrían la perspectiva de juicio y castigo a los culpables.



Julio Nazareno, presidente de la Corte menemista, junto a otro impresentable: Eduardo Moliné O'Connor. Kirchner los enfrentó, apenas llegado al poder. Fotografía: Rafael Yohai.

La política de reparación concernía a los tres poderes del Estado. Kirchner comandaba uno, el Congreso iba a su zaga, quieras que no. La Corte Suprema era, en el inventario, el contrincante a enfrentar. El tribunal había sido integrado por Carlos Menem, quien lo talló a su imagen y semejanza. Un tribunal desacreditado, dispuesto a convalidar cualquier tramoya o ilegalidad del gobierno. Funcionaba con lo que se llamó “mayoría automática”: cinco de los nueve magistrados eran serviles al Ejecutivo. Verticales todos, ignorantes los más. El palmarés lo llevaba el presidente Julio Nazareno, cuyo mejor antecedente era haber integrado el estudio jurídico de Menem. Eduardo Moliné O’Connor destacaba por ser directivo de la Asociación Argentina de Tenis. Antonio Boggiano marcaba diferencia por un reconocido nivel técnico y lazos firmes con los sectores más reaccionarios de la Santa Madre Iglesia.

Fernando de la Rúa los dejó hacer, en parte por cobardía y en parte por sus coincidencias conceptuales con el modelo menemista. El poder de la Corte era enorme, un quiste del neoconservadurismo, la derecha y el menemismo en el régimen democrático. Cuando Duhalde llegó a la presidencia, la Corte le propinó un golpe antes de conversar. El 2 de febrero de 2002, apenas regresados de la sacrosanta feria de enero, los Supremos sentenciaron en el expediente “Smith”, admitiendo uno de los miles de recursos de amparo planteados por ahorristas contra el “corralito”. Hablamos de la medida adoptada *in articulo mortis* por De la Rúa: impedir el retiro de millones de dólares colocados en cuentas corrientes o plazos fijos por clientes de los bancos. Con cinismo o desaprensión, que en un punto extremo son lo mismo, los gobiernos y los bancos los habían incitado a realizar esas inversiones, “garantizando” décadas de estabilidad y convertibilidad. En la cima de la crisis, cortaron el hilo por lo más delgado: los inversores más avisados (los más grandes) tuvieron oportunidad de informarse y retirar a tiempo sus depósitos. Los ahorros de numerosas familias quedaron bloqueados, uno de los detonadores de la movilización popular y policlasista contra De la Rúa.



De izquierda a derecha: Zaffaroni, Maqueda, Highton de Nolasco, Argibay, Petracchi, el ministro de Justicia Alberto Iribarne, Lorenzetti, Belluscio. Las dos mujeres, Lorenzetti y Zaffaroni fueron designados por Kirchner, lo que significó renovar y casi refundar la Corte Suprema. Maqueda y Petracchi ya la integraban. También Belluscio, quien renunció poco después. Fotografía: Ministerio de Justicia, DyN.

Era imposible subsanar la situación en el corto plazo: los bancos descargaban su mala fe en las espaldas de sus clientes, un preanuncio de lo que sucedería en el mundo occidental durante 2008 y 2009. El Estado no podía hacerse cargo de esa cuenta, en *default* y con las arcas exhaustas. La Corte puso entre la espada y la pared a Duhalde con una decisión que podía hacer trizas la endeble gobernabilidad. El entonces presidente los criticó en un discurso sin remate, o sea: sin represalia. Trató luego de llevarlos a juicio político, pero no contaba con los apoyos legislativos ni con la enjundia necesarios. Se inclinó por acomodarse, en condiciones de debilidad.

Kirchner *debía* romper con esa Corte, incompatible con la regeneración que proyectaba; restaba decidir cuándo hacerlo.

Como parte de las transas del duhaldismo, estaba latente una sentencia que declaraba la constitucionalidad del Punto Final y la Obediencia Debida, un obstáculo nítido para la nueva política de derechos humanos. Kirchner comenzó a impugnar severamente a la “Corte adicta” y su bajísima reputación. El ministro de Justicia, Gustavo Béliz, se sumaba. Sobraba plafón social para avanzar con la ruptura, aunque escaseaba poder político para transformar las diatribas en hechos.

Nazareno era desafecto a conceder reportajes, para conservar el misterio y disimular la carestía de su vocabulario y oratoria. En junio de 2003, previendo una ofensiva en su contra, modificó hábitos y profirió declaraciones en la puerta del Palacio de Tribunales. Desafiante, dijo no temerle al gobierno, se burló de sus comentarios y dejó flotando que tenía cómo defenderse. Por conductos informales, que trascendieron en los medios, deslizó que había en carpeta sentencias sobre el corralito y la vigencia de las leyes de la impunidad.

Lejos de arredrarse, Kirchner dobló la apuesta y –todo lo indica– aceleró medidas que estaba dispuesto a concretar más adelante. Habló por cadena oficial (una de las dos veces en que se valió de ese recurso durante su mandato). Con nombre y apellido, acusó al presidente de la Corte de intentar entablar una negociación por fallos económicos que amenazarían la gobernabilidad, a cambio de garantías de inmunidad para sus miembros. “Es escandaloso y constituye el más grande agravio a la seguridad jurídica el solo hecho de que algunos especulen con tomar de rehén a la gobernabilidad para la obtención de ventajas o garantías personales o institucionales”, dijo Kirchner el 4 junio de 2003, a diez días de haber jurado como presidente.

El juicio político era una demanda recurrente de organizaciones de abogados y de derechos humanos. De nuevo, Kirchner plasmó un reclamo justo y consistente pero frenado hasta el momento por la correlación de fuerzas. Apostando a la creciente aprobación de su gobierno, a la demanda colectiva de poder político decisionista, la emprendió contra varios jueces, empezando por Nazareno. Y congregó las exigentes mayorías exigidas por la Constitución.

Moliné y Boggiano se sometieron al juicio político y fueron sucesivamente destituidos por el Senado. Los magistrados Nazareno (antes que nadie), Guillermo López y Alfredo Vázquez prefirieron renunciar para mitigar el escarnio. Como haría en el futuro, Kirchner “inventó” poder donde parecía no haberlo.

En un *tour de force* único, suplió a Nazareno por el más garantista de los garantistas: Eugenio Raúl Zaffaroni. “Zaffa” es también un jurista de primer nivel, reconocido en todo el mundo. Enrocó un

símbolo por otro. El nuevo cortesano y el presidente no se conocían personalmente ni los ataba empatía previa. El mundillo del derecho no integraba el repertorio de los intereses de Kirchner.

Los cortesanos menemistas fueron cayendo como muñecos. Los relevaron, en orden de aparición, Carmen Argibay, Elena Highton de Nolasco y Ricardo Lorenzetti. Dos mujeres, por primera vez en la historia, ingresaron en el elenco del mayor tribunal de la Argentina.

A todas y todos, Kirchner les pidió definiciones exclusivamente sobre dos puntos nodales: buscaba no generar una crisis económica con fallos incumplibles sobre el corralito, la confiscación de ahorros practicada por el gobierno de la Alianza, y sostener un compromiso con los derechos humanos y los juicios a los represores. Fue parco, inequívoco, les habilitó un grado de libertad inmenso supeditado a garantizar la gobernabilidad y restituir justicia a las víctimas del terrorismo de Estado. Con el Decreto 222, el presidente autolimitaba sus facultades, mediante audiencias públicas para los candidatos y reglando los modos y plazos de los nombramientos.

Kirchner eligió jueces no partidarios, ni amigos ni conocidos. Por los relevos y renuncias ya mencionados, la Corte de nueve miembros quedó reducida a siete. El presidente hubiera podido proponer designaciones, pero prefirió no hacerlo.

En 2006 la senadora Cristina Fernández de Kirchner impulsó una ley para reducir a cinco el número de integrantes del tribunal. Como los cargos son vitalicios o casi, los jueces seguirían hasta jubilarse o retirarse. Pero el achicamiento garantizaba la estabilidad de la Corte por muchos años. Se constituyó así la Corte Suprema más estable de la historia, como bien estudió el jurista bloguero Gustavo Arballo.[\[26\]](#) La composición se mantuvo desde febrero de 2005 hasta el 10 de mayo de 2014, cuando falleció la doctora Carmen Argibay.

Estabilidad, institucionalidad, designaciones sin lazos con el gobierno... todo lo contrario de lo que narra la leyenda negra antikirchnerista. Se concretó, sin embargo, y hasta 2015 fue al menos sostén de las políticas de derechos humanos. La herencia recibida, la Corte que Menem armó y De la Rúa dejó intacta, es el término justo de comparación. El libro *Hacer la Corte* de Horacio Verbitsky[\[27\]](#) es ineludible para conocer en detalle sus trapisondas e ilegalidades, mostrando el punto de partida, el pozo del que salió el presidente que supo y quiso.

Cuando llegó el 24 de marzo de 2004, Kirchner tenía un formidable itinerario en la política de Verdad y Justicia. El gesto de descolgar los cuadros y el acto al lado de la Escuela de Mecánica de la Armada distaban de ser el comienzo abrupto de una política improvisada, eran ya parte de un recorrido.

---

[\[25\]](#) En respuesta Escribano publicó, el 15 de mayo, “Treinta y seis horas de un carnaval decadente”, el texto en que atribuye al Council of the Americas el comentario de que la “Argentina ha resuelto darse gobierno por un año”. Una expresión de deseos que, por lo visto, no se hizo realidad.

[\[26\]](#) Véase [www.saberderecho.com/2012/01/la-corte-mas-larga-de-la-historia-con.html](http://www.saberderecho.com/2012/01/la-corte-mas-larga-de-la-historia-con.html).

[\[27\]](#) *Hacer la Corte. La construcción de un poder absoluto sin justicia ni control*, Buenos Aires, Planeta, 1993.

## 7. Descolgar el cuadro, subir el telón

### Cuando los derechos humanos cambiaron de pantalla

–¿Qué quieres de ese hombre? –preguntó de pronto la nodriza.

–La verdad –respondió el general.

–Conoces la verdad.

–No la conozco. [...] La verdad, precisamente, es lo que no conozco.

–Pero conoces la realidad –observó la nodriza.

–La realidad no es lo mismo que la verdad –respondió el general–. La realidad son sólo detalles.

**Sandor Marai, *El último encuentro***

El 24 de marzo de 2004 rebosó de hechos, imágenes y palabras. Es una manera impropia de contarlo, porque las imágenes y las palabras son hechos también, pero el énfasis sirve para dar una idea de la conmoción de ese momento.

Las larguísimas vallas que cerraban el acceso a la ESMA, un predio gigantesco y de traza confusa, estaban empapeladas con fotos de compañeros detenidos-desaparecidos. Gentes de cuatro generaciones (las de sus madres, sus contemporáneos, sus hijos y sus nietos) rondaban las veredas para dar con el o los rostros queridos.

Las fotos eran en blanco y negro. El detalle acentuaba su ínsita tristeza, que evoca los recordatorios que *Página/12* publica cotidiana y gratuitamente desde su fundación hasta hoy mismo.

Las personas retratadas son abrumadoramente jóvenes. Los bigotazos de los varones, el corte de pelo o el maquillaje de las mujeres rezuman anacronismo, datan de hace (ahora) cuarenta años. Casi todos tenían, al retratarse, menos de treinta. Su impactante continuidad, cientos y cientos de metros de fotos sobre las rejas, de personas con un aire similar pese a las particularidades, ilustra, casi vale decir probaba, un argumento básico contra el terrorismo de Estado: quisieron diezmar a una generación.



Fotos en blanco y negro, recordatorios de compañeras y compañeros detenidos-desaparecidos, cuadras y cuadras. En las rejas exteriores de la ESMA, 24 de marzo de 2004. Fotografía: Sandra Cartasso.

Lo que se cuenta acá, demos por hecho, posiblemente es resabido por el ciento por ciento de quienes leen estas páginas. Por eso se abreviará, dentro de lo factible.

A la mañana, Kirchner habló ante cadetes en formación, con ropa de fajina. Un saludo, nada protocolar. “Nunca más, nunca más tiene que subvertirse el orden institucional en la Argentina”, arengó el presidente, y clamó para que “las armas nunca más puedan ser direccionadas hacia el pueblo”.

Luego, con televisación en vivo, se comidió al Colegio Militar. Le ordenó al jefe del Ejército, general Roberto Bendini, que bajara los cuadros con la imagen de los dictadores y represores Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone. “Proceda”, mandó. El general debió subirse a una escalera para obedecer al comandante en jefe.

La previa de la escena fue tormentosa, otro momento áspero para José Pampuro, que debió informar y a la vez sosegar a los “mandos castrenses”. Oficiales superiores objetaron la decisión y un tropel amenazó con pedir su pase a retiro. A la hora de la hora, el malón quedó reducido a dos generales y un coronel. Más que nada, menos que mucho.

Los cuadros evocativos de Videla y Bignone no colgaban por olvido ni por descuido de Mayordomía. Revelaban una resistencia silente, firme, de las Fuerzas Armadas a los avances de las investigaciones, a los juicios, a las condenas.

Videla había sido condenado en el Juicio a las Juntas, indultado por el presidente Menem. El indulto no borra el delito, sólo deja sin efecto la pena. Aunque no estaba libre, porque había sido nuevamente detenido por otros crímenes. En 2004 Videla era, para la ley argentina, un criminal dispensado de cumplir su condena por prerrogativa presidencial. Sus colegas de armas lo honraban obcecadamente, tratando de correr la confusa línea de la impunidad.

Quienes se compungieron por el general Bendini, mientras subía peldaño a peldaño para descolgar los cuadros, menoscababan esos detalles.

En marzo de 2004, Kirchner firmó con Aníbal Ibarra un acuerdo entre la nación y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para crear un Museo de la Memoria, cuya gestión quedaría a cargo de representantes de los organismos de derechos humanos.

Se abrieron las rejas de entrada de la ESMA. Los organismos habían consensuado no ingresar al predio. Una pequeña multitud entró, un derecho que podían ejercer por primera vez desde 1983.

Juan Cabandié, el nieto que había recuperado poco antes su identidad (apenas en enero de ese 2004), habló ante decenas de miles de asistentes, al lado del presidente, otro momento inédito.

Kirchner pronunció su discurso, conmovido. Las manos le temblaban, como corroboran filmaciones que se conocieron después. Formuló una suerte de programa de reparación que, en esencia, se viene cumpliendo acabadamente. Y enunció:

Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá, si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como presidente de la nación argentina, vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante veinte años de democracia por tantas atrocidades.

Lo asistía una dosis ciclópea de razón, pero debió ser más inclusivo. El ex presidente Raúl Alfonsín difundió rápidamente su crítica. Kirchner lo llamó por teléfono casi de volea.

–Sé que está enojado conmigo –le dijo.

–No estoy enojado, estoy dolido –respondió Alfonsín.

–Nunca voy a olvidar el Juicio a las Juntas. Siempre lo he dicho y quería que usted lo supiera – agregó Kirchner.

Alfonsín le glosó lo que había difundido antes:

–Siento dolor porque creo que [Kirchner] fue injusto y omitió parte de la historia de la democracia de los argentinos. Si queremos alcanzar la verdad y la justicia, algún día será necesario recuperar el valor de las palabras y no permitir que la emoción borre la diferencia ética que existe entre los indultos y el *Nunca más* o el Juicio a las Juntas.

La eminencia reconocida por el presidente a las Madres y las Abuelas ya había enfurecido y activado a los gobernadores peronistas. La titular de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, había anunciado días antes:

Nosotras no vamos a ir, porque la mayoría de los gobernadores hizo posible la desaparición de nuestros hijos. Y como no queremos estar donde están los milicos, tampoco queremos estar donde están los cómplices.

Kirchner le pidió-ordenó al mandatario jujeño y presidente del PJ Eduardo Fellner que no fueran al acto. El 24, los gobernadores Felipe Solá (Buenos Aires), Jorge Obeid (Santa Fe), José Manuel de la Sota (Córdoba), Jorge Busti (Entre Ríos) y Carlos Verna (La Pampa) publicaron una solicitada, titulada “Nunca más”, en la que se quejaban de haber sido excluidos por “discriminación ideológica”. Varios de sus pares no firmaron y desistieron de participar del acto, pero no dejaron de expresar su disgusto.

La solicitada la redactó De la Sota. Sus firmantes se ufanaron de

integrar un movimiento que ha sido víctima de incontables masacres y que nunca tomó revancha cuando el pueblo volvió a elegirlos para gobernar. Un movimiento popular,

humanista y cristiano que reivindica toda la memoria, y no sólo una parte de ella.

Verónica Torras comentó el gesto en una nota publicada en *Página/12*:

La asimilación de justicia con revancha, la victimización del peronismo como argumento de autoridad para legitimar políticas de pacificación y la apelación a la memoria completa como forma estilizada de reivindicación de la teoría de los dos demonios marcan en realidad su diferencia abismal con lo que sería la política de derechos humanos del presidente. [\[28\]](#)

Las biografías de los gobernadores son disímiles: algunos habían sido víctimas directas de la dictadura, otros se opusieron a ella con dignidad e incluso con coraje, de otros mejor no hablar. En la recuperación democrática, los había equiparado su acompañamiento dócil a la política “reconciliadora” de Menem, de quien fueron aliados, funcionarios, seguidistas. Jamás se distanciaron medio milímetro de los indultos, ni siquiera retóricamente, escondiendo entre crueles paréntesis su pasado y la memoria de sus compañeros.

Muchos otros argentinos con trayectorias certeramente ligadas a la defensa de los valores democráticos expresaron rotundos reparos. Beatriz Sarlo los cifró en *Página/12* el 28 de marzo: se pronunció contra el poder de veto de las organizaciones de derechos humanos y el tono partidista, hasta personalista, del acto. Cerró su columna así:

No habrá construcción de una verdad si la idea misma de construcción, es decir, de aportes diferenciados que se ensamblen, es jaqueada por la intolerancia, un sentimiento comprensible en las víctimas directas, pero injustificable en los intelectuales, el Estado y el gobierno.

Son debates que perduran, válidos por demás. Lo acumulado hasta el día de hoy debería resignificar las posiciones, contrapesarlas y ponderarlas en la imaginaria “balanza”, cargando en un platillo las carencias o los defectos del discurso de ese 24 de marzo, y en otro, los avances en la dilucidación de la verdad, los juicios y las condenas a culpables comprobados, la recuperación de identidad de nietos apropiados, la identificación de cuerpos NN... y cien etcéteras. La diferencia es colosal, y aunque no excusa la falla del orador Kirchner, la relativiza.

A mediados de abril pude conversar con el presidente, sin cita previa. Como ya dije, le placía “colarse” en el despacho de su jefe de Gabinete Alberto Fernández, en medio de charlas *off the record* del ministro con un periodista. Lo hacía alternativamente con varios, ninguno gozaba de exclusividad. Y no se trataba de una aparición casual sino deliberada: elegía el momento. Pedía “una

lágrima”, un brebaje con una gota de café perdida entre leche caliente que se iba entibiando. Hacía bien en no tomarlo, aunque malicio que era más por afán de hablar que por *gourmet*.

–¿Repensaste lo que pasó el 24 de marzo? ¿Cambiarías algo de lo hecho o dicho a la luz de las reacciones? –sondeé.

Era claro que las conocía al dedillo. Primero dejó constancia de la emoción que lo había invadido, y después se permitió una duda:

–Quizá no debí haber hablado.

La reflexión resultó más retórica que socrática: sin darse respiro, se dijo que no, que era esencial pedir perdón en nombre del Estado argentino. Admitió sus omisiones a la hora de mencionar lo que había hecho el Estado, en sus diversos estamentos, en pro de los derechos humanos desde 1983 hasta 2004.

–La Conadep, el Juicio a las Juntas, las indemnizaciones, tantos fallos contra la impunidad. Debí haber sido más cuidadoso. Quién sabe, tendría que haber llevado escrito mi discurso, que debió contener un párrafo más para dar cuenta de esos avances –balanceó. Y repasó otra vez el acto: la convocatoria, el escenario, los discursos previos.

Se conmovía de nuevo.

–A Alfonsín le pedí disculpas –añadió.

–Por teléfono no es lo mismo que en público –apunté lo evidente.

–Tengo que hacerlo –comentó, palabra más o menos.

Ese diálogo se repitió, parecido, un par de veces o tres, durante años.

La genealogía enumerada por el presidente era más certera y constructiva que la mención unívoca a los “veinte años”. Siempre pensé que Kirchner tendría que haber hecho pública una fe de erratas del discurso. No lo hizo. El porqué es especulativo y habilita conjeturas. Por tozudez, por un afán excesivo de no desdecirse, por broncas que se acumularon... porque hacerlo hubiera equivalido en algún sentido a ceder. Un imperativo categórico del manual de conducción kirchnerista es no (con)ceder, lógica política cuyo uso extremo deriva en excesos, fallas o traspies. Sigo creyendo que fue un error. Rectificarse hubiera sido tan digno como mencionarlo en el palco, o le hubiera pasado cerca. Las alusiones al *Nunca más* en el primer discurso captaban mejor una trayectoria que estaba pegando un salto de calidad.

De cualquier forma, esa omisión –descortés, injusta o soberbia a fuer de “fundacional”– no admite término de comparación con todo lo que innovó en ese día agosto. Y con todo lo que se hizo después.

La pena de los delitos debe ser, en Occidente, proporcional a su lesividad. Salvando las distancias siderales, la pena por una falla en un discurso se empequeñece cuando se compara con el conjunto. La falla no se extingue, pero ingresa en una secuencia situada, por fin, en perspectiva.

El sistema democrático es, por esencia, etapista y reformista. La alternancia, la pulseada con oposiciones institucionales y fácticas, los cambios parciales en los congresos o legislaturas locales, la necesidad de transigir por mejores o peores motivos están en la base de esta condición.

Sin embargo, la pulsión fundacional, el afán de autorretratarse como una epifanía, atañe a todos los gobiernos. Esto, desde luego, no funge como excusa; es una descripción, si acaso un atenuante leve.

Muchas conquistas o avances reconocen luchas previas, de sectores tenaces que no contaron con el poder para plasmarlas o para lograr que lo hicieran los gobiernos. Esos grupos batallan, argumentan, crean conciencia, elaboran proyectos de ley o reclamos precisos, movilizan. Militantes o precursores de “minorías intensas” hacen camino sin llegar a la meta. Son apóstoles, luchadores, profetas que no alcanzan la tierra prometida.

Es más que habitual que, cuando un gobierno popular da un cauce efectivo a esas reivindicaciones, se genere tensión entre los promotores y los realizadores, sobre todo si no integran la misma familia política.

Las sufragistas argentinas que promovieron el voto femenino vivieron con más decepción que fervor que el primer peronismo (y Evita, tan luego) lo transformara en derecho. Sin arrogarme la capacidad de un diagnóstico amplio o irrefutable, imagino que confluyen varios factores, de valoración surtida, en esa discrepancia. En general, los proyectos son más pretenciosos, pulidos, “redondos” que su concreción, que tributa a relaciones de fuerza y a límites inevitables en la aplicación. Los defectos o falencias son leídos con lupa, magnificados a tal punto que se llega a distorsionar la entidad de los logros. Lo cierto es que la realidad siempre difiere de las tentativas, siempre está acechada por la imperfección.

El sectarismo juega una baza importante. Indigesta que sean “otros” (mirados como advenedizos o recién llegados, con pergaminos o sin ellos) quienes plasmen lo que fue batalla vital, central en la existencia. Para los pioneros, la fascinación por el “derecho de autor” y por el heroísmo de demandas que se sostienen en minoría prevalece, a veces, sobre la concreción.

Los que transforman la demanda en institución, a su turno, propenden a minimizar lo acumulado antes de su llegada. En el caso del kirchnerismo, su política de derechos humanos, la más consistente por goleada de todo el período democrático, no fue invento ni pura epifanía, sino que se nutrió de lo construido en la sociedad (especialmente) y en el Estado. El repaso ultraveloz de estos capítulos da cuenta parcial pero inequívoca de ese recorrido: Alfonsín, una minoría de jueces y legisladores, y un puñado de funcionarios abrieron el surco, además de los organismos y de la movilización ciudadana para reclamar justicia.

No valorizar lo acumulado (en público, que es donde se nota) es una tentación que asalta a quien manda. El kirchnerismo la tramitó de varias maneras. Reconoció-concedió altísima autoridad y eminencia a las Madres, Abuelas y en buena ración a otros organismos de derechos humanos. De la misma manera, sumó y escuchó a los comunicadores y académicos que bregaban por una ley progresista de comunicación audiovisual, por lo menos en el primer tramo del recorrido.

También se sustentó en las organizaciones de género para promover la Ley de Matrimonio Igualitario y otros avances en derechos civiles.

Pero supo ser avaro a la hora de repartir el capital simbólico que entrañaba cada uno de estos avances. Lo fue, por ejemplo, cuando implantó la Asignación Universal por Hijo, notable programa de ingresos. El “ingreso ciudadano” era parte de la agenda pública desde mucho tiempo antes. La Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) habían articulado el Frente Nacional contra la Pobreza (Frenapo), que motorizó la “Marcha nacional contra la pobreza”, una movilización pluralista que se extendió a todo el territorio nacional, y que llegó a organizar una consulta popular (no institucional y, por ende, no vinculante) en la que votaron millones de argentinos. No se tuvo en cuenta a la CTA en la presentación de la AUH ni en los discursos que la enmarcaron.

El gobernante que corona reclamos populares siempre recoge más rédito que los precursores. Ninguno de ambos debería ahondar la brecha, aunque una fuerza gravitatoria los empuja en ese

sentido. Una pena que se parece bastante a una rutina.

En junio de 2005 la Corte Suprema renovada sentenció que las leyes de la impunidad eran inconstitucionales y nulas. Cada juez sentó posición con argumentos individuales, testimonio de la importancia atribuida al fallo. Tres magistrados habían validado en su momento la Obediencia Debida y el Punto Final: Augusto Belluscio, Carlos Fayt y Ernesto Petracchi. En esta nueva oportunidad, adoptaron tres criterios diferentes. Belluscio se excusó de sentenciar. Fayt sostuvo su añeja posición. Petracchi la rectificó y fundó extensamente los motivos, entre ellos, el predicamento que habían cobrado los tratados internacionales en dos décadas. Ese hilo discursivo podría haber iluminado a muchos dirigentes radicales, magistrados o juristas que, sin embargo, se obstinaron en defender lo consagrado tanto tiempo atrás. Se seguirá discutiendo si Alfonsín y su gobierno obraron lo mejor posible o si retrocedieron de más; en cualquiera de las opciones, el transcurso del tiempo les posibilitaba rectificar virtuosamente las concesiones.

La Corte terminó de completar la demolición del muro en julio de 2007, cuando decretó la inconstitucionalidad de los indultos de Menem.

La seguidilla abrió las puertas para un avance casi único de la Argentina: a poco más de veinte años de finalizar el terrorismo de Estado, cualquier represor podía ser citado en los tribunales.

El acompañamiento y la adhesión de militantes, referentes y organizaciones de derechos humanos al kirchnerismo se explica, irrefutablemente, por esa transformación. Acompañaron a quien concretó sus requerimientos desdeñados o birlados por gobiernos anteriores. No deja de ser lógico y coherente, como explica e historiza Verónica Torras:

En 2003 [...] el Estado se propuso a sí mismo —englobando en este gesto de contrición a los diferentes gobiernos democráticos desde el inicio de la transición— como quien debía reparar la impunidad que los partidos mayoritarios habían aceptado como “método de convivencia” durante muchos años y como quien tenía la obligación de ofrecer una respuesta ética y política sin restricciones al reclamo de justicia del movimiento de derechos humanos. Incluso fue más allá: el kirchnerismo se autoinscribió en la estirpe de los organismos más emblemáticos y recuperó la dimensión nacional de la tragedia en los términos políticos que la mayoría de ellos suscribe. Así, rompió la distancia que habían impuesto los gobiernos anteriores en contextos muy disímiles. Lo que sucedió en 2003 no es que los organismos de derechos humanos —algunos de ellos, los más representativos para la mayoría de la sociedad— “se corrieron”, como suele decirse, de su sitio de independencia, sino que el poder político se ofreció nítidamente, y por primera vez desde la restauración democrática, como vehículo de las luchas históricas que esos organismos habían mantenido de modo ineludible por más de treinta años. No son las organizaciones quienes deben dar explicaciones por este desplazamiento, entonces, ni puede imputarse a ellas una defeción moral por este suceso. Por otra parte, no se trató estrictamente de una novedad: el movimiento de derechos humanos en nuestro país nunca se caracterizó por reivindicar una condición de neutralidad frente al poder, ni por la falta

de interlocución con los gobiernos, ni por la indiferencia ética respecto de sus políticas.

[29]

---

[28] “Los derechos humanos en las disputas de la historia”, *Página/12*, 24 de julio de 2011.

[29] Verónica Torras, *Los derechos humanos como fundamento de la reconstrucción ética y política en el período 2003-2013*, tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

## 8. Primer informe para Suecia: el kirchnerismo es un simulacro

Es una tremenda verdad y un hecho básico de la historia [...] que frecuentemente, o mejor generalmente, el resultado final de una acción política guarda una relación absolutamente inadecuada con su sentido original. Eso no autoriza, sin embargo, a prescindir de ese sentido.

**Max Weber, “El científico y el político”**

Ni siquiera somos hijos de las circunstancias, sino de las apariencias.

**Miguel Brascó, “De criaturas triviales y antiguas guerras”**

El politólogo sueco fue un alumno brillante en la Facultad de Sociales de Estocolmo. El decano quiso ser su padrino de tesis y le sugirió que la hiciese sobre la Argentina, país inclasificable por su política y su economía, el ornitorrinco de las ciencias sociales. Tras cinco años de tragar libros a lo bobo lejos de su pequeña ciudad natal, el joven, que atravesaba una crisis vocacional y un aburrimiento que parecía irremontable, finalmente aceptó.[\[30\]](#)

Se leyó todo, se vino con una mochila colmada de incertidumbres y cien archivos de texto. A poco de instalarse en la gigantesca Buenos Aires, de percibir su clima, sus horarios, sus bifés de chorizo, sus mujeres y su *Fútbol de Primera*, el pichón de sabio mutó. Se propuso vivir de otro modo y hacerlo en estos pagos. Por lo pronto, no laburar mucho, sacarle todo el jugo posible a su relación con el dadivoso sistema educativo sueco. Un golpe de fortuna lo ayudó. A poco de llegar sobrevino una devaluación machaza que potenció al cubo el valor de las coronas que le llegaban desde la facultad. Se enamoró de Boca Juniors, de varias argentinas sucesivas-alternativas o en conjunto. Al decano le encontró la vuelta. Lo distrajo con informes banales mientras le pedía ingentes fondos para analizar temas novedosos que brotaban al calor de un acontecer hiperactivo. Dio con una táctica sagaz: primerear cada vez que surgía un fenómeno que conmovía a la Academia, a la intelectualidad, a la cinematografía o a la progresía europea. Mientras sus coterráneos asistían a congresos y preparaban arduamente los borradores de sus ponencias, armaban sus programas de estudio o concertaban entrevistas, él (aprovechando su *savoir faire*, sus relaciones y su cercanía) producía un *paper*, una intervención en publicaciones científicas, un artículo de divulgación en *Le Monde*, *The New York Times*, *The Guardian* o *El País*. A menudo, hacía un combo con esa producción y se la enviaba al decano, quien se relamía. Así, “le ganó de mano” (expresión criolla que aprendió junto con el truco, el tute y la receta del chimichurri) a cualquier competencia. La lógica universitaria es recurrente, repetitiva: todos se veían obligados a citarlo, en su carácter de precursor. Aunque un poco menos que su caja de ahorros, su currículum no dejaba de engordar. Los primeros piqueteros en

los desmantelados pueblos petroleros, los ulteriores del Conurbano bonaerense, los saqueos, las asambleas barriales (que le valieron un plus en relaciones femeninas), las empresas recuperadas, la transformación de una economía recesiva en una productiva a todo consumo... todos fueron eslabones de su cadena.

El decano maliciaba que su discípulo “robaba” bastante, advertía que sus informes se espaciaban cada vez más en el tiempo. Alguna vez, lo descubrió inexplicablemente en Brasil, adonde lo había arrastrado el frenesí por la Copa Libertadores.

Pero, en general, el enviado le resultaba productivo: algunas de sus ponencias fueron exaltadas en seminarios internacionales. El viajero se agrandó, hizo pedidos de contrataciones que crearon cortocircuito, pero a la larga fueron refrendados desde la metrópoli. Primero fue un pasante noruego a quien el politólogo echó tras un año de rencillas, aduciendo motivos funcionales: en verdad, le disputaba las minas y era hincha de River. Más adelante, consiguió contratos sucesivos para su más-que-amiga, la pelirroja progre. Adujo que ella tenía enormes saberes sobre el justicialismo, el sindicalismo y los “barones” del Conurbano. Recibió una beca estímulo, que se prorrogó un par de veces.

En 2005, el decano fue intimado por el Consejo Académico de la facultad: demasiados años llevaba el estudioso en una lejana comarca, debía producir más. El requerimiento de la facultad fue alto: un tratado sobre el kirchnerismo, precedido de informes regulares, para presentar en el congreso escandinavo sobre países emergentes, Oslo 2011. La pica entre noruegos y suecos sirvió de cicate al reclamo y de sustento a demandas exorbitantes del politólogo. Se pactó un estipendio magnánimo.

Algunos de esos notables informes, cifrados para evitar su filtración, se recuperaron para este libro, que los sintetiza en exclusiva. Son uno de los aportes más profundos sobre la naturaleza del kirchnerismo, concebido por un estudioso formado en el mismísimo centro del mundo y capacitado en estas pampas.

El primero, que se reseña a continuación, se tituló “El simulacro K”.

Costó aprehender la esencia del kirchnerismo, piedra con la que tropezaron estudiosos y ensayistas de todo calibre. Les faltaron lecturas, estimado decano. El kirchnerismo es un simulacro, un *Ersatz*, una fuerza política inventada. Agregaré más: su gestión de gobierno no existe. Es pura “parada”, como dicen acá: maquillaje, chafalonías, espejismos de colores. Conste que no digo “espejitos”, que al fin y al cabo son objetos tangibles: espejismos, pura fantasía.

El kirchnerismo no debe ser analizado en función de su obra de gobierno, según me han explicado escritores afamados, formadores de opinión, grandes profesores de universidades privadas (que acá son carísimas y, según leo en los diarios de más tirada, tienen excelente reputación). Se lo debe analizar por sus intenciones, que a menudo (muy a menudo) desmienten lo que aparentan las medidas.

Veamos la política de derechos humanos, profesor, que a usted lo conmovió tanto, sin duda por falta de data. Se declararon nulas las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, se nombró a una Corte Suprema muy comprometida con los valores de verdad y justicia, se promovieron juicios contra los represores... Nada de eso es importante, porque Néstor Kirchner jamás fue un abanderado de los derechos humanos. Todas sus acciones buscaban ganar votos. Cierto es que su visión fue novedosa: en general, la

dirigencia progresista temía avanzar en esos temas porque sus apoyos eran minoritarios y los poderes fácticos que los rechazaban, muy fuertes. Pero Kirchner, maquiavélico, alteró esa ecuación. Además se granjeó la simpatía de los organismos de derechos humanos, que fueron cooptados en forma inexplicable: se dejaron convencer por quien había hecho realidad todos sus reclamos de décadas, sin advertir que estaban ante un caso flagrante de oportunismo.

Lo que las ciencias sociales no pudieron develar ya lo había anticipado con claridad Jorge Luis Borges. No es de extrañar, ya que es conocida la perspicacia política del insigne literato. En uno de los textos breves incluidos en *El hacedor*, titulado “El simulacro”, Borges cuenta cómo un “enlutado” aparece en un pueblito del Chaco, “con una cara inexpresiva de opa o de máscara”, finge ser Perón y vela a su esposa muerta, “una muñeca de pelo rubio” en una caja de cartón, a quien indica como Eva Duarte. El tipo es un don nadie, un chanta, pero los vecinos pasan por el velatorio, honran a la muerta, lo saludan. Borges sugiere que con los verdaderos Perón y Eva las cosas no eran tan diferentes. Una fantasía, un delirio colectivos.

El kirchnerismo es igual, créame; de paso: hágame caso y péguele un vistazo al tal Borges.

Como le decía, otro de sus objetivos perversos es lograr votos. Según la cultura de las élites argentinas, irreprochablemente republicanas, es pecado querer ganarse el favor popular atendiendo a sus intereses. Usted me replicará que en Suecia hay un paradigma distinto: que ese es uno de los incentivos de la representación democrática. O que en Estados Unidos se estudian esos alicientes y la relación con la popularidad de los líderes. Son sociedades muy distintas, profesor: acá los estadistas son los que no piensan en los votantes sino en el “interés general” o en la venia de autoridades extranjeras.

De todos modos, para jugar limpio y vencer sus reservas, profesor, quise poner a prueba la solidez de los cuestionamientos al fenómeno K. Argüí, ante estudiosos y políticos de gran reputación y citando a Weber, que en política uno es responsable de las consecuencias de sus actos, aun de las no deseadas. Y que ese karma puede aplicarse a favor del reo, como la presunción de inocencia. Pretendí que el kirchnerismo fuera responsable de las derivaciones eficaces de sus perversiones: la reducción de la deuda pública a niveles manejables, el aumento sideral de la masa de jubilados, la sustentabilidad económica, las paritarias durante varios años consecutivos, la probidad y calidad de la Corte Suprema, los juicios a los represores. En cada caso, objetores tenaces me explicaron que esos beneficios colaterales no valían de nada, que eran irrelevantes comparados con la hipocresía que latía en cada acción, con la incongruencia entre los valores proclamados para justificar sus medidas y los afanes clientelistas, demagógicos y electorales que las habían motivado.

Me convencieron, jefe, el apotegma peronista debe describirse: la única verdad no es la realidad, sino la intencionalidad oculta.

A esta altura, el texto está rasgado, tachado furiosamente con rojo. Y se lee, con mucho esfuerzo, una anotación a mano, presumiblemente del decano, quien le pide a su corresponsal que sea un poco más serio.

[30] Es materia de controversia si existe este politólogo. La polémica ahonda la grieta entre los argentinos. Hay quienes afirman que es una invención de un periodista, el que suscribe. Otra corriente de opinión asevera que es un personaje real. Personalmente, cavilo. A veces creo que es fantasía mía, otras que es un sujeto histórico de carne y hueso. Tal vez debería expedirme pero la duda me carcome y frena. De lo que sí estoy seguro es de que está de novio con la pelirroja progre, que es medio prima mía.

## 9. Sombras destituyentes I

### Blumberg, Cromañón y la muerte de la ilusión de la transversalidad

El hombre cree a menudo que él es el que produce la evolución. En esto, como en muchas de las otras cosas, el hombre es un poco angelito. Porque es la evolución la que él tiene que aceptar y a la cual debe adaptarse [...]. La evolución que él no domina es la de la naturaleza y del fatalismo histórico. Él es solamente un agente que crea un sistema para servir a la evolución y colocarse dentro de ella.

**Juan D. Perón, discurso en la CGT, 30 de junio de 1973**

La legitimación del orden institucional también se ve ante la necesidad continua de poner una valla al caos. *Toda* la realidad social es precaria, *todas* las sociedades son construcciones que enfrentan el caos. La constante posibilidad del terror anómico se actualiza cada vez que las legitimaciones que oscurecen la precariedad están amenazadas o se desploman.

**Peter Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad***

Perón, aleccionando o divagando sobre la conducción política, calculaba que el conductor nunca controla más del 50% de la realidad. La cuestión, para él, consistía en saber acumular lo más importante en esa mitad.

Acaso Néstor Kirchner haya sido menos altanero en las proporciones.[\[31\]](#) Nunca creyó dominar la mitad de nada, aunque jamás resignó el anhelo de ampliar su ración. Optimista de la voluntad, captó que el poder no es una materia estática, que puede acrecentarse. Lo hizo con el poder del Estado, el del gobierno, el suyo propio. Superó a sus competidores contemporáneos cuando rehusó conformarse con lo poco que tenía dado, e intuyó que era factible construirlo mediante la confrontación y la realización de cambios. Cuando prestó juramento, nadie le pronosticaba cuatro años pacíficos. La mayoría no le auguraba cuatro años de permanencia, siquiera. Ni tan sólo dos de sobrevida.

A poco de andar, el imaginario dominante suponía que el presidente era todopoderoso, un demiurgo que conducía hasta a sus opositores. Él nunca lo creyó así. Siempre se leyó puesto en jaque, al borde de un precipicio o de volver al punto de partida, como en el Juego de la Oca, o de desvanecerse al observar cómo la carroza transmutaba en calabaza, como en la historia de Cenicienta.

Las estadísticas le dan la razón: conseguir que un gobierno democrático culmine con elecciones libres y la transmisión del mando en término son rarezas en la historia argentina. Antes de 1983 hubo contados comicios sin proscripciones ni fraude. Y era regla el recurso al golpe de Estado. Desde la primera aplicación del sufragio obligatorio y universal en 1916, tan sólo tres presidentes cumplieron su período en forma legal y le tomaron juramento a su sucesor. El radical Hipólito Yrigoyen le dejó la Casa Rosada a su correligionario Marcelo Torcuato de Alvear en 1922, quien se la devolvió en 1928. En 1930, un golpe militar puso fin a la magna continuidad radical; el primer ciclo peronista resultó más breve.

Perón fue reelegido en 1952, tras su primer mandato iniciado en 1946. En 1955 fue destituido por un golpe mucho más sangriento que el que hizo rodar a Yrigoyen. Desde entonces hasta 1983, todos los presidentes más o menos legales fueron defenestrados. El radical Raúl Alfonsín mejoró bastante la marca, sin llegar a lo establecido: abandonó el gobierno un poco antes, en medio de una crisis económica fenomenal, pero ya con elecciones realizadas y ganadas por el peronista Carlos Menem.

El adelanto de la alternancia no fue tan traumático, pero tampoco gratuito: los radicales debieron firmar numerosos cheques legislativos en blanco, que le permitieron a Menem construir la base de su política neoconservadora de desmantelamiento del Estado y de las conquistas laborales. El costo tardó en efectivizarse, pero aun diferido fue descomunal. Los radicales quedaron como cómplices del desquicio que tuvo al justicialismo como autor principal.

Menem fue un ejemplo sistémico: accedió a la reelección con una mayoría holgada y tras su segundo tramo entregó el poder en tiempo y forma a una coalición opositora. Habría que esperar a 2015 para que Cristina Fernández de Kirchner le traspasara el mando al actual presidente Mauricio Macri.

Entre 2001 y 2003 la inestabilidad se constituyó en la regla. En ese marco fue parido Kirchner, quien se propuso crear una nueva etapa aunque siempre calibró que el pasado de anarquía, entropía estatal y desborde popular permanecía latente, no conjurado ni remitido al museo.

Fernando de la Rúa, Adolfo Rodríguez Saá y Eduardo Duhalde habían rodado por errores propios, por acciones antigente, por consentir o promover represiones feroces. El radical batió varios récords en su deleznable bienio: uno de ellos fue haber provocado la movilización ciudadana más numerosa en respuesta a una declaración de estado de sitio; otro fue la cantidad de asesinados en el centro porteño en un mismo día. Los pobres de los suburbios lo desafiaron primero; las clases medias y bajas de la gran ciudad, después.

En nada se podía reincidir. Kirchner supo que no había resquicio para un paso en falso. Lo acechaban la deslegitimación o la derecha, que no le perdía pisada. También lo celaba esa hidra de cien cabezas, la ciudadanía porteña, capaz de arrebatos formidables, con o sin buenas motivaciones. Jamás la comprendió, jamás simpatizó con ella, jamás le perdió el respeto a su golpe de *knock out*. Mayormente, maximizó o exageró esas tres conductas.



Una muchedumbre acompaña a Juan Carlos Blumberg en la Plaza de los dos Congresos, abril de 2004.  
Fotografía: Bernardino Ávila.

Unas páginas atrás cité a Borges tomándole el pelo a deterministas y antideterministas. Sin voluntad o competencia para dilucidar esas polémicas, agregó apenas: entiendo que la dialéctica es esencial para entender la historia y que su complejidad es un dato ineludible, porque también el destino o el azar intervienen a menudo.

Sheldon Wolin resume bien por qué Nicolás Maquiavelo es el fundador de la ciencia política moderna... o de la ciencia política, sin aditamentos. Porque enseñó que “la historia antigua contiene lecciones prácticas”. Se pueden verificar constantes para explicar los comportamientos de los pueblos o para adiestrar al príncipe sobre cómo manejarse. Ojo al piojo, alertaba el maestro florentino: la fortuna es un factor clave y las condicionantes históricas delimitan la voluntad del que manda.[\[32\]](#)

¿Tenía que existir un Kirchner en 2003?

Había un conjunto de condiciones que le daban cabida. Pero no era un fenómeno ineludible.

¿Tenía que haber un Juan Carlos Blumberg pocos días después del extraordinario 24 de marzo de 2004?

Para nada, pero se había cocido un buen caldo de cultivo para un emergente similar, si se conjugaban otras contingencias. Creo más en la conjura de los hechos que en las conspiraciones, cuya existencia no se puede negar pero que sólo germinan en suelo fértil.

Demasiado habían avanzado Kirchner y los movimientos sociales más progresistas y tenaces de la Argentina, los organismos de derechos humanos. La agenda, la calle, la emoción, la organización eran suyos. La iniciativa presidencial había borrado a los rivales del mapa político: nada tenía enfrente y muchos callos había pisado, aunque sólo fuera de manera simbólica.

La derecha social, expectante, encontró un paladín en Blumberg.

Su hijo Axel había sido asesinado el 23 de marzo de 2004 en un episodio atroz, que combinaba el salvajismo de los delincuentes con la incompetencia policial. Nula novedad, pero precisamente la redundancia hizo posible un nivel de identificación altísimo de otros ciudadanos.



La imagen de Axel Blumberg, el joven asesinado. Kirchner tuvo su retrato en el escritorio hasta el día en que dejó la Casa Rosada. Fotografía: Arnaldo Pampillon.

La bandera de la seguridad encontró un portador inobjetable. Víctima él, porque los deudos siempre lo son. Y una víctima en apariencia ejemplar: un padre de clase media, trabajador y virtuoso, que había perdido a un pibe encantador y pleno de posibilidades.

La casualidad hizo su parte: la concordancia de las fechas es pura bartola. Oponer a un padre sufriente a las tradicionales Madres y Abuelas de Plaza de Mayo seguramente añadió atractivo al personaje. Su pretensa sabiduría autodidacta, su parla sencilla y directa, el simplismo de las soluciones que proponía... todo cerraba.

Los medios aportaron su cuota al amplificar el discurso del padre doliente. La revista *Gente* se hizo eco de la segunda movilización que convocó Blumberg para el 22 de abril, acompañando cada ejemplar de su edición del 6 con velas para que los manifestantes-lectores llevaran hasta el Palacio de los Tribunales. Los medios no inventan esos fenómenos con sólo desearlo; si así fuera, lo harían a cada rato y de modo perdurable. Blumberg encajaba porque en su figura convergían la necesidad de un sector político, el ansia de representación de un segmento social y varias funcionalidades simbólicas, entre las cuales se destacaba la de encarnar a las víctimas de la violencia.

¿Fue deliberado e ideológico el apoyo a Blumberg? Siempre interpreté que sí, aunque con distintas intensidades. Muchas personas lo acompañaron impulsadas por una demanda que sentían suya, por un problema que desequilibra su experiencia cotidiana. Otras competían por el espacio público contra aquellos que identificaban como adversarios o posiblemente como un engendro peligroso. Por último, los medios –los escritos y los audiovisuales que jugaron con mayor habilidad, como Radio 10– sabían muy bien lo que hacían: le trazaban un límite a ese proceso político que se salía de su tablero.

Auténticos eran la afrenta y el dolor; alta la legitimidad social; desmesuradas y ridículas las demandas de Blumberg.

La Secretaría de Inteligencia falló en las predicciones de la asistencia a la primera marcha, con movilización y acto en el Congreso. Es llamativo (más allá de la inutilidad característica de los servicios de inteligencia) cuántas veces hubo asombro general por la cuantía de movilizaciones en esos años: Blumberg, Gualaguaychú, el 24 de marzo de 2006, el Bicentenario, las exequias de Kirchner... Periodistas, políticos, académicos y opinadores de toda laya propagaron una visión floja sobre las emociones y las pasiones colectivas. Todo nos sobresalta: la capacidad predictiva es un bien escaso.

Una multitud bien vestida y bien ensopada rodeó a Blumberg. Todo hacía juego: las antorchas, los sermones de sacerdotes de distintos credos, el alegato antigarantista del orador de fondo.

Al finalizar, Blumberg increpó a sus flamantes bases a marchar. No a la Casa Rosada –como se temió en la previa– sino a la de la provincia de Buenos Aires, situada a pocas cuadras del Congreso. Se pudo haber valido de la otra opción: pudo haber movilizado a miles o a decenas de miles de personas, embravecidas y empoderadas súbitamente, a la Plaza de Mayo. No habría sido una jugada trivial: eran tiempos en que colectivos más reducidos tenían por costumbre salir al espacio público y volver con la cabeza de un presidente en la pica.

¿Suena excesivo el contrafáctico? Kirchner, por lo menos, lo consideraba posible: veía una multitud enardecida, sin propuesta nítida pero nortada a la derecha, con un líder impredecible.

El término *destituyente* fue acuñado después, en documentos del grupo Carta Abierta. Tiene donaire para aproximarse a hechos sucedidos en este siglo: acciones colectivas enérgicas, a menudo eficaces. Es más adecuado que *golpista*, porque el golpe de Estado supone un proceso previo de organización y la existencia de un elenco o un grupo de recambio para gobernar: hay premeditación, un orden prefijado. En las coyunturas destituyentes los rebeldes tienen una pulsión: desestabilizar al gobierno, sin que se calcule hasta qué extremo. Pero no siempre cuentan con un programa o un proyecto alternativos.

Las teorías conspirativas complacen a la gente del común casi tanto como a los periodistas. Los políticos suelen creer en conjuras en su contra porque su universo se centra en sí mismos y en buena medida los alienta la paranoia. Para todos, la conspiración es una narrativa confortante porque alivia la incertidumbre y mitiga la indeterminación. Las personas corrientes combinan la desconfianza en la capacidad de los dirigentes para el bien común con una especie de admiración por su aptitud para generar movidas brutales y certeras. Los periodistas alimentan esa convicción y participan de ella, en proporciones surtidas.

Blumberg fue un referente salido de la nada. Un individualista sin plan y sin jefe, embelesado con su cuota de poder. Un nuevo rico de la política, carente de capacitación en la materia, que de un momento a otro se encontró con un capital superior al de muchos dirigentes de carreras largas y exitosas. Kirchner jamás lo repudió y se apenó genuinamente (más de una vez me comentó: “¿Imaginas lo que es perder un hijo? No hay tristeza mayor”), pero le temió: lo consideró un irresponsable dotado de un poder de fuego excesivo. Antes que combatirlo, se afanó en neutralizarlo.

Empleó una táctica negociadora y concesiva: contener al desafiante, envolverlo, aislarlo al ofrecerle escucha y atender sus reclamos. Hizo eso en la coyuntura apremiante, urgente; en el mediano plazo tenía la idea de desgastarlo. Las leyes penales fueron parte de lo que Kirchner le entregó. También le abrió con generosidad inusual las puertas de la Casa de Gobierno: en cuestión de semanas, Blumberg tuvo más acceso que cualquier político opositor, que los prelados, que la mayoría de los dirigentes gremiales, patronales o partidarios.



En la Casa de Gobierno, recibiendo a Juan Carlos Blumberg. Lo hizo con frecuencia. “No hay otra tristeza mayor”, decía, en referencia a la pérdida de un hijo. Fotografía: Sandra Cartasso.

La foto de Axel, que el padre llevaba a todas partes, quedó en un lugar visible del despacho presidencial. A Blumberg se le facilitaron trámites y viajes... y más: en su momento informé sobre las donaciones que había recibido su flamante Fundación Axel, una caja recaudadora amén de un *think tank* de abogados y políticos de derecha. Desde el gobierno lo negaron, tanto el presidente como su jefe de Gabinete, Alberto Fernández. Esos pagos no se probaron, pero siempre creí en su existencia.

Aun sin ellos, el volumen de concesiones resultó enorme. Y por medio de ellas se logró el fin buscado: Kirchner se ganó el rol de antagonista bueno, mientras tocaba el lugar de los malos al gobernador bonaerense Felipe Solá y a su ministro de Seguridad, León Arslanian. Los dos despotricaban de lo lindo contra Blumberg, a quien imputaban doblez en sus conductas. “En público es un viejito dolorido y respetuoso de la ley. En privado es Mr. Hyde, un prepotente, un fascista que chantajea”, me describió con imaginación y furia uno de ellos.

Kirchner silbaba bajito. Especulaba con que el tiempo diluiría el atractivo de un liderazgo espontáneo e intuitivo, el de un dirigente dotado de recursos políticos escasos. Así fue: Blumberg se desgastó por la reiteración de su discurso, la obcecación de convocar a sucesivas movilizaciones con una concurrencia siempre menguante y la saturación involuntaria que produjo su presencia en los medios, pese a la pleitesía que tantos periodistas le rindieron.

Kirchner retrocedió un paso para avanzar dos (¿o dos para avanzar uno?), con toda racionalidad aunque quizá sin razón. Consiguió su objetivo: desactivó al improvisado referente social que había incitado a la hidra de mil cabezas.

Blumberg se licuó de a poco. Un día se supo que –como aquel padre de “Chorra”, de Enrique Santos Discépolo, supuesto héroe de guerra, en realidad un presidiario que “ni murió ni fue guerrero”– no era ingeniero: usurpaba el título.

La movida se desinfló. La foto de Axel, en cambio, quedó en el despacho de Kirchner hasta el día en que dejó la presidencia. En el camino, otra sombra destituyente lo acosó. Comenzó con la tragedia de Cromañón, el fuego en la sala donde tocaba el grupo Callejeros el 30 de diciembre de 2004, que dejó 194 muertos y más de 1400 heridos.

El anacronismo, la mirada retrospectiva que tiende lazos con un pasado posterior o con el presente, son métodos simpáticos para visitar acontecimientos únicos. En Blumberg estaba el germen del conflicto con “el campo”: las clases medias o altas como modelo de conducta social y laboriosidad, la contraposición al gobierno, al sindicalismo y a los movimientos sociales, el surgimiento de líderes de opinión antipolíticos que hablan distinto (Blumberg, el labriego Alfredo De Angeli), la adhesión fervorosa y acrítica de los medios. En el caso de estos últimos, a Blumberg lo siguieron de atrás, con el campo fueron vanguardia.

El 5 de enero de 2005 fue un día tórrido en la capital. Miles de personas compraron aparatos de aire acondicionado. Fue un récord, supongo que superado muchas veces en días o años sucesivos. Estaba efectuando mi módica contribución, en un local de venta de electrodomésticos, que entregaba splits como si fueran sándwiches de chorizo en la entrada a una cancha. A nadie se le ocurre, en esas

circunstancias, preguntarle al vendedor sobre las especificaciones técnicas del chori o acerca de la receta de la pomarola. Ni el vendedor está dispuesto a darlas. Se trafica en segundos y a otra cosa.

Ya estaba en la serpenteante cola para pagar, tarjeta de crédito en ristre. Sonó el celular:

–Te va a hablar el presidente –escuché.

–Bueno.

Había estado unos pocos días sin escribir, de licencia. Ese miércoles 5 había publicado mi primera nota sobre lo que había sucedido en Cromañón, sus posibles causas y las responsabilidades que cabían en el caso. Entre otras variables, cuestioné que Kirchner hubiera permanecido en El Calafate. Había publicado horas antes:

El presidente es un mandatario “muy presente”, muy dado a poner el cuerpo y explicitar su compromiso por vía del contacto directo. De cara a una de las mayores tragedias de la historia contemporánea cambió de proceder.

“Lo hicimos para no eclipsar a Ibarra”, explica un hombre del riñón presidencial.

“Kirchner es tan potente que si él aparece opaca a todos. Si se ponía al frente de todo, empujaba a Aníbal al precipicio”. Cuesta compartir ese juicio. El presidente podía, sencillamente, haber discontinuado su presencia en El Calafate (un lugar que para todos, aunque él tenga una vivencia distinta, está asociado a las vacaciones y al goce) y trasladarse a Olivos.

Claro que la presencia y alguna palabra presidencial no le hubieran ahorrado ciertas críticas. Cualquier movida política, en estos días de dolor y furia popular, es un costo. Puesto a tener que pagar uno, era mucho más deseable (por la ejemplaridad que eso conlleva) que el presidente “siguiera siendo” Kirchner, el que siempre pone el cuerpo.

Kirchner saludó cordial:

–¿Cómo pasaste las fiestas?

–Bien.

–¿Con la familia, con amigos?

–Sí.

Aprobó. Pero no se había comunicado para preguntarme eso. Esperé con el teléfono en una mano mientras con la otra firmaba como podía el ticket de la tarjeta.

–¿Puedo criticar?

–Más vale.

–Te equivocaste. Están usando el dolor de las víctimas para llevárselo puesto a Ibarra. Y después a mí.

El furor de la opinión pública lo alertaba, le encendía sospechas y resquemores.

–Le das excesiva importancia a que haya estado allá y no entendés la política. [En *La Nación*,] Joaquín Morales Solá escribió lo mismo que vos. Piensan distinto: él es de derecha; vos, un

compañero. Si dicen lo mismo, uno de los dos se equivoca. Él no se equivoca nunca.

–Las opciones no son siempre binarias –alegué–. A veces los opositores reprochan conductas erradas para sacar ventaja de eso. No todo es blanco o negro.

–Vos sos un cuadro, tenés que entender. Sé de tu honestidad intelectual pero estás subestimando lo que pasa. Esta tarde voy a criticar a Joaquín, no te des por aludido –dijo, y se despidió–: Un abrazo. Con reshpeto, eh.

Resumo diez minutos intensos, acaso un cuarto de hora.

Sin percatarnos, en ese intercambio directo insinuamos un debate, que se instalaría unos años más tarde, acerca del discurso del kirchnerismo y del vínculo del poder político con los periodistas en una democracia.

Esa tarde Kirchner se paró frente al atril del Salón Blanco de la Casa de Gobierno y despotricó contra Morales Solá sin nombrarlo.

Estoy realmente asombrado de la actuación de cierto periodismo amarillo en la Argentina. No les tengo miedo a sus plumas ni a sus lapiceras... Yo no iba a jugar con los restos de hermanas y hermanos que murieron masacrados en ese maldito boliche [...]. La actitud de cierto periodismo en la Argentina es lamentable. No les basta con lo que hicieron en la década del noventa. No les basta con la defensa irrestricta de las políticas que nos llevaron durante el gobierno de la Alianza al desastre que llegamos, sino que ahora aún buscan de cualquier manera tratar, no sé si es la palabra, de jugar casi mediáticamente con el dolor de los argentinos. No todos, hay periodistas muy serios también, pero hay algunos que tienen la pluma amarilla y hay otros que la tienen llena de odio.

El jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra, era –antes de ese atroz fin de año de 2004– una pieza clave para la estrategia de Kirchner hacia las elecciones de 2007. En ese recodo del camino trataba de construir la transversalidad, expresión que había instalado y que eventualmente pronunciaba como “transversabilidad”: una coalición pluralista y pluripartidaria con partidos progresistas, que abarcaba al PJ y lo incorporaba como una parte del nuevo todo.

Como dirigente, Kirchner enaltecía y consideraba pares (o casi) a los líderes territoriales, con los gobernadores a la cabeza. Conocían su distrito, eran valorados por su gente. Sabían hacer política: gestionar, representar, sumar, congregar adhesiones.

Los porteños distaban de ser los preferidos de Kirchner, y ahí cobraba importancia Ibarra: se presentaba como un protagonista distinto de otros gobernadores, sabía cómo ganarse el favor de los porteños, cómo representarlos. El periodista Sergio Moreno escribió que el presidente ensalzaba y sostenía al jefe de Gobierno porque “flota, flota”.[\[33\]](#) Los “capitalinos” –así los llamaba Kirchner, casi un neologismo– eran díscolos, inestables, inconstantes. Ibarra conseguía flotar en ese océano indómito... toda una virtud, diría Maquiavelo y asentiría Kirchner.

Por eso Ibarra era una pieza central en la construcción de la transversalidad. Incluso podría haber sido potencial candidato a vicepresidente en la fórmula con Cristina, cuya postulación Kirchner no revelaba, pero seguramente ya tenía *in mens e in pectore*. Ibarra era el ciento y único mandatario provincial no peronista y progresista. En Córdoba y Santa Fe había dos dirigentes de otros linajes que esperaban ganar las gobernaciones en 2007: Luis Juez (un cuentapropista audaz) y Hermes Binner (un socialista tradicional). Se habían legitimado como intendentes de sendas grandes ciudades: Juez en la capital cordobesa, Binner en Rosario. Kirchner los alentaba como aliados pero todavía no mandaban en una provincia. Ibarra sí.

La caída del jefe de Gobierno porteño, más allá de recelos o hipótesis conspirativas, determinó una alteración rotunda en los planes, derivada de una contingencia terrible de la historia. Con Ibarra derrocado, se derrumbó la transversalidad.

El traductor más profundo y agudo de la crisis de 2001 colegía que el fuego de la protesta incontrolable se había apagado, pero que las cenizas quedaban. Albañil de la legitimidad de ejercicio, colocaba un ladrillo cada día. Transmitía un consejo-reclamo-orden a su elenco de gobierno. Cada día, todos los días, debía promoverse una acción *pro gente*.

Calculaba –siempre calculó– que la inestabilidad acechaba a cada instante mientras cimentaba las bases de una continuidad política única en la historia argentina. Doce años de gobernabilidad consecutivos, sólo accesibles si se estaba alerta al riesgo máximo. La cita de Peter Berger y Thomas Luckmann seguramente le habría parecido pretenciosa y enrevesada, aunque es muy afín a su pensamiento.

Como propietario del boliche Cromañón, Omar Chabán era el principal acusado por un delito que cometieron varios actores, con diferentes responsabilidades. Permaneció detenido durante parte del proceso, en gran medida como respuesta a la conmoción colectiva y a la movilización de las víctimas, los sobrevivientes o los familiares de los pibes muertos.

En mayo de 2005, la Sala V de la Cámara del Crimen resolvió liberarlo. La resolución era jurídicamente impecable aunque indigerible para los damnificados y un sector dominante de la opinión pública. Kirchner fustigó a los camaristas, en perfecta sintonía con la ciudadanía, cuya bronca invocó e hizo suya. Blumberg fue voz cantante en el coro de reproches.

Acompañé el fallo, con reservas, por su racionalidad garantista. El celular sonó, esta vez en un contorno menos inusual.

Kirchner los acusó –palabra más o menos– de formar parte de una embestida política.

Dos de los camaristas eran y son jueces meritorios. Distintos del (y mejores que el) cardumen de magistrados federales que transforman el Poder Judicial en un agobio para el sistema democrático.

María Laura Garrigós de Rébora había absuelto a Horacio Verbitsky en diciembre de 1996, en una

querella por injurias que había promovido el entonces presidente reelecto Carlos Menem. Una sentencia ejemplar, histórica, que requirió una gran dosis de coraje cívico. Hoy en día preside Justicia Legítima, una agrupación de jueces, magistrados y funcionarios que es lo mejorcito del Poder Judicial. La prensa hegemónica y muchos de sus colegas los motejan de kirchneristas, una imprecisión falaz que en su jerga constituye un insulto.

Gustavo Bruzzone era otro de los firmantes de la sentencia: un juez de *Champions League*, que es honesto, llano a carta cabal, académico de primera línea, *rara avis* en su gremio por la conjunción de todos esos factores.

Esa tarde Kirchner no los apreciaba. No había modo de convencerlo de la coherencia de los jueces, de su buena fe, de su convicción, de su falta de voluntad política opositora. Y de su certeza: Chabán no se profugaría, y su libertad durante el proceso era una garantía antes que una valla para que se dictaran condenas serias y que fueran cumplidas. Así sucedió, *anyway*.

La mirada inmediata fue injusta con los jueces. La prospectiva política del presidente, sin embargo, contenía aciertos: Ibarra fue destituido tras un juicio político fiel a las reglas democráticas aunque con imperfecciones.

La expresión “juicio político” aúna dos vocablos: a su modo, el segundo es dominante. El juicio, la condena o la absolución, están signados por la correlación de fuerzas en el Legislativo más que por consideraciones propias de un pleito común (si tal cosa existe). Ibarra disponía de un bloque ínfimo en la Legislatura porteña, debilidad que selló su suerte. Y definió la primera jugada triunfal del partido del ahora presidente Mauricio Macri en la política porteña. En 2003 Ibarra lo había derrotado en la segunda vuelta: Macri había salido puntero en la inicial. El apoyo de Kirchner fue decisivo en ese vuelco.

Con la destitución de Ibarra la transversalidad perdió sustento. Cromañón la había tornado inviable.

En 2005 Kirchner retornó al peronismo, que nunca había abandonado del todo. La disputa electoral entre Cristina e Hilda González de Duhalde, entre otras variables, expresó su zambullida en la interna del PJ.

El peso de los avatares en la historia, la intromisión de lo inesperado, talló en ese momento. Había que cambiar el diseño de la hoja de ruta: no había otra chance.

La transversalidad quedó en el rango literario de la ucronía, la historia que no fue, sobre la que se puede alumbrar un *container* de especulaciones. ¿Se hubiera sostenido el proyecto en germen hasta el recambio presidencial? ¿Hubiera podido ganar las elecciones y sobrevivir? Jamás lo sabremos.

Macri dio el primer paso de un itinerario exitoso y prolongado.

La Concertación Plural, la coalición con los gobernadores radicales con Cristina como candidata

presidencial, empezó a gestarse, alrededor del mismo criterio que había iluminado el posible ascenso de Ibarra. Una alianza sólida requería el apoyo de los jefes territoriales.

Julio Cobos, entonces gobernador de Mendoza, iniciaba, sin tener pizca de idea, un *rush* político con escala en la vicepresidencia. Llegaría al clímax en otro episodio de verdad destituyente.

---

[31] Ernesto Semán (ensayista, académico, generoso lector de los originales de este libro) propone una interpretación aguda: “Quizás la mayor diferencia entre Perón y Kirchner en este sentido específico sea el tiempo histórico. Uno emerge en el momento de expansión y consolidación del Estado, como centro de la política; el otro gobierna sobre su ocaso. Nadie puede sentirse en el Estado del siglo XXI con el poder que se sentía en 1940”.

[32] Sheldon Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio del pensamiento político occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, pp. 232-233. Agrega: “Si la historia podía proporcionar un cuerpo estable de conocimiento que trascendiera el fluir de los acontecimientos, había entonces esperanzas de reducir las incertidumbres de la acción política”.

[33] Sergio Moreno, “Inflamables e ignífugos”, *Página/12*, 16 de enero de 2005.

# 10. “No quiero disputar el peronismo, quiero disputar el poder”

## Kirchner y el pejotismo

Si dos peronistas añosos, sin trato previo, entablan una conversación que amenaza perdurar y consolidarse, más pronto que tarde surge la referencia a los años setenta.

¿Dónde estabas?

¿Dónde militaste?

¿Con quién?

Un caudal de evocaciones, anécdotas ignotas o trilladas y nombres propios se despliega en una jerga inaccesible para profanos: agrupaciones, personajes ya olvidados, lecturas canónicas. Es una especie de reconocimiento preliminar, una señal que ofrece pistas sobre la identidad, como puede serlo el club de fútbol de cada quien.

Repetí ese diálogo tradicional con el presidente recién desembarcado en la Casa de Gobierno; mirábamos, desde una ventana, la Plaza de Mayo:

—¿Te acordás del 25 de mayo del 73?

—¿Dónde estabas el 1° de mayo?

El 1° de mayo era y es, por cojones, en ese círculo de pertenencia, el de 1974. La fecha en que Juan Domingo Perón les mostró la tarjeta amarilla a los militantes de la Juventud Peronista y esa JP le dio la espalda, le dejó la plaza semivacía, según cuenta una narrativa. Según otra, el presidente en sus postrimerías les sacó la tarjeta roja a los “imberbes”, como los llamó. Da igual cómo se dieron los hechos: traer al presente dónde estaba cada cual es casi un mandato.

Las dos remembranzas emocionaban a Néstor Kirchner. Cuando llegó en auto descapotable a la Casa Rosada compartió la evocación con Cristina. Treinta años clavados habían pasado desde la asunción de Héctor Cámpora.

Se sindicaba como integrante de “una generación diezmada”: se encasilló así, con esas palabras, de movida.

Siempre fue peronista. La identidad se elige, en un comienzo, y se lleva adherida al cuerpo en determinados casos.

El “pejotismo” —expresión de su cuño, o tomada de alguna diatriba interna: vaya a saberse— era otra cosa. Describía la desfiguración a que había llegado el peronismo transformado en ariete de las políticas neoconservadoras. A lo largo de la campaña, Kirchner había fustigado al pejotismo, una actitud que instaló las diferencias que se ahondarían después.

El pejotismo estaba compuesto por la casi totalidad de la *nomenklatura* peronista real existente. Eduardo Duhalde constituía una excepción relativa. Kirchner pudo ser su jefe de Gabinete durante la

presidencia provisoria: declinó ese sitio. En esa decisión es posible observar la doble faz de una relación que era cercana aunque no indivisible.

El peronista que cuestiona al peronismo... cero novedad para una cultura laxa con la ideología y transigente con las rupturas, máxime si resultan exitosas. En cambio, llamaba la atención que un presidente peronista promoviera una nueva coalición de gobierno con incrustaciones progresistas, no alineadas. En aquella idea de la transversalidad encontró un recurso pragmático para no quedar ceñido al corsé del peronismo. Y, en combo, dio con algo más importante: una hipótesis fundacional.

Se aplicó a concretarla. Con su estilo.

Dejó a un lado o minimizó la simbología, hasta la entonación de la “Marcha peronista” en varios actos. Y sumó en cargos públicos a distintos dirigentes, con generosidad desusada. La mayoría de los beneficiarios provenían del Frepaso; algunos otros, de Afirmación para una República Igualitaria (ARI) de Elisa Carrió.

Graciela Ocaña, una diputada sin peso electoral ni partido, asumió a cargo del PAMI (el Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados), un organismo reservado tradicionalmente a la crema del partido oficialista. Es la obra social más grande de la Argentina, la que en mayor proporción adquiere medicamentos y contrata servicios. Para bien o para mal, siempre fue apetecible. Un trampolín posible o una cueva de negocios espurios. O las dos variantes. Ocaña simbolizaba transparencia y desplazaba a la dirigencia peronista tradicional. Jamás se había visto algo semejante.

Luego se sumarían al elenco de gobierno figuras del Frepaso en niveles distintos, siempre considerables. Nilda Garré en el Ministerio de Defensa fue uno de los ejemplos más resonantes.

Kirchner aspiraba a conformar un frente nuevo, cuya base peronista se compensara con los aliados. Al unísono. Una identidad diferente *aggiornada*.

En el magín del presidente, los aliados flamantes debían crecer en la sociedad: ganar popularidad, ganar *votabilidad*, con perdón del neologismo.

Aníbal Ibarra, aquella figura central en el diseño –no porque fascinara a Kirchner ni, menos, porque le agradaran los porteños–, gobernaba un territorio: eso era lo básico. Kirchner tampoco confiaba en los mandatarios provinciales o comunales; en general, no confiaba en nadie. Aunque estaba lejos de endiosarlos, razonaba, sin admitir apelación, que quienes gobiernan adquieren saberes que otros humanos desconocen. Deben resolver problemas, se exponen con regularidad a la prueba de las votaciones, tienen que dar la cara a la hora de los resultados...

Una experiencia y un temario en común facilitaban su trato cotidiano con los gobernadores y los intendentes, ex colegas todos. Con esos interlocutores de privilegio podía hablar de política sin sanata ni grandilocuencias, deficiencias que caracterizaban, con someras excepciones, al resto del mundo.

La transversalidad marchaba con un lenguaje novedoso, plagado de guiños culturales. La política sobre derechos humanos constituía un piso innegociable para sumarse.

Kirchner tuvo su plaza iniciática el 25 de mayo de 2004: el cumpleaños de la gestión, poco más de un mes después de la irrupción intensa de Juan Carlos Blumberg. Aquella plaza resultó un acto raro, desprovisto de la pasión y hasta de la sustancia de otras movilizaciones, previas o posteriores: sin discursos, sin banderas partidarias, sin consignas. Asumió la forma de un recital con músicos y artistas muy afines a la izquierda o el progresismo, o algo por el estilo. El listado es expresivo: Teresa Parodi, León Gieco, Silvio Rodríguez, Víctor Heredia. El himno de cierre lo entonó Charly García. Un coro espontáneo y entusiasta lo acompañó, aunque no es sencillo acoplarse a esas versiones notables y originales.

Escribí entonces:

A las gentes normales les gustan los recitales populares. Les gusta encontrarse con artistas que ya conocen, compartir con ellos canciones que han oído centenares de veces, confortarse en lo acostumbrado. Miles y miles de personas tuvieron su comunión con artistas que quieren desde hace muchos años. Participaron, elevaron sus voces, cantaron a coro, lo que motiva un placer masivo. Un coro de miles de personas no requiere para ser imponente afinación sino cierto sentimiento común y pasión. El resultado suele poner la piel de gallina.

Así fue. Una multitud alegre, sin estridencia, cantó muchas que sabemos todos. Los ingredientes políticos clásicos, desde el discurso hasta la marcha peronista, refulgieron por ausencia.

La escenografía siempre es un mensaje, sobre todo si se altera el canon. Aquella convocatoria estuvo hecha para los ciudadanos, la gente del común dispuesta a pasar una tarde (que resultaría imborrable), sin otro compromiso que mezclarse en el disfrute colectivo.

Ese registro original, en un tiempo de tránsito, resultó una suerte de bosquejo involuntario de la Fiesta del Bicentenario, Tecnópolis o el Centro Cultural Kirchner. Esas concreciones por venir contarían con más aparataje, más ánimo de sobrevivir en el tiempo y un aderezo ideológico claro aunque no expulsivo.

Cuando a finales de 2004 ocurrió la tragedia de Cromañón que causaría la caída de Ibarra, se aceleró el fin de la ilusión transversal y también la necesidad de disputar la jefatura del aborrecido PJ.

Primer requisito para hacerlo: confrontar con Eduardo Duhalde. Iba a suceder, fatalmente, en algún recodo del recorrido hacia 2007. En política, se sabe, las diarquías son inviables.

Kirchner marcó distancias desde el primer momento. Se jalonaron episodios nítidos: la propia elección de Ibarra, en la que muchos duhaldistas apoyaron a Mauricio Macri, y el presidente, a quien ganaría en segunda vuelta. Otro caso fue la disputa por la gobernación de Misiones, cuando

apostaron fuerte, respectivamente, a Ramón Puerta y Carlos Rovira. También en Misiones prevaleció el favorito de Kirchner.

Eran entreveros, ensayos generales, escaramuzas tercerizadas: faltaba el enfrentamiento directo, en las urnas, que es donde vale.

Se podía diferir hasta las elecciones de 2007 si se sostenía un pacto relativo de distanciamiento y no agresión; también se podía anticipar a 2005, cuando tendrían lugar los comicios parlamentarios en la provincia de Buenos Aires, el bastión de Duhalde que nadie había podido disputarle con éxito, ni siquiera Carlos Menem en pleno apogeo.

Se podía –en breve– arriesgar en una compulsión territorial el espacio ganado en dos años de gobierno exitoso. Todo o nada. O doble contra sencillo.

Si se “jugaba”, Cristina Fernández de Kirchner disputaría la primera candidatura a senadora nacional contra Hilda González de Duhalde, “Chiche” para los amigos o los desconocidos.

Los dos sectores frente a frente... y los dos apellidos también, quiérase o no.

La cena, larga, transcurrió en la residencia de Olivos: un convite deseable, para hablar de política con el presidente, con Cristina, con Carlos Zannini, con Alberto Fernández. Los invitados: Carlos “Chacho” Álvarez, José Pablo Feinmann, Martín Granovsky, José Nun, yo.[\[34\]](#)

Terminaba el verano de 2005. La velada fue amigable, bien servida la mesa, largo el palique.

Kirchner llevaba la natural voz cantante, abría el juego para las opiniones y los comentarios.

Escuchó, bromeó, replicó. El eje basculó hasta afincarse velozmente en “la provincia”.

En el esperanto de la política y el periodismo iniciado, cuando se hace referencia a “la provincia” se está diciendo Buenos Aires, así como cuando se menta “La Embajada” se sobrentiende que es la de Estados Unidos.

La charla iba y venía. Cristina consumía su propio menú, muy liviano y saludable. Apoyaba algún razonamiento de Kirchner; lo reprendía por algún simplismo o algún desliz eventual respecto de la corrección política.

Él bastoneaba la conversación. Uno de los invitados comentó que no había urgencia en competir por la supremacía peronista. La sociedad no juzgaría al incipiente kirchnerismo por ganar esa partida internista sino por su gestión y sus realizaciones. Cristina retomó el razonamiento y lo vistió a su modo; se mostró interesada pero no firmó al pie.

Otro invitado marcó disidencias que parecían más sustantivas: no ya de oportunidad sino de valoración. Lo ideal no era confrontar entre peronistas: lo ideal era confrontar contra el peronismo, una identidad que –arguyó con datos conocidos– le parecía irrecuperable. Era necesario forjar una fuerza nueva, una tipificación nueva, y ese era el *momentum*.

¿Para qué disputar con el peronismo, una identidad desprestigiada o hasta muerta?

Kirchner atendió cada palabra. Dejó que el expositor se explayara y replicó:

–No quiero disputar el peronismo, quiero disputar el poder. El tema es el poder.

El presidente no soltó prenda sobre la decisión definitiva. Era una cuestión de oportunidad, de atisbar el momento justo. Tanto él como Cristina, sin verborragia pero sin margen de duda, daban por descontado un triunfo amplio contra el duhaldismo.

En 2005, agotada la perspectiva de la transversalidad, las dos supuestas alternativas se fundían en una.

En 1997 Duhalde trataba de construir su candidatura a presidente. Lo cercaban por dos lados. En primer lugar, Menem se afanaba en conseguir legalidad para buscar su segunda reelección: el ideal, claro, era conseguirla; como premio consuelo quedaba complicarle la carrera al compañero Duhalde. En segundo lugar lo amenazaba el crecimiento del Frepaso, y sobre todo su manera de funcionar como un imán para los peronistas más presentables. Para contrapesarlo, el gobernador bonaerense quiso convocar a peronistas-progresistas (no hay oxímoron: es sólo una fantasía gorila) pero, como no eran su *target*, delegó la labor en Alberto Fernández, su aliado en la esquiwa capital, y en Kirchner. El Grupo Calafate se reunió por primera vez el 2 y 3 de octubre de 1998, en la ciudad homónima: el lugar en el mundo de Néstor y Cristina.

Se trazaba una asignación de roles entre los dos gobernadores aliados. Duhalde conducía al conjunto y Kirchner interpelaba a los renovadores y a los sobrevivientes de la izquierda peronista que mantenían alguna coherencia.

El modo en que fluyó la relación de esa diarquía imposible se puede sintetizar en frases de Kirchner, casi todas textuales, acaso verbalizadas con variaciones; una sola, la última, es inventada o traducida a una lengua muerta:

*“Duhalde es el único que se puede oponer a Menem. Los demás gobernadores son...”* (cada quien puede agregar el vituperio que prefiera). Entre 1997 y 2001.

*“Duhalde es mejor que el duhaldismo.”* Antes de asumir; una descripción que también se aplicó, en otras ligas y salvando las distancias, a Sigmund Freud o a Karl Marx.

*“Eduardo no me impuso a [Roberto] Lavagna ni a [Daniel] Scioli.”* En referencia al ministro de Economía de Duhalde, al que Kirchner confirmó, y a quien resultó su compañero de fórmula. La idea era, en un caso, dar señales de continuidad, y en el otro, obtener para el binomio presidencial un protagonista conocido por el ciento por ciento de los argentinos, mucho más que Kirchner: las encuestas informaban que Scioli sumaba dos o tres puntos a la intención de voto. Es indudable que Duhalde los quería y sensato pensar que, en el afán de ganar una elección reñida, Kirchner también, aunque no los apreciara tanto.

*“Con Eduardo se puede hablar.”* En campaña.

*“Eduardo tiene que entender que el presidente soy yo.”* Un mandato que trascendía a la dupla,

expuesto en los primeros días de gobierno.

“*Duhalde no entiende que soy el presidente y que conduce el que gobierna.*” A poco de andar.

“*Tenemos que ganarle a Duhalde pero sin humillarlo.*”

“*Delenda sunt Duhalde et duhaldismus.*” Las dos últimas en aquel 2005, sucesivas, a medida que se acercaba la votación.

Nada personal, en principio. El tema era el poder.

La campaña constituyó más que una interna del peronismo, aunque no dejara de serlo del todo. En tales pugnas es una ventaja valerse de los símbolos. “Chiche” Duhalde contaba con el sello del PJ y el escudo, y hacía resonar la marchita a todo volumen. Cristina prescindía de ese ropaje: confiaba en su elocuencia, hacía pie en los logros del gobierno, colocaba a sus rivales en el pasado. En su primer acto –de una estética cuidada, sin desbordes ni tribunas vociferantes– homologó a Duhalde con *El Padrino* de Francis Ford Coppola y, en lo que constituyó una concesión aparente, no pronunció el apellido del adversario. La elipsis funcionó como subrayado.

¿El resultado? Una goleada.

En la celebración de esa misma noche, Cristina debió sortear a los militantes que rodeaban el Hotel Intercontinental, donde se apiñaban el comando de campaña, dirigentes, periodistas y colados. Ya frente al micrófono, con la televisión pendiente, comenzó por agradecer los vítores y, sin *fair play*, minimizó: “Fue más fácil ganar la elección que llegar hasta acá”.

La transversalidad funcionaría en lo sucesivo como soporte, como forja de aliados. Despuntaba una nueva versión del peronismo, que se dejó ver en el acto del 25 de mayo de 2006.

Se movilizaron sindicatos, organizaciones sociales, líderes territoriales: gobernadores, intendentes, aspirantes a serlo.

La base social –la tradicional del peronismo con las mutaciones acontecidas (sufridas) desde 1975– resultaba el retrato vivo de un nuevo estadio de la clase trabajadora.

Los sindicatos llegaban por la Diagonal Sur. Las organizaciones sociales, por la Diagonal Norte. De un flanco (por expresarlo así), los desocupados o los conchabados en situación de pobreza afligente; del otro, sus compañeros en condiciones mejores. La desigualdad entre trabajadores, la máxima desde mediados del siglo XX, se dejaba ver, palpar.

La diferencia de vestimenta entre las columnas gremiales y las que provenían de algunas localidades del Conurbano era un hecho más que llamativo: impensable años atrás. Si las columnas sindicales habían sido usualmente monopolizadas por varones, las que venían de los barrios, como las de los piqueteros, reiteraban la composición familiar que fue regla desde fines del siglo XX. En comparación con los tiempos pasados, el empobrecimiento de los trabajadores era notable. Sería

todo un ejercicio depresivo oponer imágenes de esa tarde a las del Cordobazo, las movilizaciones gremiales de los años setenta, las que se realizaron contra la dictadura.

Los sindicalizados –con tres o cuatro años de trabajo estable, obra social, atención médica, ingresos pasables– se asemejaban a los muchachos peronistas del pasado. Los compañeros que entraban por la otra diagonal reflejaban, en cambio, una pobreza nueva en su dimensión y en su magnitud, producto de la desocupación prolongada y del trabajo informal que deja marcas en la salud, la apostura e incluso en la manera de marchar.



Acto en la Plaza, 25 de mayo de 2006. El presidente abraza a Mercedes Sosa. Cristina y Estela de Carlotto aplauden. Las Madres y Abuelas, en el palco. Los gobernadores, más abajo. Fotografía: Carlos Greco, DyN.

El escenario que predispuso Kirchner introdujo novedades que se harían costumbre, rutina, marca de fábrica. Las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo en el estrado, alrededor del orador; las autoridades políticas más abajo, tanto en el diseño como en el espacio físico. Kirchner los juntó y los ordenó: la escenografía expresaba una escala jerárquica, ponía en evidencia su valoración.

La dirigencia peronista rumiaba desazón pero participaba: el tema era el poder. Su futuro potencial, calculaban astutamente, dependía de estar cerca de ese hombre que traccionaba a sus aliados, satisfechos o no, hacia la victoria. La coreografía variaba respecto del 24 de marzo de 2004. Los compañeros gobernadores y legisladores participaban, segundones respecto de “las viejas” pero cobrando su cuota menor de capital político y simbólico. Kirchner les había abierto un espacio y su popularidad irradiaba: era astuto acercarse a ese calorcito a un año de los comicios provinciales. Los cálculos fueron certeros: los gobernadores de las provincias peronistas más grandes conservaron sus feudos. El santafesino Carlos Reutemann y el cordobés José Manuel de la Sota, que tenían vedada legalmente la reelección, lograron que sus delfines conservaran el territorio. El bonaerense Felipe Solá obtuvo la reelección hasta 2011, todos acompañando al kirchnerismo ascendente.

El discurso del presidente fue turbulento, nervioso, desusadamente breve para un acto de esa magnitud. Quedó redimido por el contexto, la pasión oratoria y una ristra de novedades que se desplegaron como al acaso:

–La plaza es de los trabajadores, de Eva Perón, de las Madres y las Abuelas –clamó.

Buscaba una síntesis de esa alquimia que él mismo había convocado.

–Nuestros 30.000 desaparecidos vuelven a la Plaza de Mayo –agregó. Estaba disfónico, le temblaba la voz cuando la elevaba.

Más tarde, para paliar un olvido o tal vez para corregir un sesgo excesivo, sumó:

–El balcón es de Perón.

Hacía referencia, también, a su propio lugar en el palco.

Los micros y los colectivos estacionados ocupaban hasta treinta cuadras alrededor de la plaza. El esfuerzo de la dirigencia política y sindical fue notorio. Las columnas albergaban muchos más cebadores de mate que integrantes dispuestos a entonar consignas: la base superaba en número a la militancia, largamente. Se podría traducir en una idea simple: el compromiso que predominaba era la mera presencia.



Kirchner y la futura presidenta saludan, 25 de mayo de 2006. Se venía la Concertación Plural y la fórmula con Julio Cobos. Fotografía: César De Luca, EFE.

Hubo bombos y redoblantes para regalar; en cambio, voces y coros escasos, y casi ninguna consigna. O, mejor dicho, una a la que no se le prestó atención desde el palco.

Se esperaba que el presidente se pronunciara sobre un eventual segundo mandato. Pululaban los carteles que proponían “Kirchner 2007” y sobrevolaba un globo aerostático con la forma de un pingüino ataviado con la banda presidencial.

No obstante, el orador se mostró sordo al “borombombón, borombombón / para Néstor la reelección”. No por callar otorgó: los silencios y las omisiones son, de ordinario, tan elocuentes como lo que se verbaliza.

Kirchner anticipó, implícitamente, que Cristina sería su sucesora.

La Concertación, el nuevo frente político electoral, era el segundo anuncio que se esperaba. Se había anticipado en charlas, reuniones no tan secretas, o mediante trascendidos. Kirchner hizo alusión a ella sin entusiasmo ni precisión.

La tenía en la cabeza. Sería el nuevo instrumento para conservar el poder sin quedar confinado en el corralito del PJ. Se trataba de una de las jugadas políticas más inclusivas y audaces del kirchnerismo, en plena preparación: una coalición entre peronistas y radicales con legitimidad electoral.

Territorio + votos = maná.

Aquella construcción pudo haber sido, a largo plazo, un cambio rotundo del sistema político. Pero naufragó casi de inmediato, reducida y circunscripta a una herramienta eficaz para las elecciones de 2007, víctima de falencias propias, del terremoto de las retenciones móviles y de la contingencia histórica.

---

[34] Nun era secretario de Cultura. Granovsky sería designado más adelante presidente de Télam. “Chacho” –que afrontaba el ostracismo desde su renuncia a la vicepresidencia– sería desde diciembre de ese año presidente de la Comisión de Representantes permanentes del Mercosur, a propuesta de la Argentina, ratificada por los demás países miembros.

# 11. ¡A desendeudar, a desendeudar!

Pensé que no hay nada menos material que el dinero, ya que cualquier moneda (una moneda de veinte centavos por caso) es en rigor un repertorio de futuros posibles.

**Jorge Luis Borges, “El Zahir”**

El problema del endeudamiento operó desde siempre como una trampa no demasiado oculta para quien la quisiera ver. Y esa trampa estuvo tendida desde el inicio de la flamante democracia, recortándole las alas desde el primer momento. Los nuevos dirigentes votados para gobernar este país optaron por no desactivar esa bomba de tiempo.

**Mercedes Marcó del Pont y Héctor Valle, “Crisis y reforma económica. Noticias del país real”**

Fernando de la Rúa resolvió renunciar a la presidencia mientras las fuerzas de seguridad baleaban a mansalva a quienes se rebelaban contra su gobierno. Se avino, remoloneando, a seguir el consejo de funcionarios y legisladores propios que lo instaban a hacer su jugada última y la única a la que atinó en ese trance extremo. Se comunicó con Horst Köhler, el director general del Fondo Monetario Internacional (FMI), le informó su decisión y le pidió disculpas, delicadeza que escatimó al pueblo que había defraudado.

Köhler cenó en la residencia de Olivos con Kirchner en junio de 2003. El mandatario recién aterrizado le dispensó otro trato. Le recriminó que el FMI tenía una gran cuota de responsabilidad en la bancarrota argentina y que las relaciones entre el país y el organismo serían muy distintas a las de años anteriores. Como referencia adicional, coló: “Sé que no soy el presidente que usted esperaba”. El FMI, como el mundo financiero, anhelaba el regreso de Carlos Menem o, como *second best*, la llegada de Ricardo López Murphy.

La versión sobre esa cena es la que transmitía Kirchner, verosímil ciento por ciento por miles de millones de motivos, [\[35\]](#) mensurables en dólares.

Como se contó en un capítulo anterior, Kirchner estaba convencido: había que desendeudar a la Argentina. “Desendeudar” es un verbo largo, cacofónico. “Desendeudamiento” es casi impronunciable de corrido, sin respirar o tomar agua en el medio. Kirchner apelaba asiduamente a ambas palabras, sin trabucarse, y las decía con fruición y un plus explicativo: “Hay que desendeudarse para desintervenir la economía”, neologizaba.

Es imposible exagerar la gravitación previa del FMI. “Prestamista de última instancia” era la expresión recurrente para caracterizar al organismo que parecía regir en primera instancia la acción de los gobiernos argentinos.

Dos de sus enviados eran renombrados entre las élites, los funcionarios, los medios, las personas

politizadas. Segundones dentro de la burocracia del Fondo, una vez llegados acá fungían de virreyes. Teresa Ter-Minassian, una italiana frugal que se ufanaba de confeccionar su propia ropa, y el indio Anoop Singh, que empilchaba con más costo y elegancia. La sumisión se expresaba en el acatamiento a órdenes cotidianas. También, en el plano más prosaico del detalle inmobiliario: el FMI tenía una oficina dentro del edificio del Banco Central, cedida gratuitamente. Dos ambientes, nada suntuosos, con espacio austero para una recepción y el despacho del representante. Estaban a un tris de desentonar en un edificio que derrocha señorío y elegancia, aunque en rigor de verdad corporizaban una concesión más: la marca física de la dependencia.[\[36\]](#)

La deuda externa signa nuestra historia desde los tiempos de Rivadavia, antes de que existiera la República Argentina como tal. Menem y De la Rúa compartieron el extraño honor de llevarla a la estratósfera. Este último anunció con alegría delirante el Blindaje y el Megacanje, supuestos salvavidas que engrosaron la deuda sin producir el menor alivio. “Qué lindo es dar buenas noticias”, se jactaba, en un spot oficial.

El canje comenzó a conversarse y gestarse desde el comienzo mismo del mandato de Kirchner. Los negociadores argentinos aplicaron la destreza de un juego nativo, poco conocido en casi todo el resto del planeta: el truco, en el que “mentir” (hacer *bluff*) es un recurso central, tanto o más importante que las tres barajas que se tienen en la mano.

El gobierno consagró los primeros movimientos a dar largas a las contrapartes. Recitaba el abecé del kirchnerismo, de acuerdo con la máxima de fortificarse para pulsar firme. Al compás del crecimiento económico se incrementarían la legitimidad política, las reservas en el Banco Central, la recaudación impositiva. Se privilegiaban los pilares de una sustentabilidad múltiple, que fortalecía a David contra cien Goliats.

Kirchner y Lavagna elaboraron un par de tipologías sencillas de acreedores a los que destinarían tácticas específicas. La taxonomía más cantada era la que distinguía entre argentinos y foráneos. Se aspiraba a una mayor presencia autóctona pensando más en la conveniencia pragmática o en la influencia que podría ejercer el gobierno que en el patriotismo.

La otra clasificación sistemática, según explicaron Mercedes Marcó del Pont y Héctor Valle, dividió el campo de los acreedores en tres grupos, según su potencial de intransigencia. En orden descendente: los fondos buitres, los ahorristas individuales y los inversores institucionales.

Respecto de los fondos buitres que acapararon deuda argentina a precios rayanos en el regalo, se dispusieron a enfrentarlos, de un modo u otro. Kirchner y Lavagna los sabían usureros y, deducían, no aceptarían el canje. Intervendrían en el debate mundial, interpondrían trabas, solventarían campañas mediáticas en contra, pero jamás se avendrían. Su negocio era muy otro.

El primer funcionario que en la Argentina apostrofó contra los buitres (él pronunciaba “huitres”) fue Domingo Cavallo, mientras se desempeñaba como ministro de Economía en 2001.

Kirchner la emprendió temprano contra los carroñeros. “Los que dicen que la Argentina tiene que pagar más deuda están diciendo que tiene que haber más ajuste sobre las espaldas de los argentinos”, delimitó el 31 de octubre de 2003. Ese mismo día, en plena fiesta de Halloween, se celebró la primera audiencia de pleitos impulsados por los fondos especulativos (su verdadero negocio) en el juzgado de Thomas Griesa, enclavado en la City neoyorquina.[\[37\]](#)

Para los banqueros formales y opulentos, se urdieron surtidas tácticas que bascularon entre la seducción y la imposición, para que aceptaran “lo que hay” y miraran hacia adelante. Kirchner se valió del creciente poder para convencer o forzar a los bancos y a las Administradoras de Fondos Jubilatorios y de Pensión (AFJP) a que cambiaran sus créditos por los bonos nuevos. Ni él ni las AFJP tenían en el radar la estatización del sistema previsional. Transcurría la etapa “gubernamental” del kirchnerismo, poco generosa en reformas institucionales. Se ponía coto a las corporaciones mientras se pactaba con ellas, en condiciones nuevas. El método se aplicó, por usar ejemplos rotundos, con *Clarín*, con las AFJP, con los organismos internacionales de crédito.

Los bancos serían más racionales y constructivos, aunque más no fuera para salvar su pellejo. Los bonos argentinos se habían difundido como una inversión de rendimiento exorbitante. Comprarlos combinaba ingredientes de inversión y timba financiera. Kirchner recreaba el refrán “cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía”. Quienes embolsaban comisiones jugosas *tenían* que saber que arriesgaban, afirmaba el presidente. Sobre todo cuando tentaban a los ahorristas individuales, más desprevenidos o incautos: italianos, alemanes o japoneses estaban expuestos a embelesarse con bonos de un país remoto, sito en el fin del mundo, que enriquecían a sus tenedores. Los bancos, a quienes creían ciegamente, les “garantizaban” que la inversión era segura.

Se apostó al cansancio o a la resignación de los bonistas individuales, un conjunto de personas esparcidas en todo el globo, objetivo para el cual podía ser funcional la dilación de los trámites. Precisamente por su condición de colectivo heterogéneo, este grupo fue considerado el menos predecible y, a la vez, el menos dotado para negociar. La celeridad de los mercados bursátiles dificultaba incluso su identificación, porque los títulos iban y venían como viaja el dinero en el siglo XXI: a velocidad supersónica, dejando pocos rastros.

Para Kirchner, mediaban responsabilidades comunes en la quiebra argentina, que justificaban hasta éticamente la reducción de la deuda, el “esfuerzo compartido” al momento de repartir de nuevo. El paradigma propuesto combinaba elementos ideológicos, *Realpolitik*, transacciones.

La operatoria es sencilla si se la simplifica en extremo. Se truecan bonos defaulteados por otros de menor valor, con nuevos plazos y reglas. Se cotizan y trafican en todas las Bolsas del mundo, lo que exige la aprobación de la SEC, la colosal Comisión Nacional de Valores estadounidense.[\[38\]](#) Sus exigencias son altas, puntillistas, no apelables. Comitivas de funcionarios criollos iban y venían a Estados Unidos, los e-mails atravesaban el espacio virtual.

La administración de George Bush jamás sería una aliada, aunque tampoco un participante activo y hostil. Los republicanos miraban con cierto desdén al establishment financiero. La mayoría de sus cuadros provenía de la actividad privada productiva.[\[39\]](#) El rescate financiero que se había otorgado a México para acolchonar las consecuencias del “Efecto Tequila”, la crisis financiera de 1994, les había parecido un salvavidas dorado exclusivo para los bancos, costosísimo. No romperían lanzas por repetir el engendro.

Frente a una batalla plagada de preciosismos, Kirchner entendió que debía acotar el número de oponentes fuertes. Se siguieron pagando las deudas con los organismos internacionales de crédito, el FMI entre ellos, con el propósito de que jugaran de manera constructiva o, por lo menos, neutral. Eso

sí, sin meter la más mínima cuchara en las tratativas, lo que significaba suspender la regla vigente desde los tempranos noventa.

“La mayor singularidad del caso [el canje] reside en que el diseño y gestión de la reestructuración se desarrollaron sin injerencia del FMI”, escribieron en su momento Mario Damill, Roberto Frenkel y Martín Rapetti. Remarcaron que “el organismo ni siquiera auditó las proyecciones financieras del gobierno que fundamentan la sostenibilidad de la propuesta. Es la primera vez que esto ocurre en el sistema financiero internacional que se fue conformando desde los años setenta”.[\[40\]](#)

La metodología paraba el carro triunfal de los organismos de crédito, otra innovación.

Kirchner y Lavagna hicieron oídos sordos a la carrada de propuestas del FMI, que derrochaba creatividad destructiva: entre la batería de ideas, sobresalían dolarizar la economía, liquidar entidades financieras, tupacamarizar la banca pública...

Se hizo fortaleza de la debilidad, pero la correlación de fuerzas demarcaba las fronteras de la autonomía. Por imposición de los acreedores se aceptó una cláusula injusta y lesiva: pactar la competencia de tribunales extranjeros para entender en pleitos posteriores, que los habría. Se “compraba” autonomía nacional, la posibilidad de manejar la propia economía, cuyo control pasaba al gobierno democrático.

El trámite, que afrontó oposiciones y resistencias, fue fuente de ansiedad en quienes trazaban y discutían cada paso. Contra su registro habitual, Kirchner no apretó todo el tiempo el acelerador.

Con la consigna “los muertos no pagan”, se esmeró en convencer a las contrapartes de que el país crecería y estaría en condiciones de honrar la deuda reajustada... si esta no lo mataba.

Pasado el verano de 2004, Kirchner dispuso apurar el trámite. La oferta debía estar validada por la SEC y ser presentada en sociedad antes de las fiestas navideñas. El equipo de Lavagna, en el que tuvo un rol destacado el secretario de Finanzas Guillermo Nielsen, le metía pata aunque al ministro le parecía que en diciembre, en las potencias del hemisferio norte, todos abandonan su activismo y se concentran en las fiestas, los regalos, el *panettone*.

Se contrató al Banco de Nueva York para implementar la operatoria y los pagos. A pocos días de la presentación de la oferta, ese banco infligió un sinsabor al gobierno, porque rescindió el contrato. Hubo que buscar otro operador financiero y la oferta debió diferirse hasta enero de 2005. El tropezón suscitó uno de los pocos cortocircuitos entre Kirchner y Lavagna. El presidente interpretó que habían mediado errores de Economía, falta de muñeca. Lavagna leía conspiraciones y avizoraba “manos negras” de los zorros de Wall Street. Kirchner nunca fue inmune a esa clase de conjeturas, pero en esta situación la combinó con reproches casi audibles al equipo económico.

Lavagna presentó el paquete íntegro, con conformidad de la SEC, en enero de 2005. Se trataba de un menú de bonos ajustables con diferentes parámetros. Entre ellos, se agregó el que ataba los valores

al crecimiento del PBI, para tentar a inversores atentos al curso ascendente de la economía nacional. Funcionarios argentinos realizaron *road shows* por los países con más ahorristas individuales. Nielsen, un hombre del radicalismo que ocupó puestos altos en los gobiernos de Duhalde y de Kirchner, fue el principal peregrino, casi el presentador serial de la propuesta argentina, mientras Lavagna y el presidente negociaban con otros interlocutores. Nielsen es un *bon vivant*, elegante en el vestir, amante de los deportes de invierno y las veladas en el Teatro Colón. Habla varios idiomas con fluidez, incluido el alemán. Las conversaciones con banqueros eran arduas pero padecía sensiblemente más cuando le ponían enfrente a ahorristas de carne y hueso. Una japonesa, una viuda ya mayor, contó imperturbable que había colocado todos sus ahorros en bonos argentinos. Cuando le tradujeron al inglés el ascético y desolado mensaje, el verborrágico enviado no supo qué responder.

Kirchner afirmaba que el canje sería exitoso si alcanzaba al 50% de la deuda defaulteada. Lavagna le hizo eco cuando presentó la oferta. Puertas adentro, se ilusionaban con rasguñar el 70 o 75%.

Cada quien cumplía un rol. Un alto funcionario del FMI me comentó informalmente que Kirchner le parecía demasiado temperamental. De Lavagna admiraba la impasibilidad, lo que graficaba poniendo “cara de nada” y moviendo de arriba abajo varias veces la palma de su mano, a unos centímetros de su nariz, sin mudar de semblante. Nielsen le resultaba demasiado “italian”, lo que traducido a lunfardo equivaldría al estereotipo de “tano”, esto es, un ser pasional y gritón. Llama la atención el calificativo, porque no parece ser ese el *look* de Nielsen, pero así le resultaba al funcionario. Su favorito era “Alfonsou” Prat Gay, el entonces presidente del Banco Central, quien también se trataba de “tú a tú” (o de “Alfonsou” a “Stan”) con Stanley Fischer,[\[41\]](#) con el que decía hablar a menudo.

Crítico con los interlocutores del gobierno pero no desatinado, el enviado alucinaba con los medios locales: “Son tremendos los diarios de acá. El trámite es cambiante y duro, pero nunca tanto como ellos cuentan”. Había por entonces tres periódicos que expresaban los intereses de la City y los sectores dominantes: son demasiados en comparación con otras realidades. Predijeron resultados fatales, que quisieron inducir, despotricaron contra la falta de *savoir faire* de los funcionarios argentinos, llamaron “intemperancia” a la encendida defensa de los intereses nacionales.

Lavagna se autorretrata como “un peronista de paladar negro”, esto es, munido de dotes intelectuales, saberes y buenos modos, infrecuentes entre el grueso de los compañeros. Kirchner jamás fue su dirigente predilecto, Duhalde tampoco, pero le pasaba más cerca. Seamos claros: ningún justicialista sacaba siete puntos en la calificación de Lavagna.

Kirchner se definía como integrante de la izquierda justicialista, “la generación diezmada”. Su referencia era la JP de los setenta, no sus organizaciones armadas, cuyos militarismo y vanguardismo criticaba toda vez que tenía oportunidad.

El presidente bromeaba ante un círculo no tan estrecho apodando “el Pálido” al ministro. De

entrada podía ser alusión a la tez, aunque luego pasó a significar que el hombre “tiraba pálidas”.

Conversé asiduamente con Kirchner y Lavagna en ese tramo fascinante de la historia. Estoy convencido de que actuaron de consuno en todo lo esencial. Las divergencias y el pedido de renuncia del ministro fueron, en sustancia, ajenos al canje.

Los dos, por separado, me recibieron en los días en que se anunciaron los términos de la oferta y su porcentaje de aceptación. Eran temperamentos fuertes, personas mucho más inteligentes que la media, vocacionales de su profesión. Compartían la ambición de seguir creciendo en política: Kirchner apostaba a la continuidad del proyecto, Lavagna deliberaba que Economía no era el punto más alto de su carrera. Creían en lo que hacían, se tenían fe, la inseguridad o la modestia no estaban entre sus defectos. Todo esto dicho, percibí en momentos trascendentales cuán preocupados y cuán asombrados estaban por la dimensión mundial del canje. No explicitaban frontalmente el estado de ánimo, pero se les notaba, entre líneas. Estaban tomando decisiones que proyectarían consecuencias durante décadas y les pesaba la incertidumbre del resultado. Le hubiera pasado lo mismo a cualquier otro protagonista que no fuera psicópata o megalómano.

Alfonso Prat Gay había sido designado por Duhalde. Joven brillante, se destacó e incrementó la fortuna de su familia como *broker* de la banca J. P. Morgan en Londres y Nueva York. No cualquiera llega tan alto y tan pronto. Esa vivencia y su linaje en la clase alta tucumana dejan marcas indelebles en pensamiento e ideología.

Prat Gay no desafió los lineamientos económicos generales de la gestión ni confrontó directamente con Kirchner, salvo en los últimos días de gestión. Pero escaló en polémicas con el ministro, acentuadas por la competencia y el aborrecimiento recíprocos. Según él, debía mejorarse sustancialmente la oferta de pago *cash* a los bonistas y pagar el resto en plazos más cortos, lo que redundaría en una mayor aceptación, aunque en más costos inmediatos. Esta última consecuencia era evidente, la otra, hipotética.

Vaticinaba que el año 2005 vendría cargado de dificultades y que la verborragia de los negociadores irritaba en exceso al Tesoro norteamericano y al FMI. Auguraba un freno al crecimiento, con horizonte de estanflación (mezcla de inflación y recesión), y aconsejaba volver a los mercados de crédito internacional enseguida después del canje. Y “amigarse” con el FMI.

Kirchner avizoraba que los indicadores irían viento en popa: crecimiento, empleo y redistribución. Tenía razón.

En septiembre de 2004 vencía el mandato de Prat Gay, quien exigía más autonomía del Banco Central para permanecer en el cargo, lo que, bajando a tierra, consistía en que lo dejaran designar a la mayoría de su directorio y llevar adelante directrices contrapuestas a las del gobierno. Kirchner esperó a que terminara el período de designación y no quiso saber nada de renovarla. Tomó esa determinación bastante enojado, comentando que tanto el pensamiento como el corazón de Prat Gay lo acercaban más a los organismos de crédito y a los acreedores que al gobierno.

“Entre Prat Gay y Lavagna me quedo con Lavagna.” El ministro asentía, claro que sí.

Los guarismos de aceptación se difundían semanalmente. Se creó un incentivo financiero para quienes cambiaran rápido bonos defaulteados por nuevos. Se “presuadió” (neologismo que invento acá, combinando “presionó y “persuadió”) a banqueros a acompañar prestamente, confiando en la imitación de terceros, lo que en jerga se conoce como “efecto manada”.

El FMI embolsaba los pagos y llevaba la contra. El periodista Marcelo Zlotogwiazda informó en *Página/12* que el Fondo estaba presionando al gobierno por los *holdouts* y exigiendo aumento de las tarifas de servicios públicos. Un protagonista de la negociación le comentó al periodista que “ellos [el FMI], consciente o inconscientemente, están jugando a favor de los fondos buitres”.

La firmeza de los funcionarios locales, necesaria e inédita, no fue su virtud primera. Esta fincó en no compartir los presupuestos ideológicos de los negociadores sentados enfrente. El gobierno se apartó de las condicionalidades impuestas por una avasallante derecha mundial propalada por los organismos internacionales de crédito. Los argentinos leyeron mejor la realidad y, quemando varios libros canónicos, atisbaron las posibilidades de crecimiento de la economía.

El veredicto de “los mercados” se difundió en un colmado Salón Blanco de la Casa Rosada el 3 de marzo de 2005. El gobierno fue amplio al mandar invitaciones y “nadie” quiso privarse de asistir, acompañando y mostrándose. Como pocas veces durante la presidencia de Kirchner, se dieron cita el empresariado más selecto (y concentrado), los “pequeños y medianos”, los principales dirigentes sindicales, las Madres, las Abuelas, los gobernadores. El ex presidente Raúl Alfonsín recibió un trato especial: se sentó en primera fila y aplaudió, al lado de la senadora Cristina Fernández de Kirchner, que lo respetaba y lo mimaba especialmente.

Lavagna pronunció el primer discurso en un ámbito corrientemente reservado al presidente, quien fue orador de cierre. El ministro se entretuvo, abrió un intervalo largo de silencio antes de anunciar la cifra de aceptación del canje: 76,1%. La quita se embellecía porque también se achicaba la proporción de deuda en moneda extranjera.

Lavagna es un político beligerante, de guante blanco. Acamala odios intensos, que disimula con estilo flemático y sarcástico. Les refregó el fracaso a los agoreros que habían puesto palos en la rueda. Los acusó de carecer de “pensamiento propio”, expresión que en boca de un peronista paladar negro es sinónimo de “cipayos”.

Los números cantaban. La deuda reestructurada trepaba a 102.566 millones de dólares. Se redujo en un 65,6% del valor nominal, a 35.261 millones de dólares.

“Magnitud inédita de la quita, la mayor en la historia del período moderno de globalización”, corroboraron especialistas de distintas escuelas de pensamiento.[\[42\]](#) En efecto, superaba la que habían logrado Rusia, Ucrania y Ecuador, entre las más significativas.

Kirchner se solazó discursando más de lo habitual. Encaró a “los gurúes de mercado que pronunciaron el fracaso”. Durante varios minutos leyó antiguas opiniones adversas al canje de economistas identificados con la década del noventa, varios de ellos funcionarios del menemismo. Leyó una a una esas consideraciones. Rescató del archivo a Daniel Artana, Manuel Solanet, Miguel Kiguel, Pablo Guidotti, Julio Piekartz, Carlos Melconian, Jorge Ávila y José Luis Espert. “Durante todo el día me han aconsejado que no lo diga, pero este es un aporte para que [los economistas] mejoren, para que cambien”, chicaneó. La tropa propia ovacionó, mientras la senadora Fernández de Kirchner meneaba la cabeza: ella era la que había aconsejado no aludir a los consultores que profetizaban catástrofes con la intención de promoverlas. Sonreía porque sabía y apreciaba que el presidente, “su jefe político”, fuera incorregible.

Kirchner nombró y enalteció a dos de sus ministros, que se detestaban entre sí: “Roberto” (Lavagna) y “Alberto” (Fernández).

Subrayó el abismo que acababan de sortear. “¿Dónde estaría el gobierno si el canje hubiera salido mal?”, se preguntó en el Salón Blanco. En su despacho, café-lágrima de por medio y sin micrófono delante, completó: “Estaríamos de vuelta en Río Gallegos”.

“¿Qué hay más progresista que lo que hicimos?”, dialogaba Kirchner consigo mismo. Se respondía: “Le ahorramos miles de millones al país, recuperamos poder para el Estado, poder para la política”.

Refrescó el *backstage* de las tratativas, sintetizando, simplificando: “Con Roberto siempre actuamos de acuerdo. Él se sentaba a conciliar y yo salía desde los barrios más humildes a radicalizar el discurso. Así son las negociaciones. Los que no se dieron cuenta no entienden nada”.

Las desavenencias con el ministro fueron subsecuentes, inmediatas. La máxima se refería al crecimiento. Lavagna exponía que “hay que enfriar las expectativas”, lo que derivaba en enfriar la economía. Kirchner quería seguir a paso redoblado, por motivos que ya explicamos más de una vez.

La interna con el duhaldismo en las elecciones legislativas de 2005 fue otro factor de discordia. Lavagna no disimulaba su disgusto y su favoritismo por el ex presidente, aunque lo envolvía como neutralidad. A Kirchner eso le sabía a poco o a acíbar indigerible.

Los rumores de cesantía comenzaron a circular en corrillos informados. Lavagna dobló o cuadruplicó la apuesta. En una jornada organizada por la Cámara Argentina de la Construcción criticó “una cierta cartelización de la obra pública”. En ese ámbito las medias palabras sonaron a denuesto o denuncia de corrupción contra el ministro de Infraestructura, Julio De Vido. Jamás se sabrá si quiso avanzar o si, seguro del despido, quiso hacer anticipo ofensivo como las selecciones de Marcelo Bielsa.

Kirchner le pidió la renuncia en noviembre de 2005, y ya no volvería a tener un ministro de Economía de perfil alto.

La perspectiva de un segundo canje de deuda también los diferenciaba, aunque sin causar tanto antagonismo. En un porvenir lejano, ambos imaginaban que habría que volver a convocar a los *holdouts* que habían quedado fuera. Diferían a la hora de determinar cuándo convendría hacerlo. Lavagna y Nielsen deseaban avanzar con ese plan en un par de años. Kirchner pensaba en tiempos políticos, en consolidarse internamente, y trazaba una línea de tiempo: “Nunca durante mi gobierno”. No equivalía a “nunca jamás”. Ya rumiaba la perspectiva de Cristina 2007, momento en que culminaría “su” gobierno.

El desendeudamiento con el FMI tampoco alcanzaba el grado de *casus belli*. Kirchner jamás pensó que la autonomía del Banco Central, una regla tótem del neoliberalismo, pudiera ser una valla para el desendeudamiento. Su idea, que Lavagna compartía y que es difícil refutar, era que las reservas son sufrido patrimonio de los argentinos y es injusto (y bien mirado, antidemocrático) que las maneje a su arbitrio la autoridad monetaria, a quien nadie votó y a quien la ciudadanía no controla. La resolución de pagarle al FMI la deuda íntegra se aceleró más allá de lo previsto por Kirchner. El presidente brasileño Lula da Silva anunció la misma medida el 13 de diciembre de 2005. Su par argentino hizo lo propio tres días después. La simultaneidad obedeció a acuerdos estratégicos e ideológicos. Hay interpretaciones contradictorias acerca de si pactaron las fechas o si Lula se mandó solo. Algunos confidentes de Kirchner cuentan que estaba acordado así, porque Brasil tenía mejor imagen en el mundo que la Argentina y su movida convalidaba a priori la del vecino aliado, le daba plafón. Parece fábula hoy pero por entonces Lula era presentado por la derecha local y los medios dominantes como el mejor alumno, menos alocado que su colega argentino, el Jaimito de la clase. Otros intérpretes con buena data suponen que Lula no consultó el *momentum*, aun en el contexto de una jugada consensuada. Y que Kirchner debió apurarse para no quedarse atrás. Como ya narramos, la idea de pagar para liberarse de la intervención del FMI había integrado su programa de campaña.

Desendeudar, desintervenir... La tercera palabra de la serie comenzada con “des” era “desindependizar”. No a la Argentina, al contrario, sino al Banco Central, cuyo diseño y supuesta autonomía respondían más a los intereses del capital financiero que al interés de los argentinos. Se canceló la deuda de más 9800 millones de pesos con reservas del Central, una herejía para la ortodoxia económica y una alteración de su Carta Orgánica, instrumentada mediante un Decreto de Necesidad y Urgencia. Esa plata, sin embargo, se acumuló con sudor y lágrimas del pueblo argentino y es alocado asignarle un estatus especial. La plata es fungible, repetía Kirchner, se puede destinar a usos disímiles o alternativos. Una traducción política de la frase borgeana del epígrafe.

El canje y la liberación del FMI fueron decisiones soberanas, que habilitaron al gobierno a tomar el timón de la economía sin intromisiones. El establishment mundial y sus corifeos autóctonos despreciaron la jugada y el crecimiento, al que apodaban “veranito” o cotejaban con “el rebote de un gato muerto”. Temporaditas cortas que sin embargo duraron por lo menos seis años, con intermitencias y una crisis mundial catastrófica en el intervalo.

Cuando Kirchner entró a la Casa Rosada, el Estado, el gobierno, las empresas, las familias vivían endeudados, con remedos de monedas en muchas provincias, al día y a los saltos. Cuando Cristina Kirchner salió de la Casa Rosada, los porcentajes de endeudamiento de la nación, las provincias y

los particulares eran bajísimos, comparados con cualquier precedente nacional o con las demás naciones de la región.

La estanflación de 2005 no aconteció, aunque es una espada de Damocles que acecha al gobierno del presidente Mauricio Macri, cuyo ministro de Hacienda y Finanzas, Alfonso Prat Gay, contrajo en menos de un semestre una deuda externa sideral, prometiendo algo que hasta ahora jamás sucedió: que traería prosperidad y no dependencia.

---

[35] Gustavo Sylvestre describe la misma versión en *Intrigas, alianzas y traiciones*, Buenos Aires, Ediciones B, 2016, p. 226.

[36] La oficina se cerró en 2004, por directiva de Kirchner. Prat Gay fue el encargado de notificárselo al inglés John Dodsworth, su último ocupante.

[37] Me baso aquí en Mara Laudonia, *Los buitres de la deuda. El desendeudamiento de la Argentina contado a través de sus protagonistas*, Buenos Aires, Biblos, 2013, p. 69 y ss.

[38] SEC es la sigla que identifica a U.S. Securities and Exchange Commission de Estados Unidos, cuya principal función es hacer cumplir las leyes federales en lo que atañe a la regulación de los mercados financieros y las Bolsas de valores. Llamarla Comisión Nacional de Valores como a la argentina es una licencia poético-explicativa, obviando las magnitudes...

[39] Sin agotar la lista: la titular del Departamento de Estado, Condoleezza Rice, fue alta ejecutiva de Chevron. El secretario de Defensa Donald Rumsfeld se desempeñó en la industria farmacéutica y en la de tecnologías de punta. Conviene no exagerar este punto: en Estados Unidos la industria y las finanzas no son, para nada, compartimentos estancos.

[40] Véase Mario Damill, Roberto Frenkel y Martín Rapetti, *La deuda argentina: Historia, default y reestructuración*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), 2005.

[41] Stanley Fischer fue subdirector gerente del FMI entre 1994 y 2001. Entre 2002 y 2005 fue vicepresidente del Citigroup. Protagonista de primer rango de las finanzas internacionales e influyente referencia para académicos o funcionarios de la derecha económica.

[42] Damill, Frenkel y Rapetti, ob. cit. En igual sentido: Federico Sturzenegger y Jeromin Zettelmeyer, "Haircuts: Estimating Investor Losses in Sovereign Debt Restructurings, 1998-2005", *Working Paper*, nº 05/137, FMI.

## 12. La Concertación, el (breve) sueño del pibe

Según la crónica o la leyenda –que saben confundirse–, en 1946 Juan Domingo Perón le ofreció la candidatura a vicepresidente al caudillo y ex gobernador cordobés Amadeo Sabattini. Italiano de nacimiento, radical de pura cepa e yrigoyenista: eso reza su currículum toscamente abreviado. Sabattini rehusó. La historia, que pudo ser diferente, tomó el camino que se conoce.

El presidente Raúl Alfonsín maquinó un Tercer Movimiento histórico que excediera las fronteras de la Unión Cívica Radical (UCR) y atrajera o subsumiera al peronismo, o a una fracción sustantiva de él. El proyecto se desmoronó al mismo ritmo que la popularidad de su mentor.

Néstor Kirchner tenía en menos, si no aborrecía, al bipartidismo que le tocó en 2003. Lo condicionaban los gobiernos precedentes: el fracaso del alfonsinismo, que había forjado ilusiones y prometido metas superadoras; el éxito del menemismo, que desbarató el Estado benefactor, se alineó con Estados Unidos y privatizó casi todo, aunque tuvo a bien perdonar el Obelisco y la Casa Histórica de Tucumán, acaso porque no había compradores interesados.

Predispuesta desde 1946 a ser la oposición al peronismo, la UCR desempeñó ese papel y se acomodó como alternativa frente al PJ. En espejo, ocupó el espacio vacante que dejaba el rival, a su izquierda o a su derecha según cada etapa. Alfonsín tradujo ese legado eligiendo una identidad más progresista, democrática y defensora de los derechos humanos que el peronismo de 1983.

Carlos Menem les ganó a los radicales en cuanta elección los enfrentó: desde La Rioja hasta la nación. Más allá de eso, durante sus mandatos presidenciales el bipartidismo convivió merced a pactos más o menos amigables. La Reforma Constitucional de 1994 quedó en la historia como el más ambicioso y perdurable.

En la cotidianidad, entre el oficialismo imbatible y la oposición complaciente se tejían acuerdos, canjes, aportes, trapicheos, encarnados en algunos espacios simbólicos, relativa munificencia para las actividades partidarias y las campañas, algún adelanto de fondos oficiales para los actos.

“Menem nos dejaba vivir. Respetaba códigos”, añorarían los radicales años después. *Códigos*: una expresión cara al ambiente del fútbol, la mafia. Y la política. No sugiero una asociación despectiva: lo puntualizo para subrayar la vigencia de leyes no escritas, tan contempladas como las otras. O más.

Refractario a las tratativas institucionales, convencido de que el poder dimana de la aprobación popular y de los recursos del Estado, Kirchner fue parco y avaro con la UCR, y no sólo en dinero. Muchas cuestiones ceremoniales y atributos del poder se pueden compartir o alquilar por horas: viajes o misiones al exterior, cenas o almuerzos con presidentes extranjeros que visitan la Argentina, un lugar visible –o edificante– en los actos públicos. Incluso la consulta no vinculante sobre medidas a tomar le confiere al otro cierta investidura, un lugar: le sirve para estar informado, para alardear, para salir en la foto. Conceder en aspectos en apariencia menores sirve y suma en la política: implica reconocer al otro. A Kirchner jamás le atrajo –y posiblemente desperdició– esa herramienta disponible y de bajo costo. Esas acciones *win-win* existen: no todo es suma cero en la cosa pública.

Lo esencial era que el dinero fluyera de la nación a las provincias, y eso sucedía. El presidente

articulaba con los gobernadores, y pronto directamente con los intendentes: se salteaba cualquier mediación o interferencia. Elegía conectarse de a uno con sus interlocutores para ejercer el poder de modo radial.

El poderío territorial de los radicales se había mantenido en bajada desde 1987. A casi todos los que sobrevivían en 2003 les fue bien en el tramo que corrió hasta 2007, consecuencia del crecimiento general de la economía y el empleo. Cuando la marea sube, todo flota.

En las vísperas de las elecciones de 2007, Kirchner concibió la Concertación Plural: una coalición entre radicales y peronistas, centralmente aquellos validados por el voto. Lo movía la necesidad de agregar apoyos a la candidatura de Cristina.

El enrevesado sistema de doble vuelta electoral argentina posibilita que la primera minoría gane sin balotaje si supera el 40% de los sufragios y se distancia por más de 10 puntos de la segunda. Con 45%, se queda con la presidencia, sin vueltas.

El conductor leía encuestas, se valía del olfato: Cristina vencería pero tranquilizaría que se garantizara ese 45 irrefutable.

El encanto táctico de la Concertación fincaba ahí. La estrategia era más ambiciosa, fundacional (como tantas otras que fracasaron). Kirchner suponía –o imaginaba, o anhelaba– un escenario con dos grandes fuerzas políticas, al modo de los países europeos, o de Uruguay o Chile. No pensaba en el peronismo y el radicalismo, con su amplitud ideológica y sus límites borrosos, sino en un esquema más cartesiano, más común en otras comarcas: una coalición de centroizquierda y otra de centroderecha.

“A mi izquierda, la pared”, era su lema. La pared lindaba con lo real posible, no con elaboraciones de laboratorio o de minorías.

La derecha iría tomando forma como contendor forzoso de un gobierno popular y progresista. Mauricio Macri iba en tren bala a entrar en la Copa Libertadores de la política: ganar la Jefatura de Gobierno porteña y convertirse en el promisorio referente de la derecha argentina.

La estrategia se orientaba a construir un bloque político pluripartidista. La ampliación de la base propia inducía a centrar, a concitar aliados. Como socio mayor –o el mayor de los menores o el único que había a mano–, el radicalismo resultó el elegido. Los gobernadores y los intendentes serían los compañeros o correligionarios de ruta. Ese esquema de gobernabilidad tendría el potencial de mantenerse durante años.

Para los gobernadores y alcaldes radicales la oferta era tentadora y sus alternativas, muy arriesgadas. Podrían conservar los terruños, que suelen ser el horizonte de su pensamiento y de su popularidad.

En mayo de 2006, Kirchner viajó a Viena para asistir a una conferencia sobre cambio climático.

Corrigió la costumbre huraña de amarretear invitaciones. Subió al avión presidencial, el Tango 01, a dos dirigentes radicales que le venían bien: Gustavo Posse, el intendente de San Isidro, y Julio Cobos, el gobernador de Mendoza.

Disfrutó más de los ratos libres y los cafés compartidos que de los hechos diplomáticos, que mayormente lo hastiaban. Hablar de política, en cambio, siempre le parecía un buen programa.

En el avión, ante un corrillo heterogéneo, desarrolló el diseño de la Concertación. Era una promesa de gobernabilidad prolongada que se cimentaba en compromisos cercanos.

Ningún país es idéntico a otro. Kirchner lo sabía de sobra y siempre que tomó como referencia el modelo chileno lo hizo con ese filtro. Entendía y aprobaba que partidos tradicionales, antaño antagónicos, se reagruparan para competir con chances contra la derecha, que en ese país tenía fuerza porque los aliados y herederos de la dictadura eran y son competitivos electoralmente. Sin Concertación, la derecha llevaba allí todas las de ganar. La experiencia argentina es bien distinta: la dictadura se derrumbó y siempre careció de presencia en las urnas. Y es sólo la primera diferencia entre los dos países...

Kirchner había presenciado unas semanas antes la despedida al presidente Ricardo Lagos en el Parlamento trasandino, ovacionado por todo el espectro partidario. Imaginaba cuadros similares con él en el centro.

Llamó a que los radicales se sumaran a una alianza novedosa, superadora, con incentivos concretos: uno de ellos integraría la fórmula con Cristina y se establecerían mecanismos de diálogo interno permanentes.

Un modelo semejante exige repartos en las áreas de gobierno. Al presidente eso le resultaba incómodo, pero, sin comprometerse del todo, no lo rehusaba de antemano.

Cobos integraba el grupete que rodeaba al presidente. Escuchaba y asentía, lacónico por demás. Se hizo camino al andar. La oferta dividió a la UCR. Aquellos radicales con votos, los que controlaban territorios, se tentaron. La dosis pragmática atendía la perspectiva de conservar sus enclaves con el envión de la coalición nacional. El resto recelaba, argumentando que era forzoso sostener la identidad y cerrar filas para frenar o ralentar la caída.

La Concertación crecía en detrimento de los radicales que defendían la pertenencia y el rol opositor. Era complicado para ellos, ya que los dirigentes nacionales gravitaban poco, si con magnanimidad se acepta que existieran. El partido era en verdad un conglomerado multiprovincial, y la liga de gobernadores e intendentes constituía su fracción más fuerte.

Ninguna de esas miradas comprendía la proyección de la propuesta: configurar la coalición bipartidista más amplia de la historia.

Los radicales con mayor legitimidad le creyeron a Kirchner. Sus motivos, válidos, merecen el relato de alguien que lo vivió, el politólogo y militante radical Andrés Malamud.[\[43\]](#)

—Conocí a muchos dirigentes bonaerenses y referentes que se fueron con Kirchner.

—¿Por qué?

—Porque en persona tenía una calidez y una franqueza extraordinarias. Porque les juró detestar al pejotismo, y mis correligionarios también creían que la única manera de acabar con el peronismo era desde adentro. Y porque les garantizaba arrastre nacional en las elecciones.

Un nuevo rizo, una articulación audaz para limitar o condicionar al pejotismo. Un empeño recurrente, que jamás pudo concretar en plenitud.

El armado nacional lucía invencible de antemano. Cobos resultó designado candidato a vice. Nada personal. El motivo fundante fue que, siendo Mendoza una de las tres provincias cuyas constituciones impiden la reelección directa, él no tenía chance de buscarla. En otros distritos, sus pares contaban con esa oportunidad propicia.

La provincia de Buenos Aires explica el 37% del padrón electoral nacional. Obtener ahí una gran diferencia de votos era, silabeaba el presidente, fun-da-men-tal.

Daniel Scioli se aprestaba para disputar la Jefatura de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Kirchner lo llevó a mudar el lugar de la ambición: el hombre sería candidato a gobernador en la provincia. La versión se echó a rodar, sin desmentidas ni confirmaciones formales; se fue haciendo sentido común en los corrillos de dirigentes, y luego en la calle. Tras la “instalación”, se encargaron encuestas, en cantidades industriales. Y lo que nació como rumor interesado se transformó en hecho.

Un día se hizo público, casi burocráticamente, sin estrépito: apenas si hacía falta. Kirchner habló con varios periodistas, sucesivamente. Sabía que el elegido despertaba resistencias.

El diálogo componía una especie de escena en la que Kirchner actuaba dos personajes. Primero enumeraba, anticipaba las críticas del interlocutor: “A vos te parece mal, lo cuestionás por esto, esto y esto”... Tras cartón, decía su parte: “Pero ponerlo a Scioli está bien por aquello, aquello y aquello. No creo que te vaya a convencer, tenés tus ideas y sos medio cabeza dura. Pero me interesa que difundas lo que pienso aunque te parezca que me equivoco”.

El mensaje era: “Sé lo que pensás. Desde mi lugar de decisión, razono distinto. Opiná como quieras pero difundí mi punto de vista” (mi táctica). En mi caso, “esto, esto y esto” (las objeciones mías que él conocía de antemano) eran, tal como las escribí entonces, casi textualmente:

- Cuesta imaginar dos candidatos más diferentes que Cristina y Scioli para una misma fuerza. Cristina es un cuadro político siempre firme para ratificar identidad y confrontar con los adversarios. La coherencia ideológica, por decirlo de forma delicada, no era un punto fuerte del vicepresidente, cuya trayectoria evocaba al camaleón. Cristina Fernández era y es una dirigente fogosa y combativa, Scioli ejercita la mansedumbre de modo militante. La actitud positiva, la dilución de toda forma de agresividad, el mensaje de paz y buenas ondas eran su bagaje, flojo.
- La formación política tampoco integraba su haber, cuyo núcleo sólido era precisamente venir de “afuera”, como Ramón Ortega, Carlos Reutemann u otros varios. El éxito, en su caso deportivo y no tan deslumbrante (campeón de motonáutica, una disciplina con pocos amantes o concedores), lo embellecía a los ojos de cierto electorado. La entereza que mostró cuando perdió un brazo en un accidente lo nutría como candidato respetable para una gama vasta de personas, sin pretensiones ideológicas. La

antipolítica paga bien si se la sabe ornamentar.

- La provincia es muy difícil de gobernar, Scioli no tenía experiencia seria en cargos ejecutivos.
- Se le transfería demasiado poder a un aliado tibio, no confiable del todo.

El presidente retrucaba: “Aquellos, aquellos y aquellos”, que en esencia eran:

- Scioli tenía muy buena intención de voto, un porcentaje bajo de rechazos. Ciento por ciento de conocimiento público (contra el muy pobre de otros dirigentes bonaerenses). Era lo que hacía falta para que Cristina llegara al 45%: una muy buena votación en provincia.
- “Las listas de diputados nacionales y legisladores provinciales se las vamos a armar nosotros. No va a tener tanto poder”.
- “Lo vamos a controlar y conducir cuando gobierne, no le vamos a dejar hacer cualquier cosa”.

El primer punto de los “aquellos” era en verdad el más gravitante: en el lenguaje de la *Realpolitik*, había que sumar. Se concretaron, nomás, los aluviones de votos en provincia y nación, aunque nunca se sabrá si las dos candidaturas hicieron sinergia, si la boleta de Cristina hizo remontar a la de Scioli o si, al revés, la provincial empujó a la nacional.

Carlos Menem encabezó el peronismo durante diez años de presidencia y jamás pudo hacer pie en Buenos Aires: Eduardo Duhalde la tenía amurallada. Kirchner derruyó al duhaldismo en 2005, pero en 2007 le fue imposible instalar un candidato afín a sus mejores banderas. Tocó un par de límites que nunca pudo transgredir. El Frente para la Victoria fue ineficaz para “construir” candidatas o candidatos de trayectoria coherente y militante que, asimismo, fueran atractivos para el electorado. La falla, recurrente, se repitió desde 2005, sin corregirse jamás.

Es tentador asociar la carestía de cuadros propios “votables” con la enorme centralidad presidencial, con una praxis que eclipsaba y obturaba figuras alternativas, aun a los propios integrantes del Gabinete nacional. El sistema solar dispensa poca visibilidad a los planetas. La hiperpresencia de los Kirchner, en una época propicia, acumulaba para su prestigio pero, ay, no derramaba sobre los dirigentes más fieles.

En las elecciones de autoridades provinciales se facultó a los partidos de la Concertación a manejarse con libertad de acción: se permitió la competencia entre el peronismo y el radicalismo. Eso sí, en las nacionales todos harían campaña por Cristina. Un modelo imperfecto, emparchado... pero rotundo para robustecer a la futura presidenta.

A casi todos los líderes territoriales apodados por entonces “radicales K” la alquimia les vino bien. El catamarqueño Eduardo Brizuela del Moral, el rionegrino Miguel Saiz y el santiagueño Gerardo Zamora fueron elegidos gobernadores, superando a los peronistas (aliados en lo nacional). En Mendoza se infringió la regla: César Biffi, que aspiraba a ser delfín de Julio Cobos, fue batido por el peronista Celso Jaque.[\[44\]](#)

El radicalismo, desgajado y todavía machucado por el fracaso del gobierno de Fernando de la Rúa, apeló, por primera vez en su historia centenaria, a un extrapartidario para la candidatura a presidente. Se trató de un peronista, para colmo: Roberto Lavagna. Fue una maniobra astuta de Raúl Alfonsín para salvar la ropa. Lavagna endulzaba el mal trago... con edulcorante. Había sido funcionario de Alfonsín y militaba en la rama presentable del justicialismo.

Cristina Fernández de Kirchner y Julio Cobos se alzaron con más del 45% de los votos, casi el doble de lo que cosechó la candidata que los siguió en las cifras, Elisa Carrió. La otra fórmula bipartidista, *malgré* sus deseos, quedó tercera, a distancia sideral.

Cobos, que había tratado a Kirchner, casi no conocía a Cristina; en una de esas, ni siquiera había conversado con ella.

La democracia es un sistema tan expandido en el mundo que ha de haber otros casos de compañeros de fórmula que se hayan ignorado antes, pero en la Argentina fue algo extraordinario... y me animo a decir que también ha de serlo en la experiencia comparada.

Cristina asumió el papel de la oradora central (y casi única) en los actos de campaña. Las plateas monopolizadas por peronistas le dispensaron a Cobos aplausos protocolares, filopiadosos.

Ningún compañero justicialista se molestó en fingir simpatía por el vice que Kirchner inventó. Cuando llegó al Senado por primera vez, se hizo anunciar a José Pampuro, el presidente provisional de esa Cámara, y a Miguel Pichetto, el presidente del bloque del Frente para la Victoria. Ambos mantenían una conversación casual con un par de periodistas, que se ofrecieron a retirarse. “Que espere”, decidieron, y divulgaron luego.[\[45\]](#)

Los socios de la Concertación argentina consiguieron migajas en el Gabinete nacional, una limosna.

La unión les seguía rindiendo a los gobernadores y los intendentes que habían revalidado sus cargos y tenían cuatro años de gestión por delante. Pero solamente a ellos.

Cero reuniones o cónclaves. Cero mesa política para dialogar sobre la acción de gobierno, aunque se tratara de un simulacro o un *Ersatz*.

El “ensayo a la chilena” empezó a hacer agua a toda velocidad.

La pelea por las retenciones móviles –el llamado “conflicto con el campo”– prosperó en ese contexto.

---

[43] Comentario amablemente compartido a mi pedido. Se agradece.

[44] En Catamarca y Río Negro las elecciones locales se adelantaron a las nacionales. En Mendoza fueron simultáneas. Santiago del Estero tiene un calendario diferente a casi todas las demás provincias. En 2007, Zamora cumplió dos años de mandato; fue reelegido en 2009.

[45] El peronista Pichetto y el radical Cobos comenzaron sus vidas paralelas perdiendo en sus provincias en 2007. Pichetto, a manos del radical Saiz en Río Negro. El candidato de Cobos, como ya se dijo, cayó ante el peronista Jaque. Los dos se leyeron damnificados por la falta de apoyo del gobierno nacional en sus distritos. Víctimas del modo en que se articuló la Concertación. Como se contará, la desdicha compartida no los hizo amigos...

## 13. Todas las voces, todas

### La Argentina y la izquierda sudamericana, ¡qué equipo!

Quienes pertenecemos a un pequeño país somos conscientes de que en este mundo se precisan aleros fuertes, de lo contrario estamos regalados cuando las papas queman. Los más fuertes de América Latina no son tan fuertes para el mundo de hoy y todos tenemos que entender que ser fuertes, que no nos jaqueen, significa estar cada vez más juntos. Pero se nos atraviesa la cultura del Estado nacional. [...] Tenemos dificultades para generar ese “nosotros”. Esa es la lucha de hoy, la más dura, la más difícil. Creo que Néstor era un luchador de eso, era un luchador por el intento de llegar a ese “nosotros”.

**José Mujica, presidente de Uruguay, en un reportaje realizado en el programa *Gente de a pie* por Radio Nacional Argentina, al cumplirse el primer año del fallecimiento de Kirchner**

Somos producto de la misma crisis histórica, el Caracazo de 1989, las rebeliones patrióticas militares de 1992. Estos hechos ocurrieron aquí en la Argentina comenzando este siglo. Con Cristina y Néstor [...] somos hermanos porque somos hijos de la misma crisis.

**Hugo Chávez, presidente de Venezuela, discurso en la cancha de Ferrocarril Oeste**

Mientras vivió en Santa Cruz, Kirchner viajó al exterior mucho menos que la media de los argentinos de su clase social y capacidad económica. No conocía Europa, sólo para empezar. No era algo que lo desvelara o lo fascinara, por lo visto.

Apenas llegado a presidente, pensaba consagrarse poco a “salir de acá”. Prejuzga que alejarse y asistir a reuniones largueras le harían perder un tiempo precioso, imprescindible para atender todos los problemas de su país. Tipificaba a la diplomacia como un mundo recargado de protocolo y a los profesionales de las cancillerías, como personas frívolas dadas a formalismos, a cócteles o palabreríos huecos. No se equivocaba tanto, pero sin duda exageraba en las proporciones.

Según Jorge Taiana, uno de los dos cancilleres que lo acompañó (el primero había sido Rafael Bielsa), Kirchner, a poco andar pero no enseguida, concibió (o captó) que las relaciones exteriores podían funcionar como una palanca para ampliar los márgenes de autonomía nacional. El juego empezó a atraerle cuando entrevió que la arena internacional, sorprendentemente, era también política...

*La evocación, que formuló el presidente brasileño Lula da Silva en un almuerzo realizado el 22 de febrero de 2008 en el Palacio San Martín, señorial sede de la Cancillería argentina, refiere hechos que se remontan a 2002 o 2003.*

*–Le pregunté a Duhalde quién iba a ser presidente; me contestó que Néstor Kirchner. Entonces le pregunté quién era Néstor Kirchner.*

*Todos los presentes rieron porque era verdad.*

*Al despedirse, en la Casa de Gobierno, Lula confesó, con los ojos humedecidos:*

*–Kirchner era más que un presidente, un compañero.*

*Habían pasado poco más de siete años entre el desconocimiento absoluto y la afirmación del adiós.*

Cuando Hugo Chávez asistió a la jura de Néstor Kirchner, llevaba cuatro años como presidente en Venezuela. Ricardo Lagos prolongaba en La Moneda la vigencia de la Concertación Chilena. Lula era un recién aterrizado en Brasilia. Pocos pero buenos, todos provenían de naciones y culturas disímiles y se desconocían entre sí...

El Frente Amplio (FA) uruguayo se lucía en la intendencia de Montevideo, pero el tramposo sistema electoral le birlaba la presidencia.

Evo Morales era un luchador popular digno e indomable, pero acaso todavía no soñaba con ser el primer presidente boliviano estable y revalidado.

Rafael Correa esperaba su turno en Ecuador.

En continuado, en la primera década del nuevo siglo llegaron al poder o lo conservaron fuerzas de centroizquierda, nacionales populares, populistas, de izquierda más radical. La novedad fue acompañada con avances sociales inusitados. Se articuló una convivencia inimaginable en los siglos anteriores, más efectiva y perdurable que la soñada por los próceres de la Patria Grande. Y echó a andar un proceso colectivo inédito, de crecimiento económico y relativa paz.

Las personas y las familias se parecen a sus ancestros, pero más aún a sus contemporáneos. En política sucede algo similar: el vecindario atravesó vidas paralelas, experiencias que mucho tenían en común pese a las particularidades de la cultura política de cada país.

*Palacio San Martín: cena entre presidentes, el 16 de octubre de 2003. Marco Aurélio Garcia, asesor presidencial de asuntos exteriores de Lula y luego de Dilma Rousseff, disfrutaba de la velada. Es tanguero de ley y argentino adoptivo, a tal punto que puede cantar con decoro y aire porteño “La casita de mis viejos”. En esa ocasión escuchaban a Adriana Varela. Pero el buen momento se acortó abruptamente. A decir verdad, debió salir corriendo a armar las valijas.*

*Kirchner y Lula tenían una misión para él y para el argentino Eduardo Sguiglia, por entonces subsecretario de Política Latinoamericana. Ambos partieron hacia La Paz, de madrugada, en un avión de la Fuerza Aérea. Bolivia atravesaba un (enésimo) cuadro de ingobernabilidad. El presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, que hablaba el inglés con más fluidez que el castellano (lo que es en sí un prodigio de simbolismo), enfrentaba los efectos de sus políticas, que sumaban rechazos, cortes de rutas, bloqueos. Por su parte, las Fuerzas Armadas reprimían por orden de “Goni”, sin disuadir al pueblo sublevado.*

*La misión de los dos “observadores” era contribuir a evitar que el escenario caótico y violento terminara en guerra civil, y hacer todo lo posible para facilitar un desemboque institucional. La renuncia de Sánchez de Lozada era el primer paso inevitable para frenar una matanza que amenazaba escalar.*

*Los dos enviados, con perfil bajísimo, no resolvieron el entuerto, pero algo zurcieron. El presidente renunció, y empezó a vislumbrarse una salida institucional. La señal de poner en la cancha a los dos grandes países sumó para retomar el rumbo democrático, que culminaría en las elecciones que ganó Evo Morales.*

*Esta resultó ser presagio de otras misiones, impulsadas de arrebató cuando la brasa ardía. La pionera fue sigilosa, las siguientes más visibles porque el compromiso debía conocerse: era parte de la nueva geopolítica, sostenida sin armas ni prepotencia.*

La política regional es un capítulo de la doméstica, o viceversa. En los años que evocamos, mucho se jugaba en la hiperquinesis, la celeridad, la presencia física. Kirchner y Lula se miraron con recelo al principio, tal vez coincidían en ver al otro como un reformista demasiado tibio o un pragmático excesivo. Pronto comenzaron a ponerse de acuerdo en coyunturas apremiantes. Minga de cócteles o protocolos huecos: las líneas comunes se amasaban en el terreno de la política, que tiene consecuencias palpables.

La geopolítica de las dictaduras cívico-militares argentinas fue rústica, agresiva, derivada de la dependencia respecto de Estados Unidos. La primera “hipótesis de conflicto” castrense, tradicionalmente, era una guerra contra Chile. Los competidores comerciales eran este país y Brasil, tanto para la lectura milica como para demasiados gobiernos semidemocráticos hasta 1983. La trocha de los ferrocarriles que llegaban a zonas fronterizas a menudo se cambiaba para impedir la unidad geográfica o disuadir una invasión de los países hermanos y vecinos. La infraestructura (camino, puentes, puertos) se concebía tomando en cuenta esa idea matriz. Se instalaban radios de frontera para entorpecer la “penetración cultural” y obstaculizar la expansión de lenguas como el guaraní y el quechua, que tantos argentinos hablan. Se construían iglesias en tales zonas linderas y el Estado pagaba sueldos especiales a los párrocos de frontera que defendieran “el ser nacional”. Las fronteras se imaginaban como murallas defensivas, perversión tan frecuente hoy en el centro del mundo. Los halcones castrenses, absurdamente, tributaban al criterio del expansionismo territorial, eran subimperialistas sin ser metrópoli, irremediablemente truchos y de vuelo bajo.

Desde el mandato del presidente Raúl Alfonsín, todos los gobiernos archivaron los delirios guerreros y, con enorme gama de matices, consolidaron relaciones pacíficas con los vecinos. El 30 de noviembre de 1985, la declaración de Foz de Iguazú, pactada y firmada por Alfonsín y su par

brasileño, José Sarney, demarcó el inicio del proceso de integración. Se trató del visionario primer paso para la conformación del Mercosur y para la política de Estado transpartidaria, pensada en clave democrática, que se sostuvo desde 1983.

La etapa en que convivieron como mandatarios Lula y Kirchner, Lula y Cristina Fernández de Kirchner, Cristina y Dilma Rousseff prolongó esa noble (y recién inventada) tradición, pegando un salto de calidad.

Brasil, la potencia de América del Sur, y la Argentina, el segundo país en importancia, condujeron un proceso de integración que impulsó y sostuvo la democratización, que actuó contra el golpismo, que supo expresar su convicción pacifista por antonomasia.

La integración económica, iniciada con el Mercosur, es no obstante más trabajosa entre países cuyas economías no son complementarias sino mayormente competitivas entre sí. De cualquier forma, y aunque no llegaron a consolidar una estructura institucional firme, los avances fueron únicos en la historia.

*El FA ambicionaba ganar las elecciones presidenciales de 2004, con Tabaré Vázquez como candidato. La numerosa comunidad de exiliados orientales en la Argentina podía ser clave. Eran muchos, casi todos progresistas, inclinados a favor de ese partido. No les estaba permitido votar en los consulados, prohibición que duplicaba la exclusión de los emigrados.*

*Encabezada por Tabaré, llegó a Buenos Aires una comitiva para pedirle una mano a Kirchner: agilizar en lo posible el traslado de orientales a su patria. Kirchner accedió, de buen grado. Las herramientas que se dispusieron fueron asuetos en los trabajos y facilidades para los pasajes, en especial en el Buquebus que une las dos orillas del charco más ancho del planeta, el Río de la Plata.*

*Leonardo Nicolini, dirigente y ex legislador nacional, acompañaba a Tabaré. Tenía experiencia en el ramo: había participado en una reunión parecida, en 1984, acompañando al general Líber Seregni, fundador del FA. Entonces buscaban lo mismo y habían recibido similar acogida. El dueño de casa, en la residencia de Olivos, había sido el presidente Raúl Alfonsín.*

*Era inminente la primera elección posdictadura, enviciada por proscripciones a muchos dirigentes populares, Seregni entre ellos y en primer lugar. El FA se presentó igual, aunque damnificado por la exclusión de su líder. Juan José Crottogini lo sustituyó como pudo y, aun en esas condiciones adversas, superaron el 21% de los votos.*

*En 2004 Tabaré triunfó en primera vuelta, el modo más seguro y acaso el único de lograrlo. Imposible determinar con exactitud cuántos orientales radicados en nuestro suelo viajaron, por diferentes medios. El aporte fue importante, tal vez incluso decisivo. [\[46\]](#)*

El favor ocasional se transformó en regla. Se concedían licencias con goce de sueldo para los

ciudadanos de países vecinos que fueran a votar: la medida podía incluir el viernes anterior, el fin de semana, el lunes posterior. Y se abarataban los pasajes. Así, cuando se eligieron autoridades en sus respectivas patrias, cientos de miles de bolivianos, chilenos, paraguayos o peruanos que trabajan en la Argentina contaron con el apoyo del Estado para ejercer ciudadanía en sus países de origen. Luego, ellos mismos o sus familias o sus compatriotas salieron a las calles argentinas a bailar y corear los nombres de Evo, de Tabaré y más tarde de “Pepe” Mujica, o del paraguayo Fernando Lugo.

La política exterior de integración armonizó con la doméstica. El Programa Patria Grande se puso en vigencia, por decisión de Kirchner, en abril de 2006. Dispone la regularización documentaria de los inmigrantes indocumentados procedentes de países del Mercosur y asociados. Pueden conseguir residencia transitoria o permanente (según los casos) cumpliendo requisitos sencillos y accesibles: no tener antecedentes penales y probar haber vivido en la Argentina un lapso determinado. Es una pieza de una de las legislaciones más inclusivas del mundo. Cientos de miles de inmigrantes (paraguayos, bolivianos, peruanos especialmente) pudieron regularizar su situación y conseguir el Documento Nacional de Identidad (DNI), lo que los alivió de los abusos que padecen los ilegales acá y en otras geografías.[\[47\]](#) Una legislación *aggiornada* posibilitó la adquisición de ciudadanía argentina, simplificando los trámites y estipulando requisitos razonables, coherentes con nuestra tradición de país de acogida.

Cada quien arma sus ránkings como mejor le place. En el mío, la política migratoria de puertas abiertas y esas idas y vueltas preelectorales que disimulaban las fronteras han sido uno de los mejores tributos a la democracia de este siglo.

Cada sociedad define su destino (“la soberanía nacional” que mentaba Mujica en uno de los epígrafes), y los vecinos cooperan. El referéndum venezolano de 2004 fue un ejemplo único. Vale reseñar cómo se llegó a él.

Las tensiones entre Chávez y sus opositores crecían. El sistema político del país prevé el referéndum revocatorio: una votación nacional en la que el presidente pone en juego su continuidad. Si pierde, se va. Rarísima en regímenes presidencialistas, la consulta supone apostar a cara o cruz, y puede comportar un salto al vacío.

Kirchner se sorprendía de la polarización de la sociedad venezolana. Apelaba a la analogía con la Argentina en 1955: una sociedad partida, con facciones irreconciliables. Por si hiciera falta subrayarlo: el cuadro no le parecía idéntico ni lo entusiasmaba ni lo veía trasladable a su propia patria. “Hugo tiene que descomprimir”, entendía y predicaba. Ilustraba “descomprimir” con mímica elocuente: las dos manos simulaban despegar mitades de una esfera de metal, muy pesada.

Lula aconsejaba a Chávez en la misma dirección, acaso con mayor énfasis.

Chávez atendió los consejos, seguramente sazonados por su propia intuición. Supo entender, pero además le dio el cuero para jugarse y exponerse al veredicto popular: finalmente, fue confirmado o no revocado, si vamos a ser más técnicos.[\[48\]](#)

“¿Kirchner quiere ser como Chávez o como Ricardo Lagos?” Si algo excita a los formadores de opinión consagrados, ese algo es el maniqueísmo. Y si las dos opciones extremas son falsas, mejor todavía. Según los sabihondos, la respuesta acertada a la disyuntiva falsa debía ser: “¡Como Lagos, desde luego!”.

Kirchner, más sagaz y ubicado, entendía que Lagos correspondía a la cultura política chilena y Chávez, a la venezolana. El frío y el Caribe, para ir marcando diferencias. Kirchner quería ser Kirchner y no un remedo de un mandatario de otro país. Contraintuitivamente (contralínealmente), tuvo un gran respeto por Lagos. Le atrajo su despedida como presidente (el 11 de marzo de 2006), aplaudido por legisladores de todas las bancadas, con altísima imagen pública y una sucesora de su propia fuerza, Michelle Bachelet.

La IV Cumbre de las Américas de Mar de Plata, en noviembre de 2005, está en el cuadro de honor kirchnerista. El presidente de Estados Unidos, George W. Bush, fue desafiado por el terceto compuesto por Kirchner, Lula y Chávez. Traía la propuesta de un acuerdo de libre comercio, apodado ALCA (sigla de Asociación de Libre Comercio de las Américas).

Hasta ese punto, la relación entre Bush y Kirchner no era prioridad de la Casa Blanca sencillamente porque no era conflictiva. Kirchner eludía la retórica de barricada antiimperialista, tan cara a sus años mozos. Y acompañaba sin ditirambos políticas consideradas claves por el Departamento de Estado: acuerdos contra el terrorismo internacional, contra el narcotráfico, contra la proliferación de armas nucleares, distancia con el gobierno de Irán. Estados Unidos consideraba, asimismo, constructiva la misión de paz conjunta en Haití, que sumaba la participación de Chile, Brasil y la Argentina para ayudar a normalizar un país en estado de caos social, en medio de la crisis que había llevado al derrocamiento del presidente Jean-Bertrand Aristide en 2004.

El atentado a las Torres Gemelas había cambiado la escala de prioridades del Departamento de Estado. El “patio trasero” jamás deja de existir pero su importancia relativa es variable. En el TEG de Washington a principios de siglo, México y Colombia continuaban siendo aliados de fierro. Chávez, el demonio hecho gobierno. Evo Morales, una figura tan temida como caricaturizada.

La Casa Blanca podía tener un entripado no sólo con la Argentina sino con toda Sudamérica por un acierto de la política internacional de la región: fue el único continente que no participó de la War on Terror posterior al 11 de septiembre de 2001. No se sumó a ninguna variante de retaliación. Ni proveyó apoyo o autorización logística para la red de centros clandestinos de detención (mini Guantánamos) que Estados Unidos montó en el resto del mapamundi.

En 2005, Kirchner se arrimaba al líder indigenista. De hecho, en 2003 se había reunido con Evo en Bolivia, cuando viajó para participar de la Cumbre Iberoamericana en Santa Cruz de la Sierra. La cancillería gringa hizo llegar entonces un documento a su homóloga argentina definiendo al líder cocalero como “narcoterrorista”.



Los presidentes Lula da Silva, Hugo Chávez y Néstor Kirchner, sonrientes, después de una sesión de la XXIX Cumbre del Mercosur en Montevideo, el 9 de diciembre de 2005. Allí, el bloque de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil dio la bienvenida a Venezuela como futuro miembro del grupo. Fotografía: Marcelo García.

El Departamento de Estado demonizaba y estigmatizaba al “indio”, tesis que sostuvieron dos sucesivos subsecretarios de la administración Bush: Otto Reich y Roger Noriega. La discriminación y el desprecio se “justificaban” con teorías alocadas acerca de divisiones entre los pueblos originarios bolivianos que causarían caos o guerras civiles si Evo, uno de sus referentes, llegaba a la presidencia. Las caracterizaciones de los grandes centros de poder serían hilarantes si carecieran de consecuencias.

Kirchner y Lula se obstinaron en hacerle entender la sinrazón de ese punto de vista, desde la misión del tándem Marco Aurélio García-Sguiglia en adelante. El guion que tenaz y pacientemente desarrollaron los presidentes y sus funcionarios puede glosarse así: “Argentina y Brasil son los garantes de la gobernabilidad en Bolivia. Es necesaria para la paz regional. Estaríamos entre los primeros perjudicados por una guerra civil entre bolivianos, por nuestra cercanía, por el vínculo de los pueblos y las economías y por las oleadas de inmigrantes desolados que provocaría”. Era inteligente, sensato... pero costó años que entrara en la cabeza de los funcionarios de Washington.

Volvamos a Mar del Plata, al año 2005.

La Argentina, Brasil y Venezuela se oponían a la iniciativa de Bush de crear una zona de libre comercio. En un encuentro de presidentes, arrancaban con problemas: estaban en amplia minoría numérica. La ventaja disponible, relativa y muy bien aprovechada es que en esas cumbres no hay mecanismo “duro” de votación como, por ejemplo, en la Asamblea de las Naciones Unidas (un país, un voto), sino que es necesario consensuar los documentos.

Antes de la llegada de los presidentes (que se fueron escalonando, según sus agendas), las cancillerías debatieron la iniciativa estadounidense. El principal representante argentino era el viceministro de Relaciones Exteriores, Jorge Taiana. Distante de los floripondios y sutilezas, Kirchner le explicó cómo debía manejarse: “No te muevas un milímetro”. Taiana es un experto y formado diplomático, sobrio en el talante, contenido en la gestualidad, dotado de un gran sentido del humor, más dado a la sonrisa que a la carcajada. Su profesionalidad disimula a un militante de la causa popular, convencido y convincente. Apenas por abajo del perfil, late un conocedor de Latinoamérica, fino observador de sus matices. El paso por países vecinos, como México y Guatemala entre tantos, alimenta el ingenio de un excelente imitador de las distintas variedades del castellano y de los personajes que trató. La consigna de Kirchner dio con un intérprete cabal, eficaz, jamás estridente.

Las tratativas previas sirven para que los presidentes no se demoren en escaramuzas y encuentren todo cocinado. Esa es la hipótesis ideal: en Mar del Plata no funcionó. Cuando los mandatarios estaban por aterrizar ya se olfateaba que no habría consenso previo... ni posterior.

Las reuniones plenarias no serían formales, convalidatorias, sino polémicas, espacios de sinceramiento y teatralización de las divergencias.

La tesis más drástica pro ALCA no la sostuvo Estados Unidos sino México. El presidente Vicente Fox, como Chirólita, expresaba la voz del ventrílocuo. “Fox es más bushista que Bush”, parafraseaba un negociador argentino por esos días.

“Pobrecito México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”, se autorretratan y compungen

los mexicanos. [49] La Argentina está igualmente extrañada de la divinidad pero mucho más distante de la potencia más grande del mundo. Esa lógica geográfica ineludible da la primera pista sobre la racionalidad de la posición del bloque Mercosur. México y Canadá integran el *hinterland* norteamericano: sus votos estaban cantados de antemano.

Los países de Centroamérica han sentido honda influencia cultural estadounidense, fácil de rastrear en su versión del castellano, en sus comidas, en su pasión por el béisbol. Las sucesivas invasiones a tantas naciones del área aportaron su cuota de prepotencia al fenómeno, aunque no bastan para explicarlo del todo.

La distancia geográfica aminora el peso gravitatorio de la primera potencia pero la explicación inicial del alineamiento del Mercosur excedía esa variable. Las economías de Brasil y la Argentina no son, como la de tantos países tropicales o andinos, complementarias con la estadounidense sino competitivas con ella. En un rebrote de la cotización de productos agrícolas, esa competencia se vuelve, si cabe, más intensa. Una propuesta de libre comercio hubiera sido la ruina de los productores de ambos países a manos de los *farmers* del norte.

La incipiente recuperación de la industria argentina habría sentido el impacto negativo de la apertura indiscriminada de importaciones, correlativo inevitable de la aprobación de la iniciativa estadounidense.

Kirchner hizo historia en Mar del Plata y no se privó de divertirse. “Esa” política sí que le cabía: roscaba, anudaba voluntades, comisionaba a Chávez a hablar sin parar cuando resultaba funcional alargar el debate para negociar en los pasillos. El bolivariano bromeaba con gusto sobre esa chicana internacional: “Éramos como los tres mosqueteros. Yo era Porthos. Kirchner, D’Artagnan”. Enaltecía a su colega argentino, mientras se presentaba como el robusto, mujeriego y sibarita espadachín soñado por Alejandro Dumas. Los tres mosqueteros eran en realidad cuatro, y Chávez lo sabía porque tenía buenas lecturas, pero el número original servía para su crónica.

El objetivo era trabar la votación, que se hubiera perdido. La consistencia de los objetores y su gravitación lo hicieron posible.

El Mercosur se mantuvo unido, la labor más delicada fue vencer la resistencia de Tabaré Vázquez, que finalmente acompañó al bloque regional. Uruguay y Paraguay protestan desde siempre, con razón, por el bajo apoyo concreto de los “grandes” del bloque. El conflicto con las pasteras de Fray Bentos añadía un motivo inmediato de encono. A la hora de definir, sin embargo, Vázquez tuvo el tino de relegar diferencias añejas y nuevas. Votó con el bloque y aportó a la táctica de Kirchner y Lula: dar largas a sus intervenciones cuando era necesario para que el argentino y el brasileño tejieran en la trastienda. El paraguayo Nicanor Duarte Frutos también colaboró, de buen grado. Pertenece al Partido Colorado, derecha pura y dura, pero en esa ocasión priorizó los intereses comunes regionales.



Llegada del Expreso del ALBA a la estación de Mar del Plata, ante la expectativa de la gente, el 4 de noviembre de 2005. Fotografía: Daniel Muñoz, Télam.

La Cumbre culminó con un documento atípico, en uno de cuyos artículos constaban las dos posturas antagónicas sobre el tratado de libre comercio impulsado por Estados Unidos, en sendos párrafos que se anulaban entre sí: por un lado, el Mercosur y Venezuela plantearon que no estaban dadas las condiciones para negociar el ALCA mientras no se eliminaran las asimetrías, los subsidios agrícolas y las barreras arancelarias de los países desarrollados. Por el otro, Estados Unidos y otras veintiocho naciones se manifestaron de acuerdo con la marcha de las negociaciones y propusieron continuar con ellas. Un disparate la redacción, sólo útil para comprender que no hubo acuerdo. Expresado en criollo: chau ALCA.

Para Estados Unidos, el desafío era más grave en lo político que en lo material: de hecho, podía pactar tratados bilaterales con sus aliados. Pero el eje político crítico y autónomo fue un desafío que se sostuvo por más de diez años.

*Chávez organizó, con anuencia de Kirchner, una Contra Cumbre o Cumbre de los Pueblos, que produjo dos cuadros imborrables.*

*Uno fue el tren del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), en el que viajaron referentes políticos, artistas, militantes, dirigentes en ascenso como Evo Morales. Y Diego Maradona, que concentró la atención y la cobertura mediática. Cuando llegó al andén de la estación Constitución, los cánticos antiyanquis cedieron paso al “¡Olé, olé Diegó, Diegó!”. Evo gritaba como el que más. Diego acrecentaba la popularidad de la movida.*

*El clímax se produjo en el estadio mundialista de Mar del Plata, colmado. Chávez era un orador formidable porque manejaba un abanico de registros. La consigna “¡ALCA, al carajo!” no será polite pero es perfecta. Quedó para siempre.*

*El 9 de marzo de 2007, en el estadio de Ferro, el bolivariano repitió, no precisamente como parodia, su enfrentamiento con Bush, en una convocatoria multitudinaria organizada por las Madres de Plaza de Mayo. En paralelo, en Montevideo, Tabaré Vázquez recibía al presidente estadounidense en el marco de su gira por la región. Chávez les hizo frente desde la otra orilla. Lo acompañaron partidos y movimientos sociales de izquierda opositora. También los había aliados del kirchnerismo. “Hugo” facilitaba ese sincretismo que el gobierno argentino, esa vez, más toleraba que alentaba.*

*El estadio estaba repleto. Chávez cantó el Himno argentino, sumó a Hebe de Bonafini al palco (la llamaba “Gebe”, en fonética argentina). Discursó tanto como quiso, lo que es decir muchísimo. “Ese señorito está muerto”, describió a Bush y convocó, con sensible adhesión, a “una chifla” para el dignatario de la mayor potencia mundial. Desrumbeado en un barrio de clase media de la gran ciudad, pidió que le informaran en qué dirección quedaba Montevideo, cosa de chiflar para allá.*

*La Contra Cumbre y el tren del ALBA fueron funcionales a la estrategia argentino-brasileña en Mar de Plata. El acto de Ferro contuvo ingredientes de desafío y de hostilidad a Uruguay seguramente excesivos. Esto dicho, para la concurrencia de izquierda o nacional-popular que “reventó” la cancha, fue una fiesta de pertenencia inolvidable... Yo estuve ahí.*

Venezuela fue reconocida como miembro pleno del Mercosur. Sumar al país con el tercer producto bruto interno del subcontinente constituía un paso racional. Tanto que sólo la necesidad antichavista insistía empecinadamente en objetarlo, como si la mera oposición fuera un argumento de peso...

La gritería del establishment y las caracterizaciones diabólicas del presidente bolivariano reconocieron y “premiaron” (sin quererlo) la capacidad política de ese líder, en particular en las relaciones internacionales. Lo odiaron las potencias y los gobiernos del techo del mundo porque supo trascender el peso relativo y la “imagen corporal” de Venezuela.

Superó límites prefijados, al modo que ambicionaba Kirchner: transformó el cenicero en mesa. [\[50\]](#)

Venezuela, como tantas comarcas en distintos estadios históricos, se benefició con el alza sideral del precio del petróleo. Usó parte de esa riqueza para fomentar el progreso de otros países menos afortunados.

El ladrón cree que todos son de su condición, el imperialista también. Por eso subestiman o clasifican mal lo que Chávez concretó transfundiendo petróleo a precio de regalo a vecinos aliados: Nicaragua o Cuba. O hasta ideológicos: llegó a vender nafta barata para abaratar el bus de Londres cuando la gobernaba Ken Livingstone, un izquierdista apodado “el Alcalde Rojo”.

Venezuela no se constituyó en una metrópoli sino en una peculiar variación de socio. El ejemplo de Cuba es el más complejo y evidente: se enviaba dinero a la isla mientras desembarcaban médicos y maestros cubanos en Venezuela, y se formaban médicos de toda la región en La Habana con financiamiento venezolano. ¿Había pujas por ver quién “conducía” a quién en esa relación o en la que lo ligó con Brasil y Argentina? Razonablemente, cabe conjeturar que sí, porque siempre interfieren entre aliados o compañeros de ruta. Pero no se plasmaron bajo la modalidad proverbialmente asimétrica del vínculo imperio-colonia. Cuando el rey de España le espetó “por qué no te callas” en la Cumbre Iberoamericana de Santiago de Chile, en noviembre de 2007, franqueó una verdad que iba más allá de la levedad de la anécdota. En el centro del mundo querían amordazarlo, anularlo. No porque fuera exagerado y ruidoso, sino por lo que decía y representaba. Lo aborrecieron en Estados Unidos y en Europa occidental. Curiosamente, no odiaban a los dictadores: más bien, auparon a muchos. No odiaban la violencia que ellos mismos habían generado en Irak o Afganistán. Odiaban el desafío político e ideológico que les propuso nuestro Sur, en una era de relativa independencia y autonomía, sin un ápice de olor a pólvora.

Chávez y Evo Morales fueron un vehículo de reparación histórica de actores sojuzgados y humillados. Venezuela y Bolivia eran ingobernables antes de que ellos arribaran al poder. Mete miedo pensar qué hubiera pasado si sus contreras golpistas los hubieran derrocado. Un cartabón para medir a los líderes, incómodo pero seguro, es registrar quiénes son sus antagonistas.



Miguel Bonasso, Diego Maradona, Evo Morales (cuando pocos pensaban que llegaría a presidente). Regocijo y pertenencia en el tren del ALBA. Fotografía: Martín Zabala, EFE.

Chávez era para Kirchner un aliado externo difícil... ¿Cuál no? Kirchner valoraba que respetara los pactos y supiera entender las necesidades de sus aliados, así no fueran idénticas a las suyas. Venezuela cooperó en momentos de estrechez financiera: compró bonos argentinos o proveyó fuel oil en abundancia a precio accesible para aliviar a sus hermanos de crisis.

Lo cierto es que la Argentina “aislada del mundo” multilateralizó el comercio internacional: intercambió con Brasil y otros países de Sudamérica, China, India, la Unión Europea, Rusia... La variedad, sin antecedentes, habilita una autonomía relativa, y sólo los sectarios o los obnubilados por anteojeras ideológicas no se percatan de eso. El creciente intercambio comercial con China, no libre de contraindicaciones, contribuyó a poder despegarse de la influencia estadounidense.[\[51\]](#)

Cada país es un planeta. La estructura social, la historia, los linajes políticos, las reglas constitucionales... los presidentes encarnan, a su modo, realidades diversas.

Por eso, no sorprende que en el inventario haya contrapesos: chisporroteos, colisión de intereses, narcisismos personales, lógicas que se traman en línea con sociedades y con culturas y sistemas políticos disímiles.

*El discurso de Evo Morales cuando asumió como presidente, el 22 de enero de 2006, es una de las piezas formidables del siglo. Incomparable, porque expresaba una cosmovisión subyugada con el lenguaje de una mayoría sometida durante siglos. Lo precedió su vicepresidente Álvaro García Linera, un cuadro militante e intelectual de la mejor izquierda americana. Fogueado en la lucha y la academia, García Linera rayó alto. Pero la verba de Evo fue la del emergente de su pueblo y de su origen. Lo vi por la tele, tirado en un sillón de mi casa: estremecía y prefiguraba lo que sería como gobernante. “De la resistencia durante quinientos años pasamos a la toma del poder durante otros quinientos años.” “Queremos gobernar con esa ley que nos dejaron nuestros antepasados. El ama sua, ama llulla, ama quella. No robar, no mentir, no ser flojo. Esa es nuestra ley.” Se extendía, y lo admitió haciendo un guiño a sus aliados predilectos: “Perdónenme, compañeros, no estoy acostumbrado a hablar tanto. No piensen que Fidel o Chávez me están contagiando”. También dispensó un mimo coloquial a Kirchner, que completó con una comparación entre sus respectivas narices: “Decirle al presidente argentino Néstor Kirchner, que está presente acá, muchas gracias por visitarnos. Hace dos, tres días, cuando visitamos la Argentina, conversamos bastante algunos temas muy importantes. Gracias por sus recomendaciones, señor presidente.*

*”Pero después de mirar largamente al presidente Néstor Kirchner, veo que no habíamos sido iguales, porque le he mirado de cerca, él había sido loro blanco, yo loro moreno. Esa es nuestra diversidad, somos diversos”. En la comitiva argentina se mezclaron susurros y dudas. La alusión ¿era a favor o en contra? Era a favor, como los agradecimientos a Lula. El recuerdo, grato y mínimo, comprueba que no todos se entienden siempre, ni de inmediato.*

Fidel Castro inauguró la costumbre, de modo inesperado, aquel 26 de mayo de 2003 en la Facultad de Derecho. Los otros actos fueron previstos, organizados, tolerados o prohibidos por el gobierno argentino. Evo Morales, Michelle Bachelet y Hugo Chávez tuvieron, a su turno, sus auditorios masivos, un reflejo en las calles o en las canchas de un planteo político novedoso. El venezolano fue el más taquillero, pero todos tuvieron un baño de multitudes en suelo argentino.

“Actos” y “representación” tienen significaciones convergentes en el teatro y en la política. Los actos expresaban la representatividad más allá de los límites geográficos, desdibujándolos. Visibilizaban la armonía en el espacio público ampliado de la región.

El conflicto con Uruguay por las plantas procesadoras de celulosa fue la llaga más dolorosa y autocontradictoria de la política regional argentina entre 2003 y 2010.

Los hechos comenzaron en 2002, cuando Jorge Batlle (Partido Colorado) presidía el Uruguay y Eduardo Duhalde la Argentina. Uruguay concretó tratativas con ENCE, una empresa española, para instalar una ambiciosa “papelera” a orillas del río Uruguay, en la localidad de Fray Bentos, enfrente de la ciudad entrerriana de Gualeguaychú. En 2005, poco antes de dejar el poder, Batlle concertó con la empresa finlandesa Botnia la construcción de otra fábrica similar, mucho más grande, en el mismo paraje.

Plantas de esas características causan un impacto ambiental que debe prevenirse, estudiarse y controlarse. Los Estados rioplatenses suscribieron el Estatuto del Río Uruguay (ERU) en 1975, un tratado avanzado para su tiempo, con certeras precauciones ecologistas. En ese momento, las mayores salvaguardas las propuso Uruguay, el Estado más pequeño y, en teoría, menos inclinado a grandes proyectos empresariales. El articulado del ERU impone el compromiso de prevenir la contaminación de las aguas y un régimen de comunicaciones e inspecciones ante cualquier obra que pueda afectar su calidad (que se explyea en los arts. 7 a 12).

Uruguay informó con reticencias a la Argentina, violando su primera obligación. A su vez, los gobiernos del presidente Eduardo Duhalde primero y Néstor Kirchner luego “se durmieron” o se dejaron dormir y tomaron tardías cartas en el asunto. Esa ausencia de “alerta temprana” seguramente derivó en parte de las discordancias políticas entre los intendentes de Gualeguaychú, los gobernadores de Entre Ríos (el radical Sergio Montiel primero y, desde diciembre de 2003, el peronista Jorge Busti) y la Casa Rosada.

Con retraso, pues, la Cancillería argentina reclamó que se reuniera la Comisión Administradora del Río Uruguay (CARU) y se hicieran estudios conjuntos de impacto ambiental. Uruguay consideraba que la norma no era aplicable.

Los pobladores de Gualeguaychú, en cambio, sí reaccionaron rápida y enérgicamente. Clamaron porque les causarían daños irreparables. La contaminación de las aguas era el primero y el más grave, porque entrañaba una amenaza tremenda para la vida, la salud de las personas, la flora y la fauna. El olor fétido era el segundo. Cuando se erigió la planta, añadieron la “polución visual” por la fealdad del edificio, gravosa para la belleza del lugar. El budoque de cemento negro, enorme y atemorizante, es perfectamente visible desde Gualeguaychú cuando el día es luminoso.

Los orientales defendían su derecho soberano, la creación de riqueza y fuentes de trabajo.

Caracterizaban como avanzada su legislación ambiental. Las polémicas y los antagonismos de intereses entre “productivistas” y “ecologistas” son agenda cotidiana en todo el planeta. En la Argentina se sustanciaron muchos, el mejor mecanismo para resolverlos es la “licencia social”, esto es, someter el diferendo a alguna forma de pronunciamiento popular. Desde 1983 se sucedieron varios casos, en diferentes territorios, y casi todos se dirimieron mediante votaciones a nivel municipal.[\[52\]](#) La decisiva y formidable diferencia que instalaba este entredicho era que las dos facciones pertenecían a países distintos. La división política oponía a los beneficiarios y a los damnificados por la nueva industria. Los uruguayos que alertaban sobre los daños medioambientales se fueron acallando y plegando a la postura mayoritaria, en cierta dosis silenciados por la prensa de su país.

La primera movilización en Gualeguaychú sucedió el 30 de abril de 2005, con una concurrencia estimada en 40.000 personas, en la preciosa ciudad de alrededor de 100.000 habitantes.[\[53\]](#) Las demandas de la pueblada siempre fueron de máxima. Su método, la asamblea ciudadana, fomenta la participación: eran numerosas, miles de vecinos en las primeras. Abiertas a todos los oradores, se votaba a mano alzada. Democracia directa, no institucional... La metodología exagera la radicalidad y la limitación para negociar o delegar funciones.

El corte del puente internacional Libertador General San Martín que une Gualeguaychú y Fray Bentos se constituyó en la metodología predilecta. Les confirió un poder estimable, lo que dejó pocos incentivos para renunciar a él. Supieron explayarse ante los medios de comunicación argentinos, que los apoyaron de entrada: era difícil resistirse, desde su ángulo. Los gualeguaychenses son personas de clase media, campechanas, llanas y agradables en el trato, exentas de la soberbia de los pobladores de las grandes ciudades. Las víctimas saben hacerse oír en el Ágora argentina, los vecinalistas ocuparon ese espacio.

Entre Ríos se recobraba a pasos de gigante de la crisis económica de fin del siglo pasado, en la que acumuló récords de desocupación. Se rehabilitaba merced a la revalorización de los productos agrícolas y el *boom* del turismo. El empeño y el laburo de la población hacían el resto. A pocos años de la desolación, se vivían tiempos mejores.

Como es habitual en demandas de minorías intensas, el reclamo principal era innegociable. Un problema a nivel doméstico escala hasta convertirse en un escollo tremendo en el plano internacional. Los vecinalistas exigían el cese de la obra, primero. La consigna “No a las papeleras, sí a la vida” sintetizaba sus reivindicaciones, inaceptables para la contraparte.

La decisión de Kirchner de no reprimir la acción directa propició el ejercicio de la protesta social, que alcanzó niveles de habitualidad y lesividad con escasos o nulos parangones en otro país pacífico, en democracia. Autolimitó el “monopolio estatal de la violencia legítima”: se abstuvo de reprimir

los cortes del puente a partir de 2006, instancias que congregaban miles o decenas de miles de personas del común, familias enteras.

Años después, el kirchnerismo se mantendría quieto frente a la revuelta “del campo” que lo enfrentaba y desestabilizaba y que tendría en Gualeguaychú un encarnizado epicentro opositor. Para cualquier persona de otro país, las rutinas argentinas en ese aspecto resultan incomprensibles. Para ellos, y para una fracción significativa de los argentinos, son intolerables.

El punto de vista uruguayo percibió una intromisión conjunta de ciudadanos y autoridades argentinas, prepotencia del más grande, desprecio por su soberanía. Las reuniones bilaterales se sucedieron y fracasaron. Las dos administraciones criticaban a sus pares por la falta de tacto y de buena onda. Como en las peleas familiares, acertaban en lo que achacaban al otro sin ver la viga en el ojo propio.

Un repaso sinóptico de los desencuentros y provocaciones sería interminable. Aquí van algunos mojones, como muestra incompleta. La retórica de Busti, de Bielsa y de Kirchner se fue muy arriba, de entrada. Participaron en actos multitudinarios en Gualeguaychú en los que algunos expositores hablaron de “causa nacional”. Ministros, cancilleres y el presidente uruguayo no les iban en zaga. Jamás lo suficiente para conformar a su intratable oposición de derecha, los partidos Blanco y Colorado, que les recriminaban falta de coraje y sumisión ante los argentinos.

Tabaré o sus funcionarios dejaron plantados en más de una ocasión a los argentinos o frustraron reuniones bilaterales. La verba del presidente se encendió muy por encima de lo que era su estilo.

El gobierno argentino optó por un camino dual, difícil de descifrar desde la otra orilla. En las tratativas diplomáticas, exploraba la “deslocalización” (mudanza) de las plantas a otro lugar más seguro, una hipótesis intermedia que no cancelaba el proyecto de desarrollo uruguayo. En la oratoria, en cambio, se machacaba demasiado el “no a las papeleras”.[\[54\]](#)

ENCE accedió primero a trasladar su planta en septiembre de 2006: la llevaría más al sur, a un sitio no poblado de Entre Ríos, frente a matorrales. Para conseguirlo, confluyeron la prédica argentina y la cooperación del gobierno español. En cambio, Finlandia rehusó involucrarse alegando que no podía intervenir en un contrato entre una empresa privada de su país y el Estado uruguayo. Así, se despejó parte del problema pero quedó en pie la planta más grande, Botnia. Era el mayor proyecto industrial de Uruguay, que equivalía a cerca del 2% de su PBI.



Una muchedumbre ocupa y corta el puente Gualeguaychú-Fray Bentos, 2005. La pueblada masiva.  
Fotografía: Raúl Ferrari, Télam.

Cuando Michelle Bachelet juró como presidenta por primera vez (11 de marzo de 2006), Kirchner y Tabaré se reunieron en Santiago de Chile. La Argentina impulsó una suspensión de los trabajos de construcción de las plantas por noventa días y abrió una suerte de paraguas para negociar. Proponía hacerse cargo de los salarios caídos de los trabajadores, para evitar perjuicios mayores o reacciones sindicales. Una moción que va contra los hábitos del derecho internacional, en los que por regla “el que contamina paga” para lubricar las tratativas. Tabaré Vázquez aceptó y lo hizo público.

Pero entonces explotó la reacción de la oposición uruguaya, los partidos de derecha Blanco y Colorado. Y los medios no le fueron en zaga. Llegaron a decir que Vázquez se había bajado los calzoncillos. El presidente denigrado, al tocar suelo oriental, retractó su palabra empeñada. Fue un punto nodal de las diferencias. Los negociadores argentinos “leyeron” a Tabaré como irresoluto y sin autoridad frente a sus adversarios.

Uruguay había concedido grandes prerrogativas a Botnia, mediante el “Tratado de protección de inversiones extranjeras”, entre ellas la extensión extraterritorial de la ley finlandesa. En la Argentina también se resignó soberanía a favor de inversores o acreedores extranjeros, de modo que en ese aspecto no podía poner el grito en el cielo. Pero colmó la medida que Uruguay, a menudo, hiciera prevalecer su acuerdo con una empresa foránea por sobre sus tratados con el Estado argentino. Sucedió con frecuencia, cuando Botnia se negaba a inspecciones periódicas o a investigaciones prescriptas por el ERU o pedidas por la CARU.

Los uruguayos traducían que Kirchner conducía la acción directa entrerriana o, por lo menos, era dócil con ella. Pensaban, atendiblemente, que el combo entrañaba un avasallamiento a su soberanía.

Desde el particular punto de mira de cada cual, era muy arduo que comprendieran las premisas de la política local del vecino.[\[55\]](#)



Kirchner, hablando en el Corsódromo de Gualeguaychú y doblando la apuesta, mayo de 2006. Fotografía: Presidencia de la Nación, Télam.

Desde la Argentina no se consideraban las ataduras del primer gobierno uruguayo de izquierda para hacerse cargo del mayor emprendimiento capitalista de la historia de su país. Desde Uruguay, el peso de la sociedad civil movilizaba en la Argentina, capaz de incidir en la política internacional.

Los presidentes Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner recriminaron a Tabaré Vázquez en discursos ante el Congreso argentino, sin reparar en que eso lo perjudicaría ante su propia comunidad política.

Tabaré Vázquez, a su turno, agrió la Cumbre Iberoamericana de Santiago de Chile en 2007, ocurrida días antes de la jura de Cristina Kirchner. Mientras se realizaba el encuentro, Botnia comenzó a producir, toda una provocación.

El día en que terminó el cónclave tuve una charla *off the record* en Olivos con Cristina (presidenta) y Kirchner, que volvía de Santiago. Los dos trinaron de rabia. Cristina, a quien siempre le gusta “titular”, le puso humor señalando que “las pasteras empastaron la Cumbre”.

La contienda peregrinó por varias ciudades, en ambas orillas, e incluso más allá, en Nueva York, en Madrid. El gobierno español de José Luis Rodríguez Zapatero ofreció a las partes un “facilitador” de su cuerpo diplomático, una figura que, siendo menos que un árbitro o un mediador, ofrece buenos oficios. Los dos países en litigio le dieron pista. Así fue como Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, un político y diplomático curtido, con buena cintura, se hizo cargo. Recorrió el Atlántico ida y vuelta, se esmeró, dio clases de paciencia y de tino. Pero la suya era una misión imposible hasta para un protagonista de primer nivel.

Con las tratativas empantanadas, en mayo de 2006, el gobierno argentino decidió demandar a Uruguay ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya (CIJ). Actuaba de modo legal pues ese era el camino indicado por el ERU. Se trató del primer reclamo de nuestra historia ante esos estrados, y es de lamentar que fuera contra el vecino más afín. La escueta institucionalidad del Mercosur no incluye un tribunal competente para controversias de este tipo. El pedido de máxima era una medida de innovar para paralizar la obra y su inauguración.

En esa época critiqué la medida porque juzgaba intolerable que dos países hermanos trasladaran sus entuertos a un tribunal exótico, en el que los representantes se disfrazan con toga... y se habla en inglés. Si suena un poquito “nacionalista rioplatense”, será porque lo es. Soy mucho menos crítico ahora, porque la judicialización concentró la energía aunque no hizo cesar la protesta ni el clima de enfrentamiento.

La sentencia de la CIJ demoró años porque “la justicia” es morosa por idiosincrasia. También porque las partes atiborraron de material, por falta de precedentes a los que aferrarse. Y, puesto a favor del Tribunal, porque dejó transcurrir las elecciones presidenciales de los dos contendientes antes de pronunciarse. José Mujica y Cristina Fernández de Kirchner sucedieron a Tabaré y a Néstor

Kirchner respectivamente, relevos que serían sustantivos para bajar el decibelímetro y la personalización del conflicto. La sentencia se dictó el 20 de abril de 2010, y resolvió que Uruguay había violado las obligaciones procesales, establecidas en el ERU, de notificar e informar de buena fe. En ese punto, hizo lugar a los reclamos argentinos. Ordenó la realización de un monitoreo conjunto, permanente y riguroso, a cargo de la CARU.

Sin embargo, rechazó los reclamos argentinos en lo fundamental. Si bien consideró probado el aumento de la contaminación en el río desde que Botnia había comenzado a producir, estimó que las evidencias aportadas por la Argentina no probaban que la planta fuera la causante y no otros factores ajenos a ella. Consideró que resultaba desproporcionado ordenar el cierre, aunque dejó delicadamente entornada una puerta para demandas en el futuro, con nuevas pruebas.[\[56\]](#)

Una culpa concurrente emparentó a los dos gobiernos: no haberse percatado de que afrontaban un problema de tracto sucesivo. No podían superarlo sin apelar a mecanismos de cooperación permanente que construyeran un contexto más amplio que ese tramo del río. Controversias así de complejas no se saldan sólo por la vía de los hechos consumados ni por impromptus creativos o emocionales de los presidentes. La cerrazón compartida jamás construye puentes. El aislamiento exagera lo peor de cada bando.

“Nunca odies a tu enemigo”, aconsejaba Michael Corleone (encarnado por Al Pacino) a su irascible sobrino Vincent Mancini (Andy García). Es una máxima política clave. Odiar o así sea exasperarse de más o personalizar restringe la profesionalidad, la eficacia.

Entre aliados que están enfrentados tácticamente, la máxima vale triple. Con todo respeto, entiendo que Kirchner y Tabaré se dejaron condicionar por sus propias broncas.

“No es para tanto”, me comentó Kirchner más de una vez, “nunca enfrenté a Uruguay ni critiqué a su pueblo. Y nunca le corté la luz”. En efecto, Kirchner nunca usó el suministro de energía eléctrica barata a Uruguay como variable vinculada a la controversia.

Los vecinos de Gualeguaychú jamás consintieron “políticamente” la sentencia. El Estado argentino sí acató. Los años limaron las aristas más filosas. El puente quedó cerrado por un plazo asombroso, con variantes de intensidad, entre 2006 y 2010: intermitentes al principio, permanentes desde 2007, aunque con levantamientos según el vaivén de las tratativas. Mientras tanto, el turismo, el intercambio cotidiano, el comercio eligieron otras vías. Tirando la bronca, pero acostumbráu, como diría Mendieta, el perro-filósofo de Inodoro Pereyra, el gaucho “renegáu” inventado por Roberto Fontanarrosa.

La “opinión pública” argentina, que al principio acompañó con entusiasmo a Gualeguaychú, fue atemperando su apoyo al compás de los inconvenientes cotidianos por el corte. La falta de comprobación de estragos ambientales apocalípticos anunciados también hizo su parte. Cuando

arrancaron, los cortes afectaban dos puentes: el de Gualeguaychú-Fray Bentos y el General Artigas que liga a Colón en la Argentina y Paysandú en la otra orilla. También se cerró el paso fronterizo de Concordia y Salto. Con el correr de los años, los gualeguaychenses quedaron solos en el ejercicio de la metodología; hasta sus comprovincianos desistieron y tomaron distancia.

La buena onda personal entre Cristina y “Pepe” Mujica (tal vez el dirigente uruguayo más comprensivo con el peronismo) facilitó una cierta distensión, con límites establecidos por la CIJ.

La praxis argentina mestizó la verba inflamada, la autorrestricción respecto de la protesta colectiva, el acatamiento a la ley y a la justicia internacional, la renuncia a represalias económicas. Y el reclamo de investigar y controlar la contaminación, cuya existencia es innegable.

Luces y sombras, pues, sin resignar jamás la paz regional.

La diplomacia presidencial supo ser el método para contrarrestar los embates de los adversarios (que se valen de recursos democráticos) o de los enemigos (que ejercitan modalidades diferentes de violencia). Los eventos más rotundos e imborrables se sucedieron durante los mandatos de Cristina Kirchner. Quedan fuera del foco de este libro pero, aun con brevedad telegráfica, es forzoso consignarlos porque hablan del auge de la política conjunta que repasamos.

La gobernanza (buenos gobiernos) y las legitimidades sólidas zozobraron más de una vez. Cada embate fue atendido de volea.

Las reuniones de mandatarios y mandatarias concretaron acciones concertadas por consenso. El formato trasladó la democracia popular a la escena internacional, con cónclaves televisados en directo, discursos francos, cada cual con su estilo y lenguaje. Los pueblos pudieron conocer en vivo y en directo a las autoridades de los países del vecindario.

Acción-reacción-acción. El marco institucional se adecuaba a las contingencias.

El 7 de marzo de 2008, una asamblea prefijada en Santo Domingo (República Dominicana) del Grupo de Río –un mecanismo de resolución de conflictos– se transformó en mediadora para poner fin a un episodio gravísimo, que prometía escalar. Tropas del ejército colombiano habían invadido y bombardeado territorio de Ecuador, y habían matado allí a un integrante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). A la inmediata y justa reacción de Ecuador se sumaron los gobiernos de Nicaragua y Venezuela. Bien podía haber sido la chispa de un conflicto bélico. Con un debate tenso y fascinante, acaso único en el mundo, entre todos los presidentes concernidos y los demás de la región se consiguió llegar a un acuerdo, plasmado en un acta que condenaba la “violación a la integridad territorial de Ecuador” y ratificaba el precepto de “no ocupación militar directa o indirecta, cualquiera que sea el motivo, aun de manera temporaria”.<sup>[57]</sup> Un desenlace asombroso, ultraexpeditivo, ejemplar, difícil o imposible de replicar en otras latitudes.

En 2008 tuve oportunidad de abordar, en París y en Bruselas, a funcionarios de la Unión Europea: todos formularon elogios, no exentos de asombro, a la capacidad de acción (y celeridad) de la Unasur.

La Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) se concibió como un nuevo organismo, con todos los Estados del subcontinente (por definición, sin Estados Unidos), dotado de un aparato institucional sencillo, veloz, con mucho protagonismo de los presidentes. La iniciativa nació del presidente ecuatoriano Rafael Correa y, apenas echada a rodar, suscitó dos posiciones en torno al mecanismo de decisión que se adoptaría. Por un lado, la de Ecuador, Bolivia y Venezuela, que proponían que cada Estado miembro tuviera un voto. En ese caso, la mayoría manda, y las resoluciones obligan a todos. Michelle Bachelet defendió la posición contraria: las resoluciones debían tomarse por consenso y no mediante la regla de la mayoría. Sus prevenciones eran dos. La más obvia, que el mecanismo naciente no quedara en manos de un conjunto de países afines ideológicamente, que arrastraran al resto. La segunda, menos declamada pero igualmente clave, era que la fórmula que impulsaban Correa-Chávez-Evo no contaría con el aval de la oposición política chilena. En Uruguay pensaban parecido.

Kirchner era partidario de la Unasur con todos. Para llegar al objetivo, había que ceder: “Para hacer un grupo de los que pensamos parecido, formemos un congreso de partidos nacionales y populares. Acá queremos un organismo que contenga a todos”. Kirchner “militó” mucho su posición, por partida doble. Conteniendo las ínfulas del bloque más radical y persuadiendo a dirigentes chilenos para que superaran sus resquemores.

El 23 de mayo de 2008 se aprobó el tratado constitutivo de la Unasur, territorialmente mucho más abarcadora e inclusiva que el Mercosur. Si se la coteja con la Unión Europea, su aparato institucional da penita. Pero la ejecutividad y el realismo de sus acciones compensaron con creces la falta de “fierros” o estructuras.

Cristina Kirchner descolló en esas jornadas. A menudo fue la primera promotora, llamando a sus pares. La elocuencia, el activismo y las dotes de parlamentaria (en un foro en el que los presidentes deliberan) le valieron atención y respeto. La gravitación conjunta de la Argentina y Brasil concentró el protagonismo.

La Cumbre iniciática en Santiago de Chile, convocada con carácter de emergencia por la presidenta Michelle Bachelet, posiblemente se lleve la medalla de oro, muy disputada. Una rebelión de clase, racista, secesionista y sangrienta había estallado en Santa Cruz de la Sierra y Pando. La “rosca” boliviana, altanera y embravecida por la invencibilidad electoral de Evo Morales, bañó con sangre un levantamiento que en otros momentos tal vez habría derrocado al líder indigenista. Habitados a mandar durante quinientos años, se rebelaban contra el progreso, armas en mano.

Bachelet dejó de lado el nacionalismo chileno en el conflicto limítrofe con Bolivia. El simbolismo se perfeccionó por la fecha de la convocatoria a los líderes de la Unasur, el 15 de septiembre de 2008, a pocos días del aniversario del golpe militar contra Salvador Allende. Se emitió una declaración severa para los cánones clásicos: los Estados firmantes “rechazan enérgicamente y no reconocerán cualquier situación que signifique un intento de golpe civil, la ruptura del orden institucional o que comprometa la integridad territorial de Bolivia”. Se formó una comisión investigadora multinacional para pesquisar en el terreno las matanzas de Pando. Quedó a un lado la Organización de Estados Americanos (OEA), con sede en Washington, un aparatazo y fuente de empleo de funcionarios internacionales “old fashion”. Se frenó el golpe, se develó la propensión al crimen de las clases elevadas, aquella que había entrevisto en nuestra patria, visionario, Rodolfo Walsh.[\[58\]](#)

El 30 de septiembre de 2010, una rebelión policial que encarceló al ecuatoriano Rafael Correa se diluyó merced al coraje físico y moral del presidente, tanto como a la cooperación viva de los

Estados sudamericanos.

Sin embargo, los “golpes blandos” en Honduras, en junio de 2009, y en Paraguay, en junio de 2012, triunfaron a pesar de la tenaz objeción de la Unasur. Y dejaron un alerta: nada es infalible, y también los golpistas aprenden de los fracasos.

El gobernador Kirchner tenía en menos o hasta abominaba la política internacional. El presidente que supo aprender la ejerció con crecientes placer y dedicación. El ex presidente observó y acompañó arrobado la elocuencia y presteza de Cristina, dos virtudes que le admiraba desde los inicios comunes en Santa Cruz.

Una virtud de su lectura activa sobre política internacional fue no magnificar la imagen “corporal” argentina. No se deliró con el tamaño relativo de nuestro país, lo que lo empujó a la sensatez, a proponerse la integración local reconociendo la primacía de Brasil.

Vaticinar en 2003 que Kirchner comandaría un organismo internacional habría sonado como un delirio alcohólico o la fantasía de un desinformado. Lo imposible se hizo carne en 2010, cuando la Unasur precisó que su primer secretario general fuera una figura prestigiosa y con peso propio.

Correa tuvo la iniciativa, a Kirchner le pintó bien. La idea se maceraba desde 2009. Se reconocía la necesidad de designar a un político top, una persona prestigiosa, con legitimidad en su país y fuera de él. Podía ser Lagos, pero Kirchner dio la talla y tuvo la decisión.

Su candidatura y posterior elección como diputado nacional parecieron dejar ese lugar en suspenso.

En la Unasur se exige unanimidad o por lo menos acuerdos sin vetos. A la hora de designar al secretario general, los países con gobiernos de centro derecha (Chile, Colombia y Perú) acompañaron la candidatura de Kirchner; la reticencia moraba en Uruguay, por la espina de Gualguaychú.

La coexistencia entre los presidentes Cristina Kirchner y José Mujica limó en gran dosis las asperezas entre Kirchner y Tabaré. “Pepe” Mujica aprobó finalmente la designación.

A fines de 2009, un importante diplomático de la Cancillería brasileña me comentó una duda: “¿Usted cree que Kirchner dejará la política local para consagrarse a la Unasur?”. Ni me dejó margen para confesar mi ignorancia. Agregó: “Nosotros creemos que va a poder hacer todo”.

Kirchner juró como secretario de la Unasur en Campana, provincia de Buenos Aires, el 4 de mayo de 2010. Sin respirar casi, enfiló hacia Buenos Aires: tenía que “puntear el padrón” de los diputados para la votación de la Ley de Matrimonio Igualitario que se concretaría al día siguiente.[\[59\]](#)

El funcionario de Itamaraty anticipó bien porque conocía al personaje. Todo quiso hacer, poniendo el cuerpo, fiel a su esencia.

Kirchner no era igual a Lagos ni a Lula ni a Evo ni a Tabaré ni a “Pepe” Mujica ni a Correa. Ni aquellos entre sí. Ni Lagos a Bachelet. Y etcétera.

Pero Kirchner se parece tantísimo más a Lula que a De la Rúa o a Menem. Evo a Kirchner que a Gonzalo Sánchez de Lozada. Bachelet a Cristina que a Sebastián Piñera.

La geometría política K estipulaba: “A mi izquierda, la pared”. Hablaba en función de alternativas de poder, de rivales que podían relevarlo en el gobierno: fronteras adentro, de Mauricio Macri, y en la región, de Sebastián Piñera, de Michel Temer.

A la izquierda de la imborrable conjunción de gobernantes sólo estaba la pared. Y enfrente, las derechas locales. Lo corroboraron, malhadadamente, los muy diferentes acontecimientos de 2015 y 2016 en Venezuela, Argentina y Brasil.

El ciclo kirchnerista, ecualizado con gobiernos afines en la diversidad, construyó paz, estabilidad democrática y gobernabilidad sin antecedentes ni comparación.

En 2016, cuando se escribe este libro, esas variables dan la impresión de zozobrar. Con diferencias notables y semejanzas patentes, los movimientos populares retroceden en la Argentina, Brasil y Venezuela. Y con ellos, la encomiable política internacional. Parte del problema, no irrisoria, es la negación de las virtudes de la política exterior de Kirchner y Cristina, reducida por sus adversarios a una parodia, una glosa esquemática de frases. El desdén desprecia la realidad palpable, que está amenazada mientras cierro este capítulo.

---

[46] Martín Granovsky lo contó antes y mejor que nadie en *Página/12*, el 2 de noviembre de 2004. El título de tapa quedó como marca registrada: “El voto Buquebus”.

[47] Según una investigación de Marcelo Perera y Cecilia Velázquez, “El programa contribuyó a disminuir un 13% la informalidad (vía un aumento en la probabilidad de tener derecho a jubilación y seguro de salud en el trabajo) y mejoró el 7,5% el acceso a educación de los inmigrantes” (“Impacto del programa de regularización migratoria ‘Patria Grande’ en Argentina”, *Estudios Económicos*, vol. 30, nº 61, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2013).

[48] El referéndum se realizó el 15 de agosto. El 40,64% (3.989.008) se pronunció en contra del presidente, pero el 59,09% (5.800.629 personas) lo hizo a su favor.

[49] La frase es del dictador Porfirio Díaz. La fuente no es recomendable... el dicho sí.

[50] Remito al capítulo 4 de este libro.

[51] En 2007, Fernando Cibeira y yo entrevistamos al canciller Taiana. Le preguntamos, con sorna: “¿Qué se siente ser canciller de un país que está aislado del mundo, según dicen algunos?”. Respondió: “No sé qué se siente porque la Argentina no está aislada del mundo. Los que dicen eso, la verdad es que no me parece que sea una crítica seria o cierta, me parece más un eslogan de campaña de algunos opositores que la realidad. La realidad es que la Argentina ha vuelto al mundo luego del aislamiento con Latinoamérica que produjo el gobierno de Menem y el aislamiento con el mundo desarrollado y el sistema financiero internacional que produjo el gobierno de la Alianza. Así que en realidad estamos viniendo de esos dos aislamientos y estamos recuperando la relación con América Latina [...]. Si se mira el intercambio argentino con el mundo, nunca la Argentina tuvo tanto intercambio con tantos países, de tantos productos [...]. Las exportaciones más las importaciones son casi 80.000 millones de dólares de un PBI de 220.000 millones. Un treinta y pico por ciento del PBI: nunca la apertura de la economía y del intercambio comercial fue tan grande” (“Solito y solo”, *Página/12*, 1º de abril de 2007).

[52] En Misiones se realizó un plebiscito provincial no vinculante sobre la construcción de la represa de Corpus, el 14 de abril de 1996: el 88,6% de los votantes la rechazó. Mecanismos de votación a nivel comunal hubo muchos, entre ellos el de Esquel (Chubut) en marzo de 2003: el No sumó el 81% de los votos. La primera elección vinculante se realizó en Loncopué (Neuquén) en 2012: el 84,5% de los votantes respaldó la iniciativa que se oponía al desarrollo de emprendimientos extractivos a cielo abierto.

[53] Para ser más preciso, 109.461 personas según el Censo nacional de 2010.

[54] Los negociadores argentinos llegaron a ofertar a sus contrapartes hacerse cargo del costo de la relocalización, al menos en

dos ocasiones. Cuando fue la segunda, ya avanzada la construcción de la fábrica de Botnia, publiqué en *Página/12* este diálogo *off the record* con dos funcionarios argentinos. Va textual: “¿Se plasmó por escrito?”. Meneo de cabezas. “¿Hay alguna estimación de los costos?”. Un empujado integrante del Gabinete nacional mira al techo y pondera “en su momento eran algo así como 25 millones de dólares. Estábamos dispuestos a pagarlos”. “En aquel entonces, *Página/12* publicó que eran alrededor de 40 millones. Ahora serían más, las construcciones avanzaron”, conmemora y extrapola este diario. “Si hubiera una solución, la cifra no sería un escollo”, afirma el interlocutor de postín. Jamás se cerró el trato, ni se divulgó oficialmente.

[55] ¿Puede haber “choque de civilizaciones” entre paisanos, entre hermanos? Un lector uruguayo de *Página/12* me envió un e-mail memorable, a mi ver. Dice así: “Creo que en este asunto hay un encare periodístico que está faltando. Hay algunas formas de pensar en la Argentina que son muy ‘naturales’ ahí, que son difíciles de entender desde Uruguay. Por ejemplo: que una asamblea de vecinos determine de esa forma la política internacional del país, los piquetes de todos los días, etc. Lo inverso también se da: el peso de las pasteras en la economía uruguaya, la impericia de Vázquez en aquella fallida negociación con Kirchner, el tratado de protección de inversiones con Finlandia, etc. Creo que sería muy interesante, no sé si fácil, un encare del estilo: ‘Lo que todo uruguayo debe saber de la política y mentalidad argentina para entender el conflicto’ y viceversa”.

[56] El pedido de medida cautelar para cerrar la planta era una demasía argentina, impulsada por la secretaria de Medio Ambiente, Romina Picolotti. Kirchner designó a esa funcionaria, abogada de la Asamblea de Gualguaychú. Intentaba incorporar a los vecinalistas, implicarlos, contenerlos. La jugada no resultó, por motivos varios. La CIJ sólo concede ese tipo de medidas de no innovar en casos de condenas a muerte.

[57] El presidente del país agredido, Rafael Correa, y el del agresor, Álvaro Uribe, cruzaron acusaciones cara a cara. Cuando se selló un conjunto de medidas para frenar a Colombia, los demás pidieron que se saludaran. Uribe, un orador brillante e histriónico, quiso abrazar a Correa, quien le tendió la mano con rostro pétreo. El resto aplaudía de pie. Esa imagen y el coloquio que la precedió son piezas para un gran museo histórico. Las intervenciones de Cristina Kirchner en el cónclave rayaron muy alto y fueron reconocidas por varios de sus colegas.

[58] En el epílogo a la tercera edición de *Operación Masacre*, en 1969, Walsh escribió: “Otros autores vienen trazando una imagen cada vez más afinada de esa oligarquía, dominante frente a los argentinos, y dominada frente al extranjero. Que esa clase esté temperamentalmente inclinada al asesinato es una connotación importante, que deberá tenerse en cuenta cada vez que se encare la lucha contra ella. No para duplicar sus hazañas sino para no dejarse conmover por las sagradas ideas, los sagrados principios y, en general, las bellas almas de los verdugos” (*Operación Masacre*, Buenos Aires, De la Flor, 2015, p. 224).

[59] Remito al capítulo 18 de este libro.

## 14. La sombra destituyente II

### La mentada 125 y el segundo nacimiento del kirchnerismo

Una de las grandes actividades de nuestro tiempo es la generación de ideas que eviten que los ricos ayuden a los desfavorecidos. El ataque que se hace actualmente al Estado es un excelente ejemplo de este esfuerzo. No se arremete al Estado en sí mismo, sino a su capacidad de defender a los pobres.

**John Kenneth Galbraith**

El conflicto por las retenciones móviles a las exportaciones de granos comenzó con el dictado de la Resolución 125, el 11 de marzo de 2008, a muy poco tiempo, casi nada, de que Cristina Kirchner jurara como presidenta por primera vez, y a cuatro años casi redondos de la aparición de Blumberg en circunstancias simétricas.

El desenlace sucedió en la madrugada del 17 de julio, cuando el Senado rechazó el proyecto del gobierno para convertir en ley el nuevo esquema de retenciones. Entre un momento y otro transcurrieron cuatro meses barrocos, tensos, recargados de vicisitudes. Habría que hurgar en manuales de historia universal para dar con una resolución ministerial (no una ley) que causara tantas convulsiones y tuviera tal trascendencia. Quién sabe... no creo que haya ninguna.

La sesión del Senado se hizo kilométrica y alcanzó un rating televisivo insólito. Entonces era novedad, aunque esa rareza criolla se haría costumbre en años sucesivos del kirchnerismo, coronando debates históricos que fue ganando de a uno en fondo.

La noche fue terrible, estresante hasta para quienes seguían el minuto a minuto y sabían de antemano el final. No es lo mismo, nunca, saber que algo va a producirse que verlo concretado, sea en la esfera pública o en la privada.

Una versión difundida, que creo veraz con base en el canon periodístico, refiere que el final sacudió en especial a Kirchner, que se enardeció y cabildeó con la renuncia de Cristina. Habían deglutido la indigesta sesión mientras hablaban febrilmente con los senadores propios y con un par de funcionarios.

Se acostaron no antes de las cinco o seis de la mañana. Tras fastos como ese “hay que despertarse” temprano, leer los diarios, informarse de lo que se comenta en la radio. A eso de las nueve, Alberto

Fernández comenzó el palique con un interrogante más político que social.

–¿Cómo dormiste, Cristina? –dice que le dijo.

–Perfecto –cerró el trámite ella. A buen entendedor...

La reseña de Palacio recoge que Kirchner atravesaba un estado de ánimo único, inédito en él. Estaba desolado, embravecido, furioso. Caracterizaba lo sucedido como “un golpe de Estado exitoso”. Ya no le parecía posible sostener las convicciones en la Casa de Gobierno; en ese marco adverso Cristina debía renunciar.

Caían en Olivos amigos personales de Santa Cruz y algún referente de organizaciones sociales. Se trataba de segundones en poder político, pero cercanos en los afectos, que en general compartían su juicio, lo azuzaban. Alberto Fernández, sin duda, y tal vez también Carlos Zannini empezaron a divulgar lo que sucedía en Palacio, a pedir ayuda. Nuevamente los celulares crepitaban.

Los interlocutores buscados fueron aliados de primer nivel, que en fila india llamaron a Kirchner para disuadirlo, si cabía. El presidente brasileño Lula da Silva, uno o dos periodistas consagrados y escuchados, un par de empresarios, dos intendentes del Conurbano (uno de origen gremial, otro de una municipalidad gigantesca), un alto dirigente de la CGT.

En ese momento crucial, todos coincidieron en cuestionar la potencial decisión. Le advirtieron que retirarse era poner en riesgo los logros del gobierno, dejar a la intemperie a aliados fundamentales, incluidas las organizaciones de derechos humanos. Según el relato en boga, la presidenta tampoco estuvo de acuerdo con una salida que trasuntaría debilidad y la dejaría en un lugar histórico patético.

Hay que decir que Kirchner atravesaba otro dolor, personal e intenso: por esos días había fallecido uno de sus más queridos amigos.[\[60\]](#)

Conozco los hechos por boca de algunos de los interlocutores, no de todos. Las reglas de reserva, el *off the record*, indican que me detenga acá.

Me fui desayunando a media mañana merced a llamadas desoladas de colegas cercanos; no gozaba de ninguna exclusividad porque el rumor se había propagado como reguero de pólvora. Había llegado a los medios, y las radios opositoras se hacían un festín.

Si se pensó de veras o fue un arrebató pasional... jamás lo sabremos. En horas, Cristina retomó la actividad oficial. Invitó a Olivos, para el día siguiente, 18 de julio, a los senadores y diputados que habían acompañado el proyecto del gobierno, para agradecerles y señalar a quienes habían defecionado. Un gesto de reconocimiento y de contención que no acostumbraba conceder.

A la tarde, tenía pautada la inauguración de reformas en el Aeropuerto de Resistencia, Chaco. Hacia allí fue, como si tal cosa, mientras los temores y las euforias se disolvían como el agua en el agua. Cristina, según su gráfica palabra, “se pintaba como una puerta” desde los 18 años. Llegó a su manera, “producida” y resplandeciente, sonriendo, a sabiendas de cómo y cuánto la escrutaban. De algún modo, transmitía corporalmente a otro auditorio que la examinaba con lupa: “Dormí perfecto”.

La historia prosiguió su zigzagueante curso, en ese día espantoso.

Volvamos atrás.

Las retenciones a las exportaciones agropecuarias son una herramienta clásica en varios países y fueron recurso de gobiernos de muy distinto signo en la Argentina. Incluso la “Revolución

Libertadora” se valió de ellas con altas escalas, y otro tanto sucedió en 1958 con el gobierno de Frondizi o, más tarde, con la autodenominada Revolución Argentina.

En 2002, cuando se empezaba a salir del pozo de la crisis y aumentaban los precios internacionales de las materias primas (*commodities*), el presidente Duhalde y el ministro Lavagna echaron mano al recurso.

Gravar la “renta diferencial” de la producción agrícola ganadera de la pampa húmeda es una medida razonable, que cumple al menos dos funciones: recaudar divisas y contener subas locales de los precios de esos bienes. Con la soja como excepción gigantesca, la regla es que los argentinos comen lo que exportan: carne y trigo. Los precios domésticos son arrastrados por los foráneos, por motivos atávicos, difíciles de contrarrestar.

Los contribuyentes son reacios a pagar más, como acontece en cualquier comarca. Hasta marzo de 2008 lo soportaban, rezongo más o menos. En los noventa lo habían pasado mal, y en el siglo XXI se “fueron para arriba”. Coadyuvaron, en orden de aparición, la devaluación de 2002, la revalorización de la tierra, el alza del consumo interno y el sucesivo aumento del precio internacional de las materias primas.

Kirchner fue aumentando las alícuotas, mientras el precio de la soja, el trigo y el maíz se elevaba a valores jamás alcanzados.

“La 125” fue concebida sin soñar que armaría tamaño follón. Se fijaron “retenciones móviles” a las exportaciones de soja, trigo, maíz y girasol. Los porcentajes quedaban atados a la evolución del precio internacional del producto, de modo que acompañarían el alza y disminuirían si las cotizaciones bajaban. Se reguló una “tablita” de valores que podía trepar al 50%.

Algo quebró la inercia, saltó la térmica, la reacción fue desmedida y formidable. Pudo influir la fecha, muy cercana a la cosecha récord a precios notables, que hacía restregar las manos a los exportadores. Ningún diario hizo tapa con la 125 cuando se difundió. Después, sería costumbre la primera plana. Cubrí como columnista el conflicto, día a día, golpe a golpe, verso a verso. Decenas de notas, un conjunto sólo superado por la saga que siguió al asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas.

El cuatrimestre eterno jalonó una cadena de errores y fracasos del gobierno. Tiento una sinopsis básica.

- Las escalas de las retenciones fueron mal calculadas, algo que reconoció después el ministro de Economía Martín Lousteau, quien las diseñó y defendió con energía durante el breve lapso en que conservó su cartera.
- No se contemplaron de movida medidas adicionales compensatorias, paliativos que podrían haber fraccionado el “frente del rechazo” que le opusieron las cuatro organizaciones de patronales agropecuarias: la Sociedad Rural Argentina (SRA), las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), la CONINAGRO y la Federación Agraria Argentina (FAA). El “cuadrivirato” que ejercieron los presidentes de las cuatro

entidades, históricamente distanciadas entre sí por representar intereses diferentes, se autobautizó “Mesa de Enlace Agropecuaria”.

- Cuando la confluencia de las entidades del sector se puso de manifiesto, al día siguiente, se subestimó esa coalición que no se formaba desde hacía décadas.
- Las tácticas cotidianas y la comunicación oficial fueron ineficaces para contener el creciente apoyo que recibía la Mesa de Enlace.
- El gobierno fue realizando concesiones parciales, reconocimientos de derechos, pero jamás consiguió fragmentar el frente rival.
- La Mesa de Enlace le “ganó la calle” y sus iniciativas coparon la agenda. Como ya contaremos, hubo dos trances con actos masivos, casi paralelos. En ambos, la concurrencia del “campo” y sus aliados superó a la del partido nacional-popular.
- El gobierno perdió apoyos de gobernadores, intendentes, diputados y senadores propios. Muchos legisladores abandonaron los bloques en el Parlamento.
- El proyecto de ley fue rechazado en el Congreso.
- Gestó un pichón de presidenciable de la oposición, diezmada por el resultado electoral de 2007: Julio Cobos.
- La onda expansiva llegó a las elecciones parlamentarias de medio término en 2009. Kirchner en persona encabezó la lista de diputados nacionales de la provincia de Buenos Aires. Fue batido por Francisco de Narváez, un peronista camaleónico en sus alineamientos, aunque siempre de derecha, personaje menor e impresentable.

La nueva suba y los afanes políticos de la oposición debilitada tras las elecciones motivaron la respuesta, brutal desde el comienzo.

El primer “paro” se produjo casi sin respirar, el 13 de marzo de 2008. Se hilvanaron *lockouts* (cierres patronales de la propia actividad), retaceo de envíos de productos básicos a los centros de comercialización local, piquetes, cortes de rutas totales. Quienes despoticaban desde 2002, y hasta nuestros días, contra los piquetes y los cortes se permitieron una licencia, nada poética. Los suyos fueron los más lesivos, extendidos geográficamente y prolongados del siglo XXI.

Una base social nutrida pudo hacer suyo casi todo el territorio nacional. La prosperidad agropecuaria, creciente desde 2002, había transformado la estructura de pueblos y ciudades de la pampa húmeda, y no sólo de ella. El kirchnerismo se encontró con un rival nuevo en su morfología, ligado al bienestar y a la economía local de los territorios: “contratistas de maquinarias, pequeños y medianos productores, *pools* de siembra de distinto tamaño, rentistas”, puntualizaron los especialistas Osvaldo Barsky y Mabel Dávila. Millonarios en dólares que viven en grandes centros urbanos, otros ricos o no tanto que trabajan el suelo, empresas multinacionales o nativas de gran porte, dueños ausentistas, arrendatarios: todos conformaban un conjunto variopinto, no reducible a simplismos, que (con)tenía ganas de pelear con un gobierno que los había favorecido pero que no sentían suyo.<sup>[61]</sup> El oficialismo tenía la razón: defendía el derecho a cobrar tributos a los contribuyentes más ricos, a sofrenar el precio de los alimentos básicos y a mantener nutrida “la mesa de los argentinos”. Pero no se daba maña para convencer a amplios sectores de la opinión pública.

En el curso de su mandato, Kirchner tomó el timón para producir hechos de alto impacto real y simbólico (el cuadro de Videla, la ESMA, la Corte, la disputa con la gran banca y con la iniciativa de Estados Unidos para conformar el ALCA, la ruptura con la tutela del FMI). Lo que estaba en juego en cada movida era claro, relativamente fácil de entender. Su sentido, por así decirlo, se constituía y se revelaba en el contraste con el pasado. El nuevo retador era muy otro.

Los opositores, superados en las urnas y molestos con el rumbo que había tomado el gobierno, encontraron un paladín en ese colectivo heterogéneo, atado a tradicionalismos, que sin embargo supo revestirse de un ropaje federal y convertirlo en su ancla. ¿Equivalía, ni más ni menos, al 55% que no había votado a Cristina en las elecciones? No hay cómo chequearlo, aunque es una hipótesis seductora, tal vez un cachito esquemática.

La centralidad y la crispación de las protestas escalaban cotidianamente. Las medidas de fuerza superaron todas las marcas. De entrada, se restringieron envíos de mercaderías propias, tras cartón se cerró el paso a todas las demás. Hubo desabastecimiento y provocaciones brutales, como arrojar miles de litros de leche fresca al pavimento. La aprobación general avivó la soberbia y la barbarie ocasional. El 26 de marzo los piqueteros retuvieron una ambulancia en Laboulaye. El paciente que iba en ella, Natalio Porta, murió sin llegar a destino.

Los ruralistas trataron de moderar los excesos ostensibles a medida que se difundían y podían granjearles alguna reprimenda o generar malestar. Decidieron dar paso a las ambulancias, a los camiones con productos perecederos. Así y todo, la “ley de la ruta” interpretada por sujetos arrogantes en pie de lucha dejaba resquicios a licencias injustas: en Entre Ríos se dejaron clavados en la ruta camiones que trasladaban tubos de oxígeno (aunque no pacientes) a hospitales de la provincia.

Piqueteros ofuscados requisaron mercadería. La perpetuación de la medida de fuerza derivó en cierres temporarios de industrias y negocios y en la suba de los alimentos básicos.

Los medios desempeñaron un papel sustancial en la contienda. Los del Grupo Clarín demoraron un par de días en tomar partido: cuando lo hicieron, se embanderaron con la revuelta, endiosaron a sus referentes, capitalizaron a uno de sus personajes, el chacarero entrerriano Alfredo de Angeli, quien se había entrenado en los cortes del puente de Gualeguaychú contra la instalación de la pastera Botnia.[\[62\]](#) Burlón, suelto de lengua, corpulento, con un diente menos, daba ideal para representar a un hombre de pueblo, labrador e ingenioso, opositor acérrimo.

La cobertura cotidiana fue apabullante. Los discursos presidenciales, que abundaron, se exhibían “a pantalla partida”, concediendo la otra mitad a la tribuna campestre que los lapidaba en vivo y en directo: el pulgar del “pueblo en el circo” se inclinaba hacia abajo, en sentido figurado y a veces textual. El manejo enardecía al gobierno y fue el inicio de la disputa con Clarín. Un motivo político subyacía o emergía: el gran empresariado argentino había insistido para que Kirchner fuera por la reelección y se domesticara, considerando que un período desafiante había sido suficiente. Héctor Magnetto, CEO de Clarín, había sincerado ese deseo a “Néstor” si se sigue el verosímil relato de este y de otros testigos.[\[63\]](#) Imaginaban, con agudeza, que Cristina acentuaría tendencias que les disgustaban o preocupaban. Con su comportamiento, como ocurre a menudo en las rencillas familiares, catalizaron el porvenir que predecían y ansiaban condicionar.

Lo útil puede venir en yunta con lo agradable. Tener activos en el campo siempre sedujo al empresariado nacional de servicios o de industria, como signo de ascenso social. En la euforia del crecimiento kirchnerista, amén de ese extraño lustre, constituía una inversión fantástica. Dueños, gerentes y directivos de grandes empresas de cualquier ramo tenían un grueso puñado de dólares en el campo. La burguesía industrial se había diversificado y transformado en polirrubro.

Cristina habló varias veces, combinando distintos tonos. Evocamos, muy sintéticamente, algunas de sus frases, las que más se reprodujeron y pervivieron.

No me voy a someter a ninguna extorsión [...]. Este último fin de semana largo nos tocó ver [...] lo que denomino los piquetes de la abundancia, los piquetes de los sectores de mayor rentabilidad (25 de marzo; respuesta de la payada: piquetes y cacerolazos).

Les pido humildemente, como presidenta de todos los argentinos, que levanten el paro para entonces sí dialogar. Las puertas de la Casa Rosada están abiertas pero, por favor, levanten las medidas contra el pueblo [...]. Es momento para discutir, debatir, dialogar, pero eso no puede hacerse con una pistola en la cabeza, menos en democracia (27 de marzo).

La soja es, en términos científicos, prácticamente un yuyo que crece sin ningún tipo de cuidados especiales (31 de marzo; la expresión se hizo célebre por esos días).

Muchos dicen representar al pueblo, pero ¿se puede representar al pueblo y enorgullecerse de desabastecerlo? [...] Si los hace felices agraviarme, sigan haciéndolo, pero por favor no agravien más al pueblo: dejen que las rutas se despejen y que los argentinos puedan acceder a los alimentos, las fábricas a los insumos, los comercios a las mercaderías (ante una Plaza de Mayo colmada, 1º de abril, cuarto discurso en una semana).

Los vaivenes oratorios (desde pedidos sensatos y bien formulados hasta reproches ácidos) se acompañaban con cambios en las reglas, otorgamiento de subsidios y otras acciones. El *lockout* y los piquetes se levantaban y reanudaban, un minué recurrente.



Kirchner habla en la Plaza del Congreso antes de la votación sobre las retenciones móviles, 15 de julio de 2008. Uno de sus discursos menos felices. Fotografía: Gonzalo Martínez.

La polémica colonizó la agenda pública. Las partes compitieron en actos masivos, en los que los ruralistas consiguieron convocatorias impensables. El 25 de mayo ambos sectores se midieron: “el campo” en Rosario, alrededor del Monumento a la Bandera; Cristina Kirchner eligió Salta, junto al gobernador Juan Manuel Urtubey. Es raro que el peronismo pierda en esas competencias, pero eso fue lo que sucedió, todo un *shock* para los contendientes.

El 15 de julio se libró la revancha. La coalición ruralista optó por el Monumento de los Españoles, en Palermo. Kirchner fue el orador central en la plaza del Congreso. El acto de la oposición congregó más asistencia.

Kirchner pronunció uno de los discursos más flamígeros y virulentos desde 2003. A mi ver, el menos acertado. Comparó a sus adversarios del campo con los “grupos de tareas” de la dictadura: “Como en las peores etapas del 55 y del 76, salen como comandos civiles y grupos de tareas para agredir a los que no piensan como ellos, en forma vergonzosa”, espetó. Su furia conmovió a los propios, aunque resonó exaltada para terceros, que siempre los hay. Las alusiones al 55, caras al folclore peronista, podían ser incomprensibles para argentinos sub-40. Una regla de la comunicación política contemporánea es que el orador jamás le habla sólo o especialmente al auditorio que tiene delante en un acto, ni a la radio, diario o canal de televisión que lo reproduce. “Todo” se expande, se viraliza, se repite o edita de cien formas. El medio no es más el mensaje o, por lo menos, el medio original no lo es. Kirchner erró en el tono, que podía galvanizar a los propios, a los ya convencidos, pero que chocaba a otras sensibilidades.

El acto de la oposición congregó más asistencia. La multitud que, de todos modos, vivió a Kirchner, estaba compuesta en parte por columnas que aportaron los sindicatos y algunos intendentes. También principiaba la movilización de “gente suelta”, no encuadrada, jóvenes en alta proporción. Sosegados durante el mandato de Kirchner, reaccionaban, se politizaban y cobraban protagonismo. Empezaban a involucrarse, a identificarse activamente con el gobierno.

Medió una diferencia esencial entre la tercera sombra destituyente y las dos anteriores; me refiero a las movilizaciones encabezadas por Blumberg y las acciones de las víctimas de la tragedia de Cromañón. El pliego de reclamos del padre dolorido era excesivo, de derecha y ambicioso, pero su afán se ceñía a leyes penales o procesales, a normas que regulan el accionar de las policías. Así, la presión y las concesiones del gobierno alumbraron un conjunto de leyes penales nefastas (cuando no inconstitucionales). Pero Blumberg no fue más lejos en su cénit y su aura se fue apagando.

Los familiares y víctimas de Cromañón, por su parte, perseguían la condena penal para todos los presuntos culpables y el derrocamiento, vía el juicio político, de Aníbal Ibarra. Se trataba, a no dudarlo, de un objetivo rotundo en materia política, pero que se detenía en la persona del jefe de Gobierno, sin tocar siquiera a su segundo, Jorge Telerman.

La movida campestre era, en verdad o en potencia, “destituyente” si nos valemos del neologismo político instalado por el grupo militante-intelectual Carta Abierta, que fue otro emergente del conflicto.[\[64\]](#)

La revuelta de las cuatro corporaciones agropecuarias nació como un reclamo sectorial antes que como conjura. Pero se fue transfigurando en una coalición vasta que no reparaba en medios ni carecía

de ambiciones políticas. Más allá de lo que pretendieran al principio sus líderes, sus acciones ilegales hubieran podido ser suficientes para quebrar al gobierno. La historia recoge precedentes de *lockouts* o medidas de fuerza menos drásticas y prolongadas que hicieron rodar a otros. Los *lockouts* y los desabastecimientos son desestabilizadores, sobran ejemplos en la historia comparada.

El gobierno sostuvo tres aciertos, entre un combo de falencias. El primero, en orden de prioridades, fue subsistir. El kirchnerismo era duro de matar, y pudo resistir la embestida. Se mantuvo firme en medio de una tormenta.

El segundo acierto, funcional al primero, fue el autocontrol para reprimir, una muestra de temple y sensatez. La verba kirchnerista se exacerbó pero la protesta transcurrió con escasa intervención policial. Otra “primicia argentina”, que observadores extranjeros miraban azorados. Fue una conducta sagaz, porque atacar físicamente a quienes protestaban hubiera equivalido a encender un fósforo en un polvorín.

De hecho, las alteraciones episódicas de esa regla encolerizaron a la oposición. El encarcelamiento de De Angeli, consumado en clave de comedia por un grupo de policías torpes, atizó furias y cacerolazos.

Cristina Kirchner sacó de su galera de parlamentaria (que siempre lleva) la tercera jugada inteligente, tan sensata como arriesgada: cursar al Congreso la resolución, proponerla como ley y discutirla en las dos cámaras.

Cristina y Néstor eran un tándem, que dividía funciones y coincidía en lo fundante. No se conocen demasiadas divergencias entre ellos, pero hay sellos de cada cual. Enviar la norma al Congreso tiene la marca de fábrica de la presidenta, siempre más atenta y más resuelta al juego legislativo.

La convocatoria distendió a las partes. No tronchó de raíz la agresividad pero la focalizó, la encauzó. A partir de entonces, la padecieron en especial legisladores, gobernadores o intendentes del FPV, que fueron cercados y a veces maltratados por los ruralistas enardecidos y autoungidos justicieros.

Cuando comenzó el trámite en Diputados, el oficialismo contaba con mayoría ajustada en las dos cámaras. Las presiones, sanctas y non sanctas, iban corroyendo ese capital.

En los tres meses de frenesí extraparlamentario, el gobierno promovió medidas que debía haber pensado de entrada. Eran admisiones, reconocimientos tácitos, que jamás equivalían a lo pedido ni se presentaban como tales. Se las ensalzaba como superiores, originales, receptivas de demandas con millaje previo. Las más significativas diferenciaban entre los productores más poderosos y los pequeños. O entre zonas del país, de diferente rentabilidad relativa. Se redujeron las escalas para pequeños productores. Se fijaron compensaciones para los fletes pagados por quienes trasladaban

mercaderías desde localidades alejadas de los puertos. Se abrieron líneas de créditos “blandos” en el Banco Nación. La creatividad envolvía el celo por no conceder, que se notaba demasiado.

El trámite en el Congreso edificó un dique para esa navegación. Se debatió sobre un texto escrito, base para rechazos, añadidos, perfeccionamientos. Los hubo en las comisiones, pensando en particular en atender a los “pequeños productores” que se habían adherido a las grandes corporaciones: las cuatro entidades eran una, en la acción concreta.

El presidente del bloque oficialista, el santafesino Agustín Rossi, y el titular de la Comisión de Agricultura, Alberto Cantero, diputado por Córdoba, eran mentores de las tratativas con la oposición. Ambos –oriundos de la “zona núcleo”, la pampa húmeda, el centro geográfico del conflicto– se mostraron convencidos y consecuentes con lo que defendían. Dedicaban un ojo a los adversarios y otro al frente interno, a fin de precaver y eventualmente cerrar intentos de fuga. Al mismo tiempo, pedían a la Casa Rosada flexibilidad para conseguir la mayoría, que el FPV no alcanzaba en soledad.

El “Chivo” Rossi fue patoteado por un malón VIP de dirigentes rurales y gentes de clase alta en la puerta de su propia casa. La agresión orilló irse a las manos..., y hasta el diario *La Nación* la cuestionó, aunque muchos de sus lectores y periodistas la ovacionaron. Cantero también fue agredido más de una vez en su provincia por dirigentes rurales que se presentaban como “damnificados”.

En comisiones, se aprobó un dictamen negociado, con muchas reformas al proyecto original del Ejecutivo. Al número de votos para sacar dictamen se llegó raspando, raspando.

Ya en el recinto, Rossi sembró mujeres y hombres de su bloque. Vio angustia en muchos rostros, tradujo que podía haber cambios en sus votos. Para contenerlos, pensó en agregar una modificación solicitada por los productores “chicos”, que caía bien en la bancada kirchnerista. Consistía en segmentar las alícuotas, el porcentaje de la carga, aliviando al 80% de los productores. Sin meter esa cuchara, se perdía. Ofreció esa nueva reforma al texto aprobado en las comisiones. Con el retoque, calculó baqueano, ganarían por poco.

A medianoche, cuando el aire se podía cortar con un cuchillo, recibió una llamada de Cristina Kirchner, quien lo zarandeó bastante.

–Debe ser la primera vez que un presidente de bloque toma una decisión sin consultar a la presidenta.

Rossi, un dirigente leal y valiente como pocos, tragó saliva:

–Cristina, vos fuiste parlamentaria... Sabés cómo es esto. Están todos los diputados en el edificio, todos van a votar. Los tenemos calculados. Tal como vamos, perdemos.

La presidenta cerró el diálogo, al estilo de la conducción peronista. O del jefe de los comandos de *Misión imposible*.

–Hacé lo que te parezca.

Si esta acción fracasa, decía el jefe de los comandos, negaremos toda relación con ella. La lógica parece despiadada pero es racional y hasta justa políticamente. Quien propone una táctica cambiante a su conducción debe hacerse cargo de las consecuencias. Rossi se hizo cargo de la situación. La votación se ganó por un pelito, el teléfono rojo sonó, lo felicitaron desde Olivos.

El cambio era sideral, y en otro contexto podría haber acercado posiciones. Pero a esa altura poco o nada quedaba del reclamo sectorial. Se dirimía una disputa de poder, a cara o ceca; se estaba, a decir verdad, ante un juego de suma cero: lo que suma uno, lo pierde el rival.

En el Senado sería peor.

Carlos Reutemann, el presidente que no quiso ser, fue uno de los tantos senadores que desafió al gobierno y se pasó de bando. El libro de pases era de mano única, ya que sólo el kirchnerismo perdía apoyos.

La paridad en la cámara tornaba viable una rareza política y estadística: asistencia perfecta de los 72 legisladores, con un factible empate 36 a 36. Ese es el único supuesto constitucional en el que vota el vicepresidente, que preside el cuerpo sin esa facultad. Desde 1983 había sucedido una sola vez, que sólo rememoraba un puñado de expertos.

Los senadores dudosos se cotizaban en oro, por lo menos en sentido figurado. Recibían presiones de vecinos, de intendentes y gobernadores.

Los nombres de los basculantes eran poco conocidos, salvo uno: el riojano Carlos Menem, ex presidente. Otros dos, ignorados hasta ese momento por el gran público, eran el santiagueño Emilio Rached (radical sumado a la Concertación, oficialista novato) y el catamarqueño Ramón Saadi (del peronismo itinerante, oficialista enojado). Sin ellos, el resultado sería 35 a 34 por el “Sí”: el kirchnerismo podría consagrarse por un pelito.

Los senadores concernidos no soltaban prenda, las especulaciones y los asedios crecían. Se conjeturaba de antemano (dato no evocado usualmente ahora) que Cobos podía llegar a resolver, y flotaba en el aire que se expediría contra el gobierno que integraba, a menos de un año de ser elegido. De nuevo, una novedad de la política criolla, ayuna de antecedentes internacionales y de lógica. El vicepresidente silbaba bajito, se hacía el distraído, emitía señales contradictorias, gozaba de su protagonismo, armaba reuniones que publicitaba con entusiasmo.

Se llegó al recinto con dudas. Se rumoreaba que Rached había sido agredido en Pinto, su pago chico, y que su familia estaba encerrada. Jamás se corroboró ni se desmintió del todo. A ocho años, no es relevante esa duda, supongo.

La sesión se eternizaba. Menem llegó y acompañó al “campo” con un discurso plagado de arcaísmos, reproches al gobierno, alabanzas edulcoradas y bucólicas a las labores agrícolas. En esa instancia, su voto gravitó para la derrota del gobierno, tanto como lo haría el de Cobos, que quedó mejor posicionado “para la posteridad”. El radical Rached, según se iba develando en el mundillo de políticos y periodistas, levantaría la mano por el “No”.

Saadi pronunció una arenga ininteligible, nada memorable. Se pronunció por acompañar el proyecto.

Cuando quedaban horas de debate, periodistas, políticos y (decidamos) medio millar de personas informadas paladeaban o rumiaban con bronca cómo quedaría el tablero: empate.

El mensaje de texto (el WhatsApp ahora) es un rebusque para comunicarse con los legisladores durante una sesión. Es menos bullanguero que una llamada, aunque tiene algo de compulsivo. Le escribí a una “espada” kirchnerista del Senado mientras cubría la sesión repantigado en un sillón del living de casa.

Me respondió en ping-pong.

—¿Van a empatar? ¿Cobos vota?

—Sí. *Siamo fuori*.

La parca y fúnebre frase de un relator de fútbol italiano cuando la Argentina los eliminó de “su” Mundial en definición por penales se convirtió como por encanto en tópico del lenguaje argentino. La analogía era apropiada. En traducción estricta, literal: Cobos definía.

–¿No les conviene retirar a alguien para impedir que Cobos se consagre? –indagué.

Perdido por perdido, parecía astuto impedir que Cobos se instalara como héroe opositor, nuevo referente cuya defección haría trizas la Concertación. Si la caída era inexorable, valía evitar un daño adicional.

–Ya probé. Pero Lupín no quiere.

Desde los tiempos de Santa Cruz, “Lupín” era uno de los apodos de Kirchner. Mi interlocutor no solía usarlo, pero esa era una noche extraña.

Un par de días después me explicó mejor, café de por medio.

–Hablé con X (un senador peronista), lo persuadí para que se fuera discretamente un rato antes de que se votara. Llamé a Kirchner, le expliqué que era mejor así y que estaba garantizado. Me dijo de todo: que ni lo pensara, que pasara lo que tenía que pasar. Que Cobos quedara como un traidor.

–¿Cómo convenciste a X?

–Es sencillo, pero no te voy a contar.

Los operadores hacen cosas que los presidentes no deben saber y que es mejor velar también a los periodistas.



Julio Cobos, meditando en el Senado, pensando seguramente en su inminente voto “no positivo”, 17 de julio de 2008. Fotografía: Leandro Teyseire.

Cobos dejó el estrado reservado al presidente del cuerpo, se encerró en su despacho. Su celular estaba al rojo vivo, coinciden fuentes de ambas trincheras. Alberto Fernández gastó litros de saliva instándolo a no votar, en cuyo caso lo reemplazaría el senador kirchnerista José Pampuro, vicepresidente de la cámara, que tiene voto doble si es menester el desempate. Con sus hijas ladeándolo, Cobos les pidió disculpas pero les transmitió que estaba jugado.

El enigma, sólo en lo que concernía al gran público, se sostuvo hasta la madrugada. El radical mendocino Ernesto Sanz, presidente de su bloque, exhortaba a su ex correligionario, a quien habían expulsado del partido por irse con los peronistas:

–Vuelva al recinto, presidente.

Le hablaba al estrado, ocupado por un hierático Pampuro, en rigor.

Cobos entró, alargó el madrugón con suspenso, aunque en el sistema político todos sabían de qué se trataba.

Sincero o falaz, le pidió a Miguel Ángel Pichetto, jefe del bloque del FPV, que pasaran a un cuarto intermedio.

–Voy a usar una frase que dijo Jesús a sus discípulos: lo que tengas que hacer, hazlo rápido –espetó Pichetto, un peronista clásico, de tonalidad conservadora. Como casi nadie es un arquetipo, es también agnóstico y anticlerical, resabio de un pasado de izquierda. La cita no textual está en el Evangelio según Juan. El destinatario era Judas Iscariote. El original reza: “Realiza pronto lo que tienes que hacer”.

–Que la historia me juzgue –musitó Cobos, y siguió adelante.

Pasadas las cuatro y veinte de la mañana, pronunció una frase para los anales de la historia y del psicoanálisis, tortuosa como su desempeño:

–Mi voto no es positivo.

El Senado estalló, los opositores reunidos en el predio de la SRA gritaron algo parecido a un gol en el último minuto de una final de fútbol.

¿Hace falta subrayar que ahí se firmó la partida de defunción de la Concertación Plural? Por si acaso se subraya, aunque sobrevivieron pactos entre el kirchnerismo y algunos dirigentes o gobernadores radicales.

Cobos se transformó en el superhéroe de la oposición. El día después atravesó el país en auto, desde el este capitalino hasta el oeste, su provincia. En breve lapso había devenido un triunfador locuaz, bien diverso al hombre tartajeante, lívido y cariacontecido del recinto.

Le llovieron plácemes. Hasta mereció un homenaje extraño: un toro reproductor que días después entró a la Exposición Rural llevaba su apodo, “Cleto”. Era, en rigor, el tercero de sus nombres de pila: Julio César Cleto. Los huevos del toro, los huevos de Cleto, compaginaba el imaginario opositor.

El gobierno tragó saliva y derogó la 125, que formalmente seguía rigiendo. Y se percibió vencido como jamás antes y como sólo le tocaría experimentar en 2015.

El mundo se sacudía a mediados de 2008. La quiebra de Lehman Brothers en Wall Street iniciaba la crisis financiera internacional cuyas recidivas todavía se sufren. La Argentina sobrellevó bastante

bien el primer cimbronazo, por su alto grado de endeudamiento. Pero los precios de las *commodities* bajaron, en consonancia con la caída de los mercados internacionales y la del poder adquisitivo en casi todo el mundo. La Mesa de Enlace y sus aliados no tenían en la mira ese futuro posible, que fue inmediato. Con las nuevas cotizaciones, el esquema de retenciones móviles (que habrían descendido) incluso hubiera podido favorecerlos.

La saga de las retenciones móviles significó un fracaso en toda la línea, doloroso para el kirchnerismo, que no estaba habituado a perder. La supervivencia del proyecto estaba en jaque.

En la mañana del 17 de julio, Kirchner le dijo a la presidenta Cristina, desolado:

–Siento que ya no te puedo proteger.<sup>[65]</sup>

Superado el bajón, de vuelta en el rectángulo de juego, Kirchner acuñó un proverbio: “Este conflicto parió al gobierno de Cristina”, lo que presuponía un nacimiento dichoso y promisorio. Costaba compartir su vaticinio, y por una vez no le creí al pie de la letra.

---

<sup>[60]</sup> Oscar “Cacho” Vázquez, compañero de militancia en Santa Cruz, quien además había sido testigo del casamiento con Cristina.

<sup>[61]</sup> La diversidad está bien descrita en *La rebelión del campo. Historia del conflicto agrario argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, en particular en el capítulo 3.

<sup>[62]</sup> Remito al capítulo 13, en el que desarrollo este punto.

<sup>[63]</sup> Sandra Russo, *La presidenta. Historia de una vida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, p. 293.

<sup>[64]</sup> El primer documento del grupo se presentó en la librería Gandhi, el martes 13 de mayo de 2008, en una mesa conformada por Horacio Verbitsky, Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Jaime Sorín. El documento estaba firmado por más de 750 intelectuales, entre los que se contaban decanos de la UBA, David Viñas, Norberto Galasso, Noé Jitrik, Eduardo Grüner, Horacio González y José Pablo Feinmann.

<sup>[65]</sup> Sandra Russo, ob. cit., p. 296.

## 15. De la caída a la resurrección

### Cuando la voluntad y la destreza pueden reconstruir mayorías

Me cuenta su historia increíble. La creo en el acto.

**Rodolfo Walsh, *Operación Masacre***

El primer discurso de Néstor Kirchner ante la Asamblea Legislativa, el 25 de mayo de 2003, encabeza el glosario de citas de sus admiradores. Entonces pronunció la que se convertiría en una frase ícono: “Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada”.

Lo vi desde una de las galerías de la Cámara de Diputados. Hay contadas entradas para que los periodistas cubran esos ágapes, y en esa ocasión dejé que las repartieran entre mis compañeros de la sección Política del diario. Pude colarme, finalmente, porque un diputado menemista del que me separaban mil diferencias me ayudó a franquear vallas y controles. La democracia habilita canjes de ese tipo.

El verbo del orador armonizaba con mis ideas y sensibilidades: una actualización democrática de la (enrevesada) tradición de la izquierda peronista. El espíritu de la época era, ay, poco propicio para la esperanza. Le creí, sin embargo. Luego, al razonar o al escribir (debería ser lo mismo), maticé el análisis que, igualmente, a la distancia rezuma un optimismo desproporcionado al contexto desolador de la coyuntura.

Desde el 27 de abril Kirchner parece haber crecido. Ganó el centro del ring. Instaló temas de agenda, se acercó en imagen a eso de “un hombre común con responsabilidades importantes”, que suele repetir. El clima de ayer, en un exótico día feriado de asunción, tenía algo de frescura en el Congreso, en la Rosada, en las plazas que le dan contexto y sentido. Todas las postales de ayer enriquecerán su álbum de familia, pero lo que quedará en la memoria y la conciencia de los argentinos será lo que haga a partir de hoy, cuando gobierne. Si lo que hace se parece a lo que dijo y transmitió ayer, no le irá nada mal.

Acaso influía en mi juicio lo que había charlado con un dirigente de nuestra generación, a mi ver el más lúcido analista de la política argentina. Él conocía a Kirchner de mucho antes, y analizamos juntos sus declaraciones pioneras: estimulantes, contracorriente, raras.

—¿Es en serio lo que dice? —exploré—. ¿No se va a dar vuelta, no va a resignarse?

Mis prevenciones respondían meramente a lo que habían hecho tantos otros, antes.

—Va a tomar un rumbo y va a mantenerlo. Es posible que no controle la velocidad, el freno o los cambios, que se pase de largo en una curva o se estampe contra una pared. Pero nunca va a dar marcha atrás y menos virar en redondo.

Ignoro si esa premonición influyó sobre mí. Como sea, en el kilómetro cero del camino del presidente, en la enunciación inaugural de sus intenciones, le creí. La metáfora vial sobre Kirchner, sobre sus convicciones y su manera de manejar (mucho acelerador, poco embrague), mantiene pertinencia y hasta precisión.

A fines de 2004 se acumulaban motivos para tenerle confianza. Conversaba conmigo, un día cualquiera.

—Para asentar los cambios hacen falta diez años. No pienso ir por la reelección. La gente se cansa, cuatro años desgastan a cualquiera. Hay que relanzarse, cuando estemos en el Purgatorio habrá que consolidar las instituciones.

La narrativa no me tomó desprevenido. Circulaba, y yo no era el primero en escucharla. El breve monólogo, que aportaba buenas razones y una moderación novedosa, se hizo diálogo con una afirmación más que una pregunta:

—No me creés.

P(osp)use entre paréntesis una referencia racional, que estaba implícita (“Es un abuso del optimismo andar elucubrando a largo plazo”). Fui al punto.

—Claro que te creo, presidente. ¿Para qué vas a macanear? Pero me parece que, llegado el momento, no podrías. Suponé que ahora faltara un mes para las elecciones y me autorizaras a publicar esta charla. Sería tapa de *Página/12* mañana. Harían cola para disuadirte: los compañeros más convencidos, los gobernadores, los intendentes. Lula te pediría que siguieras vos, lo mismo haría Chávez... Incluso yo, que ahora converso tan calmo, me pondría loco, trataría de convencerte. Sos el garante del proyecto y de la gobernabilidad, eso no se delega. Hasta Bergoglio te llamaría —deliré y transmití.

La relación entre Kirchner y el futuro papa Francisco no había tocado su extremo más antagónico pero no se querían nada, acaso porque se jugaba para ambos una disputa entre liderazgos.

Porfió, cerró el tema. Retornamos, supongo, a la agenda de la semana. Al año siguiente era cantado que debí haberle creído.

No le “cabía” un programa de ingresos a la niñez, que en sus albores se llamaba “Ingreso universal” o “Ingreso ciudadano”. La demanda se había extendido, y siempre pensé que responder a ella resultaba imperioso en la nueva Argentina, menos acogedora e igualitaria que la anterior.

La percepción de Kirchner derivaba del paradigma laborista-peronista-desarrollista surgido a partir de 1945, cuyas premisas centrales se apoyaban en un Estado benefactor, la existencia de pleno empleo y sueldos suficientes para que los laburantes “pararan la olla”. Un subsidio a los menos aventajados no cuadraba en ese esquema. Gobernadores y ministros, por su parte, rechazaban la innovación alegando que habría quien prefiriera cobrar unos pocos pesos a trabajar en la vendimia o en la zafra también por monedas. El gobernador radical de Mendoza, Julio Cobos, y su colega peronista de Tucumán, José Alperovich, eran campeones de esta mirada de marcado sesgo patronal-explotador. Pensaban, precisamente, en los peones golondrina o temporarios de la vendimia y la zafra.

Kirchner no compartía esos términos mezquinos y despectivos pero consideraba que una medida semejante equivalía a una abdicación, una interferencia en el rumbo necesario, virtuoso. Además, se trataba de una inversión social machaza, aspecto que siempre ponía de relieve.

Cuando me concedía (o inducía a) discusiones sobre esta cuestión, *on u off the record*, lo veía tozudo, negador, empecinado. Casi al final del mandato, nos enzarzamos más de lo habitual. Porfié, habré chicaneado o sostenido demasiado la idea. Se enojó:

–Para un intelectual siempre es fácil proponer. No miden los costos. ¿Sabés cuántos pibes cobrarían? ¿De dónde saco la plata, eehhh?

Emprendí una minirretirada digna:

–La discusión acaba de terminar. Soy un periodista con ideología, no un experto ni un ministro ni un presidente. Ni sé ni debo saber. Si el problema es la plata y se hace imposible, hemos cambiado de pantalla. La medida no está mal: es difícil financiarla.

Me percaté del avance, capté franqueza en su argumento. Si el problema era el financiamiento, un día se concretaría. Le creí. Lo concretó Cristina; para mi visión, un poco después de lo ideal.[\[66\]](#)

El paralelismo entre Kirchner 2005 y CFK 2009 daba fatal: las elecciones de medio término mostraban que el mandato de CFK no estaba en su apogeo. La estrella electoral de Cristina contra “Chiche” Duhalde refulgía comparada con el fracaso de Kirchner contra Francisco de Narváez.

En un entorno abatido y pesimista, Kirchner anticipaba: “Empezó el gobierno de Cristina; será mejor que el mío”. Ambos convocaban: “Vamos por todo”.

El saber político impulsaba a dudar. La correlación de fuerzas se había revertido. Desde 1983, las elecciones de medio término habían prefigurado el resultado de las presidenciales. Alfonsín cayó en

1987 y tuvo que partir en 1989. Menem venció en 1993 y fue reelecto en 1995; en cambio, fue batido en 1997 y se fue dos años después. Las reglas históricas no se equiparan a las matemáticas pero...

Elaborar el fracaso de “la 125” o Ley de Retenciones Móviles equivalía, en el manual de la política, a retroceder. O, por la parte baja, a frenar.

Después de comerse goles en contra, el gobierno de Cristina estaba malherido. La única verdad es el *score*. ¿O no?

Pues no. Un viejo proverbio futbolero enuncia que “el dos a cero es el peor resultado... para quien va ganando”. La hipótesis es que, si el otro equipo mete un gol, los estados de ánimo se revierten en sube y baja: el empate pasa a ser una proeza accesible para quien va perdiendo y una debacle para el otro. Con un espíritu distinto, templado en la adversidad, el micromilagro se revela un desenlace posible.

Colegas especializados refutan el mito con estadísticas. En la abrumadora mayoría de los partidos, el que marcó la diferencia termina consolidándola. El empate o la reversión del *score* son excepciones. Se las recuerda porque son gloriosas, no por su frecuencia. Pero mientras hay juego, pueden suceder.

La voluntad y la destreza del perdidoso transitorio “hacen la diferencia”.

Cristina y Néstor dieron el ejemplo, tras ser vencidos en la 125. Aprendieron mucho, recalcularon con el GPS. Apostaron a todo o nada más de una vez, y se consagraron a reconstruir mayorías amplias con proyectos más ambiciosos, congregando un núcleo de aliados o precedentes con historia y rodaje previo.

Desde 2008 hasta principios del segundo mandato de Cristina, concretaron la segunda gran etapa del kirchnerismo, con hitos que recorreremos en los próximos capítulos: la renacionalización del sistema jubilatorio, la Asignación Universal por Hijo, la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, la de Matrimonio Igualitario.

La dialéctica es una de las claves de la historia; así, la negrura del fracaso demostró que contenía las bases para recobrar la mayoría, repensar el gobierno y el Estado, promover reformas institucionales que no estaban en el menú de la presidencia de Néstor Kirchner. Vamos por ellas.

---

[66] Remito al lector al capítulo 17.

# 16. La pelirroja como objeto de estudio

## De la derrota frente “al campo” al surgimiento del cristinismo

Venceréis pero no convenceréis.

**Miguel de Unamuno, discurso en la Universidad de Salamanca, increpando a los franquistas que se aprontaban a derrotar a la República en la guerra civil española**

“El kirchnerismo es un reformismo burgués como el peronismo. ¡Chávez y Evo Morales son socialistas, nada que ver con tu Kirchner!” El “tu Kirchner” es provocador, divisorio de aguas. El politólogo sueco detecta el encono, se muerde la lengua para no escalar la polémica con la pelirroja progre. Ella jamás fue oficialista asumida, aunque sí compañera de ruta con perfil crítico. El conflicto con “el campo” la lanza a las antípodas. “¡Los chacareros son el campo popular, una burguesía nacional que trabaja el suelo, heredera de puebladas como el Grito de Alcorta!”, se embandera.

El sueco ve todo distinto, pero su mayor preocupación es, a decir verdad, extrapolítica. Los intercambios democráticos encolerizan y entorpecen otros más subjetivos, igualmente pasionales.

Es 25 de mayo de 2008, y los dos se encuentran en un ámbito propicio para esos intercambios más personales: están juntos en el departamento de él, en el dormitorio para más datos. Pero la tele está encendida, igual que la progre, que sigue el acto del campo como si estuviera en misa (un modo de decir, porque la mujer es atea fervorosa). El profesor se fastidia, se frustra, la sensibilidad ronda los celos. Los agrava la presencia de Eduardo Buzzi, presidente de la Federación Agraria, históricamente representativa de los pequeños productores de la pampa gringa. Astutos, los otros organizadores, con asociados más opulentos, le dejaron el final. Buzzi es buen mozo, orador vibrante, formado en la combativa Central de Trabajadores Argentinos. Campechano, habituado a hablar ante auditorios populares y a valerse de giros plebeyos: brilla.

La colorada levita. Como toda la concurrencia, reacciona *a piacere* del orador. Ríe, bate palmas. En un momento, Buzzi revela que una Madre de Plaza de Mayo ha adherido a la movida, y está ahí mismo sentadita. Es extraño, porque el kirchnerismo cuenta con el favor mayoritario de Madres y Abuelas. Buzzi encara a decenas de miles de personas y arenga una consigna clásica: “Madres de la Plaza, el pueblo las abraza”. El silencio es atronador, y revela que el impulso ha resultado un fiasco: nadie se cree interpelado. Buzzi se hace el distraído, cesa en la intentona, sigue como si tal cosa.

La pelirroja no: se queda tiesa. Con el tiempo ella contará que la multitud callada le hizo ver la luz. Empezó a comprender algo nuevo, evidente, que era invisible a sus ojos hasta ese momento. Un componente de clase e ideológico que había pasado por alto.

Emerge una nueva identidad de la progre: kirchnerista, cristinista por antonomasia.

Irá a las carpas K instaladas en la plaza del Congreso para meter presión a los legisladores, para participar, poner el cuerpo... pernoctar. La duda mortifica al sueco: aprendió cuán erotizantes son esos encuentros de la militancia, cuántos fluidos se segregan, más allá de la adrenalina. Mueve ficha, en un terreno más favorable: decide sumarse a las viglias.

Recupera la sonrisa y el favor de la compañera. Es feliz antes de saber cuánto más le redituará lo sucedido.

El conflicto por las retenciones móviles le vino como anillo al dedo al decano de Sociales de Estocolmo. Acumulaba broncas añosas contra su discípulo. Lo sublevaba un sinfín de motivos y desprolijidades: informes breves y muy oficialistas, sucesivas contrataciones de la licenciada progre que el politólogo justificaba diciendo que ella le aportaba experticia y buenas fuentes. Las facturas provenientes de Cataratas de Iguazú o de El Bolsón alegaban “estudios en el terreno” pero equivalían a confesiones o a burlas.

Fusionaba furias contra el politólogo y contra el kirchnerismo. Los populismos enardecían al decano, aunque no tanto como las analogías que le llegaban desde Buenos Aires: “El peronismo es lo más parecido que hay acá a nuestra entrañable socialdemocracia. Con fuertes incrustaciones de color local, que escudriño a fondo”.

Kirchner jamás le cupo al decano: desaliñado, estrábico, mal hablado en su lengua madre, la única que dominaba. Pero “esa mujer”, la presidenta Cristina... malversaba su nombre de reina, se emperifollaba en exceso para ser estadista, hablaba sin parar... La odiaba.

Cuando Cobos entró al Salón de la Fama, el decano salió disparado hacia la computadora. Escribió como poseso, sin reprimir las carcajadas.

El régimen está *game over*, profesor. Su estadía, demasiado prolongada, perdió razón de ser. Lo conmino a que prepare el regreso. El cierre del informe y las conclusiones deberán redactarse acá. Lo que resta es sólo decadencia y caída. Van perdiendo 2 a 0, la vuelta le ahorrará ver la goleada.

Apretó “enter” y disfrutó un trago del mejor aquavit.

El politólogo rumió la respuesta un día entero. Se sentía seguro porque, para variar, no macaneaba. No mucho, póngale.

Supongo que se equivoca, Doctor. El partido se sigue jugando y mejor no apueste sobre

el *score*. La traición de su Cobos abrió muchas perspectivas, que le iré puntualizando mes a mes. Crecieron las adhesiones fervorosas al kirchnerismo, usted se sorprenderá... Razón de más para que yo prosiga mi tesis en este entrañable país.

Le transmito un estudio de caso, que no es individual sino parte de un fenómeno que a la distancia nadie podría imaginar. Al despuntar la guerra gaucha, la licenciada progre se inclinó a favor de los insurrectos, muchos rubiones como usted. No había manera de convencerla de que unos cuantos son locadores que viven de rentas. O millonarios en dólares. Los caracterizaba como *farmers* emprendedores, ciudadanos de manos callosas que velan por sus derechos contra una cuasi dictadura fiscalista. Cambió, y mucho. No es un caso individual ajeno a nuestra disciplina. Es un fenómeno de masas.

Ya lo esclareceré sobre las causas profundas de la mutación.

Vaticino que el empate es viable, e incluso la victoria si el gobierno acierta la táctica.

Debo permanecer en mi puesto de lucha. La licenciada sabrá disimular su ecuación personal y descuento que pondrá toda su capacidad al servicio de profundizar los estudios. Déjenos compenetrarnos del acontecimiento unos años más. Síganos, que no lo vamos a defraudar.

El sueco curra de lo lindo pero tiene una formación sólida. Capitalizó los años que vivió en estos pagos. Como intuyó pioneramente, la derrota política contenía el germen de la recuperación del kirchnerismo. La dialéctica, como siempre... Pasamos a contarlo, con nuestras propias palabras.

La coalición vencedora aglutinó a los dueños del poder fáctico. Las adhesiones trascendieron un único estamento social, pero su conducción era una derecha real, clasista.

Eufóricos, los capitalistas se mostraron como son, sin velos ni recato. La clase dominante –los grandes medios de comunicación, las empresas más poderosas, los sectores medios y altos de los pueblos del interior y de las grandes ciudades– ostentó idiosincrasia. Se granjeó simpatías con alardes machistas, aunque también incubó reacciones por su *ethos* discriminatorio.

El gobierno eligió el peor sendero ante decenas de encrucijadas, y quedó instalado en la vereda de enfrente.

La disyuntiva polarizó, movilizó, decantó o espabiló a una base social y política que el kirchnerismo fue capaz de convocar y hasta enamorar, y que había permanecido latente, disponible, diversa, con anclaje firme en la clase media y en los trabajadores más desfavorecidos, y en muchos jóvenes. Para las generaciones añosas, la democracia es un trance relativamente nuevo; la mochila del ayer carga sobre nuestras espaldas. “Volver al pasado” puede funcionar como advertencia, amenaza o temor siempre potencial.

Para las personas nacidas o educadas desde 1983 en adelante, el sistema democrático es, por lo general, un hábitat naturalizado. Las libertades públicas, un piso a levantar. Les resulta ajena la vivencia del golpismo.

El primer semestre de ese *annus terribilis* que fue 2008 se reveló iniciático. El gobierno perdió la batalla pero convenció sobre su concepción de la democracia: adversarial, conflictiva, decisoria.

La protesta fue destituyente no sólo porque habría podido tumbar a un gobierno legal y legítimo. También, o especialmente, porque miles o millones de argentinos la percibieron así.

Ocho años después, puede concluirse que el tándem Néstor-Cristina (ella en particular) escogió acertadamente el modo de perder la contienda. Llevarla al Congreso, darle un corte. Dejar expuestas a las dos facciones.

Lo consiguió “sin querer”: es dable pensar que, si proyectaba la aprobación de las retenciones móviles en el Congreso, trabajó mal el objetivo. Como la historia fluye y no cesa, su propuesta caló hondo: prevaleció en el corto y mediano plazo.

Los textos históricos acuñaron la expresión “victoria a lo Pirro”, agridulce homenaje al pelirrojo rey de Epiro que ganó una batalla contra los romanos destruyendo a su propio ejército.

El gobierno articuló una derrota “antipírrica”, convocando a militantes y partidarios fervorosos e intensos. Muchos recién se asomaban a “la política” o intuían que volvían a confiar en ella. Era preciso reconquistarlos para conformar una mayoría. Se insinuaba un sendero estrecho, de cornisa.

En 2003 Kirchner supo cómo hacerlo. Y a partir de 2008 ambos supieron.

Cabe conjeturar que, si el 17 de octubre de 1945 Perón escudriñó hacia abajo del balcón (¿cómo no iba a mirar ese paisaje, tan distinto a la isla Martín García?), vio la homogeneidad de la muchedumbre. Estaba compuesta, abrumadoramente, por hombres, migrantes de provincias hacia los suburbios de Buenos Aires, trabajadores de la industria naciente. Vestían parecido, y la diferencia entre sus sueldos habría de ser muy escasa. Sus placeres serían también similares: la familia, jugar al fútbol o ir a la cancha, el asado, la raviolada de los domingos, el truco.

Una clase social en carne y hueso, ávida por ser representada. Hasta los patrones, que aborrecían el momento, tendrían tiempo para prosperar al calor de la política mercado-internista, de sesgo industrial, proteccionista.

Por el contrario, en el siglo XXI la estructura de clases es fragmentaria, y la desigualdad y las asimetrías son mayores. La diversidad cultural y de género, dos beneficios del progreso, complejizan reclamos y pertenencias.

En la gestión de Kirchner, poscrisis cuasi terminal, las necesidades colectivas confluían en mayorías amplias, cuyas condiciones concretas de vida cambiaron con la perspectiva cierta del trabajo, la estabilidad política, la reactivación de la capacidad instalada ociosa, el crecimiento, la distribución, el consumo. Una inclinación pro operaria signaba al gobierno, pero había para repartir más allá del proletariado, por aquello de que cuando la marea sube, todo flota.

En 2008, con el conjunto social varios peldaños más arriba, había que adecuarse para revivir o renovar o recrear la adhesión. Una mayoría (o varias) esperaba(n).

El gobernador Kirchner trazó un rumbo, se capacitó para ser presidente haciendo camino al andar. La sucesora Cristina Fernández de Kirchner podía *aggiornar* la sabiduría resignificando demandas más precisas.

Había que pasar de la épica del hecho cotidiano de gobierno a las reglas legales propias de las instituciones perdurables, a un estatismo pronunciado.

El partido proseguía, en el rectángulo de juego. Quedaba arriesgarse, innovar, refundarse. Casi nada.

# 17. La hora de Cristina

## Del “presidente-bombero” a la etapa superior de la institucionalidad

La principal experiencia de los individuos en la actualidad es la propia destrucción de las condiciones de solidaridad colectiva.

**Chantal Mouffe, “En torno a lo político”**

El menemismo fragmentó funciones esenciales del Estado nacional. Bajo el disfraz de la descentralización modernizadora transfirió a las provincias la educación, la salud y las políticas sociales, sin derivar los fondos necesarios para solventarlas. Un modo de aliviar ficticiamente las cuentas nacionales.

Acentuó la brecha entre provincias, de por sí muy desiguales en recursos, actividad económica y necesidades, y debilitó la acción gremial, diseminada en veinticuatro territorios. Lejos de ser consecuencias inesperadas de una política pública, lo que estaba a la vista eran sus efectos deliberados, perversos.

Durante el gobierno de la Alianza las provincias más asfixiadas pagaban los sueldos en cuasi (seudo)monedas locales sólo canjeables dentro de sus fronteras.

Cuando asumió Néstor Kirchner, había ocho provincias que debían varios meses de salarios a los docentes.

Daniel Filmus juró como ministro de Educación el domingo 25 de mayo. El lunes fue a la Casa Rosada. Le refrescó al presidente lo que tenían conversado, el eje de la reunión: el conflicto más grave azotaba a Entre Ríos. Las clases no habían empezado, se adeudaba un semestre a los maestros, que venían sosteniendo un paro de tres meses. Los sindicalistas habían pedido cooperación al ministro: querían levantar la huelga, cuya prolongación los agobiaba, pero jamás podrían volver a las aulas sin respuesta para sus compañeros.

—¿Cuánta plata es? —punto 2 de la bolilla 1 del manual del presidente, que le pregunta al alumno-ministro.

—80 millones.

—Los tenés.

Filmus abrió un paraguas: si se cerraba trato en Entre Ríos, otras provincias pedirían iguales condiciones.

—¿Cuánto es?

—240 millones.

—Los tenés.

–¿Hablo con Lavagna?

Ministro de otras gestiones, Filmus recelaba de un rechazo del titular de Economía: los que manejan la caja suelen ser avaros o previsores. Bolilla 1 de otras gestiones: Hacienda deshace o frena con frecuencia lo que el jefe del gobierno promete o decide. O finge decidir.

–No me conocés, el presidente soy yo.

Bolilla 1, punto 1.



Al día siguiente de asumir, 26 de mayo de 2003, en Paraná, junto al ministro de Educación Daniel Filmus, llevando soluciones exprés a domicilio, levantando el paro docente. Fotografía: Luis Cetraro.

El 27 de mayo viajaron a Entre Ríos. El gobernador radical, Sergio Montiel, iba de fracaso en fracaso.

El gobierno impuso un acta acuerdo estableciendo que entregaría los fondos y que la provincia debía afectarlos sólo a ese destino. Los docentes prometían paz social y clases durante ciento ochenta días. El acta se firmó en un teatro, abarrotado de gente. Kirchner y Filmus llegaron y se fueron caminando apretujados entre una marea humana. Montiel no pudo sumarse porque los ciudadanos le cerraron el paso, e incluso hubo quien lo agredió.

El dinero se remesó sin demora. La anécdota fue relatada decenas de veces por dirigentes o funcionarios kirchneristas, empezando por la propia Cristina. De tan tópica se volvió aburrida, redundante. Sobre todo porque el contexto se reformó.

La anécdota, primeriza, vale como postal del “primer Kirchner”. El presidente-bombero que lleva en persona, casi literalmente, la plata para apagar el incendio. En ese gesto y en la secuencia de medidas que condensa, se advierten decisión pura, asignación de recursos veloz, activismo.

“Estoy líquido”, se confortaba el presidente, queriendo significar que la liquidez lo hacía sólido. Importó desde Santa Cruz una impronta hiperquinética más centrada en el gobierno que en el Estado. El gobierno es (el) ejecutivo: inmediato, ágil, cercano, atento a la casuística. Así, cada decisión se personaliza mucho, tiene rostro.

El Estado nacional es inabordable, complejísimo, una estructura intercomunicada que exige coordinación trabajosa de tareas y un ritmo que, medido en necesidades políticas, puede entenderse como un lastre: lo que mejora en un sector, complica en otro, y nada es ciento por ciento positivo sino que está sujeto a ajustes y revisiones.

Los Estados provinciales o municipales son más accesibles a la comprensión, más cercanos (físicamente, *anche*) al ciudadano.

Lo cierto es que Kirchner desconfiaba de casi todo, y el Estado encabezaba el ránking de sus suspicacias. Los desempeños de los gobiernos que lo precedieron confirmaban las sospechas.

Entre 2003 y 2007 se produjeron pocas estatizaciones: las únicas importantes fueron el Correo Argentino y la empresa que proveía agua potable (ex Obras Sanitarias, privatizada y vendida al emporio francés Suez en los años noventa). En gran medida, los dueños de las concesiones “se las tiraron por la cabeza” al Estado en condiciones lamentables: eran ineficientes y se encontraban quebradas, al borde del colapso. Al gobierno no le quedaba alternativa, y tal vez por eso no se ufano por las medidas ni, menos aún, articuló un relato general que abriera espacio a la reincidencia.

La verdad 22 del peronismo, que tiene 20 oficiales, plasmadas en textos sagrados, más una parva de otras escritas en tinta limón, es que el poder crece si la decisión se toma por sorpresa.[\[67\]](#)

Néstor Kirchner supo corroborar esta aserción acabadamente. Una escena recurrente en palacio era que cualquier funcionario importante podía recibir un llamado: “¿Estás viendo televisión?”, era el interrogante impostado que abría el diálogo, ya que los inquilinos de la Casa Rosada y zonas de influencia vivían con una pantalla encendida o con un friso de todos los canales de noticias.

“Mirá lo que voy a anunciar ahora”: cualquier traducción es superflua en este caso, pero vale enfatizar que los integrantes del Gabinete ignoraban la medida que aspiraba a ser tapa de diarios al

día siguiente.

Kirchner peroraba con frecuencia en el Salón Blanco con un atril delante. Cifras en catarata, que cobraban sentido por el encuadramiento político explícito que las precedía, un plano primario de beneficiarios y de potenciales adversarios. Siempre transmitía lo esencial: parecía guiarlo la convicción de que hay buena oratoria política si se comprenden el qué, el cómo, el cuánto, y sobre todo quiénes son beneficiarios y quiénes perjudicados o antagonistas. La elocuencia era otro cantar: muy básica en el vocabulario y en los recursos oratorios con que daba forma a los argumentos.

Pagos de sueldos, aumentos, inauguración de caminos u hospitales, equipamientos: cada día una medida era la máxima con la que el gobierno primereaba, siempre.

“Cuando iba a salir de noche, mi viejo me preguntaba si tenía plata. Aunque le contestara que sí, me daba unos pesos y me decía: no son para que los gastes, tenelos por las dudas.” Las reservas del Banco Central se medían cada mañana, al servicio del consejo paterno.

Los pininos de la institucionalidad transitaron el “mundo del trabajo”: convenciones colectivas anuales tanto como las convocatorias al Consejo del Empleo y del Salario. La tendencia dominante hasta 2007 fue, empero, el decisionismo, el ejercicio del poder caso por caso, el recurso de la iniciativa, la centralidad del presidente en cada acción. Nunca tanto como en Entre Ríos, aunque conservando esa matriz.

La reforma del Estado fue paulatina, muy modesta desde el día uno. En lo esencial, respondió a propósitos focalizados, ligados a dos ejes irrenunciables de la gestión: recaudar impuestos y distribuir. Estas prioridades se tradujeron en procesos de informatización, crecimiento y capacitación del personal, pagos y cobranzas en fecha. Todas eran novedades exóticas para la Argentina.

La Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) y la Administración Nacional de la Seguridad Social (Anses) pegaron un salto de calidad, debido a su utilidad inmediata. La tarea se cumplió expeditivamente, aprovechando que son organismos con experticia acumulada y cierto grado de autonomía respecto de la administración pública en general.

Los adversarios hablaban despectivamente de estos entes, mentándolos como “la caja”, que pasó a ser un curioso estigma. Como si un Estado pudiera funcionar sin caja, sea cual fuere su proyecto económico.

Derrota política, fragilidad financiera... Nunca es placentero perder fuentes de ingreso, pero podía

ser fatídico durante la crisis económico-financiera de escala planetaria que estalló en 2008 en el “centro del mundo”, con su secuela de recesión. Si bajaba la recaudación impositiva, la amenaza de *default* cobraba cuerpo.

En la coyuntura, las retenciones móviles se concibieron como una solución simple, inmediata, indolora, una punción para sacar sangre de un dedo. Resultaron una operación de cirugía mayor, resistida por los pacientes. Desencadenaron una carnicería, una disputa política que pudo ser terminal. [68]

¿Cómo fortalecer en un santiamén las arcas del Estado? Reestatizar el sistema previsional era una parada brava. La empujaba la necesidad.

El menemismo lo había privatizado, desbaratando en ese proceso una de las conquistas del primer peronismo, una de las que le granjearon la fidelidad perdurable de los trabajadores. En los años noventa, se popularizaron las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP), ahijadas de grandes empresas, bancos y sindicatos. Se urdió así un cambio copernicano, maquinado en clave de capitalizar a esas empresas o a los bancos.

El beneficiario podía optar entre jubilarse en el sistema público o en el privado. El indisimulado apoyo estatal y las mutaciones en la mentalidad de los trabajadores inclinaban la pendiente a favor de la segunda opción. El sistema era tentador para los trabajadores más jóvenes. Para quienes estaban cerca de jubilarse resultaba más práctico permanecer en el sistema de reparto, que se quedó con pocos aportantes y todos los jubilados. Las AFJP absorbieron a los aportantes más jóvenes, sin necesidad de pagar jubilaciones por largo tiempo. Papita p’al loro, dicho en términos técnicos.

El Estado benefactor, simplificando al extremo, compensaba las diferencias de ingresos por la vía de solidaridades intergeneracionales: los trabajadores activos aportan para que se les pague hoy a los jubilados. Mañana será su turno; de ahí que el sistema contributivo se apode también “solidario”.

En los noventa avanzaba el espíritu neoliberal no sólo en las élites. Debilitados la conciencia de clase o los ideales colectivos, se inducía al empleado a pensar como inversionista: “Lo que me descuentan es mi plata. Un banco o financiera me la administra y se ocupa de hacerla crecer, para que pueda contar con un capital cuando llegue el otoño”.

De la matriz contributiva-ciudadana se pasaba a la idea del individuo aislado que se salvaría solo. La clase trabajadora se reconvertía en un consorcio invertebrado de pequeños ahorristas.

Entre 2003 y 2008, el gobierno había aumentado once veces las jubilaciones y ampliado la cantidad de beneficiarios, reducida a su mínimo histórico en alrededor de medio siglo. Adoptó medidas paliativas para fortificar el sistema estatal, sin alterar lo básico.

El cálculo del valor adquisitivo de las subas debe tomar en cuenta la inflación. La pérdida de seriedad de los índices del Indec a partir de 2006 dificulta esa labor. El economista Matías Kulfas

aporta a este libro, con buenísima onda y saber, una propuesta estimativa. Calcula el aumento de precios al consumidor utilizando los índices del Indec hasta el año 2006 inclusive. Para 2007 recurre a la estimación de la consultora CIFRA-CTA, basada en cálculos a partir de institutos de estadísticas provinciales. El valor real del aumento de la jubilación mínima durante la presidencia de Kirchner, descontando el efecto inflacionario, fue del 136%.

Kirchner había tomado una sola determinación potente contra la plenipotencia financiera de las AFJP, recién en el *sprint* final del mandato. A sugerencia del ministro de Economía, Miguel Peirano, ordenó repatriar los fondos de esas empresas, que los remesaban a terceros países, sustrayéndolos a la actividad económica local. Las resistencias no se hicieron esperar, a tal punto que las comparaciones con Cuba proliferaban como los mosquitos en un verano húmedo.

Kirchner había meditado mucho la decisión, no tan preocupado por objeciones desde afuera como por la sustentabilidad de los resultados. “El suizo es conservador –semejanteaba un compañero suyo de toda la vida, también del gobierno–, no le gustan los quilombos”. Agregaba, socarrón: “Salvo los que arma él”.

La crisis mundial apremiaba: sonaba la hora de armar quilombo. Se resolvió la eutanasia de las AFJP y la reestatización del sistema en su conjunto. La premura era financiera y lógicamente coyuntural, pero el salto cualitativo se expandía a la protección social y significaba un cambio de envergadura difícil de exagerar.

El “qué” y el “cuándo” los imponía el tablero, nativo e internacional. Restaba el “cómo”, de contornos todavía difusos. Cristina Kirchner le atribuyó al entonces titular de la Anses, Amado Boudou, haber descifrado el enigma. Lo contó en 2011, cuando anunció que la acompañaría en la fórmula presidencial.[\[69\]](#)

En el Congreso, los opositores más acendrados se empeñaron en que el paquete con dos finalidades era una falsía: sólo importaba la caja. Con miopía colosal, los radicales se colocaron en la vereda de enfrente. El PRO del actual presidente Mauricio Macri votó en contra. El socialismo y un abanico de legisladores de centro izquierda acompañaron al gobierno, posibilitando una mayoría holgada y pluripartidista: en Diputados, hubo 165 votos afirmativos contra 75 negativos y 2 abstenciones, mientras que en el Senado hubo 46 a favor y 18 en contra.

Una característica recurrente, gozosa para Kirchner, signaba muchas de las pugnas que instaba, y

esta no era la excepción. El principal enemigo de la reforma era impresentable y malquerido. Las AFJP carecían de apoyos sociales o masivos: salían del riñón de la gran banca, que se había granjeado todos los odios cuando la crisis de 2001 esclareció conciencias.

Para colmo, se sabía que abusaban en las comisiones y en cobranzas de servicios improbables o directamente inexistentes, y que destinaban sumas siderales a la publicidad: los diarios de mayor tirada las defendieron con ahínco, que sería ideológico para *La Nación*. *Clarín*, tal vez, se movió mayormente custodiando a quienes aportaban para su pauta publicitaria.

Excede los márgenes de este libro y, temo, los saberes de su autor el abordaje preciso de cuánto y cómo se fondeó el Estado. Lo cierto es que ganó solvencia, al ritmo en que la Anses copaba funciones que en Brasil competen al Banco de Desarrollo (BNDES), un gigantesco banco público de fomento destinado a financiar actividades productivas. En décadas anteriores, el Banco Nacional de Desarrollo (Banade) cumplía esa función estatal, que la banca privada no puede sustituir plenamente. [70] Reconstruir ese antecedente en medio de la mayor crisis del capitalismo desde 1930 era, quizás, imposible. Se armó un sustituto muy imperfecto, “atado con alambre” pero accesible: con todas estas prevenciones, hay que decir que funcionó dentro de lo posible.

El Estado captó las cargas sociales, los aportes de los trabajadores activos, acciones de grandes empresas. Se sumaron funcionarios al directorio de corporaciones de primer nivel, con la correlativa furia de sus titulares, que habían convivido sin chistar con las AFJP.

Derivo a quien desee un abordaje claro, fundado y legible de la magnitud de la reforma jubilatoria a un excelente trabajo de CIFRA. [71] Resucitó el ABC del Estado benefactor. Los impuestos y las cargas se redistribuyeron favoreciendo a los menos ricos o a los que merecen tutela y no trabajan: los chicos, las personas enfermas, los desempleados, los jubilados.

El Estado debía recobrar los fondos y articular un régimen que diera cuenta de una nueva estratificación: muchas personas en edad, condición y derecho de retirarse sin aportes suficientes. O sin ninguno, para incomprensible escándalo de unos cuantos.

No por vagancia, ni siquiera por haber padecido desempleo. La informalidad, la mala fe patronal traducida en evasión, las quiebras de las empresas explicaban la precariedad previsional de tantos. La masa de desocupados se había acrecentado, tanto como la de quienes habían trabajado toda su vida sin sumar los aportes.

La estatización de las jubilaciones repintó una vieja postal del peronismo: la recuperación del sistema fue “el piso de parque” de un amplio sistema de cobertura social que protege a la casi totalidad de los argentinos.

Las amas de casa forman parte de ese colectivo, aunque (porque) dedicaron su vida al sostén familiar en la “doble jornada” que hicieron visible las feministas. En 2006 se reconoció el derecho a

las empleadas domésticas, desvalidas por desatención legal y poco interés de sus empleadores. El “régimen simplificado” amplió la protección para ellas, que hasta entonces eran tratadas como parias. Las moratorias para personas que no tenían los años de aportes necesarios completaron el universo. La primera se produjo durante la presidencia de Kirchner, en 2005, la segunda en el último mandato de Cristina, en 2014.

Los repudios al paradigma solidario brotan de un arco que trasciende largamente a la derecha patronal, y que echa raíces en una concepción de larga data, muy enlazada con la “cultura del trabajo”: “el que labura se jubila y el que no, alpiste”.

El progreso es formidable, aunque no entre en muchas cabezas. La claridad de los requisitos limita la centralidad del gobernante, y el objetivo trasciende el electoralismo inmediato. Las empleadas de casas particulares (así prefirió nombrarlas la legislación kirchnerista) son, en proporción avasallante, inmigrantes de países hermanos y vecinos: bolivianas y paraguayas especialmente, cualquier observador lo sabe. No votan en elecciones nacionales aunque sí lo harán sus hijas o hijos nacidos acá. Las personas de más de 70 años están exentas de la obligación del sufragio, votan en proporción menor a la media.

La legalización de un coeficiente de actualización automática en cada semestre pone coto al decisionismo gubernamental, por el simple hecho de que sale por puro cálculo, “de oficio”, en la fecha prefijada.

El método (cuya fórmula de varios factores es sólo comprensible para los iniciados o para Adrián Paenza) expresa el pasaje de la imagen que evocamos al comienzo –la del presidente que lleva en mano las soluciones y la plata– al Estado regulador, previsible, cuyas acciones se autonomizan del promotor.

La Asignación Universal por Hijo (AUH) fue estatuida por Cristina Kirchner en su primer mandato, apelando a un decreto de necesidad y urgencia (DNU), que el Congreso transformó en ley a poco andar.

Se puso en práctica en octubre de 2009, a cuatro meses de una mala performance electoral, que fue derrota tremenda en la provincia de Buenos Aires. La necesidad política incubó una nueva institución social que, como ya dijimos, estaba en lista de espera.

La nueva Anses era condición necesaria para responder aquella pregunta de muchos millones que planteaba Kirchner: “¿De dónde saco la plata, eh?”.[\[72\]](#) Proveía fondos y estructura pública eficiente y accesible.

Rodrigo Zarazaga, sociólogo y sacerdote jesuita, es autor de uno de los mejores abordajes sobre la AUH. La conoce por partida doble: como académico y como cura que recorre barrios populares y humildes. Explica que “es una de las medidas de protección más importante de las últimas décadas. En ciento veinte entrevistas con punteros –informa– no encontramos ninguna evidencia de uso clientelar de la AUH”.

Añado que la arbitrariedad o discrecionalidad de punteros, intendentes, gobernadores o funcionarios se minimiza al extremo. Lleva siete años cuando se escribe este libro, y las denuncias por irregularidades son irrisorias en cantidad.

Zarazaga entiende que la Anses es el organismo adecuado para todo el trayecto del programa. Es

imparcial, ágil –subraya–, y tiene oficinas en todo el país. [73]

Sin meterme de lleno en el debate sobre la universalidad plena de la AUH, me valgo de la expresión “cuasi universal”. Es un derecho disponible para quienes reúnan un conjunto de requisitos objetivos, sencillos de acreditar y corroborar.

En cuanto al grado de cobertura, hay que decir que en programas de transferencias de ingresos para millones de personas es más grave “el error de exclusión” (que queden afuera los que merecen percibirlo) que el “de inclusión” (que se inscriba alguien que no correspondería). En el segundo caso hay un costo fiscal y a veces mala fe del administrado. En el primero hay desamparo e injusticia social, de ahí la diferente valoración.

Son contadas las personas pobres que encuentran intersticios para hacerse de dos ingresos formalmente incompatibles. Así y todo, vecinos de derechas, académicos, hasta miembros de ONG señalan con el dedo a la mamá de barrio que encontró un atajo. Como regla, sabiendo lo que hacen con la plata, creo que merecen más un monumento que un sumario.

Lejos de verse acotada por un cupo o un máximo, la AUH está abierta a todos los que la necesiten, lo que constituye otra de sus virtudes. Desde el inicio se mantiene una cifra estable de chicos beneficiarios, alrededor de 3.600.000, que corresponden a aproximadamente 1.800.000 grupos familiares. La media es de dos pibes o pibas, el grupo familiar tipo: es decir, un mentís a los ruines que “denuncian” que las mujeres se embarazan para cobrar.

La actualización semestral por coeficiente, un imperativo de transparencia y previsibilidad, se agregó en 2015, un poco tarde aunque siempre positivo.

La AUH se legisló como un capítulo de las Asignaciones Familiares que cobran los formalizados, lo que lubrica el pasaje de un sistema a otro si la jefa o el jefe de familia mejoran su posición laboral. Disminuyó la pobreza y la indigencia. Por añadidura, mejoró la asistencia a las escuelas, lo que fue un modo de crear una idea de derechos en la cabeza de los menores. Son, por tanto, millones de razones a favor.

Perfectible, desde luego, la AUH abrió la puerta al Progresar, un programa focalizado, posterior a la muerte de Néstor Kirchner.

Existen divergencias metodológicas sobre el impacto cuantificable de la AUH. La Anses calculó que en los primeros tiempos de vigencia la pobreza se redujo 4,2 puntos porcentuales (del 13,9 al 9,7%) y la indigencia mermó 2,1 puntos porcentuales (del 4 al 1,9%).

Claro que la disminución de esas variables pudo obedecer en parte a otras concausas. Las cifras desagregadas podrían ser un poco menores. Sin duda, fue significativa la reducción de la pobreza y la indigencia. Hoy, de hecho, nadie discute el efecto virtuoso y redistributivo de los programas de transferencias de ingresos.

Las lecturas no numéricas o impresionistas nutren la apreciación. Un informe cualitativo del Ministerio de Educación recogió testimonios de docentes, familias y alumnos. Fue reseñado en una nota de tapa de *Página/12*. [74] Se recomienda su lectura íntegra.

Para gentes de medianos o elevados ingresos, la mensualidad de la AUH puede parecer modesta o minúscula, y llevarlos a subestimar la capacidad de las jefas o jefes de hogar para sacarle el jugo a un pago regular, puntual, que acumulan en su patrimonio. Un pibe de barrio, de 11 años, apodado

“Chino”, repasó ante un investigador que lo entrevistó qué se fue sumando al acervo de la casa: primero, “lápices, útiles escolares, esas cosas”; tras cartón, “zapatillas, plata para viajar en colectivo”. El informe recoge que le brillaron los ojos cuando acotó “y una cama de dos pisos” que faltaba en el ajuar hogareño.

Las familias se habituaron a las salidas a espectáculos públicos, que si bien en su mayoría siempre fueron gratuitos, resultaban inaccesibles “antes”, cuando no podían costearse los viáticos. La comensalidad familiar se amplió, tanto como el menú: una alumna del Melchor Romero celebraba que “ahora comemos pollo al horno, más seguido asado... invitamos gente a la casa a comer, más a los chicos de la iglesia a comer pizza”. Los “fiscales” despiadados que escrutan a los humildes desde una atalaya peyorativa y miserabilista minimizarán esos logros. Por eso ni añadimos a los que festejaban poder consumir en casa milanesas con puré, después de años de abstinencia.

La expresión “treinta años gloriosos” describe el período más floreciente del capitalismo de Europa y Estados Unidos, el transcurrido entre 1945 y 1975. Crecimiento jamás visto después, presencia imponente del Estado, centralidad de la “cuestión social”, auge del sindicalismo, avances tecnológicos, *boom* de la sociedad de consumo. El Estado de Bienestar hizo honor a su nombre.

La Argentina, con todas sus especificidades, atravesó un período similar. Hasta podemos situarlo, con alguna licencia, entre 1945 y 1975. Como hablamos de procesos, recurrimos a una estilización en aras de ganar claridad. Extremando, podríamos amojonar el 17 de octubre en una punta y el Rodrigazo del tercer gobierno peronista en el otro extremo, en junio de 1975.[\[75\]](#)

Si optamos por agregar otros indicadores y retocar las fechas icónicas, podemos datar el comienzo de los treinta años gloriosos argentinos en 1946, cuando Perón accedió a la presidencia en elecciones limpias. Esto es, cuando se conjugó un proyecto social igualitario con la vigencia del sistema democrático.

Y clavar como triste final el 24 de marzo de 1976, cuando se dinamitaron las instituciones y se derruyeron los pilares de una comunidad participativa e igualitaria.

Fue un período caracterizado, en pinceladas gruesas, por el pleno empleo, la jubilación expandida, sueldos aceptables para la mayoría de los trabajadores, cobertura en salud...

El sistema empezó a hacer agua con los cambios en los modos de producción, la suba del petróleo en los setenta, la mayor longevidad de la población, que volvía menos sustentable el sistema jubilatorio.

En el siglo XXI, la Argentina era otra. La estabilidad, con corcoveos, del sistema político no había bastado para recuperar estándares de vida del pasado. Y muchas de las conquistas sociales de nuestra versión del Estado de Bienestar se vieron menguadas, cuando no arrasadas, por la dictadura y las “reformas estructurales” del neoconservadurismo.

Emilia Roca, Laura Golbert y María Estela Lanari describen así ese escenario:

Las políticas económicas provocaron altos niveles de desempleo, desregularon los mercados con una apertura irrestricta, incentivaron la precariedad laboral e impulsaron una dramática reducción de salarios. [...] Muchos sectores de la clase media se

convirtieron en nuevos pobres, que en su mayoría no tenían acceso a un empleo registrado y sólo contaban con un trabajo precario de bajos ingresos.[\[76\]](#)

El derrumbe empujó aún más abajo a otros argentinos. Cayeron en picada los indicadores de empleo, la afiliación sindical, la proporción de jubilados, la distribución del PBI entre capital y trabajo, y cualquier otra vara de medida que se escoja.

Se minimizó el número de arquetípicos laburantes que cobraban “con sobre”, “en blanco”.

Por el contrario, los indicadores laborales y sociales se proyectaron hacia arriba durante los gobiernos kirchneristas. El rebote en el mandato de Kirchner resultó espectacular, en parte porque se había caído muy hondo y en parte porque crecer a toda máquina fue el objetivo primordial.

Al comienzo, la recuperación económica facilitó pensar que “todo” sería como antes. Se reabrían establecimientos, se usaba la capacidad instalada ociosa, se recontrataban desocupados. Podía imaginarse una estructura fabril, con alta tasa de ocupación. Era válido y hasta deseable suponer que ser asalariado daría con qué vivir decorosamente. Esas premisas dominaron la presidencia de Kirchner. Las políticas sociales eran secundarias o, mejor, accesorias. Kirchner fue, como casi todos los dirigentes nacional-populares, una suerte de productivista-desarrollista. Se entusiasmó con llegar a ese horizonte, que se probó ilusorio.

A medida que se creaban empresas y millones de puestos de trabajo, se hizo palpable que la estructura social, también en el Purgatorio, era más variopinta, más desigual al interior de la clase trabajadora. El gran acierto, que se profundizó en las presidencias de Cristina, fue reconocer que el pasado era irrepetible y descifrar el tránsito al cambio. Entusiasmarse con medidas que se habían desechado antes, adoptar mecanismos novedosos, aunque no inventados acá; en buena medida, experimentar. Los estadistas no son adivinos ni la pegan siempre; más bien, actúan por ensayo y error. *Aggiornarse*, cambiar de instrumentos sin resignar los objetivos esenciales, es más interesante que el ejercicio subjetivo o psicoanalítico de la autocrítica.

El salto de calidad del primer mandato de Cristina fue reactivo a fenómenos de distinta escala: a la crisis mundial, a su impacto local, a las complicaciones financieras. Y a la tarjeta amarilla que le sacó una parte relevante de la sociedad (alineada con el campo) y el padrón electoral.

El contexto ameritaba respuestas, contundentes y perdurables: más Estado y más instituciones. Un Estado con más facultades y patrimonio material, lo que atañe a la reestatización de Aerolíneas Argentinas (y de YPF, cuando Kirchner ya había partido) tanto como a la liquidez y el poder sumados con la renacionalización de los fondos jubilatorios.

El Estado intervencionista y las renacionalizaciones de 2008 en adelante se adecuaron a la coyuntura. ¿Estaban en la carta de navegación, supongamos, en 2003? No. Ni tenían por qué estar: el futuro es abierto e indescifrable en gran medida.

El periodista y ensayista José Natanson describió a Kirchner y el arte de gobernar:

Fue un hombre de gestión y, sobre todo, un creador de órdenes y sistemas —en la economía, en el gobierno, en el peronismo— que luego administraba con cotidiana dedicación y esmero. Con la experiencia de haber sido intendente y gobernador, Kirchner fue un presidente de gestión, que se interesaba por los temas más diversos y estaba en todo, en mucha mayor medida que Menem o Alfonsín, los otros líderes que desde 1983 marcaron época.[\[77\]](#)

Otro sistema económico global, otros desafíos, otro orden. Se puede ser (someramente) más optimista que Natanson. Un gobierno en serio sostiene un rumbo, un haz de lo que antes se denominaban “ideas fuerza” y coloquialmente podríamos nombrar como “ideas fijas”. Un proyecto perdurable se va esculpiendo a medida que se reinventan y ajustan los medios utilizados.

La nacionalización de las jubilaciones y la AUH, aunadas a las políticas laborales, cimentaron un conjunto de prestaciones sociales que acompañarán a los argentinos desde la cuna (o desde antes de nacer) hasta su último día. Se trata de un sistema más sofisticado y barroco que el del querible Estado benefactor y, ay, seguramente menos generoso en la cuenta final. Flamea alto en el cotejo con el comienzo de siglo entre nosotros y con países latinoamericanos. El trabajo estable y digno es el pilar de la economía y de la sociedad, las políticas sociales se vertebran en su derredor.

Es común consignar que quedan “asignaturas pendientes”. La expresión tan socorrida no es satisfactoria porque parece presuponer un saber establecido y de autoridad inapelable, una currícula escrita que no necesita correcciones ni, mucho menos, repensarse. No hay tal, queda dicho.

El umbral de derechos plasmado entre 2003 y 2015 requiere perfeccionamiento, mejoras y ampliaciones. Pero lo que creció y se expandió en ese lapso sólo puede compararse con el primer peronismo, el que fijó las sólidas bases de los treinta años gloriosos.

---

[67] Las “20 verdades” forman parte del santoral peronista. La 21 y la 22 son obra del politólogo sueco, que describe con sorna y sabiduría parte de la praxis justicialista. La verdad 21 es “El que pierde es un traidor”.

[68] Véase el capítulo 14.

[69] Relato pormenorizado de Cristina Fernández de Kirchner a Sandra Russo, ob. cit., p. 298 y ss.

[70] El Banade fue creado en 1970 por el entonces ministro de Economía Aldo Ferrer. Sucesor del Banco Industrial, que funcionaba desde 1944, fue liquidado en los noventa. Sólo quedó el BICE, que es un banco muy pequeño. El relanzamiento del Banade, una potente entidad estatal de fomento, fue una iniciativa que tentó a Kirchner pero que jamás se puso en práctica.

[71] Fernando Porta, *Situación de la industria: desafíos en un mundo en crisis*, Documento de Debate, FeTIA-CTA/CEFS, Buenos Aires, 2014.

[72] Remito al lector al capítulo 15.

[73] Rodrigo Zarazaga, “Política y necesidad en programas de transferencias condicionadas”, en Carlos Acuña (comp.), *El Estado en acción. Fortalezas y debilidades de las políticas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 71 y ss.

[74] El informe, publicado en noviembre de 2011, se titula “Análisis y evaluación de los aspectos educativos de la Asignación Universal por Hijo (AUH)”. Lo confeccionaron docentes y alumnos de seis universidades públicas. La nota mencionada es “Los cambios en la escuela, en la mesa y en el trabajo” (*Página/12*, 17 de octubre de 2011).

[75] Recordemos que Celestino Rodrigo, el ministro de Economía por entonces, dispuso un ajuste que duplicó los precios y provocó una crisis en el gobierno de Isabel Perón. Como consecuencia de una devaluación brutal, la tasa de inflación llegó hasta el 777% anual y los precios nominales subieron en 183% al finalizar 1975. Se produjo desabastecimiento de gran cantidad de alimentos y combustibles. Muy buen abordaje político y económico de Néstor Restivo y Raúl Dellatorre en *El Rodrigazo. El lado oscuro del ajuste que cambió la Argentina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.

[76] Emilia Roca, Laura Golbert y María Estela Lanari, *¿Piso o sistema integrado de protección social? Una mirada desde la experiencia laboral argentina*, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, septiembre de 2012, p. 15.

[77] José Natanson, “En el borde”, *Página/12*, 31 de octubre de 2010.

# 18. ¡Es más que la economía, estúpido!

## De cómo Kirchner militó la Ley de Matrimonio Igualitario

Perder una batalla es nocivo. Peor es que la derrota se proyecte a nuevos combates. Oprobioso que los adversarios te lo festejen en la cara y celebren en las calles. Tremendo que sean muchos y en número creciente. La difusión por tvé es un daño perdurable y doloroso.

**Clausew-Tsu-Eco-Zun, teniente general y comunicólogo albanés**

La frase del epígrafe es apócrifa, tanto como su autor, un mejunje de Clausewitz, Sun Tzu y Umberto Eco. El engendro lo inventó mi amigo, el politólogo sueco, en un informe al decano en el que evaluaba el resultado del conflicto con “el campo”. Comparto la lectura histórica. Me divierte la crítica burlona al uso de citas de maestros del arte de la guerra (del pasado remoto, para colmo) para hablar de política contemporánea. Dan lustre pero menosprecian facetas de la sociedad democrática de masas, la mediática entre tantas.

El aprendizaje del kirchnerismo tras esa debacle fue monumental, incitado por la urgencia política. El aumento de las capacidades estatales y de consolidación de instituciones que emprendió a partir de entonces refleja qué bien elaboró la derrota. Las reformas económico-sociales estipuladas por ley explican una segunda etapa del proyecto: achican el protagonismo cotidiano del gobierno pero (porque) ahondan raíces y apuestan al futuro, a los efectos del largo plazo.

Las ampliaciones (o reconocimientos) de derechos humanos y civiles completan el proyecto del Estado de Bienestar. El bienestar es inconcebible si no se basa en el ideal igualitario. La protección comprende (en doble acepción: abarca e interpreta) a las personas marginadas o relegadas por las sociedades capitalistas e individualistas. El neoconservadurismo no se constriñe a un modelo económico: es una cosmovisión y un modelo de sociedad.

Reparar la herencia neoconservadora iba más allá de la esfera económica. Kirchner lo entendía, predicaba e instrumentaba: fue un hombre de Estado y un ideólogo, aspectos tal vez velados por su estilo político y los límites de su elocuencia.

Las ampliaciones de derechos son un capítulo esencial del “modelo” o proyecto nacional-popular del siglo XXI. La Ley de Matrimonio Igualitario resultó una nave insignia, entre un piélago de medidas.

El nombre mismo que recibió la ley se escogió en el marco de la polémica pública, en lugar del de matrimonio gay, por ejemplo. La denominación trasmite que lo fundante es la igualdad, no la mención a la minoría estrictamente concernida.

Néstor Kirchner llegó al Congreso por necesidad táctica. Las elecciones parlamentarias de 2009 venían mal paridas, el ex presidente se expuso como cabeza en la lista de diputados por la provincia de Buenos Aires para intentar revertir la perspectiva de derrota. Falló, y para colmo la labor parlamentaria no era su *métier*.

Su mandato comenzó el 10 de diciembre de 2009; la muerte lo acortó a menos de un año. Kirchner votó como diputado en una sola ocasión. Genio y figura, no escogió cualquiera ni se conformó con levantar la mano. Militó y construyó mayoría parlamentaria para la ley que equiparó los derechos de las parejas del mismo sexo con los de las parejas heterosexuales, un avance de peso, tanto que incluso superaba demandas de ciertos actores moderados de la comunidad gay-lésbica.

La Comunidad Homosexual Argentina (CHA) y la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (FALGBT) son las dos organizaciones del colectivo que venía luchando por la igualdad jurídica. Ambas fueron y son minorías intensas y conscientes, activas.

Ambas también, celosxs custodixs de sus derechos, víctimas de discriminaciones, que clamaban por ser reconocidxs, en lo simbólico y en asuntos muy concretos de la vida cotidiana, tales como poder inscribirse como pareja en las obras sociales, ser sujeto de derechos patrimoniales-hereditarios, adoptar, conformar uniones civiles para garantizarse parte de los derechos de un matrimonio. No reclamaban algo exótico, sino apenas aspiraciones y anhelos de cualquier familia, necesidades de todas las personas iguales ante la ley en la letra y el espíritu de la Constitución, pero no en la calle y en el devenir diario.

La democratización de las costumbres desde la restauración de la democracia es un proceso laborioso, acumulativo, formidable, y a menudo no registrado en toda su dimensión. Lo sostuvieron el correr de los años, la apertura a la libertad de expresión, la visibilización de conflictos y minorías. Quizá sólo los que tienen muchos años puedan calibrar cuánto se ha avanzado en tolerancia, pluralismo, lucha contra estigmatizaciones. Las carencias, la discriminación, los maltratos no tocan a su fin pero quienes los combaten ganan espacio y toman la palabra. De ahí a la consagración legal media un trecho extenso y escarpado.

La condición de minoría es matemática, etimológicamente, pero lo que la define sociológicamente es el poder y no el número. Las mujeres son más que los hombres según los censos de población, y sin embargo no acceden a la plena igualdad de derechos. Otros ejemplos muy sencillos de aprehender son el de los indígenas en Bolivia antes del advenimiento de Evo Morales o el de los negros en la Sudáfrica del *apartheid*.

Las minorías definidas por su orientación o identidad sexual han sabido agruparse, reivindicar su condición y sus derechos.

Saben que el primer paso es salir del clóset, y el segundo, manifestarse.

La militancia y las vanguardias dan los primeros pasos, como es esperable. Su lucha cambia de pantalla cuando consiguen interesar a personas en principio indiferentes, neutrales, distraídas, temerosas, distantes, prejuiciosas. Con el tiempo, se gradúan como especialistas en persuadir, en adecuar sus formatos y palabras a auditorios profanos. Ejercitan la paciencia, batallan ante los poderes del Estado, superan reveses, se levantan y vuelven a andar.

La constancia y la creatividad de la militancia decantaron en avances, que pueden considerarse parciales pero constituyeron logros y fortalezas; entre ellos, la Unión Civil en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, un proyecto de ley presentado por la CHA y aprobado en diciembre de 2002, y casamientos obtenidos mediante recursos de amparo atendidos por juezas o jueces progresistas.

Corría el año 2010. La Corte Suprema de Justicia tenía pendiente de estudio una demanda por inconstitucionalidad contra la prohibición de contraer matrimonio entre personas del mismo sexo. La dejó en “pausa”, esperando que el Congreso resolviera. La inclinación de los jueces supremos era conceder la inconstitucionalidad, que sólo vale para el caso concreto, aunque abre la puerta a otros reclamos. Pero, en el derecho argentino, una sentencia jamás equivale a una ley ni la suple ni la deroga. Legislar es atribución del Congreso, donde están representados el pueblo y las provincias.

Antes de 2010 nunca se había pensado que hubiera plafón para una ley de matrimonio igualitario: sin duda no lucía propicio el momento político, con el gobierno herido por la crisis con el campo en 2008, y perdidoso y reducido en número en las dos cámaras por las elecciones de 2009. Parecía desaconsejable ir a perder, suponían los más afines. “Vale la pena instalar la discusión, plantar la bandera y, así sea en minoría, hacer un debate testimonial”, discurrían aliados ligeramente más optimistas.

La tradición parlamentaria en asuntos de esa naturaleza (“cuestiones de conciencia”) no fuerza la disciplina del bloque. Se permite el voto individual en función de las convicciones personales. El principio, justificado, no impide que los partidos se inclinen por una de las posiciones en disputa aunque admitan la disidencia interna.

En un régimen democrático estable, se acumulan proyectos de ley sobre “casi todo”, que abarcan las causas más meritorias. Los promueven legisladores o legisladoras con convicciones arraigadas y conocimiento del paño, que representan demandas sectoriales a sabiendas de que transformarlas en conquistas es un intrínquilis que mayormente sólo puede resolver un oficialismo con peso propio y decisión.

La diputada Vilma Ibarra (Nuevo Encuentro) es la autora del proyecto que se llevó al recinto y que contaba con antecedentes valiosos. La propia Ibarra había hecho un intento similar en 2007, sin éxito.

La redacción era simple y sutil al mismo tiempo. Sin ditirambos, modificaba un solo artículo del Código, el de matrimonio civil, al que se le agregó un párrafo: “El matrimonio tendrá los mismos requisitos y efectos, con independencia de que los contrayentes sean del mismo o de diferente sexo”. Y listo. Lo bueno, si breve...

La sobriedad fue incluso mayor respecto del derecho a adoptar. La redacción anterior bastaba, ennoblecida por la novedad: “Nadie puede ser adoptado por más de una persona simultáneamente, salvo que los adoptantes sean cónyuges”. Lo bueno, si intacto, dos veces bueno.

El apoyo del oficialismo fue una jugada inesperada, en la que Kirchner escondió bastante su propio rol, manejando la sorpresa a su gusto. En la propia bancada, al principio sólo unos pocos estaban al tanto, entre ellos la bravía bonaerense Juliana Di Tullio, promotora fervorosa de la ley.

Otros compañeros o compañeras venían desprevenidos. La vicepresidenta segunda de la cámara, Patricia Fadel, figura importante del bloque, es católica preconciiliar, intratable: batallaba por el “no”.

Llegó exultante a una reunión con Kirchner, Aníbal Fernández y el diputado Juan José Álvarez (peronista itinerante). Anunció: “Tenemos los votos para ganarles”. En paliques así, se usan sinónimos más rotundos que “ganarles”. Álvarez, que pensaba como ella pero contaba con más olfato o data, le advirtió que, si no sabía cómo votaba Kirchner, no podía estar para nada segura. Se desayunaría pronto.

Kirchner se reunió con referentes de la comunidad gay, se comprometió a trabajar por la aprobación y les dejó un consejo-mandato de su hechura: “Milítenlo”. Predicó con el ejemplo militando él mismo. Y cómo, y cuánto. Consultó al presidente del bloque, Agustín Rossi, cómo venían los apoyos.

—¿Cómo estamos? —sondeó.

Rossi explicó que el único espacio para trabajar era el propio: los opositores fijarían su posición sin interferencias. Según sus cálculos, ganarían por un margen ajustado.

—Es poco —estimó el flamante diputado, a quien siempre le parecía estar corto de recursos.

Se convocó al bloque: Rossi les transmitió que Cristina Kirchner quería la aprobación de la ley y que él mismo la votaría. El diputado Néstor sumó su voz:

—Es una cuestión de conciencia, cada uno sabrá qué hacer. Tengan en cuenta que la presidenta de la nación, el presidente del bloque y el de su partido [él mismo] están comprometidos con la ley.

Kirchner agotó las baterías del celular. Llamó, una por uno, a compañeras o compañeros de Diputados o del Senado reacios a la aprobación. Les explicó que se ponía en juego el poder del gobierno, su capacidad para seguir avanzando en otros aspectos, el propio proyecto político. Que no era una ley más, aislada o accesorio, sino una pieza de un conjunto. “Si tus convicciones no te permiten aprobarla, pensá si podés abstenerte o ausentarte” fue el mensaje común.

El anecdotario es entretenido, difícil de corroborar por motivos evidentes: uno de los interlocutores no vive, los otros son reservados.

Un senador compungido le pidió disculpas explicando que tenía una sobrina monja que jamás le volvería a hablar si votaba afirmativo. Kirchner, parece, lo dispensó.

La diputada fueguina Rosana Bertone, sobrina del cardenal Tarcisio Bertone, se escudó en su fe y en la influencia del tío. Kirchner, chimentan, fue menos piadoso en la respuesta. La increpó para que le diera al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Muchas y muchos persistieron en la negativa, hubo quien se abstuvo y hubo también, previsiblemente, mudanzas en el voto. El trabajo, puntilloso y tenaz, rindió frutos.

Daba la impresión de que el momento era inadecuado, más de lo común. Nacionalizar la Anses había conllevado una pulseada con el poder económico pero sin colocar en la vereda de enfrente a actores sociales numerosos ni a autoridades morales. La Asignación Universal por Hijo había devenido una religión sin ateos.

La consagración de derechos reivindicados por minorías progresistas funciona de modo muuuuy distinto. Desencadena la automática objeción furiosa de la jerarquía de la Iglesia católica, un factor de poder con capacidad para movilizar personas de diferentes clases sociales y edades.

Coloquial e impropriamente, se la nombra “la Iglesia” en una nación donde conviven muchos credos. La prerrogativa de la parte que se presenta como todo... es elocuente por demás.[\[78\]](#) Casi toda la corporación política le atribuye una influencia social superior a la que realmente tiene. Exorbitante en sus pretensiones, se afana por imponer sus reglas al conjunto de la sociedad. Fortunato Mallimaci, sociólogo y estudioso de las religiones, cristiano y republicano consecuente, demuestra con datos duros y un análisis agudo que la mayoría católica argentina no obedece al pie de la letra los consejos de los sacerdotes en su vida mundana.[\[79\]](#) Viven un “cuentapropismo” religioso, escogen su manera de creer... y de vivir.

Para la dirigencia política, el veto clerical es más fuerte que para las personas de a pie.

La objeción al matrimonio igualitario fue cerril, empecinada, como en España y en otras naciones. Se movilizaron chicas y chicos de escuelas religiosas, cantaron, repartieron estampitas. Tronaron

mensajes de adultos con sotana, menos dulces, en los medios de difusión. Por convicción, por oportunismo o por temor, encontraban eco en las dos cámaras.

En Diputados, el Frente para la Victoria votó dividido, acumulando 55 apoyos para la ley. Veintiocho votos provinieron de distintas expresiones de la llamada “centro izquierda”, que no siempre obra en consonancia con su designación. Esa vez sí: registró un pronunciamiento unánime. Los guarismos son indicativos: las minorías de coloratura progresista se comportan, a veces, con coherencia y sin fisuras. Enarbolan principios, son pioneras en proponer las leyes. Pero, sin el aval decidido de una fuerza mayoritaria nacional y popular, no consiguen meter el gol. Los radicales tendieron a oponerse con excepciones, de correligionarias especialmente. A la hora de apoyar ampliaciones de derechos, las mujeres se involucran, convencen y aportan más que los hombres en el Ágora, en la plaza y en los poderes del Estado.

El discurso más movilizador en la Cámara Baja lo pronunció un diputado socialista por la provincia de Buenos Aires, Ricardo Cuccovillo. Fue sencillo, derrochaba franqueza: “Tengo tres hijos: dos varones y una mujer. Uno de mis hijos varones es gay, un ser humano que yo considero que tiene igualdad de derechos y de sentimientos que el resto”. Poco conocido antes y después, concentró la atención por unos días. En reportajes posteriores contó que supo la verdad cuando su hijo tenía 19 o 20 años.

Sentí un poco de culpa por no haber abierto los ojos antes, porque el ser humano siempre manda señales. Quizá Marcos se hubiese aliviado de llevar una carga muy pesada, de tener que tapar cosas y de esconderse si hubiéramos hablado antes. El niño discriminado por judío o por negro es discriminado por la sociedad, pero va a su casa y tiene cariño, puede llorar y reflexionar con sus padres y sus hermanos. El hijo homosexual, en cambio, no siempre puede hacerlo, entonces todo lo que sufre lo tiene que llorar en el baño. Está peor en ese sentido.

Días después, la senadora Blanca Osuna (FPV) refirió que algunos de sus comprovincianos “habían optado” por dejar Entre Ríos y migrar a ciudades grandes para huir y esconderse de estigmatizaciones y desdenes. Les dedicó su voto.

La derecha propuso negociar el retroceso, en etapas. El inefable Mariano Grondona se conformó con que la unión no llevara (¿no profanara?) el nombre de matrimonio.

Las argumentaciones reaccionarias en el Congreso oscilaron entre un tono severo o admonitorio y el ridículo. La senadora sanluisense Liliana Negre de Alonso (aliada del ex presidente Adolfo

Rodríguez Saá y devota del Opus Dei) alertó en la previa contra el advenimiento de un mercado negro de esperma si se aprobaba la iniciativa. En el recinto dejó de lado la advertencia, gambeteando el papelón.

Hilda González de Duhalde, peronista federal bonaerense, invocó un justicialismo prehistórico postulando que los derechos civiles debían esperar su turno: hasta que se resolvieran los problemas económicos y sociales. Roberto Basualdo (sanjuanino del Frente Producción y Trabajo) aludió a los homosexuales como “esos que no pueden procrear”.

La diputada Cynthia Hotton, una evangelista que recorrió varias bancadas en distintos andariveles de derecha, aleccionó a sus colegas de las comisiones con un Power Point. Según ella, esclarecía sobre las diferencias insalvables entre los heterosexuales y el resto de los seres humanos, diferencias que habría que preservar y vedarían a los homosexuales acceder al matrimonio. Las diapositivas que compartió contenían citas de la Biblia.

La incidencia de “la Iglesia católica” permeó los debates. Nobleza obliga: hubo pastores de otros cultos que también aportaron su intolerancia y su rechazo al principio de laicismo del Estado democrático.

Impactó la cantidad de expositores (fuera cual fuese su postura) que dejaron constancia de su condición de católicos. Agregaron precisiones: practicante, no practicante pero casado por iglesia y con hijos bautizados. El contexto potencia el valor de la amplia victoria cultural lograda en el imaginario ciudadano mayoritario, tanto como el coraje de los cristianos de ley que contrariaron a los popes de la institución a la que pertenecen. El radical santacruceño Alfredo Martínez, antikirchnerista acérrimo, supo superar el resquemor de “quedar pegado al gobierno” y votó favorablemente el proyecto en general. Privilegió los valores, cuando cuestionó con firmeza las palabras inquisitoriales del cardenal Jorge Bergoglio, “mi pastor”. Bergoglio, antes de transfigurarse en el papa Francisco, era intolerante, intrusivo y despótico en materias mundanas.

Las barras metieron bulla, aplaudieron y abuchearon según los casos. No incurrieron en patoteadas similares a las que habían provocado, en otras sesiones, Juan Carlos Blumberg o los ruralistas de la Mesa de Enlace. Dictaron cátedra de cultura política y de capacidad de movilización. Supieron construir conciencia, ganar espacios, abrir la cabeza y los oídos de la sociedad civil. Mostraron temple para soportar los malos trances, las agresiones soeces o las murallas de silencio sin renunciar a sus propósitos, e ingenio para buscar o urdir las herramientas legales más adecuadas.

El discurso de Cuccovillo sorprendió y conmovió, fue una pieza única.

El cierre de la sesión en Diputados, a cargo de Agustín Rossi, renovó una costumbre. Rossi volvió a consagrarse como un gran orador; en mi subjetivísimo (pero no caprichoso) ránking, el tercero en el podio del kirchnerismo, después de Cristina y Néstor. Este lo había nombrado presidente del

bloque en 2005, sorprendiendo para variar: su “cursus honorum” (cuyo techo fue presidir el Concejo Deliberante en Rosario) podía hacer suponer que le faltaba rodaje, que no daba la talla. La intuición del presidente fue certera: dio con un legislador con liderazgo y convicciones.

A Rossi lo apodan “Chivo”. El mote le viene de muy chico, de cuando tenía 10 años y vivía en Vera, una localidad santafesina de diez mil almas por entonces. Un amigo lo llamó “cara de chivo” por su rostro anguloso, y la síntesis lo redujo a “Chivo”, no más. A primera vista, es un tipo contenido, parco, poco expresivo. No sonríe así como así. Un desprevenido o un desinformado podrían pensar que por eso lo llaman “Chivo”. Pero si se raspa apenas, bullen en él pasión y una calidez personal que supo hacer públicas.

Un jefe de bloque debe conducir, contener, armonizar, negociar y capacitarse. La agenda del Congreso es variada; quien pretenda proponer y lucirse al micrófono debe estudiar, prepararse de antemano e improvisar: dar cuenta del debate que acaba de escuchar. Rossi trabajó con denuedo y vocación: supo hacer vibrar a militantes y ciudadanos atentos.

Exhibió sus dotes en el tratamiento de la Ley de Matrimonio Igualitario. Protagonizó el momento más alto de la sesión al que le sumó síntesis, ideología y fuego.

Les decía recién a los compañeros que habría que haber terminado el debate después del discurso del señor diputado Cuccovillo porque, cuando más que un discurso hay un testimonio, las cosas se simplifican muchísimo. Pero tengo que decirle al diputado Cuccovillo que él tiene la suerte de poder decirlo. ¿Cuántos padres se niegan a reconocer que sus hijos son homosexuales? ¿Cómo ayudamos a esos padres? [...] Ahora todos sabemos de qué se trata y la verdad es que no se trata de algo tan alejado. Viven con nosotros. Son los hijos de nuestros amigos. Suben al ascensor con nosotros. Viven en la misma casa de departamentos. ¿Por qué discriminarlos? ¿Por qué no darles una mano? ¿Por qué no dar un ejemplo contundente y avanzar para adelante? No se puede cristalizar en situaciones de desigualdad cuando se tiene la potencialidad de ir para adelante. No hay que darles más vueltas a las cosas.

Adelantó “con alegría” su voto y, en ese momento notable, con la emoción y el orgullo a flor de piel, sonrió de oreja a oreja.

Los tableros electrónicos de las cámaras arrojaron el resultado imposible en los papeles. En Diputados 126 votos a favor, 110 en contra, 6 abstenciones. En el Senado, 33, 27 y 3 respectivamente.

El 60% de los senadores peronistas acompañó la propuesta: un milagro laico creado por la voluntad política, ya que quienes integraban esa mayoría jamás se hubieran pronunciado de no haber mediado Kirchner. Cualquiera que conozca de manera somera sus prejuicios e intolerancia, su rechazo entre atávico y visceral a las minorías de género, entenderá cuán decisivamente gravitó la militancia activa del ex presidente.

Kirchner no era un advenedizo en la defensa de los derechos civiles. Allá lejos y tiempo antes, en 2002, en una entrevista con el periodista Juan Castro había expresado que estaba de acuerdo en que las parejas gay pudieran adoptar. En 2003, fue el único candidato a la presidencia que se expidió en ese sentido, cuando la suerte todavía no estaba echada.

En esa ocasión dijo:

¿Una pareja gay por qué no va a poder adoptar a un chico? ¿Qué es lo que tiene una pareja heterosexual... a una pareja gay? [sic] ¿Cuál es la diferencia? Ninguna. Si hay cariño, hay amor, hay convivencia, yo, la verdad, no le veo ningún problema.

La periodista Mariana Carbajal, especialista reconocida en cuestiones de género, escribió, apreciando su legado: “Las mujeres tienen mucho que agradecerle a Néstor Kirchner (aunque algunas, o tal vez muchas, no lo sepan). Durante su gobierno se produjeron avances significativos que las beneficiaron directamente”.<sup>[80]</sup> Para abreviar la semblanza, destaquemos que designó dos juezas en la Corte Suprema, cuando jamás antes una mujer había accedido a semejante nombramiento en un gobierno democrático.<sup>[81]</sup> Dispuso que Nilda Garré encabezara el machista Ministerio de Defensa y fuera la interlocutora de la machista corporación militar. Cito a Carbajal:

Dio empuje al Programa de Salud Sexual y Procreación Responsable, la jubilación para amas de casa y empleadas domésticas que no habían hecho aportes o no les alcanzaban, su compromiso con los derechos humanos y el impulso a los juicios de lesa humanidad, que permitió a mujeres víctima de la violencia reclamar justicia, son algunas de las políticas en materia de género para destacar de su gestión. [...] La contracepción quirúrgica se convirtió en derecho a través de una ley sancionada por el Congreso en 2006. Durante la gestión de Kirchner se avanzó con la elaboración de una guía de atención integral de los abortos no punibles, que estableció el protocolo a seguir en esos casos. [...] En 2006 el gobierno convocó a Eva Giberti para dirigir el programa Las Víctimas contra las Violencias [...] para asistir a mujeres y niñas víctimas de distintos tipos de violencia, intrafamiliar y también sexual, con un abordaje novedoso, con brigadas móviles y equipos interdisciplinarios especializados que actúan en la emergencia.

La nómina es más extensa, el punteo alcanza para medir la dimensión del compromiso, del empuje, de la concepción del Estado de Bienestar, *aggiornado* al siglo XXI.

El kirchnerismo tomó desquite de la noche negra de las retenciones, conformando coaliciones amplias (como había sucedido con la reestatización del sistema jubilatorio o con la Ley de Servicios

de Comunicación Audiovisual, y como sobrevendría con la estatización de YPF), dio vuelta como un guante la frase del epígrafe.

El diseño de las alianzas varió en cada caso. En todos, se recogieron reclamos arraigados en la sociedad pero sin consensos políticos suficientes para imponerse en la agenda legislativa.

En todos, las barras de las cámaras lucieron colmadas, y se sintió el barullo en las calles. En ocasión del matrimonio igualitario, decenas o centenares de miles de personas alteraron su jornada para seguir la transmisión en vivo: para enojarse o para alegrarse con los alegatos, transitar la vigilia, llorar con Cuccovillo, ovacionar al “Chivo” Rossi, festejar el resultado como el de un partido de la Selección.

---

[78] En dialecto político y mediático, “la Iglesia” es la católica aun cuando haya muchas otras, “la Embajada” es la de Estados Unidos, entre decenas. El lenguaje declina precisión ante el poder...

[79] “La gran mayoría de los habitantes de nuestro país buscan vivir sus creencias a su manera, quieren y exigen elegir sus pertenencias y –si bien bautizan a sus hijos– quieren que ellos elijan sus propias religiosidades. Hay una disminución de la adscripción al catolicismo y aumenta la distancia que separa a esos creyentes de las normas y las instituciones. Se vive un cuentapropismo religioso [...] esta situación histórica impulsó a las instituciones católicas a un acercamiento y una seducción por y para que el Estado impusiera un ‘coercitivo orden cristiano’ y así compensar desde el poder aquello que no puede ser obtenido desde el consenso” (Fortunato Mallimaci [dir.], *Atlas de las creencias religiosas en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2013, p. 11).

[80] Mariana Carbajal, “Transmitió el mensaje de la paridad en el poder”, *Página/12*, 1º de noviembre de 2010.

[81] Margarita Argúas fue jueza de la Corte Suprema entre 1970 y 1973, designada por el presidente de facto Roberto Marcelo Levingston durante la dictadura denominada “Revolución Argentina”. Presentó su renuncia, que fue aceptada, antes de que asumiera el tercer gobierno peronista.

# 19. Qué pashó con Clarín y la Ley de Medios

## Detalles de una batalla épica

La ironía del presente conflicto es que el gobierno tiene alguna razón acerca del Grupo Clarín. Este tiene una posición dominante en la prensa, TV, cable y radio.

**Informe para el Departamento de Estado del embajador norteamericano en la Argentina Earl Wayne, revelado por Wikileaks**

–¿O sea que no tenéis una única respuesta para vuestras preguntas?

–Si la tuviera, Adso, enseñaría Teología en París.

–¿En París siempre tienen la respuesta verdadera?

–Nunca, pero están muy seguros de sus errores.

[...]

Me pareció que Guillermo no tenía el menor interés en la verdad, que no es otra cosa que la adecuación entre la cosa y el intelecto.

**Umberto Eco, *El nombre de la rosa***

Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (LSCA) es su designación técnica, estricta y un poquito farragosa para la transmisión verbal. Coloquialmente se la abrevia como “Ley de Medios”. *Clarín* la bautizó “Ley de Medios K” para denigrarla, desconociendo su génesis pluralista.

Se trata de una disputa fundacional contra la concentración económica, que marcó a fuego las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner.

“El primer Kirchner”, el del desembarco, sorprendió por partida doble y dual a las corporaciones empresarias y a sus referentes. Fue bienvenido el dirigente que entendía de economía, que pacificaba a la sociedad, y cuya gestión mejoraba todas las variables. En 2003 la lista de endeudados al borde de la bancarrota recorría todo el espinel: desde el Estado nacional hasta los particulares, pasando por las empresas de todo porte, en su mayoría se desendeudaron y cambiaron de pantalla. Ese era el lado virtuoso del “pingüino” desconocido.

La otra faceta, asimismo asombrosa y más chocante para la élite patronal, era su celo por conservar y ampliar el poder político. Trastocó el sistema de relaciones entre el Poder Ejecutivo y

los poderes fácticos, inclinando la pendiente. En el transcurso de la recuperación democrática, el sector privado intervenía e interfería activamente en la designación de funcionarios, o, una vez en sus cargos, los aleccionaba, catequizaba, cooptaba o volteaba. La Secretaría de Energía, pongamos un ejemplo entre tantos, acataba los mandatos de las grandes corporaciones del sector. Otro tanto ocurría con las áreas vinculadas a los bancos o al sector financiero, que incrustaban a sus propias figuras o aconsejaban con carácter vinculante. Las corporaciones militares y la jerarquía de la Iglesia católica tenían asimismo sus zonas (reparticiones públicas, secretarías, ministerios) de influencia, para designar o para vetar, si venía a cuento.

El *lobby* es una constante en toda democracia instalada, en Estados Unidos se los exhibe y regula. En otros sitios se prefiere el ocultismo y las transas en los pasillos. El presidente Raúl Alfonsín se esforzó en resistir los embates de esta práctica y sostuvo la posición durante los primeros cuatro años, pero luego, a la par que menguaba su legitimidad, fue cejando en esa puja.

Kirchner reescribió el manual de estilo y la agenda del presidente. Rehusó platicar acerca de la integración del Gabinete y se abstuvo de pedir consejos. Su predecesor, Eduardo Duhalde, consultaba al gerente petrolero Oscar Vicente sobre cualquier punto relevante de la agenda oficial, por más exótico que fuera a la experticia del asesor.

Puertas cerradas, procura constante de autonomía: el ecosistema que instalaba Kirchner chocaba al establishment, que lo toleraba como contrapartida de la bonanza y con la sana ilusión de que sería un berrinche transitorio. El titular de una de las más grandes corporaciones argentinas me confió en reserva: “Menem nos invitaba a Olivos, a charlar, comer. Algunos hasta participaban en festicholas. De la Rúa y Duhalde nos preguntaban antes de tomar cualquier decisión”. La pintura costumbrista se leía como “natural” y positiva. La duda subsiguiente era cuándo cesaría el New Deal de la emergencia implantado por Kirchner.

Las tratativas con empresas o grupos económicos se sucedían, por cierto: reuniones, discusiones, demandas. La contraparte era el hombre que ya hemos descrito: agudo, interesado en “todo”, informado minuto a minuto de las cifras claves de la economía, desconfiado a más no poder. La combinación saldaba positiva, porque la macro y la microeconomía eran “gauchitas”.

En ese contexto raro, Clarín y su plana superior se llevaron bien con Kirchner. Tanto sus ejecutivos como sus periodistas tenían interlocución activa con el presidente y el jefe de Gabinete Alberto Fernández.

La concesión del Canal 13 correspondía a Artear SA, del Grupo Clarín. Vencía a fines de 2004 y admitía una ampliación automática por diez años más, que salió en enero de 2005.

En mayo, el gobierno otorgó mediante el Decreto 527/05 una franquicia enorme, no contenida en las reglas previas. Prorrogó licencias de radios AM y FM, canales abiertos y de cable. Aceptaba pedidos de titulares de medios que decían atravesar contingencias financieras apremiantes o desesperantes. La respuesta fue una extensión por muchos años a un conjunto variado de beneficiarios.

La concesión de Clarín se proyectó hasta 2025. Se explicó, desde el oficialismo, que se trataba de un salvataje para impedir cierres de fuentes de trabajo y la adquisición de medios por parte de empresas de capital extranjero. Era una verdad parcial que no le daba toda la razón al gobierno. La

reactivación y la recuperación de la capacidad instalada eran obsesiones del primer kirchnerismo que, en este caso, subestimó o pospuso otras variables que valoraría recién después de 2008.

Se atendieron demasiado los pedidos de los dueños de Canal 9, Daniel Hadad y Raúl Moneta, que vaticinaban que el concurso preventivo de su empresa devendría quiebra si no se prolongaba la concesión. Les restaban cuatro años, alegaban que era demasiado poco para atraer auspiciantes o compradores. Discutible, cuando menos.

El afán economicista, reiteramos, prevaleció. Tanto que las ampliaciones para evitar la extranjerización también beneficiaron a concesionarias de capitales europeos (Grupo Prisa: Radio Continental, Grupo Telefónica, Canal 11 Telefé) y a un grupo mexicano que concesionaba radios.

El Grupo Clarín fue favorecido como hermano mayor de otros emprendedores que estaban en apuros. La gracia estatal fue, pues, compartida, lo que no basta para justificarla... menos que menos con la comodidad del diario del lunes de tres, cinco o diez años más tarde.[\[82\]](#)

En materia periodística, el tamaño importaba. Las primicias oficiales privilegiaban a Clarín en detrimento de la competencia. Por nombrar apenas dos: la candidatura de Scioli a vicepresidente y una reconciliación efímera entre Kirchner y Roberto Lavagna entre enero y febrero de 2008 (fecha notable a la luz de lo que estamos repasando) fueron concedidas al “gran diario argentino”, que se floreció con el beneficio. Las discrepancias políticas fuertes asomaron cuando la fumata blanca para “Cristina presidente”. El CEO de Clarín, el omnipresente e invisible por decisión propia Héctor Magnetto, le aconsejó a Kirchner que desechara la rareza. Como ya se dijo, no era una postura original, aunque tal vez lo fue la energía con que se la planteó. Según la versión de Kirchner y Cristina, incurrió en un arrebató discriminatorio y de incorrección política: una mujer presidenta era una novedad indigerible. *Se non è vero è ben trovato*: el machismo de la clase dominante argentina es reconocido. El diálogo, claro, no se puede probar.

Aun con esa reciente tentativa de veto, y ya con Cristina electa, Kirchner firmó la controvertida adquisición de Multicanal por parte de Cablevisión (la “fusión” entrabas), lo que dio lugar al mayor operador de cable de la Argentina y a uno de los principales de la región. Ocurrió el 7 de diciembre de 2007, tres días antes de la entrega del bastón presidencial.

Desoyó las objeciones racionales a la fusión escritas por el secretario de Defensa de la Competencia José Sbatella, un hombre del “proyecto”. Ni se mosqueó con los lapidarios y bien fundados dictámenes de la entonces fiscal Alejandra Gils Carbó, quien entendía en el expediente judicial respectivo. Sin un pelo de ingenuo, el presidente sabía que le estaba dando una mano y un aventón mayúsculos al Grupo Clarín, promotor y beneficiario de la movida. El periodista Martín Sivak, autor de dos libros sobre el diario, pondera que la fusión “representaba el 60% de los ingresos del Grupo y se aprobó el mismo día en que el Grupo empezó a cotizar en la Bolsa de Londres”,[\[83\]](#) y que “con esa compra la Corporación pasó de facturar 2100 millones de pesos a 3600 millones y se quedó con el 51% del mercado de cable”.[\[84\]](#)

Clarín potenció su dominio en el mercado, como bien alertaban Sbatella y Gils Carbó. Robustecer a un rival incipiente fue un error enorme, visto en perspectiva: un caballo de Troya regalado a Cristina. Seguramente se buscó lo contrario: disipar un motivo de conflicto con Clarín y lubricar una buena relación futura.

Sólo cuatro meses más tarde, en abril de 2008, Kirchner pronunció una frase célebre, mientras ardía el conflicto por las retenciones móviles.[\[85\]](#) Es más breve que un tuit, un hallazgo de comunicación política masiva, intraducible para quien no hable el dialecto rioplatense: “¿Qué te pasha, *Clarín*? ¿Eshtásh nervioso?”. Designaba al adversario, lo personalizaba, prefiguraba consignas y alineamientos indelebles. Un gobierno popular y legítimo emprendía una tarea imprescindible, la de poner coto a las distorsiones exorbitantes del mercado. Cometía un “pecado” que cavaría trincheras.

No es paradójico que Clarín haya crecido entre 2003 y 2007, desde una situación en que temblaba al borde de la quiebra hasta verse gordito y pipón al final del mandato. Muchísimas industrias o comercios (grandes, pequeños o medianos) salieron a flote, prosperaron, se expandieron o simplemente se volvieron viables en la etapa de prosperidad compartida.

Clarín es uno de los complejos empresarios más grandes de la Argentina, importante fuente de trabajo. Según los reportes oficiales del grupo, tenía 16.627 empleados en 2010, y 15.548 en 2014.[\[86\]](#)

Es el caso local de un fenómeno que se propaga en América Latina. En sus orígenes, extraviados en lontananza, fue un diario, hace mucho que es un conglomerado multimediático. Dos especialistas, Martín Becerra y Guillermo Mastrini, enseñan que:

Los principales grupos de comunicación de la región fueron transformándose en grandes conglomerados que reúnen variadas actividades en su seno ya desde las últimas dos décadas del siglo XX. Antes, estos grupos habían sido empresas familiares con propensión a dominar un sector de actividad, una industria de medios, lo que se cristalizó como procesos de concentración horizontal a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, fundamentalmente. Hoy en día la lógica de acumulación de los principales grupos se basa no tanto en el poder de concentrar un mercado de medios específico (televisión, radio, prensa), lo que a su vez les otorgaba un estatuto de interlocución política privilegiado, sino en el ejercicio de posiciones dominantes en diferentes mercados en forma simultánea. De ahí su carácter conglomeral. Además, las estrategias de las empresas de telecomunicaciones robustecieron la tendencia a una estructuración oligopólica de estas actividades en América Latina, lo que acelera la tendencia a la concentración ya que la convergencia tecnológica entre medios, telecomunicaciones e internet integra en las mismas plataformas de distribución a estos sectores, otrora separados.[\[87\]](#)

El Grupo es uno de ellos, sólo superado en facturación por un par de colegas en Brasil o México. Pero la ramificación de sus áreas de influencia, todas oligopólicas, encuentra pocos equivalentes en el mundo, si los hay. Simplificando al extremo: tendrá menos plata que unos pocos, pero atiende más “quioscos”. Cadenas de diarios nacionales y provinciales, emisoras de radio, canales de televisión abierta y de cable, proveedores de Internet. Incluso es accionista mayoritario de una fábrica de papel para diarios, Papel Prensa, lo que refuerza el dominio sobre los medios gráficos.

La LSCA, como tantas medidas del kirchnerismo, afloró empujada por la coyuntura, pero el día del parto no la explica por completo, ni opaca su trayectoria previa, ni descalifica o rebaja sus virtudes.

La dialéctica contradictoria entre “los mercados” y el sistema democrático exige, para reforzar a este, la existencia de regulaciones antitrust. La distribución social de la palabra, el derecho a comunicarse, informarse y emitir, depende de la existencia de pluralidad de emisores, con un piso de equivalencia. Si se fuera purista, la primera reprimenda al kirchnerismo sería haberse convencido tarde, tras fortificar el poder concentrado. Actuó como detonante la cobertura del multimedios y, en especial, su canal de cable insignia, Todo Noticias (TN), durante el conflicto por las retenciones móviles. Se conjugó una movida destituyente en la que la clase dominante concluyó que el gobierno definitivamente había dejado de combinar funcionalidad económica con caprichosas incrustaciones de autonomía política. La confluencia de intereses tocó a su fin y se cristalizó un punto de quiebre, porque las dos partes entrevieron que el kirchnerismo profundizaría la intervención estatal, las políticas sociales, la recuperación del patrimonio público. Hay instancias cruciales en las que los jugadores divisan el futuro como Gestalt: sin detalles, captando lo fundamental. Ni el gobierno ni las corporaciones *sabían* que advendrían la reestatización de las jubilaciones (que fondearía al fisco en detrimento de las empresas privadas), de Aerolíneas Argentinas, de YPF. Y que estaba al caer la Asignación Universal por Hijo, que afianzaría los vínculos del FPV con los más humildes. “Hasta acá llegamos”, elucubraron, unidos en el pronóstico y enfrentados por la divergencia. Clarín pegó primero, el kirchnerismo respondió a su modo: con discurso, con relato y con una ley de avanzada, que era reclamada desde el comienzo de la recuperación democrática.

Se llama “abuso de posición dominante” al manejo de empresas que, valiéndose de su preeminencia en el mercado, impiden que haya un mínimo de transparencia y competencia. El *dumping* está en primer lugar entre el arsenal de estrategias que utilizan: quien tiene resto puede bajar los precios a niveles que lo dejan sin ganancia por un tiempo, para asfixiar a sus competidores. Eso hacía Clarín con las transmisiones de fútbol: emitía algunos partidos por cable y otros por sistema codificado (los clásicos más importantes, por los que se debía pagar un extra adicional al abono, *pay per view*, en la jerga). Clarín desfondó a varios canales en distintas localidades bajando el precio de sus abonos a niveles irrisorios. Cuando el rival caía y se retiraba, se valía de su condición de emisor monopólico

local y subía los precios. El consumidor quedaba supeditado a la opción de pagar o perderse el espectáculo.

El *pressing* a los avisadores privados es otra fullería. Varios propietarios de medios han contado que Clarín presionaba a grandes auspiciantes: les avisaba que si publicitaban en otros medios no aceptarían sus avisos en *Clarín* o sus tentáculos. Las empresas debían “optar” entre publicitar en *Clarín* o en otro medio con menos público. Adivinen qué pasaba, usualmente.

El socialismo gobierna Santa Fe desde 2007, se sucedieron ya tres mandatarios. La provincia con forma de bota es bien extensa: mil kilómetros desde la ciudad de Rufino en el sur hasta Florencia en el norte. En la previa de la LSCA, el primer gobernador socialista, Hermes Binner, explicaba que ningún medio audiovisual o gráfico tenía alcance provincial. Refería el caso de los principales diarios: “*La Capital*, de Rosario, venderá cien diarios en la ciudad de Santa Fe. *El Litoral* [de la capital provincial] acaso menos en Rosario. La influencia es proporcional”. “¿Qué hace un político santafesino –se preguntaba el dirigente socialista– cuando quiere propalar información para toda su provincia?” La respuesta es evidente: tiene que hacerse ver u oír en los medios nacionales. Ir al pie de *Clarín*, dicho en clave truquera. El socialismo santafesino, que en 2010 estaba bastante de punta contra el kirchnerismo, votó a favor de la Ley de Medios.

Un gobierno más acomodaticio, más permeable al humor de las corporaciones, hubiera retrocedido, sometiéndose al canon que rigió desde 1983. Uno autoritario podría haber confiscado el patrimonio de Clarín, sin compensación económica. Una democracia radicalizada podría haber expropiado total o parcialmente sus bienes, una prerrogativa constitucional supeditada al dictado de una ley, con indemnización previa. La alternativa elegida por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner fue promover una ley sofisticada, atenta a las normas internacionales sobre comunicación y derechos humanos, adoptando y adaptando disposiciones antitrust como las que hay incluso en Estados Unidos, la cima del capitalismo mundial.

Los antecedentes con que se contaba constituían intentos inteligentes, elaborados y... fallidos. La Coalición por una Radiodifusión Democrática, una organización social sin banderías partidarias, venía remando contra la corriente desde 2004. Estaba integrada por sindicatos de prensa, universidades, radios comunitarias, pequeñas radios comerciales y organismos de derechos humanos. Convocada en 2004 por el Foro Argentino de Radios Comunitarias (FARCO), concibió los “21 puntos básicos por el derecho a la comunicación”, un proyecto progresista, consensuado por una alianza entre sectores variopintos, damnificados por la (mal) llamada Ley de Radiodifusión 22.285, impuesta por la dictadura en 1980. Esta contenía pautas avasallantes para la libertad de prensa, hasta avances y censura sobre contenidos. El organismo de aplicación, el Comité Federal de Radiodifusión (Comfer), tenía representantes de los Comandos en Jefe de las Fuerzas Armadas en el directorio, una salvajada que confirmaba su origen espurio. El menemismo empeoró al engendro, habilitando una franquicia que la dictadura quiso limitar: la posibilidad de crear emporios mediáticos que abarcaran la prensa escrita y la audiovisual. Clarín recibió un “*bocatto di cardinale*”: la licencia de Canal 13, hasta entonces estatal.

La coalición congregada para promover, impulsar y diseñar la LSCA fue tan variada y extensa como los damnificados por la agresiva acción del multimedios y por el imperio de una legislación

regresiva: entre ellos, operadores y trabajadores de “radios truchas”, esto es, experiencias de comunicación popular o comercial, no legalizadas y acorraladas por el sectario régimen, y en general trabajadores de la cultura, con derechos socavados por prepotencia del capital.

La ley vedaba a cooperativas locales conseguir licencias para canales de cable, arguyendo que podían monopolizar el servicio. Se daba carta blanca a conglomerados y se prohibía a asociaciones vecinales, compuestas por gentes solidarias, con influencia en pequeños territorios. Clarín no se consideraba un oligopolio pero sí lo eran las cooperativas de vecinos de Santa Rosa (La Pampa) o Villa Gesell, que también se agrupaban para dotar de servicios públicos más económicos a los habitantes de sus pueblos o ciudades. Habría movido a risa si hubiera sido en broma...

Las carreras de Comunicación de la mayoría de las universidades públicas pusieron a disposición sus científicos y profesionales, que aportaron sustento conceptual a la ley, acogieron a los foros, promovieron debates. Facilitaron la movilización estudiantil, que apoyó en los claustros y en las calles el proceso de instalación del tema y su posterior aprobación. Esa participación, reflexiva y entusiasta, trajo un doble beneficio: sirvió para consolidar teórica y políticamente el proyecto y fortaleció hacia dentro a los propios claustros universitarios, que se enriquecieron en el diálogo con diversos actores sociales.

El proyecto oficial tomó como base los 21 puntos, que luego fueron tratados y discutidos en foros abiertos de participación ciudadana, en distintas provincias. Clarín optó por rehuir la discusión, en parte porque estaba en minoría flagrante, en parte porque eligió presentar el proyecto de ley como una cuestión de poder. Se refugiaba en el mantra de la libertad de expresión, que su praxis cotidiana estrangulaba. Macaneaba abiertamente sobre el alcance de la ley diciendo que incluía a los medios gráficos y regulaba contenidos: dos falacias.

Los foros descollaron por la movilización y la cantidad de sectores o figuras intervinientes. En términos de discusión y argumentos, se produjo una goleada. Ya *in extremis*, abanderados del multimédios organizaron algunos por su cuenta, para contrapesar la oleada. El senador Carlos Reutemann impulsó uno en Santa Fe, el grupo mediático Vila-Manzano hizo lo propio en su feudo natal, Mendoza. Quisieron sorprender, capitalizar la condición de locales: de nuevo la concurrencia espontánea los goleó en su propia cancha. En Mendoza tomó la palabra el presidente del Centro de Estudiantes de la Universidad Nacional de Cuyo. Una larga lista de oradores recordó la prepotencia del grupo multimediático organizador, que usurpaba terrenos de la universidad. El impacto aleló a diputados opositores y a abogados de Clarín que habían viajado para florearse: callaron, huyeron sin hablar.

El proyecto avanzaba en una etapa espinosa para el kirchnerismo, marcada por la derrota electoral en las elecciones parlamentarias de 2009. Los nuevos diputados y senadores asumían sus bancas el 10 de diciembre. La cuenta regresiva debía compatibilizar dos objetivos: sólo antes de esa fecha podía lograrse la aprobación y era imprescindible la amplia controversia pública.[\[88\]](#)

Muchos de sus partidarios o aliados del FPV aconsejaban, de buenísima fe, no tirarse a la piletta: no era el momento. Los directivos de Clarín supusieron hasta último momento que el proyecto no sería elevado al Congreso, y así lo comentaron en sus repetidas visitas a “la Embajada”.

Dos medidas se sucedieron, la LSCA (ideológica, institucional, con estilo parlamentario refinado) es hechura de Cristina, la otra (Fútbol para Todos) tiene la marca de fábrica de Néstor.

La transmisión de los partidos oficiales de fútbol era un núcleo de la influencia de Clarín, un pilar de su recaudación, un arma para aniquilar a la competencia. El jefe de Gabinete Alberto Fernández se percató temprano, allá por 2006 o 2007, cuando se encontró en una reunión social con el presidente vitalicio de la Asociación del Fútbol Argentino, Julio Grondona. Abordaron la posibilidad de transmitir un partido los viernes, por Canal 7, televisión abierta, jamás un clásico ni ninguno de los más taquilleros. En una charla amable, sin papeles ni tratativas formales, acordaron avanzar en ese sentido. Al día siguiente, antes de que se difundiera, toda la plana mayor (periodística y gerencial) de Clarín llamó o visitó en fila india a Fernández para explicarle, en el mejor tono imaginable pero sin dejar resquicio a dudas: “No pasarán”.

Kirchner tuvo en cuenta eso cuando acordó con la AFA, en agosto de 2009, la transmisión gratuita de todos los partidos oficiales de los torneos AFA y de la Selección. El Fútbol para Todos le ganó de mano a la LSCA, o más bien le marcó el camino. Se elevaba a derecho ciudadano el acceso masivo al mayor consumo cultural de los argentinos, su pasión y entretenimiento favorito. Kirchner sabía que era una herida en la “caja” y en el poder de Clarín.

El proyecto de la Ley de Medios, enviado al Congreso también en agosto de ese año, fue objeto de ajustes, modificaciones y supresiones en el periplo al Parlamento. Los abogados y académicos Graciana Peñafort y Damián Loreti fueron los artífices del texto de la norma, que sirvió de modelo para otras posteriores en Estados vecinos.[\[89\]](#) En la versión aprobada, frondosa y detallista, la Ley 26.522 cuenta con 161 artículos. Se aplicó una técnica de excepción: contiene notas al pie que facilitan la interpretación posterior.

Entre las concesiones a los aliados y a los críticos, se destacó la exclusión de las empresas de telefonía del mercado audiovisual prevista en la redacción original. Si bien ese factor expresa una tendencia mundial y acaso irresistible, inducía o facilitaba la sospecha de “querer reemplazar un monopolio por otro”. Las recriminaciones, de buena o mala fe, escalaron hasta apodarar “Ley Telecom” a la norma, aduciendo que esa multinacional, la única en condiciones de competir, era la beneficiaria oculta del cambio histórico. A costa de ceder coherencia, se admitieron los reclamos.

La campaña desinformativa de *Clarín* fue colosal, inversamente proporcional a su intervención en el Ágora. Trató de instalar la especie de que los medios gráficos entraban en la volteada, pero no era así por un motivo sencillo: el espacio audiovisual es propiedad del Estado, finito, sujeto a regulaciones y concesiones. No hay límite, en cambio, para la existencia de medios escritos. Y a diferencia de la anterior Ley de Radiodifusión, la LSCA no impone controles sobre los contenidos.

La LSCA reconocía tres tipos de licenciarios, tanto en televisión como en radio. Un tercio del espectro podía llegar a corresponder a entidades privadas sin fines de lucro. Otro tercio quedaba reservado al Estado nacional y los provinciales. El tercero es el de empresas privadas con fines de lucro.

Se habilitaba a las universidades nacionales a tener una frecuencia de radio y otra de televisión abierta. Los pueblos originarios podían conseguir en su territorio licencias para una frecuencia de televisión abierta, una de radio AM y una de FM.

La ley anterior impedía comunicar a las organizaciones sin fines de lucro. No es una exageración retórica: recién en septiembre de 2003 la Corte Suprema fulminó por inconstitucional el art. 45 de la Ley 22.285, que excluía a las organizaciones sin fines de lucro de la gestión de servicios de radiodifusión. Se circunscribía el ejercicio de un derecho constitucional a los comerciantes; ese era el modelo que se reformó.

Una falla original resintió las proyecciones de la LSCA en este aspecto. Abrir perspectivas no equivale a consolidar la presencia en un mercado. Todo emprendimiento de origen social necesita fomento, apoyo económico. Martín Becerra preguntaba “¿Quién paga la factura?” para poner en la pista a medios alternativos. La respuesta es que muy pocos podrían hacerlo con recursos propios: el apoyo económico estatal es imprescindible. Subsidios, créditos blandos, exenciones impositivas: en promedio sólo esta, la tercera pata del trípode, se concretó en proporciones satisfactorias, una carencia de la ley que la implementación no consiguió subsanar.

La apertura a nuevos emisores se juntaba con la legalización de quienes, aun funcionando a pulmón, habían sido condenados a la clandestinidad. La ley de la dictadura cercenaba cualquier modo de participación social: era congruente con su proyecto de país, con la represión como herramienta básica. Ya en democracia, el Comfer aplicaba una fracción significativa de sus energías a cerrar radios, decomisar equipos, destripar patrimonios acumulados con esfuerzo y militancia.

El art. 45 de la LSCA contenía la cláusula antimonopólica que desató la furia de Clarín. Estipulaba el máximo de licencias para privados, a nivel nacional o provinciales, que no podía exceder el 35% de la población o de los abonados, según el caso. Una restricción razonable que no jibariza a empresa alguna en un capitalismo racional. Los multimedios invocaban “derechos adquiridos”, amparándose en regulaciones estatales previas e injustas.

Los medios debían emitir un mínimo del 60% de su programación con producción nacional, y dentro de ella un 30% debía corresponder a producción propia, incluidos los informativos. Se promovía la actividad productiva y creativa argentina, lo que explica las adhesiones de quienes se dedican a esos

trabajos. No fueron cooptados, ni sobornados; entendieron, más bien, que se generaba trabajo y espacio para su creatividad. Normas semejantes existen en Francia o Inglaterra sin que nadie suponga que los gobierna una variante del chavismo.

Con el proyecto ya en el Congreso, la mayoría parlamentaria se articuló con todos los partidos progresistas (o mejor dicho, no de derecha) del abanico opositor. Así y todo, cuando llegó el momento, el presidente del bloque de Diputados del FPV, Agustín Rossi, sudó tinta para formar quórum. En el Congreso se vota de distintos modos, con dos partes del cuerpo: o con la mano (levantándola o tocando el botón que define la postura de cada legislador) o con el trasero (sentándose o negándose a hacerlo para dar o dificultar el quórum). Clarín apretó legislador por legislador para que se pronunciaran en contra o, en su defecto, para que hicieran caer la sesión, ausentándose. Las amenazas o los incentivos oscuros disuadieron bastante.

Rossi llevaba la cuenta minuciosa: varios partidos opositores que apoyarían no contribuían a dar quórum. Una genuflexión parcial ante el multimedios, que podía hacer caer la sesión. Ya se dijo: el cambio de integración del Congreso a partir del 10 de diciembre era un *deadline*, y una vez traspuesto ese umbral, sería imposible aprobar la LSCA. Rossi quería apurar el trámite, amenazado por las deserciones. Pudo llegar arañando al quórum porque diputados del Movimiento Popular Neuquino ayudaron a hacer número, aunque luego votarían en contra. La casuística parlamentaria es pródiga en ejemplos de esas semicontradicciones o posiciones intermedias. El MPN actuaba en contraposición a las fuerzas de oposición que no bajaban al recinto pero que apoyarían si se llegaba al quórum.

La sesión fue tormentosa, la oposición camufló su derrota con malas artes, enturbió el tratamiento, alegó violaciones legales, abandonó el recinto en vano intento de deslegitimar la norma desde el vamos. Los medios dominantes les daban aire en los pasillos del Congreso mientras adentro avanzaba la verdadera porfía institucional.

Una anécdota de esos momentos ansiógenos espeja el espíritu de la ley y los motivos de sus amplias adhesiones. Los músicos exigían un apoyo a su actividad, semejante al que recibirían, por ejemplo, el Instituto Nacional del Teatro y proyectos diversos de radios comunitarias, de frontera y de pueblos originarios.

Los trabajadores de la cultura no viven de néctar y ambrosía: el fomento reclamado era material e institucional, y consistía en un aporte dinerario y la futura creación del Instituto Nacional de la Música (INAMU). El diputado opositor Claudio Lozano (Proyecto Sur) acompañó la demanda y no daría quórum en caso de negativa. La pretensión era justa y equitativa pero el texto acordado tras doscientas modificaciones conformaba un rompecabezas: añadirle o quitarle una pieza lo descuajeringaría. Lo mismo pasaba con los recursos materiales asignados: la cuenta total se había

cerrado. Los redactores del proyecto trinaban, Rossi entendió que debía negociarse y ceder, era momento de que primaran el buen sentido y la creatividad. El nuevo organismo de aplicación, la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual (AFSCA), cedió dos puntos de su recaudación (un gravamen que pagarían los titulares de servicios audiovisuales) para la actividad musical, que se destinarían al incipiente INM, consagrado por la Ley 26.801 dos años después.

Se tuteló a los trabajadores de la cultura, se pudo inhalar y respirar hondo.[\[90\]](#)

La media sanción llegó con 146 votos afirmativos, 3 negativos y 3 abstenciones.

El papelón opositor fue mayúsculo, tanto que modificó la conducta en el Senado. Allí, la oposición no huyó de la cámara y se avino a participar, aunque sin apearse del tremendismo y las amenazas. El tablero electrónico marcó 44 votos afirmativos contra 24 negativos, un *score* que exime de mayores comentarios.

Se vivió otro desquite de la aciaga Resolución 125. Se ganó en el Congreso, en las calles, en la opinión pública. La consigna “¡Tomala vos / dámela a mí / el que no salta es de Clarín!” fue coreada a voz en cuello por miles de militantes recién incorporados a la acción política. Ninguna consigna sirve de nada, por pegadiza que sea, hasta que llega a ser canto coral, cuando la acompañan ciudadanos con el cuerpo, la mente, el espíritu.

Recapitulemos. La LSCA tiene un fuerte dispositivo antitrust, consistente con el resto de sus objetivos. No se reduce a ese aspecto, ni sus finalidades sociales son accesibles talándolo.

La información es una riqueza que, como todas, está mal distribuida. Es un atributo de la ciudadanía social, que no se puede minimizar como un derecho del consumidor. Toda ampliación del espectro de emisores lo es también de los derechos republicanos, máxime si ganan terreno organizaciones sin fines de lucro. Es una mutilación circunscribir la ciudadanía de “Rosa de Caballito” o de “Carlos de Lugano” a dejar un mensaje de cincuenta segundos en su radio favorita.

Comunicarse implica informarse e informar, escuchar y hacerse oír. Nutrir y diversificar el espectro mediático con nuevos protagonistas es un objetivo de alta calidad institucional. A su turno, el derecho ciudadano a la información es algo más denso que la “libertad” del consumidor. Poseer un medio de comunicación, así sea de poco alcance, es una forma de poder social, sustraído a casi todos los argentinos. Habilitarles esa herramienta les da una oportunidad para defender sus ideas, valores e intereses, que no se subsumen en las invocaciones banales a “la gente”.

Una de las victorias, digamos gramsciana, del oficialismo y de quienes lo acompañaron en la reforma fue convertir en comidilla cotidiana y debate al aire libre lo que habían sido temas tabú durante años. Se habló sobre monopolios, sobre abuso de posición dominante, se repasaron privilegios cristalizados en los últimos treinta años. La táctica de quienes quisieron cerrar la puerta quedó sola, fané y descangayada: debieron hacerse cargo de que la norma anterior era anacrónica, desacreditada, con marcas indelebles del autoritarismo dictatorial y de la desaprensión privatista del menemismo.

Más trabajo para los productores, artistas, artesanos y creadores nacionales. Más voces, apertura a las universidades y legalización de la radiofonía “silvestre”, consecuencia cabal de la apertura democrática. La amalgama de organizaciones y ciudadanos que bancaron la ley y militaron por ella tenía sobradas razones para sumarse, empezando por intereses propios, legítimos y desamparados.

La respuesta del multimedio Clarín a su derrota en el sistema político, en las calles y en el Ágora fue buscar un espacio en el que jugar de local. Recurrió, previsiblemente, al más aristocrático de los poderes del Estado, el único cuyos integrantes no surgen del voto popular ni están controlados por mecanismo de participación ciudadana alguno: el Poder Judicial.

La “judicialización de la política” es un fenómeno global, contemporáneo a la crisis de las democracias representativas. El sociólogo francés Pierre Rosanvallon lo detecta y sintetiza: “El ciudadano se ve tentado de encontrar en los tribunales lo que ha desesperado de obtener por la elección”.<sup>[91]</sup> En nuestro tema, una corporación fue el sujeto, no “el ciudadano”. Perdidos en las urnas y en el Congreso, buscó apoyo en los Tribunales con un objetivo de máxima, voltear la LSCA, y uno más accesible, postergar su aplicación.

Las peripecias judiciales escapan al foco temporal de este libro. Sólo diremos que, como era previsible dada la ideología o hasta el alineamiento político de la mayoría de los jueces, el foro facilitó las demoras eternas. Clarín manejó dos calendarios sucesivos, a la espera de que la caída electoral del kirchnerismo le allanara el camino. Primero especuló con que ese deseo se haría realidad en 2011. Luego corrió el almanaque hasta 2015. Magistrados de las dos instancias y la Corte Suprema fueron funcionales a las dilaciones, cuando no sumisos a los dictados del poder fáctico. La Corte esperó demasiado tiempo para desechar la infundada demanda por inconstitucionalidad de la norma: sólo la “reconoció” en 2013, aunque, como siempre, dejando abiertos atajos para nuevas chicanas corporativas.

La identidad democrática y progresista de la ley fue reconocida tácitamente por el presidente Mauricio Macri, una de cuyas primeras medidas fue un decreto de necesidad y urgencia (DNU) para derogar partes de su contenido aunque no su totalidad. Honró una promesa de campaña, para pocos, con beneplácito del gran capital. Y lo hizo sin foros, sin participación ciudadana, sin tiempo para

debatir... Los gobiernos de derecha se permiten saltar esas instancias, cuando está en cuestión su modelo de país.

La norma sigue vigente en muchos puntos y corresponderá a sus beneficiarios defenderla en condiciones adversas, aunque acompañados por la fuerza de su historia y la capacidad de resistencia proverbial del pueblo argentino.

- 
- [82] Todo esto fue bien contado por Susana Reinoso en “Kirchner prorrogó las licencias de radio y TV”, *La Nación*, 21 de mayo de 2005.
- [83] Martín Sivak, *Clarín, el gran diario argentino. Una historia*, Buenos Aires, Planeta, 2012, p. 386.
- [84] Martín Sivak, *Clarín. La era Magnetto*, Buenos Aires, Planeta, 2015, p. 420.
- [85] Remito al lector al capítulo 14 de este libro.
- [86] Referencias tomadas de [www.grupoclarin.com/ir/Reportes-Anuales](http://www.grupoclarin.com/ir/Reportes-Anuales), especialmente del capítulo “Our people”.
- [87] Martín Becerra y Guillermo Mastrini, “Concentración y convergencia de medios en América Latina”, *Ensamble*, Buenos Aires, en prensa.
- [88] La saga de la construcción social de la LSCA está bien narrada, “desde adentro”, en el libro *La cocina de la ley*, compilado por Néstor Busso y Diego Jaimes (Buenos Aires, Farco, 2011). También en la película casi homónima dirigida por David “Coco” Blaustein y Osvaldo Daicich, accesible en [www.cinenacional.com/pelicula/la-cocina](http://www.cinenacional.com/pelicula/la-cocina).
- [89] Philip Kitzberger subraya que “las leyes argentina y uruguaya no por casualidad se llaman igual; son leyes cuyo principal foco regulatorio es la estructura de propiedad, poner ciertos límites a la concentración de los monopolios, diversificar el tipo de propiedad de medios” (entrevista de Natalia Aruguete para *Página/12*, 18 de julio de 2016).
- [90] El episodio es recogido en clave didáctica y divertida en el libro de Néstor Piccone, *La inconclusa Ley de Medios. La historia jamás contada*, Buenos Aires, Peña Lillo, 2016, p. 70.
- [91] Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial, 2007, p. 225.

## 20. *Nunca más, demonios y nuestro futuro después de los gobiernos kirchneristas*

### Más allá de la pedagogía de lo obvio

La declaración testimonial es un medio de prueba que se privilegia frente a modos particulares de ejecución en los que deliberadamente se borran las huellas, o bien se trata de delitos que no dejen rastros de su perpetración, o se cometen al amparo de la privacidad. En tales supuestos a los testigos se los llama necesarios. En la especie, la manera clandestina en que se encaró la represión, la deliberada destrucción de documentos y de huellas, el anonimato en que procuraron escudarse sus autores avalan el aserto. No debe extrañar, entonces, que la mayoría de quienes actuaron como órganos de prueba revistan la calidad de parientes o de víctimas. Son testigos necesarios.

#### **De la sentencia del Juicio a las Juntas Militares**

El testimonio [...] se convierte aquí en una posibilidad de no ser. Esto le pasó a un sobreviviente, pero pudo haberle pasado a un desaparecido. Pude no haber sobrevivido. Pude no haber podido contarle nunca. Y porque al fin pude, tengo que contarle siempre, dar testimonio una y otra vez. En el Juicio a las Juntas, en un documental, en el Juicio por la Verdad, o ante un director que prepara un guion de ficción. Pero la repetición de este relato no puede atribuirse solamente a una necesidad personal del sobreviviente. Un testimonio de la misma persona, que cuenta los mismos sucesos, tiene diferentes funciones según el ámbito en que se dice, ante quiénes, en qué momento de nuestra Historia. Y eso hace que no sea el mismo testimonio, a pesar de estar contando los mismos hechos.

#### **Miriam Socolovsky, “El otro lado. Testimonios de sobrevivientes de campos de concentración en Argentina en el cine nacional”, 2007**

Toda defensa de la propia memoria contra el reformateo del campo, toda burla, todo engaño fueron formas de resistencia a su poder. Tratar de sobrevivir sin “entregarse”, sin dejarse arrasar, era ya un primer acto de resistencia que se oponía al mecanismo arrasador y succionador [...] alguien debía salir con vida, alguien debía sobrevivir para contar y testimoniar.

#### **Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina***

En un primer momento, atroz, los sobrevivientes del terrorismo de Estado quedaron expuestos a una

doble crucifixión: la sospecha de sus compañeros... algunos a la propia culpa.

¿Por qué se salvaron? ¿Qué hicieron o dejaron de hacer para no padecer el mismo martirio que los detenidos-desaparecidos o los asesinados? Inculpar a quien obró mientras se lo privaba de su condición humana es una degradante consecuencia del terrorismo de Estado. Las dictaduras contaminan todo, aun a aquellos que las rechazan o enfrentan. Para eso se imponen, para colonizar la vida, la conciencia y el pensamiento.

La misión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, que llegó a Buenos Aires en septiembre de 1979, fue la primera oportunidad para superar los temores, cuando la dictadura se apagaba pero aún gobernaba: se desconocía cuáles podían ser las consecuencias, las represalias. Los familiares se agolparon en una cola interminable para formular sus denuncias.

El mojón siguiente, un estadio superior, fue el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), titulado *Nunca más*. Constituyó sin duda una iniciativa formidable, una marca, un hito del avance de la democracia sobre el terrorismo de Estado.

El Juicio a las Juntas encumbró al *Nunca más*. Los interrogatorios se dispusieron con un formato no convencional. En los estrados suele someterse al testigo o declarante a muchas preguntas, específicamente formuladas para que no derrape, no divague, no se extravíe en aspectos laterales. En ese proceso único se obró, sabiamente, de otra forma. La primera pregunta proponía o habilitaba un prolongado recuerdo de las víctimas. La primera respuesta podía-debía prolongarse durante media hora o lo que hiciera falta. El método se retomó en la mayoría de los juicios subsiguientes. Da preponderancia a la palabra de la víctima, le restituye escucha, reconoce su dignidad avasallada.

La frase de la sentencia del Juicio a las Juntas recogida en el epígrafe es estricta, doctrinaria. Cuando se investiga lo clandestino, negado y soterrado sibilinamente, la principal prueba de cargo (la única imprescindible) es la testimonial.

Se llama “juez” al árbitro de cualquier deporte. Ambos términos designan a quien decide, a quien “imparte justicia” en un plano ideal, aunque una diferencia básica distingue entre un tribunal judicial y un referí. Este resuelve sobre lo que ve, lo que va conociendo, y el auxilio de colaboradores o recursos técnicos, aunque mejoren su enfoque, es accesorio. Por eso los árbitros deben estar cerca de la jugada, corriendo en el fútbol o en el rugby. O colocarse de un modo privilegiado para observar, como en el tenis.

El juez, en cambio, no vio los hechos (debió no haberlos visto): compone su saber sólo a través de terceros. Los testigos deponen sobre lo que cayó bajo el alcance de sus sentidos: lo que vieron, oyeron, olieron, sintieron en su cuerpo. No teorizan, no aportan saber científico (labor que les cabe a los peritos) ni una perspectiva general, englobante.

Son la vista, el oído, el olfato del tribunal que reconstruye los acontecimientos.

Una falacia extendida contra los juicios posteriores a 2005 es que se concedió demasiada importancia a los testigos-víctimas. Hay quien osa decir que por eso se consumó una injusticia, un avasallamiento de los derechos de los acusados. Como poco, hay un error, malévolo o producto de la pésima información, que desconoce la experiencia (idéntica o muy semejante) en otros estrados del mundo.

En el Juicio a las Juntas los testigos fueron casi la única prueba utilizada. En los del siglo XXI se allegaron otras evidencias: cuerpos reconocidos merced a la labor egregia del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), documentos desclasificados por el gobierno de Estados Unidos, por el argentino, material descubierto en los sinuosos archivos de las policías o las Fuerzas Armadas, en las contadísimas confesiones de represores o cómplices. De cualquier forma, sin testigos no hay

circunstancias, identificaciones ni hechos, en definitiva. Una declaración aislada puede no bastar como evidencia. Pero si hay otras, precisas y concordantes, el peso se multiplica.

La sentencia del Juicio a las Juntas promovió, sorpresiva y meritoriamente, la realización de otros procesos a partir de las declaraciones recogidas.<sup>[92]</sup> Hemos recorrido el periplo consecuente, lo abreviamos al máximo, conservando los mojones imprescindibles: se sucedieron denuncias, querellas, demandas iniciadas por jueces o fiscales; las leyes de Punto Final y Obediencia Debida impidieron la prosecución de los procesos; el indulto del presidente Carlos Menem anuló las condenas firmes contra los represores. En el tiempo de dolor y decepción que siguió, fue naciendo la segunda etapa ejemplar de víctimas y organismos de derechos humanos: a modo de continuidad de las rondas en la Plaza de Mayo, los caminantes enfilaron hacia todos los ámbitos posibles, explorando alternativas de justicia en los medios, en los juicios aún abiertos en el país, en los viajes para declarar en tribunales extranjeros. La misma perseverancia, la misma autocontención: ni *vendetta*, casi ni agresiones físicas.

La palabra de las víctimas se enaltecó e institucionalizó: fue la piedra basal de los juicios llevados con apego a derecho, en todas las provincias, aun confrontando con rechazos y resistencias entre jueces, fiscales y aliados de los represores.

La expresión “historia oficial” fue acuñada por el revisionismo y el pensamiento nacional-popular para designar y reprobar la interpretación que instauraron los libros de Bartolomé Mitre: única, manipulada con intención política. Una catequesis laica y mendaz que se enseñó en las escuelas, con héroes y réprobos, con un mausoleo intocable, signada por la díada “civilización” y “barbarie” (que englobaba a todas las experiencias populares, a sus caudillos y sus líderes).

Mucho después, el reproche fue adoptado y reorientado por otras vertientes de pensamiento. La película homónima de Luis Puenzo, inscripta en el apogeo alfonsinista, premiada con un Oscar en 1986, la endilgó al relato de la dictadura y la popularizó.

Los cuestionamientos a cualquier “historia oficial” excluyente están, pues, expandidos. En esta etapa la retoman críticos del kirchnerismo para quejarse por la imposición de una narrativa sectaria, hermética, impuesta, sobre la dictadura militar, el terrorismo de Estado y la militancia setentista.

Se señala que desde 2003 se ha aplanado el debate, obturando la pluralidad. Otro reclamo es la falta de autocrítica de quienes fueron parte de la militancia revolucionaria, y una hegemonía abusiva de las víctimas en las discusiones públicas.

Una íntima contradicción obnubila a una cantidad apreciable de los críticos. Si se raspan apenas sus argumentos, emerge a menudo la aspiración de imponer una historia oficial, congelada en el *Nunca más*, que, como cualquier producto histórico, está “fechado”, signado por las características, valores y límites del momento en que fue concebido. La “teoría de los dos demonios”, que supone

dos élites armadas que perturbaron la armonía social, ha sido suficientemente desmenuzada para extendernos acá. El prólogo del informe, la prosa apesadumbrada y comprometida de Ernesto Sabato, jerarquiza el terrorismo de Estado como “infinitamente” más grave, pero deshistoriza su génesis al calificarlo como una respuesta tenebrosa y excesiva a una provocación. El alfonsinismo se situó equidistante de los “dos demonios”, postura que eximió de responsabilidades a “la sociedad” (salvo por el silencio o la elusión del “por algo será”). La secuela más grave fue encubrir las responsabilidades civiles y empresarias en la promoción del golpe y en el intento de instaurar un nuevo modelo de país, arrasando con conquistas y tradiciones populares.

La noción de “víctimas inocentes” es sustancial en el *Nunca más*. Podría entenderse como una mera redundancia, o como una precaución, comprensible cuando la dictadura recién se retiraba; hilando más fino, sin embargo, instituye la posibilidad (la certeza) de que algunas hayan sido culpables: una perversión, ilegal por añadidura. La aberración de acusar a las víctimas como corresponsables del delito que sufrieron ha sido retomada, refutada y hecha trizas en la contemporánea discusión sobre la violencia de género.

Se discute si el inicio del terrorismo de Estado debe datarse el 24 de marzo de 1976; hay quienes lo remontan a la segunda etapa del peronismo, con represión militar desbocada y los crímenes de la Alianza Anticomunista Argentina (la Triple A), organización parapolicial amparada o creada desde el Estado. Como fuera, cuarenta y pico de años nos separan del punto inicial y treinta y tres del cierre: un lapso que sólo es largo si se mide en términos de biografías individuales. Para una comunidad es breve, lo que se detecta si se compara la elaboración o metabolización argentina con las de otras sociedades, que necesitaron plazos diferentes, propios, para tomar conciencia y sancionar a los criminales (en los casos en que hubo efectiva pena de algún tipo). La consideración comparada ilustra y alecciona: España respecto de la guerra civil, Alemania con el nazismo, el bloque del Este europeo con el socialismo real, los países de América del Sur con sus dictaduras, Francia con relación al colaboracionismo durante la ocupación alemana o en el curso de la guerra de Argelia... Cada experiencia es única e irrepetible. Cotejada con cualquiera de ellas, la argentina descuella por la celeridad con que se juzgó a los responsables, por la asunción de responsabilidades realizada por el Estado, por la intensidad y el pluralismo de los debates en la sociedad, por la divulgación en medios o soportes de acceso masivo.

Es reduccionista confinar la perspectiva de una época al sesgo particular de una determinada autocrítica o autorrescate, que más bien interpelan a reflexionar y a comprender. En una sociedad pluralista y en constante cambio, no hay modo de que se cristalice una suerte de diagnóstico común. O de convertir una voz, un texto o un testimonio, por revelador que resulte, en la cifra de todo lo ocurrido.

Rodolfo Walsh redactó su “Carta abierta a la Junta Militar” al cumplirse un año del golpe de Estado. La tipeó en una veterana máquina de escribir, con copias en papel carbónico. Repartió ejemplares por correo, en el curso de su recorrido iba dejándolos en buzones. El 25 de marzo de 1977, al día siguiente, fue interceptado y detenido por un grupo de tareas, hoy está desaparecido.

Su compañera, Lilia Ferreyra, vivía con él cuando Walsh escribía ese alegato único, emblema que firmó con su nombre completo y su número de documento, dejando atrás la crónica anónima y los cuidados de la clandestinidad. El 27 de octubre de 2011, al cumplirse un año de la muerte de Néstor Kirchner, la Cámara Federal dictó sentencia en el expediente conocido como “Megacausa ESMA” en el que se acusaron a numerosos sospechosos de crímenes cometidos en ese campo de concentración. El caso Walsh era uno de ellos. Lilia, afectada por un cáncer que le llevó la vida años después, prestó declaración y asistió a todas las audiencias. Cuando se leyó el veredicto llevó una copia de la “Carta”. Lo contó así en un reportaje radial:

La copia la hice a pocos días de la desaparición de Rodolfo. Llevé una de la infinidad de copias que hicimos no sólo yo sino muchos compañeros, pero esta es la que me había quedado, en la que sólo le cambié el título porque le puse “Carta Abierta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar”. Está escrita con el mismo papel de Manifold, con copia carbónica, que después de su desaparición seguí distribuyendo por correo, en los buzones. La llevé porque sentí, en los días previos también, que la sentencia iba a ser una respuesta ya tardía pero absolutamente inevitable a aquel alegato que Rodolfo escribió en la “Carta abierta a la Junta Militar”. No sé por qué necesitaba tenerla en mi mano. Mientras escuchaba cada sentencia a los responsables, no sólo por el caso de Rodolfo sino por tantos otros casos, sentía esa certeza de la mirada profunda de Rodolfo sobre lo que podía traer el devenir de nuestra historia.[\[93\]](#)

Nada que agregar, entiendo.

El sistema democrático reivindicó a las víctimas, quienes pudieron resignificar su existencia y sus martirios. Ojalá no sea esa reparación, precisamente, la que indigna y oscurezca la evaluación de quienes se suponen portadores de una verdad intangible. La “repolitización” del recuerdo de los desaparecidos trajo aparejada una revalorización positiva y orgullosa de la praxis pasada. Se los humanizó, superando una ocultación adicional. El rescate, a veces, pudo recaer en la elegía sin matices. Se puede poner en cuestión la lectura, es válido rebatirla o refinarla, las controversias se renuevan y oxigenan el Ágora.

La rehabilitación de la historicidad de las víctimas, vibrante y reveladora, no se tradujo en

unanimidad. La mejor descalificación de la Contraofensiva montonera, de la irresponsabilidad y desdén por la vida que mostró su conducción, se cuenta casi desde adentro en el libro de Cristina Zuker, quien reconstruye en dolido primera persona del singular cómo intentó, pasional y vanamente, persuadir a su hermano Ricardo (“Patito”) para que no se autoinmolara.[\[94\]](#)

Militante, detenida desaparecida, exiliada, Pilar Calveiro exploró el fenómeno concentracionario en un nivel parangonable al de la obra universal de Primo Levi. También analizó la violencia dentro de las organizaciones armadas.

Los debates se entrecruzaron. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos de los sobrevivientes de la represión*, de Ana Longoni,[\[95\]](#) confronta con el clásico *Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso y con *El fin de la historia* de Liliana Heker. Sale al paso de la visión que escinde entre leales y traidores en las condiciones infrahumanas de los campos de exterminio. Relee desde una perspectiva distinta, pertenece a una generación diferente.

Los gobiernos kirchneristas produjeron un relato sobre la década de los setenta, sus militancias, el terrorismo de Estado, los juicios, que se puede compartir o desechar en todo o en parte. Aconteció en una sociedad abierta, con amplísimo ejercicio de las libertades de expresión, de prensa y de cátedra. Quienes deploraron el enfoque, el (en su criterio) excesivo protagonismo de las víctimas o de relatos en primera persona, pudieron cantar su payada. Escribir, discutir, hacer *road shows* por radios y tévé, dar clases o cursos en universidades públicas o privadas. Produjeron material ensayístico, todo lo distante, polarizado o autónomo que quisieron respecto de lo testimonial. De nuevo, espigo pocos ejemplos dentro de la profusión de material, lenguajes, ángulos. Claudia Hilb, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti aportan desde otras tradiciones culturales y políticas.[\[96\]](#)

La revista *Lucha armada* sumó material con cuño propio, severo y a la vez plural, sobre el fenómeno.

La carta abierta de Oscar del Barco, en la que reprobaba ejecuciones dispuestas por las organizaciones armadas, dejó un surco. Del Barco se declaró responsable de tales muertes por haber adherido a esas organizaciones. La polémica es abigarrada e interminable, lo que atañe a este capítulo es su hondura y vastedad. No hay una verdad única, apodíctica, compacta, impuesta, sino un conjunto de versiones o visiones riquísimo y creciente. Los cruces de pareceres, la esgrima intelectual o política, contribuyen a conformar un todo inacabado, en constante elaboración.

El escritor Carlos Gamerro lo sintetizó con buena prosa y mejor mirada:

En la Argentina, en los últimos cuarenta años desde el golpe, se realizaron los juicios contra las Juntas, que continúan ahora con los otros responsables, militares y civiles; se reivindicó y reparó, en la medida de lo posible, a las víctimas; se restableció la identidad a muchos cuerpos; se recuperaron muchos chicos arrebatados a sus familias. Si no hubiera sucedido todo eso, la literatura seguiría atada a las funciones más básicas del testimonio y la denuncia. Si el gobierno actual abandona la política activa de derechos humanos y la deja “en manos de la Justicia”, como ha propuesto reiteradamente el presidente Mauricio Macri; si tenemos que volver a dedicar tiempo y esfuerzo a condenar posturas que presentan la legítima justicia como venganza, o a revisar las avaras cuentas de algunos ministros y refutar sus aviesos argumentos, la literatura deberá volver a los caminos trillados de la pedagogía de lo obvio y la exposición de las verdades más elementales, y los escritores tendremos que abandonar la meta de llegar, en nuestras exploraciones, a la Y o a la Z, para volver al ABC.[\[97\]](#)

El ABC que designa Gamerro (las denuncias, las pruebas, las explicaciones generales, los alegatos políticos) monopolizaba, casi diríamos “naturalmente”, el flujo de producciones y abordajes sobre la dictadura. El peso específico de los juicios abre los ojos para advertir otras facetas del terrorismo de Estado –la violencia de género, el antisemitismo, las torturas a conscriptos en Malvinas–, y para inscribirlas en un conjunto más abarcador.

El género documental que primaba en cualquiera de sus formas, con cuotas variables de investigación y ficción, pasó a compartir lugar con una serie de registros o géneros no circunscriptos. Proliferan observaciones laterales, costumbristas, imaginarias, situadas en otro momento histórico.

El libro *El vuelo*, de Horacio Verbitsky, iluminó, merced a la confesión del represor quebrado Adolfo Scilingo, los vuelos de la muerte. Los datos que salieron a la luz en los tribunales alimentaron la posibilidad, en 2016, de concebir y filmar una película (*Kóblin*, dirigida por Sebastián Borensztein) que pone en escena ese horror con un imaginario oficial aeronáutico que decide negarse a comandar un vuelo.

La divulgación en géneros accesibles a públicos masivos fertilizó el contexto de esclarecimiento. La dialéctica entre el producto cultural y la vida cotidiana dinamiza eso que llamamos “realidad”. La telenovela *Montecristo*, la historia de una joven apropiada, aguijoneó a centenares de muchachas y muchachos a investigar su propia identidad, a recurrir al EAAF o a la acogedora sapiencia de las Abuelas de Plaza de Mayo.

Gamerro saluda la aparición de la “obra de hijos de desaparecidos [que] se autonomiza, eventualmente, como todo género, de sus condiciones de producción, y pasa a definirse únicamente por su forma y por su tema”.[\[98\]](#)

La película *Los rubios*, dirigida por Albertina Carri, expresa, pionera, la mirada de la hija (ella

misma) de conocidos militantes montoneros: ni complaciente con ellos, ni reducida a la réplica o mimesis de sus premisas y sus experiencias.

El libro *Aparecida*,<sup>[99]</sup> de la periodista Marta Dillon, narra en clave autobiográfica la recuperación de los restos de su madre desaparecida, algo que sólo fue posible cuando se avanzó en el hallazgo y la identificación de los cuerpos profanados, producto del tesón de víctimas, organismos y un Estado presente. Dillon comparte cómo elaboraron el duelo ella y su familia una vez que pudieron atravesar esa experiencia.

Las historias de vida de los nietos recuperados, otro hecho estrictamente argentino, fueron visitadas desde el ensayo periodístico o el abordaje en primera persona.<sup>[100]</sup> Son mujeres y hombres de más de 30 años que suman diversidad al coro.

Se va conformando, así, un conjunto; tienta llamarlo “rompecabezas”, aunque la imagen puede inducir a confusión porque no hay un diseño previo, cerrado, perfecto, al que las piezas deban acomodarse.

La puerta cerrada de los Tribunales (o entornada, porque la lucha abrió resquicios incluso en tiempos de impunidad) clausuraba, centraba la mirada allí. La apertura aerea, por esencia. Encaminada la búsqueda (relativa, inconclusa) de justicia, la Memoria y la Verdad se inquietan en otros ámbitos. Las condenas y las absoluciones, la develación que conllevan los procesos abren puertas, sin tapiar ninguna. Coadyuvan las políticas públicas tendientes a recuperar la identidad de los bebés apropiados durante la dictadura, las pesquisas sobre archivos o legajos escondidos o los hallazgos que identificaron cuerpos insepultos.

Es accesible, al fin, reparar en las familias. Se “descubre” a las madres que contemplaban aleladas la transfiguración de sus hijos, que cuestionaban sus determinaciones y buscaban cambiar ese rumbo. No eran todavía las Madres de Plaza de Mayo y no querían que la tragedia las llevara a serlo. Eduardo Blaustein dedica un libro reciente “A los padres y las madres que por entonces se quedaron solos. Los míos, sin ir más lejos”.<sup>[101]</sup> Se trata de una novela urdida con rasgos autobiográficos sobre un militante de la Unión de Estudiantes Secundarios, un pibe que se escapa del país, se militariza, regresa con la Contraofensiva. La mirada es honda, dulce, irónica, sorprendida, apenada. La introspección se concreta ahora... no era muy factible que se alumbrara antes.

El cine o la tele pueden derivar y ampliar su foco, sin renunciar a la denuncia pero ampliando el repertorio de temas. La película *Infancia clandestina*, dirigida por Benjamín Ávila, recrea la historia de Juan, hijo de una pareja de militantes montoneros que vuelven del extranjero como clandestinos, para la Contraofensiva. La familia festeja el cumpleaños de Juan, que lleva otro nombre y “tiene” otra fecha de nacimiento. Para la ocasión, los compañeros de sus padres invitan a la abuela (interpretada por Cristina Banegas). Viaja “tabicada”, se reúnen, celebran lo mejor que pueden. Terminada la celebración, Banegas y su hija-militante (Natalia Oreiro) se enzarzan en una discusión furibunda: se aman, se necesitan y se zahieren como sólo saben hacerlo las madres y las hijas. Banegas intenta persuadirla para que abandonen la locura en que están embarcados o por lo menos para que la dejen llevarse-salvar al hijo-nieto, “el pollito”. Merece ser, es ya, una escena antológica del cine argentino, junto con la verdad profética que profiere esa abuela-madre en un instante tremendo, cuando les grita que “los van a matar”. El pibe, al que presupone dormido, escucha todo,

apenas oculto tras una pared. La mirada se extiende a las madres y a los hijos de las víctimas, era hora.

Ángela Urondo Raboy es hija del conocido escritor y periodista Francisco Urondo y de Alicia Raboy. Ambos integraban la organización Montoneros. Fueron interceptados por una patota militar en Mendoza en 1976: “Paco” Urondo fue asesinado allí, Alicia Raboy es detenida-desaparecida. Ángela, un bebé, fue secuestrada y sólo recuperó su identidad años después. Su poema “Caer no es caer”, y lo que conversó con Mariana Enríquez en el suplemento “Radar” de *Página/12*, despliegan y superan lo que quiso explorar este capítulo.

He aquí el poema:

Chupar no es chupar  
Cita no es cita.  
Dar no es dar.  
Caer no es caer.  
Soplar no es soplar.  
Pinza no es pinza.  
Fierro no es fierro.  
Máquina no es máquina.  
Capucha no es capucha.  
Submarino no es submarino.  
Personal no es personal.  
Parrilla no es parrilla.  
Apretar no es apretar.  
Quebrar no es quebrar.  
Cantar no es cantar.  
Volar no es volar.  
Dormir no es dormir.  
Limpiar no es limpiar.  
Guerra no es guerra.  
Cuerpo no es cuerpo.  
Desaparecer no es desaparecer.  
Morir no es morir.  
Ser no es ser.  
Yo, nada.

La reflexión de Ángela Urondo asume las marcas indelebles que llevará de por vida. Respecto de esas marcas, predica no cristalizarlas ni imponerlas porque piensa en otras generaciones, en sus hijos:

Hago hincapié en lo que para los sobrevivientes significan las palabras. Y hay palabras que están infectadas. Yo puedo permitirme tener un lenguaje infectado porque mi historia está marcada, pero no puedo bajo ningún concepto instalar eso a futuro. Mis hijos no tienen que pensar en un exterminio cuando alguien diga asado o en una picana cuando alguien diga parrilla. Está bien que se mantenga en la memoria pero no hay que dejar la vida de lado.[\[102\]](#)

---

[\[92\]](#) El consid. 30 del fallo ordenaba “poner en conocimiento del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas el contenido del fallo a fin de enjuiciar a los oficiales superiores que ocuparon los comandos de zona, subzona y áreas de defensa en la denominada lucha contra la subversión y a todos los que tuvieron responsabilidad operativa en las acciones”. La inicua legislación legada por la dictadura dejaba en manos del Consejo Supremo (auto)juzgar a los militares.

[\[93\]](#) El tribunal condenó a prisión perpetua a doce imputados: Alfredo Astiz, Eduardo Acosta, Miguel Cavallo, Oscar Antonio Montes, Antonio Pernías, Jorge Rádice, Adolfo Donda, Raúl Scheller, Alberto González, Julio César Coronel, Ernesto Weber y Néstor Omar Savio. Manuel García Tallada y Juan Carlos Fotea, ex sargento de la Policía Federal, fueron condenados a veinticinco años de prisión; Carlos Capdevilla, por su parte, fue condenado a veinte años, y Juan Antonio Azic, a dieciocho. Juan Carlos Rolón y Pablo García Velasco fueron absueltos. Debieron permanecer en prisión preventiva por estar vinculados a otras causas (datos tomados de “Espacio Memoria y Derechos Humanos [ex Esma]”).

[\[94\]](#) Cristina Zuker, *El tren de la victoria. La saga de los Zuker*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010.

[\[95\]](#) Buenos Aires, Norma, 2007.

[\[96\]](#) Remito, entre otros, a los trabajos de Claudia Hilb, *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2013), Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2005) y Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2009).

[\[97\]](#) “Ficciones sobre los años setenta: imaginaciones verdaderas”, suplemento “Ideas”, *La Nación*, 20 de marzo de 2016.

[\[98\]](#) Sin ánimo de ser exhaustivo, repaso cautivantes libros de hijos de desaparecidos. Nada lineales, vanguardistas a veces, jamás obvios o redundantes en su lectura histórica: entre ellos, *Soy un bravo piloto de la nueva China*, de Ernesto Semán (Buenos Aires, Mondadori, 2011), *Perder*, de Raquel Robles (Buenos Aires, Alfaguara, 2008), *Los topes*, de Félix Bruzzone (Buenos Aires, Mondadori, 2008). Escojo tres, pero podrían ser el cuádruple o muchos más.

[\[99\]](#) Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

[\[100\]](#) Van un par de ejemplos. Entre los ensayos: Analía Argento, *De vuelta a casa. Historias de nietos restituidos*, Buenos Aires, Marea, 2016, nueva edición actualizada. En clave autobiográfica: Victoria Donda, *Mi nombre es Victoria. Una lucha por la identidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

[\[101\]](#) Eduardo Blaustein, *El Pichi. O la revolución de los frágiles*, Buenos Aires, Marea, 2016.

[\[102\]](#) “Caer no es caer”, suplemento “Radar”, *Página/12*, 3 de febrero de 2013.

# Epílogo

## Crítica, balance, corrupción, globos y la templanza del verdadero militante

Un prisionero debe elegir entre dos habitaciones, en una de las cuales hay una dama y en la otra, un tigre. Si elige la primera, se casa con la dama. Si elige la otra (probablemente), es comido por el tigre.

**Raymond Smullyan, “¿La dama o el tigre?”**

Absurdo suponer que el paraíso  
es sólo la igualdad, las buenas leyes.  
¡El sueño se hace a mano y sin permiso,  
arando el porvenir con viejos bueyes!

**Silvio Rodríguez, “Llover sobre mojado”**

Se ha puesto de moda —¡aleluya!— sincerar las premisas acerca de cómo y desde dónde se escribe. A esta altura, aspiro a que este volumen se haya explicado solo.

Conocí a Néstor Kirchner y alterné con él en función profesional. No fui su periodista favorito, ni quien más lo vio, ni me ufano de haber sido quien mejor lo conoció. Lo entrevisté, con uno o más colegas de *Página/12*, tres veces: una en campaña y dos ya como presidente. Dialogué con él en decenas de ocasiones, lo que es bastante asiduidad para un mandatario, pero no marca un récord. Mantuve algunos encuentros extraperiodísticos, que no divulgué en su momento, para hablar de política. En contadas ocasiones me confió información *off the record* con pedido de reserva, casi todos datos alusivos a hechos que luego se harían públicos (al toque o bastante rápido) o a sus interpretaciones. No he violado los pactos que sobreviven, al menos no de modo deliberado.

Escribí estas páginas sin requerir autorización a otras personas, aunque existieron conversaciones sobre algunos de sus tramos con dirigentes o funcionarios cercanos al ex presidente. El móvil de esas consultas fue confirmar o refutar hechos, recuerdos, contextos.

A lo largo del texto se apela mucho a la primera persona del singular: es, en efecto, un libro personal. En mis artículos periodísticos a menudo echo mano a rodeos como “el autor” o “el

cronista” para dar cuenta de la subjetividad y, al mismo tiempo, atenuar la centralidad del narrador.

El uso del tuteo viene mutando en el periodismo político argentino. En general, “todos” nos tuteamos, aun los que no nos conocemos o acabamos de conocernos. La costumbre se ha expandido en la vida privada y en la pública. Con la dirigencia sucede lo mismo, sin que se trasunte (forzosamente) intimidad o falta de respeto.

No soy vanguardia o la excepción a nada: me tuteo con la enorme mayoría de los protagonistas de mi generación. Asimismo, con los que son más jóvenes y con aquellos algo mayores... Los tres grupos etarios suman una mayoría rotunda cuando uno tiene 67 años... Casi podría decirse que traté de “usted” sólo a Raúl Alfonsín, Antonio Cafiero y Aldo Ferrer, y he tuteado al resto del mundo.

No obstante, las reglas de estilo tradicionales de la prensa gráfica prescribían reproducir el diálogo con una alteración: escribir “en *usted*” aunque se hubiera dicho *vos*. Así se hizo en las entrevistas publicadas que aludí. La convención se escoge para limitar suspicacias o subrayar autonomía, que también existe, por cierto, cuando se tutea. En radio y en televisión es cada vez más usual franquearse y hablar de *vos*.

Cuando converso-trabajo con presidentes o gobernadores, los tuteo, pero para mantener una cierta distancia y enfatizar que ambos estamos en funciones antepongo el vocativo referido a su cargo. Así, pregunto con la fórmula “Presidente, ¿qué opinás...?”, y es seguramente la única ocasión en que parezco paraguayo o correntino.

Aquí opté por el tuteo, asumiendo los riesgos relativos.

¿Puede-debe un presidente llamar a un periodista para criticar un enfoque? Todos lo hacen, a menudo por interpósita persona. No es un ataque a la libertad de prensa, si media el respeto, un cachito de escucha, si no hay represalias, si se debate y se reconoce el rol de cada quien. Es un primordial ejercicio democrático. Jamás percibí, en las conversaciones más o menos encrespadas que reproduzco acá, violencia o avance contra el derecho de informar. Más bien al contrario: Kirchner discutía o informaba o dialogaba para convencer, para transmitir sus objetivos, para refutar perspectivas que creía equivocadas, descentradas o poco atentas a condicionamientos de la realidad.

El presidente llegado de chiripa supo y quiso hacer salir a la Argentina del pozo. Supo mejor que ninguno de sus competidores, quiso con voluntad de hierro, que transitó entre la audacia y la temeridad. Pudo mucho pero no todo, en parte por los límites impuestos por las circunstancias o por la fuerza de los adversarios, a veces por la irrupción de situaciones inesperadas, a veces por limitaciones propias.

El balance de su obra es admirable, cotejado con gobiernos de otro signo u otra etapa. No repetiré ni resintetizaré todo lo desarrollado en páginas previas, para no resultar latoso. Baste decir que fue un ciclo de crecimiento económico, disminución drástica del desempleo, ampliación de derechos sociales y laborales, con una Corte Suprema que, renovada, fue la más estable de la historia. Con legitimidad de ejercicio confirmada por el voto popular, el ciclo aunó sustentabilidad política y económica, en una nación habituada a los bandazos o a las rupturas de la legalidad. Se garantizó la paz en Sudamérica, con participación eficaz pero no intrusiva, para fortificar los procesos democráticos en países hermanos y actuar contra golpes de Estado o conatos de guerras.

Se sucedieron contradicciones, traspies, fallas inherentes a toda obra humana. Nada las excusa ni

sería serio omitirlas, sobre todo si se acuerda con el rumbo general.

De nuevo, evito la reseña exhaustiva de contradicciones con los propios objetivos. Prefiero valerme de ejemplos y casos ilustrativos, como el modo en que se tramitaron políticamente el conflicto con “el campo” y el entredicho con Uruguay por las pasteras. Cargo asimismo en el “debe” las demoras para efectivizar reformas que debieron concretarse antes: la Asignación Universal por Hijo, a la cabeza; la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, tal vez; la reestatización de la Anses, seguramente.

La falla más grave fue la intervención destructiva del Indec, porque contradijo las mejores líneas maestras del kirchnerismo. Se aludió a la pasada antes, la subrayamos acá porque fue infausta, perdurable, autodestructiva, grave.

Los tres primeros años de Kirchner conciliaron variables económicas difícilmente armonizables: crecimiento a tasas chinas, creación de puestos de trabajo, superávits fiscales gemelos, mejoras en la distribución del ingreso, baja inflación. Todas las constelaciones se ordenaban, pero a mediados de 2006 la inflación comenzó a crecer y alteró tanto orden celestial. En enero de 2007 fueron reemplazados los principales funcionarios y técnicos del Indec y comenzó a meterse mano en el índice de precios al consumidor (IPC), el que mejor mide la inflación que atañe a los ciudadanos en general. La medida se fundó en un haz de motivos que podemos resumir en dos: el índice contenía distorsiones y anacronismos que dañaban su precisión, y las autoridades del Indec traficaban (vendían) ilegalmente información secreta a entidades privadas. Esta última sospecha jamás se probó de modo fehaciente y, en el mejor de los casos, hubiera habilitado relevos de funcionarios sin necesidad de manipular las mediciones.

El desquicio fue sustituir el IPC por otro, manifiestamente amañado, que jamás logró aceptación entre los expertos, el mundo académico y la opinión pública.

La falta de credibilidad, finalmente, propició la divulgación de distintas varas: desde las dudosas mediciones de consultoras privadas hasta el dibujado “índice del Congreso”, un pseudo IPC que remixa los cálculos de entidades privadas y los promedia. La oposición parlamentaria fomentó ese Frankenstein de escasa seriedad, una suerte de castigo bíblico por el pecado que cometió el gobierno.

La inverosimilitud del IPC causó malestar entre muchos funcionarios oficialistas, y el descrédito se propagó (injustamente o de mala fe) a otros indicadores que conservaron seriedad, como la Encuesta Permanente de Hogares o aquellos basados en la recaudación de impuestos o en las cargas sociales, que no se pueden distorsionar. Algunos organismos públicos, para saber a qué atenerse en sus cálculos y proyecciones, trataron de construir nuevos instrumentos de medición omitiendo el IPC.

[103] Los gremios jamás lo aceptaron como parámetro para negociar las paritarias e incluso se lo dejó de lado en aquellas en las que el Estado era parte (la nacional docente, en primer lugar).

La inflación sostenida y alta no fue consecuencia del ataque al Indec pero sí un factor concomitante, también subestimado desde el análisis, el discurso o la acción oficial. Es un problema cotidiano que todos perciben, especialmente quienes (por la injusta distribución del conocimiento y la información) no tienen acceso cotidiano a la lectura de los diarios o siquiera saben qué significa la sigla Indec.

Una fuerza estatista e intervencionista desacreditó una institución reconocida y funcional. Obstinar en la torpeza o negarla acrecentó el daño, por eso se juzga tan severamente. El kirchnerismo contravino sus objetivos y su rumbo, y engordó el capital simbólico de sus adversarios. El ejemplo contrasta con el promedio, que es muy otro. Se pretenden minimizar o anular las realizaciones del kirchnerismo desde perspectivas ideológicas opuestas. Sobrevolemos los dos ejes argumentales más frecuentes. El primero, en el tiempo, fue atribuir los resultados virtuosos únicamente a la mejora de los términos de intercambio internacionales. “El viento de cola”, evaluado como causante único (para colmo desaprovechado) de los logros. El reduccionismo omite que siempre hay opciones, en la bonanza o en la malaria. Los gobiernos del Frente para la Victoria (FPV) marcaron prioridades que otros jugadores menoscaban o relegan. La creación de trabajo o la conservación de los puestos creados, durante la crisis ulterior a 2008, son una constante distintiva de los gobiernos de izquierda de América del Sur. El politólogo Marcelo Leiras la explica y la diferencia de otros regímenes fundándose en un arsenal de elementos empíricos. La reducción de la pobreza y la promoción de programas de transferencia de ingresos fueron otra regla en el vecindario y acá, explicada con datos duros por Andrés Malamud.[\[104\]](#)

Como ya apuntamos, el kirchnerismo impulsó reformas formidables en materia de derechos humanos, oxigenó la Corte Suprema y dispuso un mecanismo transparente para el nombramiento de los jueces, dictó leyes reclamadas por minorías progresistas, como el Matrimonio Igualitario o la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Ni el más obtuso de los economistas alegaría que son meras derivas automáticas del aumento del precio de la soja en el mercado de Chicago.

La segunda refutación global a la etapa K es la corrupción. Un nuevo relato recorre la región: los gobiernos populares del siglo no fueron “apenas” pésimos sino una mentira absoluta, destinada a encubrir un dispositivo de choreo. El móvil de la operación, cultural-política y mediática, que se verifica en simultáneo en Brasil y la Argentina, es tapiar la discusión sobre las políticas públicas.

La corrupción desacredita el sistema político, fomenta el escepticismo ciudadano, distrae energía y recursos de la acción pública. Las leyes penales son certeras cuando sancionan a las dos partes del cohecho o de las negociaciones ilegales: los funcionarios y los particulares que concurren a consumir los delitos. Y también son justas cuando estipulan sanciones más severas para quien ejerce cargos públicos, porque mayor es su culpa, proporcional al lugar que le dispensó la sociedad.

Por otra parte, la corrupción es más cuestionable en fuerzas que representan intereses de mayorías populares y problematizan (así sea fragmentaria o parcialmente) la lógica del capitalismo salvaje o el móvil de lucro como pilar básico del orden comunitario.

Que “siempre” haya existido corrupción no exculpa a nadie. Tampoco que incurran en ella los adversarios políticos, *anche* los que denuncian la paja (o la viga a veces) en el ojo ajeno. Es amoral y antirrepublicano proponer, así fuera discursivamente, una supuesta compensación de culpas entre rivales o una escala valorativa de modos de corrupción. Tales distinciones son sutilezas o guiños o bizantinismos de iniciados, muy alejados de la percepción de gentes del común, que viven al día sin soñar con las cifras que se barajan y ostentan. A veces da la impresión de que la polémica naufraga en una especie de imitación del “canje de prisioneros” propio de las películas sobre la Guerra Fría, en las que se cambiaba un espía por otro y se salvaban gentes de los dos bandos.

Publico un promedio de más de cien notas por año, el archivo me connota y me “condena”. Jamás supuse que la corrupción fuese la referencia esencial para juzgar gobiernos o etapas políticas, fueran o no de mi agrado. Siempre consideré más importante lo que hicieron, impidieron, reformaron o dejaron intacto. La privatización de YPF en la presidencia de Carlos Menem –consigné en su momento y más adelante– fue más dañina que las coimas que adornaron a diputados y senadores peronistas. La Reforma Laboral del ex presidente Fernando de la Rúa resultó más lesiva y de mayor magnitud que los sobornos que se repartieron entre senadores justicialistas y, casi seguro, algunos radicales. Los escándalos impactan y atraen la mirada, pero las decisiones gravitan más.

Hay diferencias si los delitos se cometen acompañando acciones valiosas, en principio. Es el caso de los sobrepagos de obras públicas o contrataciones del Estado en general, que mejoran la vida de los ciudadanos. En tales supuestos, la corrupción resiente el juicio de valor de la acción gubernamental, aunque no lo borra. Queda en la conciencia y a criterio de cada ciudadano hacer su suma algebraica. Es respetable que algunos rehúsen su apoyo o el voto a quien haya compartido gestión con corruptos o con un conjunto sistemático de prácticas ilegales. La opción, válida, es una entre tantas y no corresponde descalificarla con motes como “honestismo” o “purismo”. Otras personas pueden tolerar desviaciones subsumiéndolas en un todo que consideran positivo, aunque no perfecto.

Volvamos a la burda maniobra desplegada mientras se cierra este libro.

Los medios la ponen de manifiesto en todo momento. Las denuncias con regodeo en los detalles y desprecio por la presunción de inocencia sirven como tapadera para conceder espacios secundarios a los déficits o contradicciones o daños que causan las medidas del gobierno actual. La agenda, sin pizca de ingenuidad, se concentra en un aspecto del pasado para no hablar del presente.

José Natanson y Martín Rodríguez lo abordan con lucidez, a la vez que toman distancia de los apologistas de los gobiernos recusados.

Lejos de negar los casos de corrupción tampoco podemos negar su amplificación y los efectos que intentan producir [...] lograr el efecto en la percepción social de que las reformas de estas izquierdas fueron un simulacro de políticas que encubrieron saqueos programados sobre el erario. Las campañas de difusión tienen narrativas prestas a tornar indistinguibles “izquierda/populismo” y corrupción [...]. Estas campañas de desprestigio son preocupantes cuando pretenden el ocultamiento de las conquistas de derechos alcanzados y la futura anulación de derechos bajo la premisa de una “limpieza moral” que será, también, una “limpieza fiscal”.[\[105\]](#)

La gestión de Mauricio Macri arguye que doce años y medio de gobierno fueron una cortina de humo para disimular una asociación ilícita, mientras se busca minar las conquistas, derogar leyes, reorientar la distribución del ingreso. Cuando cualquiera de las medidas que toma provoca reacciones o movilizaciones populares, renueva o repone denuncias de corrupción contra el kirchnerismo. La cortina de humo existe, es esa.

Las oleadas históricas son reales, suceden, pero hay distintos modos de atravesarlas: se las puede surfear, barrenar o enfrentar con la panza, según las latitudes. La versión argentina del neoconservadurismo que asoló este Sur estuvo entre las más extremas. Brasil y México evitaron el desatino de privatizar la empresa estatal de petróleo. La convertibilidad, atar el peso al dólar, fue un suicidio por goteo que pocos países cometieron (Ecuador cayó más hondo y todavía no consigue salir del cepo). La convertibilidad nació como política monetaria, pero pronto pasó a ser la clave de la política económica y avanzó cercenando la posibilidad de desplegar alternativas por fuera de esa premisa incuestionada.

Se daba por hecho que sería imposible, en el porvenir avistable, volver al Estado de Bienestar o, cuando menos, a una réplica menos redonda pero similar. Tulio Halperin Donghi publicó en 1994 *La larga agonía de la Argentina peronista*, donde sostenía la tesis del fin del ciclo nacional-popular distributivo: “La Argentina no estaba solamente pobre [...] era pobre y lo seguiría siendo hasta donde se extendía el futuro”.[\[106\]](#)

El sociólogo Carlos Altamirano expresaba con prosa fina y sabia una lectura expandida, cercana a la unanimidad:

El fin de la fase nacional-popular no anuncia ni equivale al fin del peronismo como fuerza política: el mundo nos ha ofrecido en este siglo ejemplos de mutación de movimientos que, tras la erosión de sus modalidades de identidad tradicional, hallaron nuevos marcos para la integración de sus filas. El tiempo dirá cómo sale el peronismo —si sale y qué sale— de este período crítico-disolutivo. Tampoco pretendo afirmar que la identidad nacional-popular vaya simplemente a extinguirse. Más verosímil es pensar que permanezca, cultivada como discurso residual por núcleos políticos colocados en posición subalterna, dentro o fuera del peronismo. No es improbable que sus exponentes incluso sean convocados periódicamente y se les atribuya un lugar en la división electoral del trabajo, cuando haya que pelear el voto con uñas y dientes.[\[107\]](#)

La sinrazón se prolongó demasiado tiempo hasta que estalló. La dialéctica es cruel para los que se obstinan: la centralidad del monetarismo llevó a que brotaran cuasimonedas alternativas del peso en muchas provincias. Cuando amaneció el siglo XXI, muchos grupos familiares estaban desocupados, y entre aquellos que conservaban su fuente de trabajo la plata no alcanzaba para malvivir, mientras millones de argentinas o argentinos cobraban en papeles de escaso valor, que sólo podían circular dentro de cada provincia. Si había alguien con jubilación nacional en la familia (había que ser suertudo, porque sólo dos tercios en condiciones de serlo contaban efectivamente con el haber previsional), los pocos pesos que cobraba se repartían entre todos porque eran únicos. Las huelgas de empleados públicos y docentes superaban récords mundiales. En los comedores escolares, abarrotados de pibes que encontraban ahí su única comida diaria, los maestros desarrapados cumplían el rol de trabajadores.

En 2001 y 2002, dos presidentes de distintos partidos contribuyeron a derramar sangre de compatriotas, lo que puso fin a sus mandatos.

Cualquier decisión política es una encrucijada: siempre hay un margen para optar, escueto o treme(bu)ndo como el de la dama y el tigre. Todo lo real es posible, proclamó un filósofo impar, pero, como escribió un maestro de la literatura, la vida es un jardín de senderos que se bifurcan. Lo real bien pudo no acontecer, ya que hubo a mano otros futuros, otros dilemas que descifrar. Los contrafactuales, por definición, no se concretaron, pero muchas variables pudieron ser distintas y peores. Cien disyuntivas estaban abiertas a cualquier desenlace. ¿Cuántos años más se hubieran tolerado con paro docente y casi sin clases, cuántos con la desocupación *in crescendo*? ¿Cuánto tiempo vital quedaba para buscar verdad y justicia en tribunales por los crímenes de lesa humanidad? ¿Cuánto para restaurar la moneda, fortalecer el Estado, regenerar la autoridad pública, dar trabajo a millones de personas? ¿Qué margen quedaba para no caer en la anomia o en algo semejante a la disolución nacional? Aunque las disyuntivas suenan ahora como delirios, entonces estaban en el cuadrante.

La llamada Argentina era poco más que una confederación débil de Estados fallidos, las provincias. El Estado nacional casi no existía: en 2000 estuvo al borde de no poder organizar el Censo, por falta de dinero para comprar insumos (papel, lápices y lapiceras...) y porque la mayoría de los docentes estaban de paro. Los jóvenes militantes populares que vieron caer a sus compañeros en el centro porteño o en el puente Avellaneda podrían haberse radicalizado y volcado a la violencia armada, al ver burlados todos sus derechos, empezando por los de trabajar, comer decentemente, protestar.

Kirchner desactivó bombas de tiempo desde el primer día, encaró los desafíos en paralelo, como un acelerado que jugaba no ya partidas de ajedrez, sino de tenis y en simultáneo.

En 2005, por ejemplo, recorría el Conurbano para generar conciencia sobre el canje de deuda, convocar al apoyo popular y enviar mensajes a los acreedores.[\[108\]](#) Esto sucedía en medio de la campaña para desplazar al duhaldismo en la provincia de Buenos Aires, de modo que empalmaba dos hazañas de Hércules. Tenía varias otras en carpeta, en la fragorosa cotidianidad.

Su sed, lo que lo animaba, era gobernar distinto. “Jamás voy a tomar una decisión antigente”, le escuché, incrédulo. Ese fue su programa, el que no pudo cumplir del todo pero sí en enorme dosis. Carlos Tomada rememora que le dijo en mayo de 2003: “Cada día tenés que hacer algo, una medida. Grande, chica, importante o no. Todos los días, todos tenemos que hacerlo. Si cumplimos, estaremos mejorando de a poquito, siempre, la vida de nuestro pueblo”.

Jamás creyó haber llegado a la cima, la imagen del Purgatorio trasunta bien su aspiración: había que acceder a un estadio intermedio. Siempre le faltaba algo o mucho: reservas, empleos creados, crecimiento, apoyos populares. Para ser reformista, en su momento, había que apostar a cara o ceca, o doble contra sencillo: tal era la hondura del pozo.

Poco atractivo, torpe con el cuerpo, atolondrado en el habla, se hizo querer porque satisfizo necesidades y cambió el escenario.

Aró con bueyes viejos, como canta Silvio Rodríguez.

Por esas causas cambió la historia, fue jefe de una fuerza que creó, emblema y paladín para tantos compatriotas. Por eso se quieren borrar su recuerdo y el de sus realizaciones.

No me complacen generalidades tales como “el juicio de la historia”. La historia no es un juez imparcial ni es un área de consensos, desangelada. Es un campo en disputa, tanto como la política. Y luchadores-emblema como Kirchner, Raúl Alfonsín o Perón siguen peleando después de muertos. Su

legado, su mensaje serán recuperados por otros, con coherencia o sin ella, para bien o para mal. A diferencia del Cid, no será ganador en una sola, última batalla: revistará en combates y aun derrotas ulteriores a su partida, tal el sino de los políticos vocacionales e incansables que siguen resistiendo aun cuando sus cuerpos hayan dicho “basta”.[\[109\]](#)

Los movimientos populares y progresistas de nuestro Sur pierden poder y retroceden, la derecha gana posiciones. Atravesamos una etapa difícil, oscura. Entre las muchas secuelas nocivas de las crisis se destaca la de vivirlas como un presente eterno. La oscuridad obsesiona y, por ahí, paraliza. Sin embargo, nada es históricamente inmutable. Muchos creímos que lo serían la dictadura, el neoliberalismo, la crisis de principios de siglo, el “cierre histórico” con las leyes de la impunidad. Hemos compartido una mirada retrospectiva de esos momentos de desazón, que supusimos interminables. Kirchner demolió varias de esas murallas.

Ninguna derrota ni ningún escenario adverso se prolongan indefinidamente. Max Weber escribió, inmejorable, un párrafo que vale para los líderes tanto como para militantes de base o personas del común:

Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez. Pero para ser capaz de hacer esto no sólo hay que ser un caudillo, sino también un héroe en el sentido más sencillo de la palabra. Incluso aquellos que no son ni lo uno ni lo otro han de armarse desde ahora de esa fortaleza de ánimo que permite soportar la destrucción de todas las esperanzas, si no quieren resultar incapaces de realizar incluso lo que hoy es posible. Sólo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofrece; sólo quien frente a todo esto es capaz de responder con un “sin embargo”; sólo un hombre de esta hechura tiene “vocación” para la política.[\[110\]](#)

---

[\[103\]](#) Sin ser el único, Miguel Peirano (último ministro de Economía de Kirchner) fue el más drástico. Le anunció al presidente que no seguiría en su cartera (si Cristina se la ofrecía) mientras no se rectificaran los graves daños cometidos en el Indec y el IPC.

[\[104\]](#) Marcelo Leiras y Andrés Malamud en sendos ensayos incluidos en Leiras, Malamud y Stefanoni, *¿Por qué retrocede la izquierda?*, Buenos Aires, Capital Intelectual-Le Monde Diplomatique, 2016.

[\[105\]](#) Prólogo a *¿Por qué retrocede la izquierda?*, ob. cit., p. 10.

[\[106\]](#) *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994, pp. 139-140.

[\[107\]](#) Carlos Altamirano, “Otra izquierda”, *La Mirada*, otoño de 1991.

[\[108\]](#) Como consignamos en el capítulo 11.

[\[109\]](#) Soy poco afecto a la autocita, sin fundamentalismo. Pero retomo aquí algunas líneas que publiqué cuando falleció el presidente Raúl Alfonsín. En parte porque no encuentro el modo de decirlo mejor. En parte porque creo, con creciente convicción (y sin renegar de mi preferencia por uno sobre otro), que habría que trazar más paralelos entre ambos presidentes.

[\[110\]](#) “La política como vocación”, en *El político y el científico*, Buenos Aires, Alianza, 1973.

# Hasta más vernos

Agradezco a la lectora o al lector que haya llegado hasta esta página. Ojalá le haya servido para repensar, para recordar, para validar o disentir.

La radio, el medio de comunicación más cálido y cercano que conozco, me inspiró a crear una casilla de e-mail para recibir mensajes de los lectores de *Página/12*. Lo repito para este libro, para suscitar comentarios, sugerencias, reproches... lo que queráis. Será <eltipoquesupo1@gmail.com>. Los espero.

Mi esperanza se ramifica: ansío que lleguen muchos mensajes y poder contestarlos todos con cierta dedicación. Son objetivos en parte contradictorios: el número dificulta la labor de dialogar. Pero trataré de cumplir porque creo que la política, el periodismo, la vida (quién sabe) son el afán de armonizar fines tensionados, de proponerse tareas exigentes, hasta las superiores a las propias fuerzas. Ese es, supongo, uno de los mandatos y legados que dejó Kirchner.

# Agradecimientos

Vamos con lo consabido: todos los errores y parte de los eventuales aciertos de este libro son de su autor, en general.

Pero como denuncié antes, Carlos Díaz, el director de Siglo XXI, es el instigador de este texto. Su agradable presión me motivó a cometerlo. Luego actuó como partícipe necesario.

Ana “Caty” Galdeano fue una editora presente, incansable, profesional y cálida.

Entre los dos me contuvieron, me aleccionaron acerca de lo que quería decir y cómo debía hacerlo. No es tarea sencilla, menos si se hace con cortesía y encanto.

He trabajado de editor, creo (debería) saber de lo que hablo.

Sin su activismo, *Kirchner, el tipo que supo* sería otra cosa, peor.

Lucía Wainfeld cooperó en la investigación buscando con tenaz alegría textos y discursos inhallables o perdidos. Trabajar con mi hija por primera vez alumbró una dicha nueva.

Adrián Pérez, notable editor de fotografía de *Página/12*, cooperó generosa y eficazmente, seleccionando material.

Pilar Calveiro, Agustín Colombo Sierra, Matías Kulfas, Fernando Porta, Néstor Restivo, Emilia Roca, Ernesto Semán, Jorge Taiana, Carlos Tomada y Washington Uranga ofrendaron la paciencia de atender mis pedidos: leer, anotar y hacerme comentarios de distintos capítulos. Contribuyeron mucho con saber, minuciosidad y buena onda.

Trabajé con material nuevo y repasando lo que publiqué en *Página*. Les debo mucho a fuentes que me informaron, entonces y ahora. Como a menudo el intercambio combina tramos *off the record*, no los nombro. Pero sí les agradezco, un montón.

Otro tanto vale para todas las personas a las que hice consultas específicas. Las nombré a todas en los respectivos capítulos del libro... creo.

La relación con la escritura y el periodismo motiva agradecimientos retrospectivos o vigentes.

A todos mis compañeros de *Página/12*. En particular a los de la sección “Política”. Especialísimamente a Nora Veiras y Victoria Ginzberg.

A los amigos-colegas que creyeron en mi pluma, me lo hicieron saber y me editaron señalándome carencias, vicios, manierismos y alguna virtud, cuando la hubo. Arturo Armada en *Unidos*, Martín Granovsky y Ernesto Tiffenberg en *Página/12*, mi hogar.

A los compañeros de la inolvidable revista-libro *Unidos*, allá lejos y hace tiempo.

---

Wainfeld, Mario

Kirchner, el tipo que supo.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2016.- (Singular)

E-Book.

ISBN 978-987-629-707-3

1. Política Argentina. I. Título.

CDD 320.82

---

© 2016, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Diseño de portada: Juan Pablo Cambariere

Fotografía de portada: María Eugenia Cerutti

Fotografías de interior: selección de Adrián Pérez. Gentileza de *Página/12*

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: octubre de 2016

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-707-3